

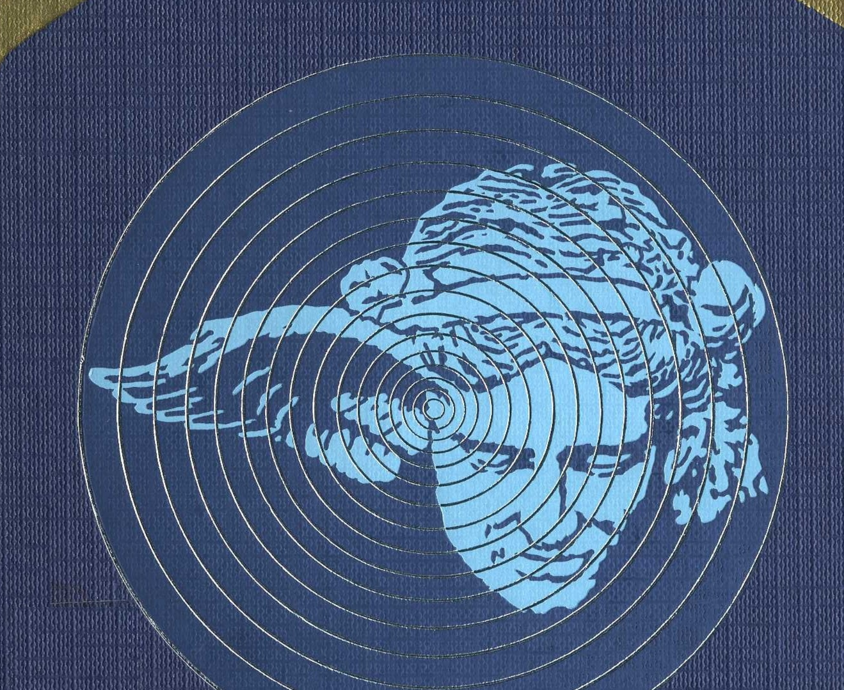
Belline

EL TERCER OIDO

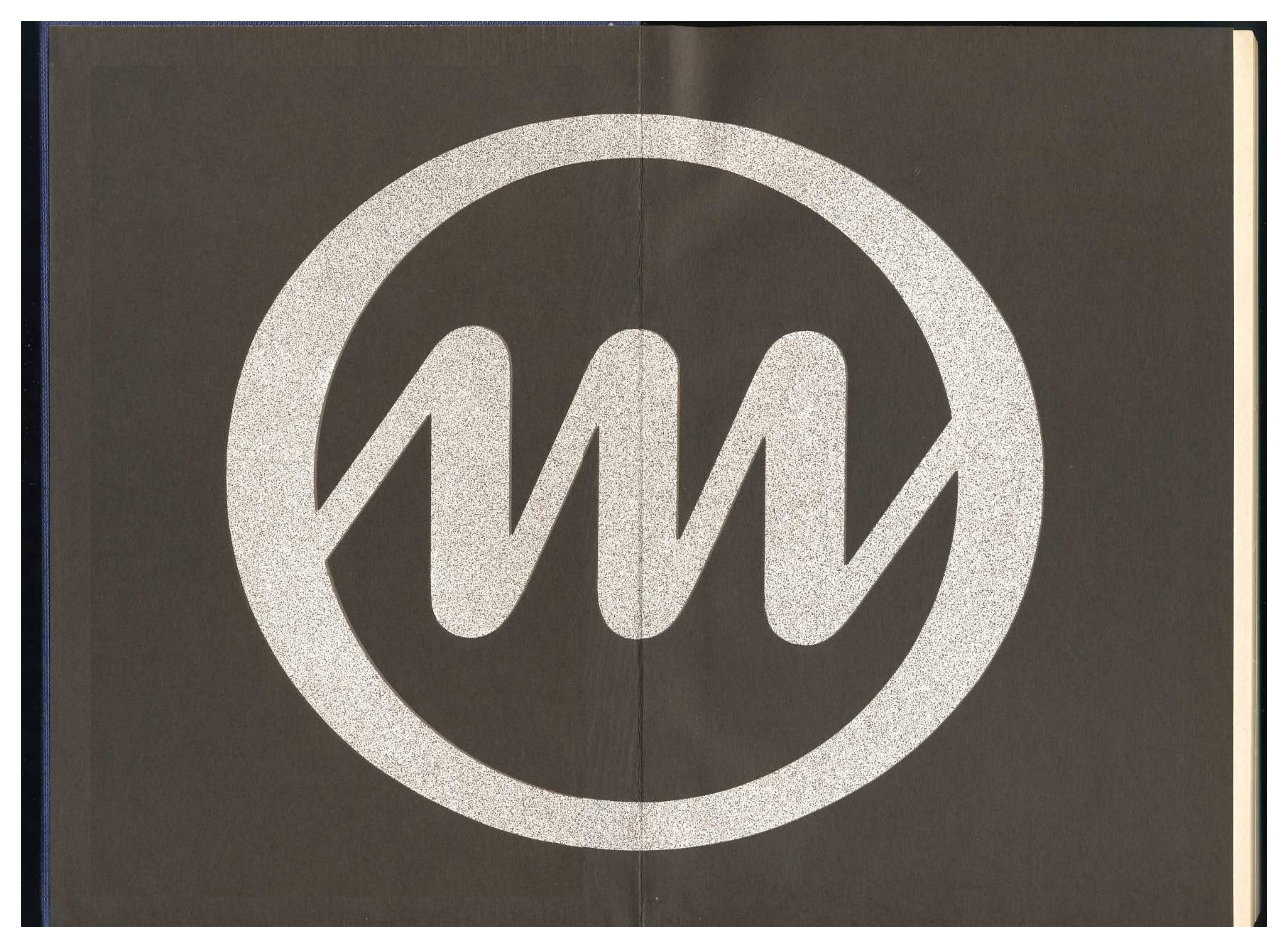
Belline

EL TERCER OIDO

A LA ESCUCHA DEL MAS ALLA



PLAZA & JANES







«Hay otros mundos, pero están en éste»

ELUARD

Belline

EL TERCER OIDO
A LA ESCUCHA DEL MAS ALLA

Carta-prólogo de Gabriel Marcel del «Institut»

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Título original:
LA TROISIEME OREILLE

Traducción de
AURORA RODRIGUEZ

Primera edición: Diciembre, 1974
Segunda edición: Enero, 1976

Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
LA TROISIEME OREILLE

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-31061-X — Depósito Legal: B. 52.233 - 1975

GRAFICAS GUADA, S. A. - Virgen de Guadalupe, 33 - Esplugas de Llobregat (Barcelona)

ÍNDICE

Dedico este libro a todos los que han perdido un hijo.

BELLINE

CARTA-PRÓLOGO

Querido señor:

Ha tenido usted la amabilidad de pedirme que escriba algunas líneas para encabezar este conmovedor Diálogo con su hijo en el más allá. Y creo que estamos de acuerdo sobre el sentido del testimonio que estimo que debo aportarle. Es evidente que no se trata de que yo garantice *la autenticidad de estas comunicaciones. Ni yo ni sin duda nadie en este mundo poseemos lo que apenas puede llamarse competencia necesaria para autentificarlas. Por el contrario, me otorgo el derecho de protestar enérgicamente contra los que, en nombre de no sé qué espíritu científico, se pronuncian* a priori *contra la realidad de mensajes semejantes. Lo que se debe aclarar con voz bien alta, tal como yo lo he hecho en ocasiones anteriores, es que van destinados a un ser individual —en este caso, usted mismo, y naturalmente, su esposa— y no a cualquier observador despersonalizado, como ocurriría en un experimento de laboratorio. Nos hallamos precisamente en los antípodas de una experiencia de este orden, lo mismo que pasaría con un diálogo entre dos seres que se aman. La palabra existencial, de la que se ha abusado profusamente, encuentra aquí su exacto significado. Las frases de su hijo guardan un orden relacionado con cierta resonancia en su corazón. Y si yo me sitúo aquí a su lado, lo hago en la medida precisa en que existe entre usted y yo un lazo de simpatía, y aún diría, incluso con más fuerza, de compasión.*

Naturalmente, podrá decirse que quien habla aquí es el autor dramático. Pero habrá que contestar inmediatamente que en mí el autor dramático no se separa del filósofo, porque éste busca la comunión con el otro.

Lo que más me impresiona de las comunicaciones que ha tenido a bien leerme es un cierto sonido, diríase una vibración, que es por lo menos tan perceptible en los silencios como en las palabras. Al escuchar, me he sentido claramente en presencia de un ser joven, deslumbrado hasta cierto punto por el mundo enteramente nuevo en el que se ha visto de pronto como sumergido, muy cercano aún a usted por su corazón, pero que tiene plena conciencia de su ignorancia, ya que, después de todo, está solamente en el umbral, y experimenta una manifiesta repugnancia a dar a las numerosas preguntas planteadas unas respuestas para las que aún no se siente capacitado.

Pero lo que aquí cuenta en primer lugar, y casi de modo exclusivo, es la certidumbre que nos da. Se ha encontrado con aquellos de entre los suyos que le habían precedido en lo que llamamos la muerte, y está con ellos. Pero al mismo tiempo se beneficia de las inesperadas luces que le dispensan los Visitantes, que él no dudaría en llamar ángeles si hubiese recibido una formación cristiana. Incluso llega a confirmarnos, a nosotros los terrestres, que esos Visitantes nos prodigan en ocasiones sus mercedes, bien seamos artistas o filósofos, o hayamos abrazado simplemente una gran Causa, la de la justicia y la paz.

A condición de ser leído sin prevenciones, este escrito puede resultar benéfico para una gran cantidad de seres oprimidos por el dolor y la duda. Pero tiene usted mil veces razón, querido señor, de poner a sus lectores en guardia contra la esperanza de poder dirigirse a usted como a un nigromántico eventual. Usted no quiere a ningún precio que estas comunicaciones con su hijo sean el punto de partida de una operación que podría parecer mercantil y sacrílega.

Le ruego acepte el testimonio de mi estima y del interés que siento por sus dotes de vidente.

GABRIEL MARCEL
del «Institut»

PRÓLOGO

Cuando se ha llevado mil veces a un hijo de la mano, para mostrarle pacientemente los escollos, cuando se le ha puesto mil veces en guardia contra todo lo que quema, envenena, corta, asfixia, muerde y araña, cuando se le ha enseñado a resistir a la atracción del vacío y se le ha demostrado que el agua puede traicionar a los que confían en su mansedumbre o en su pulsación mágica; cuando, más tarde, creemos haberlo armado para enfrentarse a otros peligros, cuando se le ha mostrado cómo debe seguir su camino en compañía de otros hombres, cuando se ha procurado abrir sus ojos a la vida y hacerle respetuoso para con todo lo que vive, cuando se cree haberle transmitido lo mejor que hay en nosotros para que a su vez lo transmita, ¡que duro es sobrevivirle!

Nada se ha conseguido, nada sigue el orden establecido. Habíamos llenado el futuro con la presencia de nuestro hijo y gracias a ella nos sentíamos protegidos e imperecederos. Aquel al que tanto habíamos protegido ha entrado solo en la muerte, como si nuestra continua vigilancia se hubiera descuidado un segundo, abriendo una brecha por la que ha penetrado el destino.

Intento explicar aquí cómo el abismo que me ha separado de un ser joven infinitamente amado se ha llenado quizá por la fuerza de mi rechazo. La muerte de un niño es una muerte

imposible, inaceptable. «Ya no existe» son palabras que no se pronuncian, ya que a nuestros ojos sólo expresarían una mentira. Creo que esto lo han sentido todos los padres que han sufrido el mismo golpe, pero la mayoría de las veces es el recuerdo el que ayuda a la resurrección. Los muertos siguen siendo de este mundo mientras nuestra memoria conserva su recuerdo.

¿Por qué no he podido contentarme con la idea, llena de serena ternura, de que basta con que sobrevivamos nosotros para prolongar la vida de los muertos? Porque, sin duda, es una idea de no creyente, y niega al desaparecido su autonomía, toda su libertad, dejándole únicamente el reflejo de su vida terrestre, vivida por una persona interpuesta. Por conmovedora y natural que sea la fidelidad del recuerdo, ya sabemos hasta qué punto este recuerdo está influido por nuestra propia imperfección, cómo endulza y falsea, incluso y sobre todo si está impulsado por la buena voluntad y el amor. Un hijo perdido, que vive en nuestro pensamiento diario, y solamente allí, es un poco como si volviéramos a llevarle en nuestro interior pero esta vez no verá jamás la luz del mundo. Se convierte en nuestro fantasma interior, que a un tiempo nos persigue y está sometido a nosotros, ya que solamente es una proyección de nosotros mismos. Por otra parte, los que creen extraer toda su fuerza del recuerdo, ¿no se sorprenden en ocasiones pensando como si tuvieran la esperanza de un futuro común con el ausente?

A través de la experiencia directa —y la más dolorosa— he adquirido la convicción de que nadie sobreviviría a la desaparición de un ser amado, sobre todo un hijo, si en el fondo del alma humana no surgiera la intuición, a veces difusa, pero casi siempre fulgurante, de que no estamos totalmente separados. Sin la seguridad de una posible reunión, el desgarramiento sería intolerable. El mejor remedio para la muerte es no creer en lo irremediable.

En realidad, al principio yo no he querido ir más allá en la búsqueda de mi hijo de lo que lo hacen la mayoría de los

padres, desgarrados por la misma pena. Yo he sido llevado más lejos, empujado más lejos. A causa de mis largos años de videncia, y de lo que, a falta de otra palabra mejor, debo llamar mi aprendizaje de vidente, estoy preparado para rechazar las apariencias. Cada vez que un hombre o una mujer vienen a verme, no veo solamente su rostro, ni toco únicamente su mano. Rostro y mano son simplemente pantallas, máscaras. Entonces voy, o por lo menos me esfuerzo en ir más allá. Es lo que yo llamo —con toda humildad, ya que los dones recibidos no me autorizan a distinguirme en nada de los demás hombres— el tacto del alma. Me encuentro, con el desconocido que está frente a mí, en un estado de comunión íntima, que no es la del cuerpo, ni siquiera la del espíritu, en el sentido intelectual que se da a esta expresión. Quizás es éste el sentimiento tan fuerte de un acercamiento inefable lo que me ha conducido una vez enfrentado con el acontecimiento más trágico de mi vida, a la certeza total de la inmortalidad de esa alma cuya presencia se me ha impuesto siempre tan violentamente.

No soy un enfermo ni un fanático. Mi existencia no puede ser más sencilla ni menos exaltada. No pertenezco a ninguna religión formal, a ninguna secta dogmática. No soy espiritista. Podría decir que me debato solo con Dios, sin poder definirlo. Soy un creyente sin definición.

¿Qué vale una convicción que no puede ser comprobada (ni siquiera por el que la posee), una intuición que no puede ser medida ni comunicada por medio de la razón? Para intentar responder a esta pregunta es necesario que dé un salto atrás, hacia la terrible época del accidente que hizo que todo se tambaleara. Al principio creí que aquello lo negaba todo, y hoy me rebelo contra ese término negativo. Ahora digo que lo alteró todo e intento ordenar el universo que se revela alrededor de este conocimiento, encontrar entre el caos el sentido de mi vida y de mi obra.

Desde hace dos años vivo en la noche. Una noche negra, fría y continua que cayó sobre mí en aquella fecha del mes

de agosto, cuando la tierra era tan dulce, tan cálida, y mi hijo desapareció.

Yo había presentido esta muerte. Dos horas antes de que se hubiera inscrito en lo irreparable, de que hubiera sonado el «nunca más», la había visto abalanzarse sobre mi hijo y llevárselo. Aquella noche comprendí el significado de la palabra «súplica». Es fácil imaginar el ardor de mi plegaria entre el aviso y la consumación del hecho, pero Dios permaneció sordo ante mi vehemencia y como ciego ante mi suplicio.

«Mi muerte no tiene sentido —ha dicho Michel en ese diálogo que hemos establecido más allá de la vida—. Mi muerte sólo tiene sentido por vuestro sufrimiento y vuestra supervivencia.» Estas palabras reúnen a los vivos y a los muertos en un único mundo, en el que todos somos solidarios. La única frontera es lo ilusorio; el diálogo puede ser difícil, pero no es imposible.

Entre dos espíritus —y ahora hablo de los vivos— circula algo que no precisa de la palabra, ni del gesto, ni siquiera de la presencia para expresarse. Pensamientos e imágenes se transmiten sin ningún apoyo. Esto es algo que muchos de nosotros hemos experimentado, por lo menos una vez en la vida, y la telepatía es, entre los fenómenos parapsicológicos, el que se niega con menos frecuencia.

Circulan mensajes que algunos saben captar y a veces traducir. Yo soy uno de ésos y mi hijo también. Por lo menos, tenía «el don». En febrero de 1969, Michel hizo un viaje a Kenia, acompañado de su madre. En el momento de emprender el regreso, dijo de pronto, ante varios testigos y sin ninguna razón aparente:

—Estaremos retenidos tres días en Nairobi. El avión no podrá despegar, porque el motor no funcionará. Tendremos que tener paciencia hasta que llegue un reactor de Francia.

Y todo ocurrió tal como él había dicho, como si no existiera ningún obstáculo entre él y aquel futuro tan cercano, pero imprevisible.

Cuando se han presenciado hechos tan precisos parece poco juicioso continuar imaginando que los seres están separados por tabiques estancos, y surge, magnífica, en la conciencia, la idea de una relación entre ayer, hoy y mañana. Todo y todos se agrupan en la unidad de la vida. ¿Por qué excluir a los muertos de la comunicación universal? Reaccionamos de un modo tímido y vacilante ante las hipótesis que nos arrancan de nuestras líneas de pensamiento habituales. Estoy convencido de que nuestra libertad es mucho mayor de lo que imaginamos, y que no existen puertas ineluctablemente cerradas.

La sabiduría popular dice que hay que vivir con los vivos, pero es probable que esta sabiduría tenga la vista corta. Lejos de Occidente hay muchos países en los que la comunicación entre las almas es constante, donde los muertos están incluidos en la vida cotidiana, y a los que no solamente se venera, sino también se consulta. Participan en la vida, actúan, y por lo menos ejercen su acción desde mucho más allá de su existencia terrestre.

«Yo es otro», escribía Rimbaud. En tres palabras, decía lo extraños que somos a nosotros mismos, definía nuestro exilio. El vidente puede decir: «Yo es el otro.» Cuando yo me encuentro con una persona que se confía a mí, que espera que le dé una respuesta, hasta cierto punto me desdoblo, me pongo verdaderamente en su lugar. El contacto queda tan firmemente establecido entre los dos que veo por sus ojos, me incorporo su pasado y su futuro, y en el espacio de un momento asumo todo su ser. Es posible que los dones de videncia de mi hijo expliquen que se haya establecido un lazo de unión entre nosotros, a pesar de la barrera de la muerte. No hay duda de que nos hemos encontrado con más facilidad que otros.

He esperado durante mucho tiempo antes de aceptar la idea de este contacto. Tenía demasiado miedo de que fuera simplemente un espejismo, una tentación hija de la desesperación. Fueron necesarios veinte meses de intensa lucha para que consintiera en ponerme al unísono con aquella presencia

que sentía en las fronteras de mí mismo, a la escucha de aquella voz que quería penetrar hasta mi conciencia. Fue preciso que conociera y viera que mi mujer llegaba a los límites del sufrimiento. Entonces llamé y me respondieron.

¿Qué puedo decir para demostrar que no intentaba engañarme a mí mismo? Solamente puedo expresar la certidumbre íntima, absoluta, de un acercamiento, de un intercambio, de un «tacto del alma», comparable al que experimento en el transcurso de mis consultas, pero cien veces más intenso, más tierno y más familiar. *Y después, reconocí la voz de Michel...*

He reflexionado largamente. ¿Debía publicar esta certeza? ¿Era conveniente que hiciera compartir mi deslumbradora convicción de que era posible cierta comunicación con el más allá? Albergaba muchas dudas. Mis inquietudes eran dobles. Por una parte, podía pasar por un alucinado, un desequilibrado. Por otra, y esto era infinitamente más grave, tal vez se me acusaría del más sórdido cálculo, como ocurrió en otro tiempo con el padre de Ana Frank: querer servirme de mi hijo perdido con fines sospechosos. Lo digo crudamente, porque me parece que expresado de este modo se comprende mejor que la idea sólo podría ocurrírsele a un monstruo.

Finalmente, he pasado por encima de todo. Según parece, no todas las verdades deben decirse. Pues bien, tanto peor. Ésta es mi verdad y la transmito. Creo que es un deber, cuando una experiencia rigurosamente personal puede proporcionar cierto consuelo a los demás.

Una vez dicho esto, no he querido añadir ni quitar nada a mi verdad. No la he arreglado, ni siquiera para darle mayor poder reconfortante. Ya se verá que este diálogo con un desaparecido no tiene nada de idílico, de conformista o cómodo. Algunos se sentirán decepcionados. El mundo de que habla Michel no tiene los Verdes Pastos de la leyenda, no es el Paraíso ingenuo y goloso de nuestra infancia. Pero habrá que reconocer mi sinceridad. Me he negado a cualquier falsificación, a toda literatura.

Después de una larga reflexión he llegado a convencerme de que lo esencial es que pase el mensaje. Es preciso que otras madres, que otros padres, que sufren como nosotros, sepan cuán vivos y próximos están aquéllos de los que la sabiduría cruel dice que ya no existen. *Existen,* para siempre.

Y por encima del grito unánime de tantos dolores particulares, quizás el ejemplo de mi sinceridad abrirá la vía para otros diálogos, lo que hará que la ciencia tenga que enfrentarse seriamente con estos testimonios.

BELLINE

I

MICHEL, MI HIJO:

SU VIDA

¿Muerto para siempre? ¿Quién podría decirlo?

MARCEL PROUST

Los diálogos con mi hijo son la respuesta a una interrogación apasionada, mantenida sin descansar un solo segundo durante los veinte meses de silencio y de oscuridad que siguieron a su trágica pérdida. He creído que una evocación de la personalidad de Michel les haría cobrar relieve y vida.

Quiérase, pues, encontrar aquí el relato de una breve existencia.

Tal vez no consiga hablar siempre de Michel con orden y método. La cronología carece de sentido cuando se trata de los seres desaparecidos que amamos. Su vida entera está presente en nosotros, resurgiendo a bocanadas.

Se confunden las imágenes que en el pasado estuvieron separadas por meses o años. Vuelvo a ver en el rostro de Michel, niño, aquella expresión de calma y energía controlada que conservaría en las últimas horas de su vida.

Querría hablar de mí lo menos posible. Pero debo describir la familia de Michel, si quiero sensibilizar al lector para lo que va a leer y que es una historia de amor. De amor conyugal, de amor conjugado entre el hijo y los padres. Una historia de tres personajes, que nuestra época que todo lo niega hace aparecer en ocasiones como adversarios. Teníamos la fortuna de estar unidos por unos sentimientos de profunda intensidad.

Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial (yo tenía entonces veintiún años), mi salud se vio gravemente amenazada. Desde el principio de 1942, como tantos otros, dediqué todas mis fuerzas a la Resistencia y dieciocho meses más tarde, como consecuencia de una de aquellas «tareas» nocturnas que exigían más resistencia física de la que yo poseía, la enfermedad me venció.

Cuando llegó la Liberación, yo me encontraba en un sanatorio, impaciente por participar, en la medida de mis fuerzas, en el enorme movimiento que se sentía bullir por toda Europa y que venía a morir a las puertas del sanatorio. Manifesté el deseo de cortar anticipadamente aquella lúgubre

condición de convaleciente en que vegetaba. Se me ofreció que me ocupara de las Juventudes Patrióticas a nivel del departamento.

¡Cuántas cosas quedaron anudadas por la suerte, a partir de aquellos momentos! ¡Qué extraño resulta, veinticinco años después, contemplar esa trama cuyos hilos se ven hoy tan claramente!

Yo tenía un amigo deportado y presentía que se hallaba sano y salvo. Esperaba recibir sus noticias de un momento a otro. De pronto, el 25 de abril de 1945 experimenté un deseo irresistible de ir a su encuentro. Salí para París. El 26 le estaba esperando en la estación del Norte. Si hubiera dicho que me encontraba allí siguiendo un simple impulso, la fe de un presentimiento, me hubiesen tomado por un imbécil. Miraba cómo pasaban aquellos mártires que la muerte había rechazado por capricho, pero buscaba en vano entre ellos el rostro de mi amigo. Me preguntaba una vez más si no habría sido víctima de mi imaginación, y como de costumbre, los acontecimientos iban a dar la razón a mi presentimiento. Aún hoy, cuando las circunstancias externas parecen desarrollarse durante cierto tiempo en perfecta oposición con una visión clara que haya tenido, como a todo el mundo, me asalta la duda.

Fue entonces cuando distinguí la silueta de mi amigo, tan cambiado y macilento que fue necesario ver cómo se volvía en respuesta a mi llamada para que estuviera seguro de que era él. La guerra llegaba a su fin, volvíamos a encontrarnos, teníamos veinte años. Todo podía volver a empezar.

En 1945 creíamos haber vencido al mal.

Un poco antes yo había ofrecido hospitalidad a otro deportado, pero mi apartamento era demasiado pequeño para que viviéramos en él tres personas. Se convino que uno de mis invitados sería acogido por una señora a la que yo conocía vagamente, y que, a petición mía, se había brindado a albergar mi primer huésped. Por lo tanto, le acompañé a su casa.

En ella se encontraba una joven sobrina de la dueña de la casa. Así conocí a mi mujer, la más rubia, la mejor de todas. Lo supe a la primera mirada y puedo repetirlo veinticinco años más tarde, cuando esta afirmación ha pasado por la prueba de la pequeña llama serena de la existencia cotidiana y por el fuego devastador de la tragedia. ¿Qué más se puede decir? Había alcanzado la verdad de mi vida. No todo el mundo tiene la suerte de encontrarla a los veinte años. A veces creo que si Michel hubiese descubierto a tiempo los lazos mágicos de un amor seguro, se habría salvado. Pero, hijo de la posguerra, se planteaba demasiadas preguntas que quedaban sin respuesta.

No podían faltar buenas personas que recomendaran prudencia a aquella joven que escogía unirse a mí para siempre. Yo era un muchacho sin fortuna, sin porvenir y la Resistencia no equivalía a un diploma cuando se trataba de fundar un hogar e instalarse en la vida. Además, yo había estado enfermo y podía recaer. Pero prescindimos de toda desconfianza, de toda consideración, y no lo hemos lamentado nunca.

Cuando se anunció el nacimiento de Michel, yo acababa de sufrir una recaída. Había tenido que volver al sanatorio para una segunda estancia. Todo aquello podía habernos parecido negro y sin salida. Pero lo que nos dominaba era la alegría, una maravillosa confianza en la solidez de un porvenir, amenazado y precario en apariencia. La llegada de un hijo desbarataba nuestros proyectos y dominaba todas nuestras inquietudes. Debo hacer constar aquí cuánto nos ayudaron a capear aquella difícil situación los padres de mi mujer. Poseían una gran bondad, sencilla y evangélica. Aceptaban como un don aquel niño, que venía demasiado pronto, según las normas burguesas. Su hija me amaba, y ellos le daban esa prueba de amor, tan poco corriente entre los padres, de amarme a su vez. Estaban seguros de que su elección era buena. Pedí al médico director (hoy todo aquello me causa

risa) que me autorizara a salir del sanatorio para... casarme.

Cuando se es un recién casado, y se ha tenido la ilusión de sentirse un hombre libre, resulta descorazonador tener que volver a adoptar las costumbres de un enfermo, enfrentarse con los mismos cuidados a idénticas horas, con el mismo reposo impuesto, el mismo régimen, los medicamentos, la rutina, sentir de nuevo sobre la espalda, sobre el pecho, el frío estetoscopio, ver siempre el único paisaje que se divisa desde la ventana. Pero yo amaba y era amado, y gracias a ello conservaba la esperanza. La sabiduría consiste quizá simplemente en no desesperar nunca.

Mi mujer me escribía cada día y venía a verme cada domingo. Seguí su embarazo como pocos futuros padres han tenido ocasión de hacerlo. Tenía todo el tiempo libre para soñar con mi hijo, para imaginármelo, para hablar de él en mis cartas. Lo he llevado dentro de mí sin que nada me distrajera, ni mi profesión, ni los intereses, como hubiera ocurrido en caso de estar curado. Ya he dicho que la vida exterior moría a las puertas del sanatorio. Estaba como encerrado en una prisión, cautivo de la enfermedad, y la única ventana que me quedaba abierta hacia el futuro era el pensamiento del hijo que iba a nacer.

Este retiro forzoso me ha dejado el recuerdo de momentos muy puros, muy dulces. Me sentía invadido por la esperanza. El valor y la firmeza de mi mujer eran discretos y seguros.

Michel le dijo un día:

—Tú, mamá, eres la única mujer que he conocido que no se ha quejado nunca.

Bautizamos a nuestro hijo con el nombre de Michel. La mayor parte de las veces los nombres dados a los niños carecen de un valor intrínseco. En otros tiempos se les imponía el del padrino o el de un familiar querido. Cada familia tenía su lista de nombres, que reaparecían siguiendo el hilo de los nacimientos y se transmitían de generación en generación. Ahora es más bien la moda, el sentido estético o la eufonía lo que determina la elección. Pero nosotros escogimos «Michel» por una razón muy distinta.

Durante mi primera estancia en el sanatorio conocí a un muchacho de mi edad, Michel N., que comenzaba su carrera de periodista en el momento en que cayó enfermo. Poseía un talento personal, un estilo agudo. Habíamos proyectado formar un equipo. Yo le puse en contacto con los medios periodísticos de París en los que tenía cierta entrada y él había tenido una acogida muy favorable. Parecía tomar de nuevo contacto con la vida, de una forma muy sólida. Yo me sentía tan feliz por ello como él. Entre Michel N. y yo se establecieron unos lazos de amistad que prometían ser de larga duración. Él estaba dotado de una riqueza de alma, de un calor, de una radiación excepcionales. La vocación de la amistad nos unía.

En el sanatorio él había conocido a una joven periodista, de la que se enamoró apasionadamente. Ella parecía corresponder a aquel amor. Por desgracia, los padres de su amada tenían una idea de la felicidad que no coincidía con las perspectivas de un matrimonio aventurado. Emplearon todos los medios posibles para disuadirla de casarse con un «pulmonar». La joven hubiera debido resistir, pero su padre era de temperamento violento: la espiaba, la trataba con brusquedad y la amenazaba. (En aquella época, un comportamiento semejante no era raro.) Tenía preparado un novio de repuesto para proponérselo. Finalmente, ella consintió por agotamiento. Sin duda sus sentimientos no eran muy profundos ni su carácter bien templado. Creo, sobre todo, que pertenecía a esa clase de mujeres, que aún no se ha extinguido, para las que el marido importa poco, siempre que haya boda. Y sin problemas aparentes, pasó de un novio al otro. Michel N. no se dio por vencido. Suplicó a la joven que volviera a reflexionar. Le fijó un plazo, una fecha, para que anunciara su decisión definitiva. Y le dijo que de su elección dependía su vida. Ella no debió creer aquella frase. Muchos enamorados dicen: «No puedo vivir sin ti.» Y lo piensan, y se equivocan al pensarlo.

Michel me había comunicado sus intenciones. Aún recuerdo su sonrisa triste:

—Al enorme sufrimiento que me desgarra, al pensamiento de la soledad a la que voy a condenar a mis padres, se une el pesar que voy a causarte a ti, amigo mío, pero es más fuerte que yo. Ni padres ni amigos podrán hacer cambiar mi decisión de quitarme la vida, si se produce la ruptura.

Yo estaba inquieto. El afecto me impedía pensar que estuviera decidido a pasar a la acción. No hizo nada para dramatizar su muerte. No quería que pesara sobre otro la responsabilidad de su gesto. Se confiaba a mí, pero lo hacía más para consolarme por anticipado que para persuadirme. Con toda calma me mostró su agenda, y aún escucho su voz:

—Dentro de cuatro semanas, si ella dice que no, pasaré al otro lado.

Yo intentaba reconfortarlo, pero en momentos semejantes, todo lo que se diga resulta inadecuado. Aún no se han inventado las palabras que consuelan de un amor desgraciado. Le hablaba de su talento, de su juventud, del porvenir que se abría ante él, imprevisible, quizá magnífico. Le dije que muchas otras mujeres le esperaban, que con una sola mirada le harían olvidar aquélla. No hay amor que el tiempo no cambie pero es preciso querer vivir para verlo. Me miró y respondió:

—Desde luego, si uno puede seguir viviendo es señal de que se consolará.

Yo tenía la impresión de que mi amigo estaba dentro de una especie de prisión mental, fuera de alcance, lejos ya de mí, pero no quería aceptarlo.

Aquella entrevista me dejó un gran malestar. La comenté con los que me rodeaban, y me respondieron que cometía un error al no confiar en el buen juicio de mi amigo:

—Los enamorados siempre dicen eso... No es más que un desengaño amoroso... El tiempo será la mejor medicina...

Confié finalmente mis inquietudes a mi futura mujer. Se quedó reflexionando, y por fin dijo:

—Michel ama tanto a la vida, que es inconcebible que prefiera perderla...

Me quedé indeciso, angustiado, preguntándome si no convendría evitar que Michel se quedara solo, pero resulta muy difícil vigilar a alguien que ha decidido escaparse, cortar los puentes.

No salvé a mi amigo. Se mató el día fijado, a pesar de la vigilancia, de la amistad, pasando por encima de todos los obstáculos que habíamos intentado poner entre él y la muerte. Sentí una gran pena y experimenté esos remordimientos que, aunque inmerecidos, nos hostigan los días de desaliento. Siempre nos sentimos responsables del suicidio de un ser querido.

Mi hijo nació dieciocho meses después de este drama, el 22 de diciembre de 1946, al término de la espera ferviente y grave de que ya he hablado. En recuerdo a aquel otro le llamamos Michel. Me parecía que debía quedar algo más de mi compañero que una corona sobre una tumba. El nombre de un recién nacido era el más tierno presente, el más cálido homenaje que yo podía ofrendar a un amigo de juventud al que había querido tanto, y que murió de tanto amar.

Cuando salí del sanatorio, tenía una razón esencial por la que luchar, arriesgarme, lanzarme al trabajo. Era aquel diminuto muchachito, que queríamos convertir en un hombre.

Creo que mi corazón contiene más imágenes de Michel que minutos ha tenido mi existencia. Porque Michel era todo juego y movimiento. Hubiérase dicho que no tenía un instante que perder. Le recuerdo cuando tenía tres, seis, siete años, y veo una legión de ángeles de cabellos rubios ensortijados y ojos claros. Michel sentado en la rama más alta de un roble, Michel en una barca inclinado imprudentemente sobre el agua, Michel deslizándose entre dos alambres de espino para ver de cerca una flor, un caballo, un toro, Michel acercándose tanto a los raíles del Metro que nos producía vértigo, queriendo saber de dónde venían y a dónde iban. Había que explicarlo todo sin cesar, y nuestras respuestas

provocaban una lluvia de nuevas preguntas. Sus ojos azules sondeaban los túneles, las puertas de las cocheras, los arroyos. La excitación del misterio le hacía fruncir la frente. Desde muy pequeño quiso llegar al fondo de las cosas, de un modo casi doloroso, y sacaba conclusiones por sí mismo.

Mi mujer y yo, con ayuda de mi padre, que pertenecía a la profesión, nos habíamos hecho cargo de la gerencia de un almacén de antigüedades. Por fin empezaba yo a vivir realmente. Una vida difícil. El polvo era un elemento con el que tuvimos que aprender a convivir: el anticuario compra el polvo con los muebles, lo respira en las salas de venta, le persigue en su tienda, le impregna durante toda la jornada. Duro régimen para unos pulmones frágiles. Si no hubiera sido por mi mujer, la partida hubiese estado perdida de antemano.

Entre los dos sostuvimos el timón, avanzamos lentamente por entre el polvo, el cansancio y la enfermedad. Aprendimos un oficio que, a primera vista, era muy poco conveniente para mi estado de salud. Además, hay algo que mi mujer no ha sabido nunca hacer: mentir. Las más inocentes de esas semiverdades comerciales, que no engañan a ningún cliente, y que son casi fórmulas, no conseguían salir de sus labios: «No puedo vender este abanico a ese precio, perdería dinero», y si añadía, tomando a mi mujer por testigo: «¿No es cierto, querida?», se alejaba, molesta, sin decir nada.

Con el exceso de trabajo de nuestra vida, nos fue imposible conservar a Michel con nosotros, por lo menos durante la semana, en los primeros años de su vida. Lo confiamos a los padres de mi mujer, que vivían en las afueras de París. Ya he hablado de su gran valía moral. Era un ambiente de profunda honradez en el que no había nada adulterado. Un niño podía florecer fácilmente en él porque encontraba al mismo tiempo un reflejo de su propia limpieza y un apoyo incondicional.

Mi suegra murió cuando Michel tenía tres años. Mi suegro educó entonces solo a aquel nieto que adoraba. Era el hombre más recto, más puro que he conocido, de una piedad sincera y discreta. Nunca se impacientaba o se mostraba molesto por la gran turbulencia del niño, procedente de un exceso de vitalidad, y que iba acompañada de mucha ternura.

La casa de mi suegro no era muy grande, pero como estaba habitada por un hombre solo con un niño, daba una sensación de bienestar. Parecía enteramente ocupada por Michel. No es que su abuelo fuera un hombre insignificante, todo lo contrario. Tenía mucha clase y mucho carácter, pero era de una naturaleza silenciosa, meditativa. ¡Cuántas veces he visto su alta silueta recortada en el umbral de la puerta! Inmóvil, en la sombra del vestíbulo, contemplaba cómo Michel jugaba en el jardín. El niño, absorto, no lo veía. A veces, el juego le acercaba a la puerta. Entonces, descubría de pronto las largas piernas de su abuelo, alzaba la cabeza para sondear su mirada y se reía a carcajadas porque el abuelo y el niño se amaban, experimentaban la misma satisfacción al estar juntos.

Por razones de comodidad, Michel tenía dos habitaciones en la casa. Una de ellas estaba mejor orientada, y el niño la ocupaba durante el invierno. La otra, más fresca, estaba reservada para el verano. Estos cambios complacían mucho a Michel. Era un juego más. Creo que también agradaban al abuelo, encantado de que aquel rapazuelo ocupara toda su casa.

Al decir que el sentido del juego constituía el centro de la vida de Michel, mejor dicho, que era su propia vida, temo dar la impresión de que era frívolo. Por el contrario —e insisto en ello porque creo que muchos hijos de su generación se le parecen en este punto—, puede haber una inmensa gravedad en el amor al juego. Un don suyo. Al crecer, Michel no perdió el sentido del juego, sino que se convirtió en un elemento de su vida. De una vida que quizás arriesgara más que otros. Cuando era muy pequeño, suspendido de una rama flexible, a cinco metros del suelo, gritaba riendo, perdido entre el follaje: «¡No hay peligro, mamá!» La existencia pare-

cía ser a sus ojos una cosa ligera, hecha para ser doblegada hasta el máximo, como la rama.

Michel amaba los juegos peligrosos y los otros: las cartas, los dados, los rompecabezas, los mecanos y los soldados de plomo inmovilizaban a aquel fogoso.

Ningún niño ha tenido más juguetes que él. Los usó, los *explotó* todos hasta el extremo. Creo que si los juguetes de Michel pudieran hablar dirían que estaban enamorados de él, como él de ellos. Otros niños, muy mimados, se cansan pronto de los regalos recibidos. Él dominaba perfectamente esta abundancia, la administraba, la aprovechaba a fondo, quizá porque tenía mayor vivacidad e imaginación. Sus tíos de América le enviaban unos robots que eran una pequeña maravilla, y que él agotaba como la niña pobre de otros tiempos hubiera desgastado su muñeca de trapo. Se llegaba a ver la trama de los juguetes, la madera quedaba pulida, el plástico perdía su brillo, los reyes y las sotas de los naipes palidecían.

Todavía no he hablado de mi madre, una mujer buena y dulce, como aquellas de las que me decía Georges Duhamel, recordando a la suya, que «tenían una finura discreta, un sentido común extraordinario, una pizca de caletre, y otra de comprensión».

Y era cierto. Mamá me parecía muy intuitiva, y que si yo tengo intuición he debido heredarla de ella.

Ni ella ni mi padre tuvieron tiempo de ejercer ninguna influencia en la vida de Michel. Mi madre murió cuando el niño tenía cinco años, por lo que su ejemplo no tuvo ningún efecto sobre él. Pero le transmitió un don más secreto. En ella la intuición permanecía en estado latente. Mi padre era racionalista, pero mi madre se dejaba guiar por sus presentimientos. Cuando siendo niño tuve mis primeras videncias, fue a ella a quien encontré siempre a mi lado, dispuesta a creerme y animarme.

Nunca he visto a nadie reaccionar ante un niño pequeño como mi madre frente a Michel. No era una de esas admiraciones clásicas de abuela. Se sentía impresionada por su nieto como si fuera un adulto, se asombraba de la destreza que manifestaba en sus juegos y percibía en él una especie de magnetismo, semejante a la presencia del actor que representa su papel en un estado secundario.

Aquello era lo que deslumbraba a su abuela, la seguridad, esa especie de majestad que Michel ponía en la diversión. En cierto modo, imponía su juego incluso a los «mayores». No venía a casa ningún invitado al que no le ofreciera penetrar en su mundo. Jugar con él, u observarle mientras jugaba era un privilegio. Hasta mi propia madre era incapaz de resistirse.

La mirada con que contemplaba a su nieto ya era de por sí fascinante. La recuerdo perfectamente inmóvil y grave. Se hubiera dicho que su única preocupación era recoger imágenes. Quizás esperaba poder compararlas más tarde con otras, las del adolescente, las del hombre joven en que se convertiría Michel. ¿O era que, advertida de algo que los demás no sabían, adivinaba que no lo vería crecer?

Mi padre (que desapareció un año antes que mi madre) era un hombre extremadamente independiente. Tenía una amplia cultura y hablaba varios idiomas. Había escogido una profesión que respetaba su libertad: anticuario. Su pasión por los muebles antiguos hubiese podido llenar su vida, pero, como su nieto, amaba el juego, sobre todo uno: los caballos. Con frecuencia perdía en las carreras lo que ganaba con los muebles. Era el punto flaco de aquel espíritu original y libre. Michel nunca se cansaba de pedirme que le contara una historia verídica: cómo se había escapado mi padre, prisionero de guerra en el 14, como un improvisado conductor de una locomotora, que a falta de combustible tuvo que abandonar en medio del campo. Cuando le volvieron a prender le sometieron a consejo de guerra. Su perfecto conocimiento del alemán y de la psicología del enemigo le permitieron defenderse

a sí mismo. Y escapó a la ejecución sin necesidad de abogado.

En 1940, mi padre no fue capaz de reprimir sus sentimientos antinazis. Aquel hombre que hablaba poco, que gustaba de refugiarse en largos silencios, desbordaba de frases llenas de indignación. No faltó quien recogiera aquellos desahogos imprudentes y los denunciara. Convocado por Geheimfeldpolizei, por segunda vez en su vida tuvo ocasión de felicitarse por ser un excelente germanófilo. Fue puesto inmediatamente en libertad. Era el principio de la guerra y el ocupante procuraba mostrarse todavía «correcto». Mi padre comprendió que, de todos modos, sería preferible hacerse olvidar y vivió en la clandestinidad hasta el final de la contienda. Fue una precaución muy acertada, ya que cuando se organizó la Resistencia, los alemanes estudiaron con más detenimiento sus listas negras, y corrieron directamente a nuestro domicilio donde ya no vivíamos desde hacía mucho tiempo. Mi padre no vivió mucho después de la Liberación y sus últimos años fueron bastante pesimistas. Decía con melancolía:

—Los vencidos de hoy serán los vencedores de mañana.

Cuando yo me instalé por fin como vidente, pudimos llevarnos a Michel a casa con nosotros. No hay que decir que mi suegro, jubilado ya, era uno de nuestros huéspedes más asiduos. Con aquel estrechamiento de lazos se produjo un mayor florecimiento de Michel.

Con frecuencia nos despertaban los botes de una pelota, o el chirrido de la rueda de un patinete. Michel quería a toda costa jugar antes de ir a clase. Era su reserva de oxígeno para las largas horas de inmovilidad.

A veces se levantaba por la noche a escondidas. Le habían regalado un pequeño equipo de pesca submarina. Una noche nos alertó el gorgoteo del agua en los tubos, y le encontramos calzado con sus «patos» y nadando en la bañera. El juego de día y de noche era la voluptuosidad de su existencia.

Le he visto llorar en contadas ocasiones, excepto en la muerte de su abuelo. Nunca por un amor desgraciado (entonces se refugiaba en el silencio), pero sí, de niño, cuando se le retiraban los juguetes. No lo hacíamos como castigo, sino porque, absorto en el juego, no le quedaba tiempo para los deberes. Michel sólo podía considerar la desaparición de sus juguetes como algo punitivo. «No es justo, no he hecho nada malo», decía. Primero recogíamos todo lo que se hallaba disperso a su alrededor, un tren, un sombrero de cowboy, unos patines de ruedas. Después había que separar uno a uno sus dedos, crispados alrededor del oso o del auto que apretaba contra su corazón y resistir a las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Por medio del juego obteníamos lo que de otro modo hubiera sido imposible. De este modo era capaz de plegarse durante algún tiempo a las más estrictas disciplinas. Desde la edad de tres años acompañaba a su abuelo a pescar y se sometía del modo más sorprendente a la consigna de silencio y tranquilidad. ¿Se trataba quizá de las reglas de un nuevo juego?

Mi suegro, que seguía trabajando cuando Michel era pequeño, debía dejarlo para que le cuidaran durante la jornada. Cada mañana lo llevaba a casa de una señora que le dedicaba toda su atención, pero que tenía un carácter de gran firmeza. Un día, Michel dijo bruscamente esta frase, extraña en él, porque ya he dicho que era un niño pacífico:

—Quisiera que mi nodriza estuviese muerta...

Nos quedamos muy sorprendidos.

—Pero, ¿por qué?

—Para poder jugar en la calle. Y además... cuando se está muerto no se puede ser desgraciado.

—¿Por qué? ¿No te da miedo la muerte?

—Para las señoras de edad la muerte es la vida.

Dejemos a Freud o a sus discípulos el cuidado de interpretar estas reflexiones.

Quiero recordar otro hecho, más significativo de lo que pudiera parecer. Un día, mientras contemplábamos las noticias televisadas, comenzaron a aparecer en la pantalla imágenes de campos de concentración, probablemente con motivo de

algún aniversario de la liberación. Se veían cuerpos hacinados, de una delgadez inhumana. A continuación, los combates feroces, las casas que ardían o volaban, todas las espantosas sacudidas de la fiebre del hombre hacían que el espectáculo resultara casi insoportable. El descarnamiento, la dislocación de los cuerpos, hablaban con elocuencia sobre la debilidad de las víctimas, su total impotencia frente al tranquilo sistema de liquidación puesto en práctica por unos verdugos organizados racionalmente. Trágica desnudez expuesta a las miradas por una cámara lenta y concienzuda. Algo peor que el fin del mundo: el fin de una concepción determinada del hombre.

Nos volvimos hacia Michel para distraerlo y alejarle de allí, pero ya se había puesto en pie, y con una vocecita débil y angustiada nos dijo:

—Me voy a jugar.

¿Cómo podría yo hacer comprender el profundo significado de aquellas palabras? El juego se convertía en refugio, poblaba el vacío, apartaba del horror, y el impulso del niño nos pareció un conjuro contra aquella inmovilidad blasfema, un vestido que cubría a aquellos hombres desnudos, el sol que borra «la noche y la niebla». El niño había dicho: «Me voy a jugar», como un creyente diría: «¡Voy a orar!»

Recuerdo que cuando iba a cumplir los doce años, pasábamos un atardecer de verano en coche por delante del Hospital Beaujon. Michel había oído hablar algo más de hospitales que otros niños. Sabía de mis largos períodos de enfermedad. Era inútil atraer su atención sobre el infortunio de los enfermos encerrados en aquellas grandes construcciones, prisioneros de su mal. El verano resplandecía de belleza. Mientras frenábamos por los semáforos, Michel sacó el brazo por la ventanilla abierta, y dijo suavemente:

—¡Que no sufran más, que no sufran más!

Su voz sonaba como una plegaria, su rostro estaba tenso. Su mano redonda y áspera de muchacho, suspendida en el aire, hacía un gesto de bendición. Intentaba visiblemente entrar en contacto con todo lo que se encontraba más allá de los altos muros rojos, llegar hasta la desgracia para consolarla.

Físicamente, Michel tenía algo de resplandeciente, de sano. Al principio, los animales que tanto amaba (¡qué magníficos compañeros de juego!) se sentían intimidados por su rapidez, su voz sonora, la electricidad nerviosa que se desprendía de él. Necesitaban tiempo para acostumbrarse a su dominio. Aquella espera le apenaba. Hubiera querido encantarlos o domarlos inmediatamente. Es posible que sus camaradas experimentaran en los comienzos de sus relaciones el mismo sentimiento de miedo ante aquella vitalidad desbordante. Creo que los sacaba de ellos mismos, les empujaba al movimiento, a la vida. No se peleaba nunca, pero más de un compañero debió regresar a su casa el jueves por la noche cansado y derrengado por el ritmo desenfrenado que Michel imponía a los que caían en su esfera.

¿Se aburrió alguna vez solo? ¿Cómo aburrirse cuando el más sencillo de los objetos descubre mundos infinitos?

Hacia 1956 o 1957 tuvimos un pequeño vecino, que vivía en el primer piso, mientras que nosotros ocupábamos el quinto. Regalé a Michel, que tenía entonces diez u once años, un teléfono con dos receptores. Michel instaló uno de ellos en su habitación y el otro cuatro pisos más abajo, en casa de su camarada. Aquel precursor de los «talkie-walkie» permitía a los dos muchachos prolongar el juego durante la noche, o comenzar más pronto por la mañana, antes de ir a la escuela. Intercambiaban frases de conspiradores.

Una noche oí que Michel hablaba en su habitación. Entreabrí la puerta. «Telefoneaba» con su voz más misteriosa: «Vamos a jugar a detectives. Tú serás el detective, y vamos a ver de lo que eres capaz. Sal a la ventana y observa, anota todo lo que pase, los ruidos, indicios, todo...» Y vi cómo Michel abría tranquilamente la ventana y hacía pipí por encima de la

baranda. Volvió al «teléfono»:

—Veamos, ¿cuál es tu informe? ¿Cómo? ¿Que has visto pasar un chorro de agua? ¿Eso es todo? ¿Y de qué naturaleza era ese agua? ¿Y su trayectoria? ¿Has recogido algunas gotas? ¿No...? Pues bien, ¡eres un mal detective! No triunfarás nunca en la profesión...

Colgó, adoptando el aire de un Sherlock Holmes que acaba de dar una lección de deducción a su doctor Watson.

Michel tenía muchos compañeros, pero que yo sepa ningún amigo íntimo. Y sin embargo, muchos de ellos han conservado fielmente su recuerdo. ¿Será esto la huella de la radiación que ha dejado tras su partida?

No se sabe en qué momento los niños dejan de serlo. A veces, un acontecimiento sin importancia da el alerta. En el caso de Michel, creo que se produjo durante el verano de 1960. Aquel año, la noche del 14 de julio no volvió a casa a la hora que nos había prometido. Estábamos inquietos. Acechábamos el ruido del ascensor, el sonido de pasos en la escalera. Nos molestaban los ruidos de la fiesta que interrumpían nuestra silenciosa espera. La alegría del exterior parecía estallar de forma inoportuna. Por fin se presentó Michel. Íbamos a reñirle, pero nos dijo:

—He estado viendo los fuegos artificiales, no he podido irme...

Conservaba todavía la expresión maravillada de un niño pequeño. Sin saber por qué, me pareció que era como un adiós que daba a su infancia.

Un mes más tarde, en Evian, donde pasábamos las vacaciones, tuvo su primer amor, que duró un verano. Tenía entonces catorce años.

Aunque Michel seguía viviendo para jugar, su abuelo, su madre y yo nos preocupábamos de prepararlo para la vida activa. Era nuestro deber, pero ahora pienso que el único que sabía lo que hacía era el niño...

Michel asistía a la escuela con toda docilidad, pero su espíritu estaba ausente. Comenzó unos estudios anárquicos, que siguió hasta el tercer curso para interrumpirlo entonces por razones de las que hablaré más adelante. Su carácter se definía. Tenía ideas propias y las defendía con una firmeza inesperada. Como ya he dicho, mi suegro era un hombre piadoso. Cuando iba a misa llevaba a su nieto.

—¡Dios no existe! —decía el niño cuando tenía siete años—. Si existiera, no permitiría las matanzas.

Seguía a su abuelo, pero al volver de la iglesia imitaba al cura con una gracia irresistible.

Una actitud tan tajante en un niño hubiera podido explicarse en una familia de un anticlericalismo militante. Pero éste no era nuestro caso. Aunque practicaba poco, mi mujer seguía perteneciendo a la religión católica. En cuanto a mí, he experimentado los flujos y reflujos de la fe. Estas intermitencias eran frecuentes entre los jóvenes de mi generación. En mi caso, una infancia mística y algunos años de indiferencia me condujeron a la madurez. Mi vocación de vidente, que me hace codearme a diario con el sufrimiento humano, aunque no me ha devuelto la fe de mi infancia, me ha hecho creer en la existencia de un ser superior, como ya he escrito en mi prólogo.

Cosa curiosa, mi trayecto era en sentido inverso del de mi hijo, al que «todas las matanzas», como él decía, todas las injusticias alejaban de la idea de Dios. Pero nada en la actitud de los que le rodeaban incitaba a Michel a adoptar aquella posición categórica y desconcertante.

No obstante, seguía yendo a la iglesia para complacer a su abuelo y se comportaba bien. Pero yo recuerdo una circunstancia, por lo menos, en la que manifestó su protesta. Creo que fue durante una misa de aniversario en la que se había mostrado prudente y recogido. En el momento de la colecta, se volvió hacia mí y me guiñó un ojo. En un niño que había alcanzado a duras penas la edad de la razón, resultaba muy curioso aquel guiño de viejo radical-socialista. A la misma edad se proclamaba anticomunista, mientras que yo me sentía atraído por las izquierdas. Decía que un país en el que

no se puede hablar, que cierra sus fronteras, no es un país libre. No había duda que los datos se los había proporcionado la televisión, pero la conclusión era suya. ¿Habría recibido de mí aquel inconformismo precoz, aquella repugnancia por toda traba?

A los doce años, Michel se opuso terminantemente a hacer su primera comunión. Se le preguntó por qué.

—Porque no está de acuerdo con mis ideas. No soy creyente. Si me obligáis, haré la comunión. Pero no creo que así sirva para nada.

También habíamos esperado que, una vez superada la primera infancia, se calmaría aquella locura por el juego y se adaptaría por fin a la vida escolar. Pero no fue así, sino al contrario. Su pasión adquiría cada vez nuevas fuerzas.

¿Qué hacer? Pensamos en los medios clásicos, el colegio, el internado. Habíamos proyectado confiarlo a los padres oradores de Saint-Germain. La decisión puede parecer excesivamente rigurosa para un niño que manifestaba un anticlericalismo tan fuerte. Pero había que imbuir a toda costa en Michel unos hábitos de trabajo.

Y he aquí que un día salimos hacia Saint-Germain. Aún no habíamos llegado a ningún acuerdo con los padres. Se trataba simplemente de una toma de contacto. Michel nos acompañaba. Esperábamos que simpatizara con las personas que nos recibieran y que el patio de recreo o los jardines le resultaran atractivos. Llegamos ante un edificio enorme, rodeado de murallas, tras las que solamente se distinguían los techos y la cruz de una capilla. Puedo reconstruir aún el movimiento de Michel, al salir del coche, aquella pequeña cabeza que se alzó, que se echó hacia atrás para abarcar mejor el conjunto, los ojos que se agrandaron para captar toda la imagen de la prisión. Se volvió hacia mí, y me dijo:

—¿Vas a encerrarme aquí, papá, tú que tanto amas la libertad?

Ya no tuvo que añadir más. La palabra «libertad», que supo encontrar en el momento preciso, me había abierto los ojos. Y sin embargo, había salido de casa con un estado de ánimo bien definido, con la firme decisión de que era preciso obligar a Michel a estudiar. Pero la verdad era que, a la vista de aquella fortaleza, yo había experimentado idéntica reacción que mi hijo, la misma que habría tenido mi padre: me ahogaba de antemano. No resistí ni un segundo. Ni siquiera sentí vergüenza por mi fracaso. Me convertí en el cómplice de Michel. Huimos juntos y mientras volvía a sentarme al volante del automóvil, donde me esperaba mi mujer, recordaba la locomotora de mi padre. Decididamente, no estábamos hechos para vivir encarcelados.

Por lo tanto, Michel prosiguió con su vida libre y sus estudios anárquicos. Sería muy injusto decir que no aprendía nada. Captaba lo que le gustaba, y cuando lo consideraba conveniente. Se mantenía sin gran esfuerzo en un honroso término medio. Sus maestros le juzgaban inteligente, pero indisciplinado. Por su parte, él los consideraba en su mayoría maniáticos y aburguesados, en otras palabras, poco originales para su gusto. En realidad, aquellas afirmaciones, hechas un poco a la ligera, significaban que no había encontrado un buen psicólogo que supiera utilizar su vitalidad.

Los acontecimientos de mayo de 1968 provocaron una enseñanza más abierta hacia las realidades concretas. Creo que las nuevas relaciones que se establecieron entre profesores y alumnos hubiesen convenido más al temperamento de Michel. La «Revolución» llegó con cinco años de retraso para él.

Michel se interesaba en la economía política. Me hablaba de una nueva sociedad que comenzaría con una transformación monetaria. Según él, esto era la clave de todo. Este tema, que puede parecer árido a muchos adultos, le hacía soñar. Por detalles como éste se revelaba su riqueza interior y su capacidad de reflexión. Me sorprendía su espíritu de síntesis. Una frase le bastaba para captar el conjunto de una situación. El incidente que explicaré a continuación puede arrojar mayor luz sobre este punto.

Michel tenía diez años cuando un diario me propuso una

sorprendente colaboración. Se trataba de que redujera, en la medida de mis fuerzas, «la noble incertidumbre del deporte», anunciando antes de las competiciones los vencedores del día siguiente. Me había convertido (paradójicamente, ya que soy un profano en la materia) en el especialista de los pronósticos deportivos y mi opinión se tomaba en consideración en unos medios en los que, generalmente, se tienen en cuenta sólo los datos técnicos. En aquella época, la Televisión Francesa tenía un programa que se llamaba «Sport Panorama». El productor me había pedido «una predicción en directo» unos días antes de un combate de boxeo que enfrentaba a Robert Cohen y Mario d'Agata. Todos los especialistas estaban de acuerdo en afirmar que Cohen vencería al italiano por K.O. y que Mario d'Agata no tenía ninguna posibilidad. Yo me sentía dividido entre su convicción y la mía, que era precisamente lo contrario. Me hizo falta verdadero valor para anunciar, a pesar de todo y ante las cámaras, la victoria de Mario d'Agata, que tuvo lugar quince días después, siguiendo el desarrollo que yo había previsto. Seguimos el combate por televisión. En el momento en que el comentarista anunció que Cohen acababa de perder su título de campeón, Michel me miró gravemente, y me dijo:

—Si no lo hubieras predicho, tal vez no habría pasado así.

Aquel juego entre causas y efectos, aquel intercambio de proposiciones, era un nuevo modo de considerar las cosas que me hizo sentir turbado en aquel mismo instante.

Al finalizar el tercer curso, Michel tomó una decisión. Quiso interrumpir sus estudios, consagrar parte de sus jornadas al trabajo manual, «construir», como decía él. No le importaba seguir estudiando, pero creía que la enseñanza teórica debía ir unida a una vida activa y no precederla.

Siempre presentaba sus reivindicaciones con la mayor calma, atenuándolas invariablemente con un: «Haré lo que queráis, pero...» Aquello no tenía ningún punto de contacto con la rebeldía clásica de los adolescentes, chillona, desordenada, agresiva. No se ponía nervioso ni se enfadaba, simplemente razonaba, «nos» razonaba. «Si me obligáis a hacerlo, lo haré, de acuerdo..., pero lo haré mal. ¿Y de qué sirve hacerlo mal? ¿No vale más hacer otra cosa?» Suavemente nos hacía ver las cosas con sus ojos.

Las trabas le fueron penosas durante toda su vida. Las órdenes procedentes del exterior le hacían encabritarse como un caballo salvaje. Su reacción inmediata y natural era negarse a cumplirlas. Su estancia en el Ejército constituyó para él una larga prueba, de la que se repuso con dificultad y le entristeció mucho. Pero aún estamos lejos de eso. Antes debo hablar de los años que precedieron a su servicio militar y que fueron sus últimos años felices. Tal vez menos felices que los de la infancia, puesto que el juego ya había perdido el sabor de despreocupación, de inocencia original que tenía antes. A pesar de todo, él le mezclaba las inquietudes del adulto.

El amor también es un juego, pero con frecuencia uno de los jugadores hace trampas y el más generoso es el que pierde.

No sé por qué recuerdo tan bien aquella velada. Y aún menos por qué aparece en mis recuerdos como un momento precioso, un poco fuera del tiempo. Hubiera podido aburrirme mortalmente, esperar que llegara cuanto antes el momento en que resultara decente retirarse. Por el contrario, nos quedamos mucho rato, y me parecía que incluso las luces del alba no estropearían la magia de la fiesta. Y sin embargo, no ocurría nada excepcional. Era una de tantas reuniones mundanas, un poco fútiles, en la que todos dicen alguna tontería, bailan un poco, beben unas copas, van de un desconocido a otro, sintiéndose ligeramente molestos, vacíos, sin saber a dónde dirigirse, lo que se debe decir, a quién hay que saludar.

Nos hallábamos en casa de un pintor que poseía una gran propiedad en Borgoña, llena de árboles y de praderas. La noche daba un aspecto azulado a todo aquel verde, que sólo apa-

4 — 3.263

recía a manchas, bajo la luz de los proyectores. En el aire flotaba un olor a fruta, dulce, perfumado. Tanta belleza daba más realce a la música de baile que nos perseguía hasta el fondo del jardín.

Nos habían invitado a los tres: a mi mujer, a mi hijo y a mí. Michel tenía diecisiete años. Había perdido la torpeza de la adolescencia, pero había conservado, si no la timidez, por lo menos cierta reserva con respecto a las personas que conocía poco. Bastante alto, delgado y atlético, de cabellos rubios y ojos de un azul profundo, que seguían reflejando, como los de los niños, todas las emociones del momento, poseía un encanto que él ignoraba por completo. Las muchachas giraban a su alrededor sin que a él se le ocurriera envanecerse por ello.

Aquella noche, Michel parecía muy feliz. Encarnaba el triunfo de la juventud. A medida que iban pasando las horas, que se familiarizaba con los invitados, su timidez se disolvía. Cuando se sentía a gusto, su apetito por la vida se desbordaba. Su risa se oía de lejos. Una risa maravillosa, sonora, que se prodigaba sin avaricia. Nunca habíamos tenido que aconsejarle que se adelantara hacia los demás, ya que lo hacía de una manera espontánea. Se ponía con facilidad en su lugar, y los imitaba instintivamente. Al cura que remedaba de niño, cuando volvía de misa, habían seguido otros muchos ejemplos. Por una frase, por una palabra, por una asociación de ideas, se convertía repentinamente en otro. Era algo más que uno de esos talentos sociales. Era un don de mimo.

Aquella noche se divertía deslizándose de personaje en personaje, como si en aquella multiplicación encontrara una vía de escape a su fuerza.

Ya era una hora bastante avanzada cuando nuestro anfitrión nos habló de su piscina. Quería que la admiráramos de cerca. Y todos echamos a andar por el jardín formando un cortejo un poco absurdo, para contemplar el rectángulo de agua que, iluminado por los proyectores, variaba en la penumbra del azul al turquesa.

Al borde del estanque cesaron las frases y las risas. Nos sentíamos envarados dentro de nuestras ropas de fiesta. Un poco desplazados. Recuerdo nuestro silencio, y cómo lo rompió de pronto la voz de Michel: «Bueno, ¿vamos?» Señalando el agua con la barbilla, el rostro sonriente, nos invitaba con toda sencillez a tomar un baño. Quería llegar hasta el fondo del juego, sacudir el tenue manto de ceniza que había caído sobre la fiesta. Y como algunos parecían poco dispuestos, les gritó: «¡Hay que mojarse, muchachos!» Comunicó su viveza a todo nuestro grupo. Una vez aceptada su fantasía, no tardamos mucho en estar todos preparados para el baño. Aún veo a Michel lanzarse el primero, nadar los dos largos sin detenerse, sacudirse el agua e izarse sobre el borde para convencer a los que aún dudaban, tentando con el pie la frialdad del agua.

Al final acabó siendo un verdadero festival acuático. Nuestros retozos en la piscina se prolongaron hasta muy entrada la noche. Durante aquella fiesta encontramos la naturalidad, y una alegre complicidad, olvidamos el cansancio, lo tardío de la hora, el foso que separa a jóvenes y viejos.

Michel había disipado las sombras, reanimado las energías, orquestado la fiesta. Aquel modo de conjugar las voluntades era muy propio de él.

Si hubiera tenido tiempo de aplicar esa cualidad a las cosas importantes, de vivir cuanto debía haber vivido en la tierra, ¿hasta dónde no hubiera podido llegar? Me desgarra la tristeza cuando pienso que le faltó estancia en este mundo para dar su medida. Y me planteo esta pregunta: «¿Qué es lo importante? ¿Lo conseguido?» Quizás haya tanto sentido en la breve existencia de un muchacho jaranero, como en una vida larga y ordenada; tanto significado en un gesto de Michel, arrastrando a unos amigos a tirarse al agua en una noche un poco loca, como en la acción de un conductor de hombres.

Vista desde ahora, la alegría irracional de aquella velada borgoñona cobra el aspecto de una celebración inconsciente: marcaba el final de la adolescencia de Michel, su entrada en

la vida de hombre.

¿Cómo entró el amor en la vida de Michel?

Me temo que con frecuencia aparece en un momento poco oportuno. La mujer que se necesita no llega en el instante que se la necesita. El juego del amor y del azar está lleno de melancolía, de astucia. Para no herirse con él es necesario algo más que destreza y voluntad, algo más que seducción: una rara complicidad del destino.

Cuando, en 1965, Michel conoció a Bárbara en Venecia, tenía dieciocho años. Creo que era demasiado joven para enfrentarse a una mujer como ella, aunque a primera vista no tuviera nada de temible. Cuando aparecía, era como una bocanada de aire fresco. De veinte años, hermosa, deslumbrante como lo son muchas americanas, la boca sensual y la nariz pequeña. Toda ella era gracia, salud y glotonería. Nadie se le hubiese resistido, y Michel se sintió subyugado. Venecia, con sus campanas sonando bajo el cielo de Pascua, desapareció en la bruma a la que los enamorados relegan todo lo que no es «él» o «ella».

Pero la ciudad, convertida en telón de fondo, servía para dar mayor exaltación a sus sentimientos. Bárbara entró en el juego. Michel le gustaba, quizá llegara a amarle. Con sus cabellos rubios, sus dieciocho años, y su corazón lleno de amor, Michel parecía un san Jorge triunfador, sobre aquel fresco de piedras viejas y lagunas. La pareja llenaba Venecia. A veces, una frase de Bárbara atravesaba el espesor del sueño. Michel era a un tiempo sordo y desmesuradamente sensible. No quería escuchar, pero seguía oyendo. Rechazaba las notas falsas. Bárbara era la heredera que viaja, la americana que recorre Europa sin haber tenido necesidad de ahorrar, de arañar el dinero de sus pequeños gastos trabajando en la Universidad o vendiendo periódicos. Bárbara no podía olvidar la fortuna de su padre. Aquella muchacha tan hermosa alardeaba de su dinero como hubiera podido hacerlo un esperpento. Inteligente, reaccionaba, pero en vanidosa. Después de haber vuelto loco de amor a un muchacho, tenía en algunas

ocasiones frases de notario.

Pero todo aquello no se veía aún demasiado en Venecia. El amanecer maravilloso del amor adormecía en Bárbara el recuerdo de sus dólares. Era feliz como una mujer, y se divertía como una niña.

El final de las vacaciones no separó a los enamorados. Bárbara vino a París. La invitamos a almorzar, a cenar. Se mostraba encantada, aquello le permitía aburguesar la conversación, describir la mansión de sus padres, nombrar las impresionantes pinturas que poseían, apoyándose en cifras. Hubiérase dicho que no contemplaba nada sin poner una etiqueta sobre cada objeto precioso. Aquella enamorada se expresaba como el comerciante enriquecido de una novela de Zola. El pobre Michel quedó desencantado.

Venecia quedaba lejos y se desvanecía un poco más a cada dólar que caía de aquella boca encantadora. Al final, Michel atacó a Bárbara de frente:

—¡Existen otros valores además de esas riquezas, enarboladas como un estandarte!

Ella estuvo de acuerdo de labios para fuera y siguió como antes. Su conformidad era pura fórmula.

Pero los dos jóvenes seguían amándose, o por lo menos, creían amarse todavía... Continuaron viéndose hasta que la muchacha partió. Escribió cuando llegó a su país. Tal vez era una carta de amor, pero contenía ofertas bien definidas. Había hablado de Michel a sus padres, les mostró las fotos tomadas en Venecia y París. Era muy probable que Michel consiguiera en América una excelente situación preparada por la familia. Si Michel se embarcaba, lo «colocarían», en el más estricto sentido de la palabra, lo integrarían, a él y a su futuro, a él y sus sueños. Aquella proposición, que prometía tantas comodidades, dejaba tan poco espacio para los impulsos del corazón y en la que todo se le ofrecía decidido desde el exterior, acabó de abrirle los ojos. Los recuerdos de Venecia seguían demasiado próximos como para dar un giro brusco a las cosas, pero Michel comenzó a distanciarse y respon-

dió evasivamente. Ella volvió a escribir, siempre en el mismo tono de realismo mimoso. Entonces él le pidió que, de momento, cortaran toda correspondencia. Era demasiado joven, no se sentía preparado. No era una ruptura, ya verían dentro de algunos años. Pidió un plazo de cinco años, cinco años para vivir. Tal vez albergaba la secreta esperanza de que el tiempo haría que Bárbara llegara a distinguir los verdaderos valores y que cambiara su alma.

Por mi parte, creo que no quiso comprometer totalmente su corazón, pero que sufrió más de lo que nos dejó ver. En aquel momento se encerró en la soledad, como hiciera más adelante con tanta frecuencia. En este muchacho tan dinámico había una reserva de inmovilidad y mutismo completamente desconcertante. Pasaba días enteros en su habitación, escuchando música o tocando la guitarra. Si su madre no hubiese pensado en sus comidas, a veces no hubiera probado bocado y eso que tenía un apetito de gigante.

Ahora, cuando lo pienso, me doy cuenta de que estos largos espacios de silencio solitario se fueron multiplicando con los años. No era una diversión más ni una comedia, sino una grave toma de conciencia. Michel comprendía por fin que la vida no era un juego, o por lo menos, que sus reglas eran completamente diferentes de lo que él había imaginado. Era un descubrimiento terrible.

Me imagino que, al encontrar a Bárbara, le había confiado inconscientemente un papel. Del mismo modo que, tiempo atrás, cuando telefoneaba al muchacho del primer piso y le decía: «¡Tú serás el detective!», ahora había pensado: «Bárbara, tú serás la mujer de mi vida, dulce y desinteresada, idealista y sencilla.» Y a quien echaba de menos era a aquel personaje imaginario. Como Bárbara no había seguido el juego, acababa acomodándose a su ausencia, pero ¿cómo olvidar a la mujer soñada? ¿Cómo olvidar el porvenir imaginado al lado de ella?

Mejor olvidar que había estado en Venecia...

Lo que a Michel le gustaba de los viajes era la excitación del descubrimiento. La aventura tomaba entonces el aspecto humilde y carnal de lo cotidiano, los rasgos de un pequeño mendigo italiano, o la atmósfera de hormiguero de un mercado africano. Michel se sentía ávido de colores y de imágenes. Amaba acercarse al mundo, lanzarse a él, perderse en su interior, respirarlo. Desde que subía al avión se mostraba lleno de impaciencia y de preguntas.

Pero ningún país le produjo la impresión de Israel, ninguna experiencia le sedujo como la de los trabajadores de los «kibutz». Cuando fuimos juntos allí, yo me proponía pasar unas breves vacaciones. Michel deseó en seguida integrarse al país:

—Me quedo, quiero trabajar aquí, vivir esta vida colectiva con un trabajo que no me reportará ningún salario. Y quiero ver cómo estas gentes hacen brotar la riqueza del desierto —me dijo.

«Aquí no se gana ningún salario.» Aquello era con lo que él soñaba, con un mundo liberado del dinero. Su temperamento le llevaba a acusar, de un modo un poco ingenuo, las imperfecciones de la sociedad, más que las de la naturaleza humana, el desequilibrio de las reglas del *juego*, más que el de las estructuras del espíritu. Una vez más quemaba las etapas.

Cuando busco las razones que impulsaron a Michel a decir que quería quedarse en Israel, me encuentro como siempre con una estrecha madeja de causas entretejidas. Tal vez será conveniente recordar aquí un incidente que marcó una de nuestras etapas, y dejar constancia de lo que me impulsó a escoger Israel como meta de nuestro viaje. Pablo VI acababa de visitar aquel país, y me parecía que Israel, con sus cualidades y sus defectos, simbolizaba la posible unidad del mundo espiritual, el lugar en que, olvidadas todas la divisiones, cada hombre encontraba un motivo para orar o, por lo menos, para recogerse, el lugar de más larga historia. Sitio vivo, que mostraba los signos del modernismo, al mismo tiem-

po que los estigmas de un pasado fabulosamente antiguo, pero no adulterado. Israel, sacudido por los más violentos y recientes odios fratricidas y los más viejos rencores del mundo, cuna resplandeciente del perdón de las ofensas, punto de unión de Occidente con una mística oriental destinada a subyugarle hasta nuestros días y más allá, sigue unido a nosotros por un cordón umbilical.

Nuestro viaje proseguía sin más acontecimiento que el encuentro interior con nuestras propias fuentes espirituales cuando visitamos la tumba de David, en Jerusalén. La costumbre exige que se pregunte a los visitantes si alguno de ellos quiere encender un cirio y dedicarlo a un alma. Un hombre se destacó de la muchedumbre y pidió al rabino que encendiera cinco cirios en vez de uno. El rabino le preguntó si quería decir el nombre de los cinco difuntos a los que dedicaba aquella ofrenda.

—Deseo que esas cinco llamas brillen por las cinco partes del mundo, que los cirios se consuman por todos los vivos que sufren, mientras los muertos reposan en paz. Son los vivos de todo el mundo los que necesitan de nuestras plegarias.

El rabino hizo un gesto demostrando que estaba de acuerdo con aquella intención, y pronto brillaron cinco llamas en la penumbra. Se notaba que toda la asistencia (que era muy variada y comprendía muchos turistas) se sentía conmovida, emocionada. Todos se unían a la plegaria que se elevaba. Tuve entonces la visión de innumerables llamitas creciendo y multiplicándose, y aquella imagen me dio el sentimiento profundo de la participación de los muertos en aquel acto de fervor. Era la comunión de los santos de que habla el catecismo y que es una oscura noción para el que no la ha experimentado, la unión de todas las almas de todos los tiempos. Veía el perfil de Michel, de pie, a mi lado. Estaba emocionado. No poseía la fe, pero creía en la impregnación de una tierra por el pensamiento de los seres que la habitan o que sueñan con ella de exilio en exilio.

Desde Jerusalén volvimos en taxi a Tel Aviv. Nuestro chófer era un hombre joven, de semblante triste. No tenía aquella apariencia de serenidad, tan común en Oriente como entre nosotros, la del nerviosismo. Se le notaba tenso e inquieto. Viajamos durante bastante tiempo en silencio, y de pronto le dije impulsivamente:

—Debe decidirse a que se haga esa operación. La vida de su hijo no corre peligro con ella, sino que, por el contrario, sanará.

El automóvil se detuvo, casi brutalmente. El hombre volvió hacia mí un rostro trastornado por la esperanza.

—Hace cuatro años que espero, que vacilo. La operación es arriesgada. No me atrevía, hasta ahora no me atrevía.

Se expresaba en un francés vacilante, pero sus gestos con las manos tendidas hacia mí, me hacían comprender el calvario de un padre que soporta el peso de una decisión terrible. Aquel hombre debía escoger entre dar la vida o la muerte a su hijo. Buscaba una señal. Entonces me preguntó apasionadamente:

—¿Quién es usted? Pero ¿quién es usted? ¿Le han hablado de mí?

Yo contesté con una sonrisa:

—Nadie me ha hablado de usted, y soy solamente un viajero, pero ya sabe que *esta tierra* produce profetas.

Me preguntó si podía añadir algo más a mi «profecía».

—La operación tendrá lugar dentro de seis semanas, y todo irá bien —le dije.

Inclinó la cabeza sobre su mano para darme las gracias y me dijo:

—Ahora tengo confianza.

Extraña videncia, en verdad, la que dio a aquel hombre la seguridad de que su hijo viviría. Cuento esta historia por la única razón de que Michel la presenció y se sintió muy impresionado.

Aquella jornada en Jerusalén, el modo como terminó, dejaron su impronta en él. Desde su infancia se planteaba pre-

guntas sobre los hombres, y me agradecía que les aliviara de sus miserias cuando podía, con los medios que me habían sido concedidos.

Michel se quedó en el Néguev para vivir la experiencia del kibutz. Descargó camiones, recogió fruta, plantó «mil árboles» con sus manos. Con frecuencia pienso en esos árboles, que le deben la vida como si fueran sus hijos y como hijos le sobreviven. Plantados en 1964, tienen ahora más de ocho años. Sus raíces ganan lentamente terreno, se afirman en el árido suelo. Su sombra va a extenderse sobre esta tierra devorada por el sol. Experimento una gran alegría al pensar que mi hijo ha repoblado una tierra desnuda en una época en que nos encaminamos hacia un suicidio lento.

Creo que la estancia en Israel le proporcionó todo a Michel, hasta algunas desilusiones. Fue un modo de acelerar el tiempo, de ganar su partida cada día en un enorme juego de construcción y de hacer cada noche el balance de su soledad. Desde el kibutz, sentía aproximarse la gran crisis, muy cercana ya, de la guerra de los Seis Días. El germen de la violencia se ocultaba bajo el mantillo de un malentendido: el eterno conflicto del hombre, el ideal enfrentado con la voluntad de poder de los nacionalismos.

Michel amaba el valor diario que encontraba en el Néguev. Las muchachas giraban a su alrededor, lo buscaban, y todos se sorprendían de que no escogiera a ninguna. Sentía que su experiencia israelita debía finalizar. Cuando plantó el árbol número mil, habló de regreso. Volvió en largas etapas, quizás un poco contra su voluntad. Pasó por el Mar Rojo, se entretuvo en la costa, caminando, nadando, durmiendo bajo las estrellas. Una especie de novillos que se permitía entre dos trabajos, un sueño bajo el sol. Quizá las horas más hermosas de su vida.

Recuerdo nuestra sorpresa cuando volvimos a verle, transfigurado, magnífico, resuelto. Había triunfado sobre muchas cosas, sobre el desaliento, sobre las decepciones, sobre él mismo. Y volvía libre.

Ya he dicho que a Michel le gustaba sostener con sus amigos largas conversaciones que se prolongaban hasta bien entrada la noche. También he explicado de qué extraño modo empleaba a los diez años su teléfono en miniatura. Le fascinaba el fenómeno de la comunicación. La transmisión por radio, por teléfono o por «talkie-walkie» le sugerían la idea y la necesidad de llegar más allá de los límites que los sentidos nos imponen. «El teléfono —dice McLuhan—, provoca una prolongación del oído y de la voz, que constituye una especie de percepción extrasensorial.»

—¡*Esto es* la percepción extrasensorial! —decía en broma Michel, inclinado sobre sus emisores-receptores y sus antenas de radio.

Le gustaban los trabajos manuales y había realizado su deseo de captar las ondas invisibles atando con correas y cables una inmensa antena del Ejército americano. El aparato se elevaba hacia el cielo, saliendo por la ventana de su dormitorio. Al evocar hoy este recuerdo, me parece que contiene el germen de un deseo de superación. La antena era un medio de ampliar las dimensiones del mundo y de identificarse con el universo.

Después de su teléfono infantil, había recibido un «talkie-walkie». Ya se sabe que este aparato permite comunicarse a cierta distancia, sin hilo, desde la calle, de un piso a otro, desde los extremos de un jardín, etc. Lo que en sí es un instrumento de trabajo, constituía para él, como siempre, un juego, el más apasionante de todos. Así, desde dos sitios a un tiempo, dominaba una distancia, atravesaba los muros.

Más tarde se sintió atraído por la radio para aficionados. Una vez más, comprendo muy bien lo que le interesaba. Captaba mensajes y los enviaba a pesar de los kilómetros, de las montañas, de los mares. Pegaba la oreja a la tierra de los hombres y la oía respirar. En un instante determinado interceptaba una brizna de voz de vida que dejaba de ser desco-

nocida y se convertía de pronto en vibrante y fraternal.

No puedo evitar volver a ver a aquel Michel en los momentos privilegiados en que su voz me llegaba desde el más allá. O desde «dentro». ¿Cuál es la diferencia? ¿No equivale lo uno a lo otro?

Mi espíritu se llena repentinamente de imágenes de Michel y de... Muriel, que llegó a su vida como una fuente.

La experiencia de Israel y la de Venecia se alejaban, pero habían dejado huellas. Y se acercaba el momento de integrarse al Ejército. No puedo decir de una manera muy precisa qué esperaba Michel del amor. Sobre este punto se mostraba discreto, casi secreto, y hablaba aún menos de ello conmigo que con su madre.

Creo que mi hijo, como tantos adolescentes idealistas, buscaba el absoluto, es decir, la difícil combinación de un gran amor y una gran amistad, de un ser a quien dar la pasión y la confianza, la estima y la ternura.

Las contradicciones que se daban en él existen en todos nosotros. Aunque amaba lo imaginario, también le gustaba vivir, reír y comer. Un día, cuando íbamos los dos en el coche, vimos pasar una muchacha muy joven, de facciones bonitas, bien proporcionada, pero corpulenta, rolliza como una oriental que se atracara de dulces.

—¿Has visto qué chica? —me dijo Michel con un silbido admirativo.

Me quedé estupefacto. Las jóvenes que mi hijo nos presentaba como camaradas, y sobre todo a las que le había unido un sentimiento más tierno, no se parecían en nada a aquella odalisca con la que acabábamos de cruzarnos. Viendo mi sorpresa, Michel sonrió maliciosamente:

—A los hombres varoniles les gustan las mujeres rollizas, papá.

No creo que lo dijera solamente para hacerme rabiar. El enorme apetito que sentía por la vida podía hacer que le gustaran episódicamente aquellas bellezas estilo Rubens, que prometen sólidos placeres, kermesses generosas, exuberantes prosperidades. Este aspecto de Michel le alejaba un poco de su generación, que acostumbra a ser más sofisticada en sus aspiraciones.

Muriel no tenía quizás el tipo físico que él buscaba en la mujer, pero respondía a su necesidad de sencillez. Formaba con Michel una pareja infantil, dispuesta para una vida sin asperezas ni rigores. A su lado olvidaba Michel sus decepciones venecianas. Se embarcaba de nuevo hacia la esperanza, sin ver que su equipaje era muy escaso. Muriel, encantadora, tierna, era ideal para hacer la vida más ligera. Con frecuencia venía para llevarse a Michel a dar un paseo en automóvil, y se lanzaban por las carreteras como si fuera un extraño paraíso, hecho de amor y de riesgo. Los jóvenes de hoy conducen como nuestros padres bailaban el vals. En la encantadora obra de Messager, Véronique, la heroína, canta:

Empujad, empujad el columpio.
No importa que así pierda un poco la cabeza,
Tanto mejor, quiero volver a empezar...

El vértigo de un columpio en los bosques de Robinson, era en 1898, todo el peligro que se corría a los veinte años. Ahora, no son los jóvenes los que han cambiado, sino los juguetes que tienen entre las manos. Su impulso es tan viejo como el mundo. «Tanto mejor si pierdo un poco la cabeza...» Siguen diciendo lo mismo que Véronique, pero pisando el acelerador. Y lo que ponen en juego es su propia vida... No sé exactamente cuál era la naturaleza de sus relaciones —ése era su secreto— pero sé que mi hijo, durante todo el período que precedió a su servicio militar, tuvo en gran estima a Muriel. ¿Hacían proyectos para el futuro? Michel decía a veces:

—Casarse, ¿para qué? ¿Dar la vida a un niño? En un mundo tan mal hecho es un absurdo.

Otra contradicción más con su temperamento alegre y jo-

vial. Como tantos jóvenes de hoy, era profundamente consciente del desequilibrio de la sociedad. Se informaba y discutía sobre la miseria del Tercer Mundo y las soluciones económicas. Me hablaba con frecuencia del tema durante las salidas nocturnas en coche a las que me arrastraba.

Creo que su reticencia frente a la paternidad no hubiera resistido a un amor profundo, ni menos aún a un amor feliz. Pero para Michel no hubo amor feliz.

Muriel se alejaba ya, aunque no lo pareciera. La gracia de aquel idilio no resistiría la separación, la interrupción por el servicio militar. Se estableció una correspondencia que podía haber resultado benéfica. A veces, un sentimiento encuentra su verdadera expresión por escrito, pierde su amaneramiento, su timidez, se purifica, se descubre. Una carta es un paso más reflexionado que una conversación. Entre una frase hablada y la siguiente no hay tiempo de soñar. Entre una frase escrita y la que le sigue es la imaginación la que actúa. No hay porqué apresurarse, lo que debe decirse es lo esencial. En ningún momento se siente tan cercano al ser amado como en los silencios de la pluma, mientras se sueña con él. Las cartas resultan a veces una compensación deliciosa de la ausencia. A los enamorados que no se han separado nunca les falta conocer algo. ¿Quién fue el personaje romántico que dijo: «Tengo prisa por alejarme, para poder pensar en ti»?

Muriel, por el contrario, no supo hacer buen uso de la separación. Michel no encontraba en sus cartas ningún calor, ninguna ternura. No la reconocía. De discreta y dulce había pasado a ser inestable, variable. Un día hablaba de amor apasionado y el día siguiente de ruptura. Michel ya no sentía ningún eco entre los dos. Lo más seguro es que ella resistiera mal la prueba de la ausencia.

Cuando Michel se encontraba con ella durante un permiso, Muriel volvía a ser ella misma, pero cambiaba de nuevo en cuanto él se alejaba. Aquello no era un buen presagio para el futuro. Los lazos que unen a una pareja no deben debilitarse, sino por el contrario, hacerse más fuertes con cada

separación. ¿El servicio militar no prefiguraba ya la gran separación?

Ya he dicho que el Ejército constituyó una ruda prueba para Michel. Para él, como para mi padre, representaba las prohibiciones, lo absurdo de los reglamentos que entraña lo absurdo de los contactos humanos, los muros que rezuman aburrimiento. Sobre todo, el Ejército está concebido para la guerra. Cada ejercicio, cada gesto, es una preparación para la violencia y la muerte.

La constitución física de Michel le permitía soportar las peores fatigas de la vida militar. Practicaba la natación, la equitación, el patinaje, el esquí náutico con una facilidad natural desde su más tierna infancia. Era como una gracia. Vivía en armonía con sus nervios y sus músculos.

Por el contrario, no estaba armado para resistir la prueba de las tareas inútiles, de las vejaciones gratuitas, de la obediencia ciega. Se sentía desanimado por la atmósfera de resignada pasividad que reinaba a su alrededor. En el cuartel, la acción acostumbra a estar impuesta desde el exterior. Se sentía maniatado por el sargento, por el teniente, por el capitán. Le parecía monstruoso que se hubieran reunido tantas fuerzas vivas en el mundo, solamente para prevenir un conflicto. Hubiera querido que aquella masa de jóvenes estuviera allí para llevar a cabo tareas civiles al servicio de la colectividad. ¿Debía la defensa del país implicar aquella ruptura en la existencia? Los suizos, por ejemplo, se preocupan también de la integridad de su territorio, pero están menos sujetos a la vida militar. No efectúan un servicio propiamente dicho, pero son llamados regularmente cada año durante algunas semanas. Su uniforme y su equipo se quedan en casa. La protección de la nación es un poco como un asunto de familia. El espíritu cívico no es un barniz aplicado por encima de cada ciudadano, reforzado con imposiciones cuando cumple los veinte años, sino un sentimiento desarrollado desde la infancia, y a lo largo de toda la vida.

Michel hubiera querido entrar en transmisiones. Le asig-

naron a un regimiento blindado. Se encontró convertido en conductor de un tanque. El malicioso azar le integraba al mundo de los juegos peligrosos, pero permitidos. Dirigir aquel robot de metal sobre un terreno abrupto o pantanoso era un ejercicio difícil, que le encantaba. Había amansado el monstruo.

Hay muchachos que el Ejército apenas marca. ¿Es inconsciencia o infinita paciencia, imbecilidad o filosofía? Entre ellos están los peores y los mejores. La masa escapa al rodillo compresor de la máquina militar por insuficiencia o superioridad. Michel era lúcido e impaciente. Quería ser útil, y su concepción de la vida encajaba mal con el marco rigurosamente estricto de la jerarquía. Además, se sentía relegado. Muriel se le escapaba y se encerraba en unos caprichos inexplicables. Aquella triste etapa de la sevidumbre al Ejército debía ser también la época de su mayor dolor.

El 29 de setiembre de 1966, día de san Miguel, murió mi suegro. Para Michel fue el primer choque.

Nada irreparable había ocurrido todavía en aquella vida medio jugada, medio soñada.

Ante la muerte de su abuelo, no bastaba con que opusiera una negativa, o cerrara los ojos. Se había producido un acontecimiento contra el que era inútil rebelarse. Su primer encuentro con la muerte, la de su abuelo, fue para él infinitamente doloroso. Durante las dos semanas de luto que pasó en casa, se endureció contra su profunda pena, evitó hablar de ella y permanecer dentro de la casa. Salía e intentaba recuperar sus costumbres.

La intensidad de sus sentimientos estalla en su correspondencia. Contrasta con la reserva y la energía retenida de su comportamiento habitual.

25 de octubre de 1966.

Queridos padres:

Después de un viaje sin historia, he llegado al final del camino. Allí me esperaba aquella gran casa, de un blanco sucio, a la que llaman «cuartel».

A pesar de la costumbre, estas paredes, todos estos rostros me parecen hostiles: algo ha cambiado, falta... ¡Sí!, ahora lo sé. He tomado conciencia, me he encontrado bruscamente solo, completamente solo ante «la verdad»... que aparece siempre después de los acontecimientos. Sí, había perdido a «mi abuelo», mucho más que un padre, que un amigo, que un hermano. He perdido «el Amor», el más hermoso, el más puro, el que no puede leerse en ningún libro, ni ver en ninguna película. Permanecerá para siempre en mi corazón... «eterno».

Durante mis quince días de permiso he salido. En apariencia nada había cambiado, pero debía escaparme, evitar a toda costa pensar. Es posible que mi comportamiento os haya parecido incomprensible, pero debía conservar toda mi dignidad, esa dignidad que mi abuelo mantuvo toda su vida. Pero esta inmensa pena seguía en mi corazón. Como él dijo, los dos estábamos «embarcados en el mismo navío».

Ahora estoy solo al timón. Pero, como si siguiéramos juntos, conduciré «este gran velero» por el camino que él soñaba con que recorriéramos, el de la felicidad, del corazón, del alma, de la esperanza.

Sé que seguirá estando siempre conmigo, en la dicha y en la tristeza. Él fue bueno y yo procuraré serlo; amó, y yo amaré; se dio por entero y yo seguiré ese camino.

Descansa en paz, «Pepé». Sé feliz, y ojalá veas a tus hijos dichosos.

Afortunadamente, me quedan mis padres, que siempre me han dado todo su amor, algo insustituible. Ese amor que

tanto necesito. Tú, papá, que has sabido educarme como un hombre de corazón, en esta circunstancia has tenido el comportamiento de un «hombre», de un «padre». Nunca lo olvidaré.

Y tú, mamá, que como siempre, te has comportado como la mejor de las madres, buena, y dando lo mejor de ti misma en la difícil tarea de educar a un hijo enamorado de la libertad, y por lo mismo «muy duro». Pero a pesar de todo, resulta que ese hijo tiene un corazón, es consciente del bien y del mal, y sabrá, sin duda alguna, asumir sus responsabilidades.

Soy todavía muy joven, y mi sed de «libertad» no se extinguirá en seguida. Pero eso no va a impedirme adquirir estabilidad y ardor en el cumplimiento de una tarea.

Faltan todavía algunos meses para que termine este período llamado «tiempo muerto». Estoy seguro de que seguiré cambiando durante esos meses, pero el próximo futuro toma forma, se dibuja en mi espíritu y en mi voluntad. Ya no queda tiempo para la duda ni para la pereza.

Pronto volveré y entonces todo comenzará.

Bien, el niño ha terminado y se permite dar un beso muy fuerte a sus padres adorados.

MICHEL.

En estas líneas se advierten las huellas profundas que había dejado en él la educación familiar. Esa «libertad», que confiesa como un pecado, en lugar de reivindicarla (pues sabe que es la parte más irreductible de si mismo, la que no puede ahogar), se ve equilibrada por «la conciencia del bien y del mal» o sencillamente por «el corazón». Paradójicamente, estaba acompañada de virtudes que hereda de su abuelo, y que generalmente sólo se adquieren mediante el ejercicio constante de la disciplina: el dominio de sí mismo y la dignidad.

Después de aquella prueba, volvió a comenzar la vida militar, más monótona que nunca, entre el ejercicio y el acuartelamiento. La gran prisión del cuartel, la pequeña prisión del tanque, pero siempre una cárcel, campo propicio para las ideas negras, cuando no se es aficionado a las bromas un tanto groseras. Michel sonreía amargamente recordando los pequeños tanques con los que jugaba cuando era pequeño y que disponía a su gusto por el suelo de su habitación.

Las cartas de Muriel no le abrían las puertas de oro que él esperaba.

Pero ha llegado el momento en el que el calendario juega un papel muy importante en la vida de los soldados. De pronto, algo se ha invertido en la noción del tiempo. Faltan menos días de los que ya han pasado. La esperanza cobra nuevos vuelos. Se cuenta, se cuenta... «Ahora faltan 138 días para que regrese», nos escribió Michel. En aquella misma carta (fechada el 16 de febrero de 1967) hace el balance de los cambios que se han producido en él en el espacio de unos meses y que son fundamentales.

Extractos de la carta de Michel del 16 de febrero de 1967:

Ocurre algo extraño, difícil de explicar, desde la muerte de mi abuelo. Atravieso un período penoso. Y sin embargo, hay algo indefinible, como una presencia que penetra hasta el fondo de mi ser, y de la que se desprende una gran bondad, una gracia, un juicio muy exacto, e incluso una lucidez extrema sobre ciertos problemas y personas. Me resulta duro decir que Dios entra poco a poco en mí, que era un ateo, pero debo rendirme a la evidencia.

Mis alegrías no son las mismas, sino infinitamente más bellas. Amo, sí, amo a los hombres, pero sobre todo la miseria. Quiero dar, quisiera compartir con los desgraciados que nos rodean su pena y su dolor, darme por entero. Por desgracia, mi dorada juventud, la costumbre del bienestar no me permiten pretender la renunciación total que exigiría semejante ideal. Por otra parte, mi fe acaba de nacer, es completamente nueva, frágil. Pero de todos modos, sabré ser un «hombre» y comportarme como tal.

La «profesión» de papá es, en cierta manera, la de un sacer-

dote. Nunca me he permitido demostrarle mi admiración y mi amor por lo que es, por lo que hace. Pero debe saber que le considero un «misionero», un hombre de Dios y que estoy con él. Aunque incomprendido durante mucho tiempo, ya no está solo.

Hasta pronto, pues, para una vida que ahora merece ser vivida.

Besos para los dos con todo mi corazón.

MICHEL.

Conmovedor para unos padres el itinerario espiritual de este muchacho, que a la edad de ocho años proclamaba: «¡Dios no existe!» (cuando creía firmemente en Papá Noel), y que a los veinte años escribía: «Dios va entrando poco a poco en mí.» Y que añade, en el momento en que vive en la comunidad del Ejército: «Amo, sí, amo a los hombres.» Cada vez que releo esta carta, siento que me desgarra.

En aquel alma imprevisible, la unidad se formaba alrededor de una idea, no de grandeza, sino de altura. He visto a Michel ingobernable, poco accesible, anárquico, pero nunca le he sorprendido un pensamiento bajo. Esto me recuerda un pequeño incidente, poco antes de su servicio militar, que no ilustra, pero sí simboliza lo que acabo de decir.

Estábamos de vacaciones en Suiza, y yo, que no pongo nunca los pies en una sala de juego, me había acercado a la ruleta del Casino de Evian. Como a los inocentes todo les es dado, había ganado una bonita suma. Entonces dije a Michel:

—Es para ti, haz de este dinero lo que quieras.

No vaciló. Nunca lo hacía cuando se trataba de improvisar una fiesta.

—¡Oye, papá, vamos a alquilar un avión y sobrevolar las montañas hasta que se agoten los fondos que acabas de ganar!

En Suiza es fácil encontrar un avión con un piloto que se ponga a disposición del cliente para ofrecerle un panorama prodigioso visto desde arriba. Casi nunca he visto a mi hijo

tan religiosamente feliz. Daba instrucciones al piloto para que efectuara toda clase de maniobras hasta el límite del riesgo. En la mirada de Michel había una acción de gracias por la belleza del mundo.

¿Puede decirse que había cambiado, al regreso de su servicio militar? Cuando digo «cambiado» no pienso en aquella lenta conversión, aquella especie de bloqueo de Dios que nos describía en su carta de febrero de 1967. Con su habitual reserva, guardaría para sí el desarrollo y los resultados. Me refiero a una modificación de carácter. Algo nuevo había entrado en él. No era tristeza, pues la palabra resulta demasiado fuerte. Parecía que un velo fuera cayendo poco a poco sobre su alegría. Creo que la atadura había sido demasiado larga, demasiado dura. Pero no tanto la que le había sido impuesta como a lo que él mismo se obligó para soportarla con «dignidad». Tenía el rostro de las personas que nunca han aceptado llorar, algo un poco endurecido. Nunca quiso volver a hablar de su abuelo y no explicó las razones de su negativa. No aceptaba ningún signo externo de luto y menos aún el enternecimiento. Pero un día que iba a recogerme sobre la tumba de mi suegro, me crucé con Michel en la verja del cementerio. Tenía los ojos enrojecidos. Prescindiendo de la separación de la muerte, era una visita privada, un intercambio de hombre a hombre.

Creo que nuestros amores se parecen a nuestros estados anímicos. No sé por qué, Elvire me hacía pensar en aquello indefinible que daba a la alegría de Michel una resonancia velada.

Aquella vecina de rellano, ayer aún una niña, lo emocionó. Las metamorfosis de la adolescencia son conmovedoras. Michel se sometió al encanto de aquella joven, a un tiempo conocida y extraña. Su belleza nueva estaba hecha de tonos delicados, suave, esculpida, pero en las mejillas seguían apareciendo los hoyuelos de la niña.

Elvire, tímida, estudiosa, era la primera en sorprenderse por aquel sentimiento que le llegaba inesperadamente. Sus padres, fieles a la severidad de la burguesía tradicional, no estaban dispuestos en modo alguno a hacer concesiones a la libertad general de las costumbres. Su idea fija, en lo que concernía a su hija, era EL BACHILLERATO antes de las primeras emociones.

Nningún amor es igual a otro. Parece único, como todo lo que no ha tenido precedente, pero el primero tiene violencias y debilidades que no vuelven a encontrarse. Elvire amaba a Michel, pero no se atrevía a confesárselo a sus padres. «¡Una no se enamora en el último curso!» Y se negaba a luchar de frente, sin más valor para renunciar a Michel que para contrariar a su familia. Para verle, empezó a faltar a clase. Ocultaba su amor como si se tratara de un crimen. Todo era nuevo, delicioso. Las citas se multiplicaban, y las lecciones perdidas también. Y sin embargo, todo el mundo podía ver a Elvire y Michel caminando, cogidos de la mano, por las calles del barrio, o tomando una copa en la terraza del café de la esquina.

Pero Elvire quiso recobrar su firmeza, hablar a sus padres. Demasiado tarde. El rumor público había esparcido ya la noticia y la familia tomó sus medidas. Se ordenó a Elvire que rompiera, pero como sabían que era débil, se decidió que esta ruptura se llevara a cabo por intermediarios y entre adultos. Una noche se presentaron en casa los padres de la joven. Era el día antes de Navidad. El abeto que habíamos adornado acababa de caerse, con toda su carga de lámparas multicolores y de estrellas. Fue preciso que recogiéramos los resplandecientes restos y volviéramos a comenzar desde el principio.

Cuando entraron, el señor y la señora B. expusieron la situación y naturalmente, su punto de vista. La atmósfera era afectada y a mí me angustiaba un tanto. La discusión giraba alrededor de dos puntos: los estudios de Elvire y la personalidad de Michel, en lo que la posición de mis visitantes era aún más radical de lo que yo esperaba. El todo podía resumirse en una frase. No se podía consentir que Elvire descuidara sus estudios, y menos aún por un muchacho que no había sabido encontrar un lugar en la sociedad y cuyas ideas no encuadraban en modo alguno con el medio «bien pensante» en que se desenvolvía la joven.

Yo también expresé mi opinión. No les dije hasta qué punto les encontraba injusto en su afán de denigrar. Me trastornaron tanto que aquella Nochebuena perdió su encanto. Pedí que se adoptasen posiciones menos extremas. A mi juicio, era una mala política dar a aquella separación el aspecto de una operación quirúrgica, había que contemporizar. Al fin y al cabo, no se podía encerrar a aquellos muchachos.

Aquella frase sonó como un desafío para la señora B.

—¡Oh! ¡Pues claro que sí! Si es preciso, encerraré a Elvire. Haré que la acompañen al Liceo y puedo asegurarle que no volverá a ver a su hijo.

Intenté explicar cómo era Michel, su bondad, su idealismo, su rectitud. Pero ¿cómo convencer a unos padres que creen ver amenazado el porvenir de su hija y que colocan sobre la verdad una máscara preparada de antemano?

—¿Han comunicado su decisión a Elvire?

—Naturalmente. Sabe que estamos aquí en este momento, y por qué estamos.

—No sé si ha sido muy prudente por su parte. Su hija es muy sensible, vulnerable, muy joven también. El primer amor es una gran conmoción. No se tiene ninguna referencia, no se conocen las propias fuerzas. Una decepción es el fin del mundo. Es preferible morir.

El señor y la señora B. me contemplaban con una mezcla de indignación y de inquietud. En la madre, la inquietud ganó la batalla inmediatamente. Iba a hacer un gesto para levantarse, cuando llamaron apresuradamente a la puerta. Era el hermano mayor de Elvire, que entraba como una tromba. Acababa de encontrar a su hermana en un estado precomatoso. Se había tomado dos tubos de barbitúricos.

En el caótico momento que siguió a aquel anuncio, sentí con sorpresa que mi angustia se apaciguaba. Antes de acompañar al señor y la señora B. pude lanzar una mirada al árbol de Navidad, erguido de nuevo. Tuve la fulgurante intuición de que Elvire se salvaría.

Entre el momento en que Elvire fue llevada al hospital hasta que salió el médico a anunciarnos que estaba fuera de peligro, transcurrió un tiempo relativamente corto, pero que bastó para conmover todo el universo del señor y la señora B. La proximidad de la muerte de un ser querido relega a un segundo plano todo lo que parecía importante, todo lo que no podía abandonarse, todo el edificio de consideraciones e intereses que ocultaban una única cosa esencial: la felicidad de un hijo. Y he aquí que el hijo rechaza con un gesto desesperado todo aquel porvenir tan bien preparado, hecho ya. De pronto todo cambia, las perspectivas se tambalean, lo razonable parece loco y se reconoce a ese corazón, dispuesto a pararse, el derecho de latir por quien le plazca. En Michel no fue la perspectiva lo que cambió, sino la intensidad de sus impresiones. Pudo haberse asustado por inspirar unos sentimientos tan violentos, pero él, que se escapaba en cuanto sentía su libertad amenazada, se creyó entonces en deuda. Se maravilló de aquella pureza, en la que se reconocía por primera vez. Al contrario de Bárbara y las otras, Elvire sólo pedía una presencia y cuando se la negaron estuvo a punto de morir. Michel comprendió que alguien respondía por fin a su llamada de absoluto.

En cuanto Elvire estuvo a salvo, pasó largas horas con ella en una habitación del hospital. Cogidos de la mano, dejaban de ver lo que les rodeaba. Para ellos, el cielo se adornaba con hojas de temperatura y resplandecía de pintura descascarillada. Pero cuando Elvire estuvo totalmente repuesta, el señor y la señora B., mi mujer y yo consideramos prudente proponer un período de reflexión a los enamorados,

a los que ya nadie negaba el título de novios. Pedí a Michel que fuera a pasar algún tiempo en casa de sus tíos, en los Estados Unidos, para prepararse a la vida activa y poner sus sentimientos a prueba. Elvire, por su parte, podría concluir tranquilamente sus estudios. Era todo lo contrario de una ruptura: la preparación para un porvenir en común. Todo el mundo se había mostrado de acuerdo, dando su aprobación al plan. Todavía transcurrieron quince días antes de la partida de Michel, quince días deliciosos como una convalecencia. Para nosotros, era como un alto al borde de la fuente.

Michel partió de buena gana para los Estados Unidos. Iba a seguir unos cursos en una Universidad, dispuesto para orientar su propia vida, formar su futuro. Nos escribió desde América. Dos cosas le impresionaban: la falta de medida de las ciudades, de los gustos, de los paisajes y el poder del dinero. Encontró también una acogida muy cordial. Sentía pasar, a bocanadas, el viento de la América libre, la de los pioneros y de los aventureros, que sigue allí como un perfume de la lejana época en que los europeos, huyendo de la miseria, de la ley, o de la estrechez de un mundo gastado hasta la trama, se reunieron allí para abrirse camino por los espacios vírgenes e inventarlo todo de nuevo. Los hombres del Viejo Mundo creían que se podía volver a empezar en este continente nuevo en que el hombre se pierde, se olvida y se exalta con la visión de los paisajes grandiosos. Cuanto más inhumana es la Naturaleza, más maternal parece a los oprimidos.

Michel llega de visita, no como un emigrante. Para comprender mejor el país, se cree obligado a participar en el ritmo trepidante de esa existencia neoyorquina, que impone vivir de prisa y ver las cosas a lo grande. El gigantismo, no sólo el de los rascacielos, le angustia y le fascina a un tiempo. Nos escribe poco, está muy ocupado observando. Allí los valores materiales están en primer plano, pero todo el mundo tiene posibilidades de ascender por la jerarquía del dinero. A Michel le seduce la igualdad de oportunidades de los jugadores a la salida. El juego le parece bello, pero detesta lo

que se apuesta. Las pocas cartas que nos llegan tienen la impronta del vértigo. Se siente aplastado, sepultado por aquel mundo vertical. Vista desde los Estados Unidos, Francia le parece dulce, íntima, acogedora: una nación en miniatura, por la que aún se puede pasear y se puede ir despacio. Sin embargo, no habla de volver, porque quiere cumplir sus compromisos. Michel piensa en Elvire con una ternura exaltada por la distancia. Que haya querido morir por él es el testimonio de su sinceridad. Ese valor implica todos los demás, y sobre todo, el de vivir. ¿Por qué no construir su hogar en un país pletórico de futuro, en el que una visión caballeresca, heredada del Viejo Mundo, introducirá encanto y poesía? Ella no se negará a reunirse con él si se lo pide. Más tarde me contaba que ya veía posarse sobre él aquella mirada cuyos reflejos, oscilando del marrón al azul, recordaban la pureza de un lago. Nunca se cansaría de sumergirse en su profundidad. Y Michel escribió a su amada: «¡Reúnete conmigo!», pidiéndola en matrimonio.

Esperaba su respuesta con una confianza sin límites. Él era Romeo, ella Julieta, y había llegado sola hasta las puertas de la tumba para regresar después. Toda su vida no le bastaría para adorarla. Hacía planes para el futuro que eran otros tantos preparativos del alma. Enumeraba las virtudes que debería poseer para ser digno de ella: fidelidad, valor, ternura... Cuando llegó la respuesta de Elvire se concedió un momento antes de rasgar el sobre. ¿Un rectángulo de papel blanco podía contener la felicidad? La decepción que tuvo fue pareja a la enormidad de su ilusión: inmensa. No, Elvire no iría, no sería razonable. Era demasiado joven y debía acabar los estudios emprendidos en París. Además, en una América desconocida, aquella aventura de dos era demasiado arriesgada. ¿De qué vivirían? Sus padres se apenarían mucho si los dejara. Michel no quería creerlo. Entonces, aquella jovencita estaba dispuesta a dar su muerte, pero no su vida; a destrozar a sus padres, pero no a darles pena; a decir adiós al mundo, pero no a las comodidades. A eso quedaba reducido un amor tan

completo. Era posible que no le hubiera amado nunca, que hubiera jugado a amar, jugado a morir. Quizá pensaba ya en aquel drama como en una niñería desafortunada. Su carta despedía un olor de prudencia burguesa. Pedía a Michel que tuviera paciencia. Todo aquello era de una tibieza desconcertante. Él quería envejecer con ella, no verla envejecer de golpe, expresarse como una señora, cuando acababa de salir de la infancia. Creo que la desilusión de Michel fue profunda. Se produjo en un momento en que se debatía contra la soledad, contra una concepción de la vida que le parecía ridícula. Nunca respondió a la carta de Elvire. La estancia de Michel en los Estados Unidos se prolongó todavía nueve meses. Trabajaba, iba a la Universidad, se adaptaba como podía al modelo americano. Hablaba bastante bien la lengua e hizo algunos amigos. Pero, a pesar de todo, América siguió siendo para él el lugar de los encuentros fallidos.

A su vuelta, Michel llevó una vida más fragmentada que antes. El impulso continuo del niño y el adolescente por el juego tomaba la forma de un gusto por la acción, que aún no se encarrilaba hacia ninguna meta. La trayectoria quedaba entrecortada por silencios y retiros. El movimiento, la soledad, la inmovilidad se alternaban siguiendo un ritmo imprevisible. Es posible que con el tiempo se hubiese acentuado la tendencia a la reflexión y al silencio. Creo que Michel aún no había concluido su combate ni su búsqueda. Me parece que, de haber vivido, se habría renovado la experiencia israelita. Cada vez se sentía más desorientado por la injusticia y la miseria, más indignado por el poder sin límites del Vellocino de Oro.

Cuando volvió de los Estados Unidos se puso a trabajar. Se colocó en casa de unos amigos para recibir una formación comercial completa sobre el sector de la moda. Nadie se asombró, Michel estaba dotado para aquella profesión. Presentía la moda, adivinaba las líneas y los colores que estarían «en el

aire». Él mismo siempre gustó de vestirse de un modo muy personal, olfateando los gustos de vanguardia. Michel fue de los primeros en llevar cabellos largos, pero el cuidado más estricto presidía su forma de vestir. Incluso de niño, no se permitía ninguna negligencia. ¿Había heredado de su madre el gusto por la perfección en materia de vestidos? Esa minuciosidad en el cuidado de su persona se convirtió en él en algo tan natural, que siempre aparecía bien vestido, sin ningún esfuerzo. Por otra parte, no le concedía ninguna importancia, ni para él ni para los demás. Ni de niño juzgó a nadie por su apariencia. Poseía las cualidades necesarias para dirigir una «boutique», hacer que tuviera éxito, darle buen tono, seducir a la clientela, comprar bien. Le propuse ayudarle, empujarle por aquel camino. No dijo que no en seguida; se mostraba reticente. La moda le parecía un terreno completamente contaminado por el dinero. Un juego divertido, pero trucado; excitante, pero fútil. Había cosas mejores que hacer, en un mundo dominado por el hambre.

Los problemas económicos atormentaban cada vez más a Michel. Le parecía que éste era el fondo del problema. Sabía que yo comprendía su inquietud. Reflexionaba sobre ello durante largas horas de silencio, o permanecía en su habitación, enfrentado a sí mismo, escuchando música. Nuestros padres decían, con un poco de pedantería, que del choque de las ideas nacía la luz. En nuestros hijos, es la música la que actúa como agente provocador. Se encierran en ella como en una concha, la tejen a su alrededor como una crisálida. Es el medio en que se genera el mundo de mañana, ya que la juventud piensa a través de ella. Michel estaba en este punto completamente de acuerdo con su generación. En su habitación tenía dos guitarras eléctricas, «made in U.S.A.». Las tocaba con ternura. Por medio de la «Pop Music» se unía con los muchachos y las muchachas de su edad, comulgaba con los de Londres y otras partes del mundo.

Cuando un día decidió vender sus instrumentos, fue para sacrificarlos a otra pasión dominante de nuestra época: la ve-

locidad. A Michel le habían gustado los automóviles, pero después de su servicio militar aquel gusto se convirtió en pasión. Conducía como otros beben, para olvidar. La estancia en América acentuó aquel deseo un poco salvaje de devorar kilómetros para aturdirse, que en su caso se acompañaba de un intenso impulso de hablar, de confiarse mientras conducía. Después de cenar, me proponía muchas veces que fuéramos a dar un paseo. La conversación, casi siempre sobre temas graves, surgía fluida. Se hubiera dicho que la noche, en la que penetrábamos sin fin, deshacía todas las barreras. La cabina cerrada pero en movimiento del automóvil se convirtió en su locutorio preferido, y mientras por su izquierda y mi derecha se deslizaba el paisaje aterciopelado de los campos nocturnos, mientras surgía el destello furtivo de las luces de los pueblos, Michel decía: «¡Esto es vivir!» Raras veces hablaba de sus problemas personales, pero muchas veces discutía de los del mundo: «¿Por qué no doblar el precio del oro? La mitad de la plus valía, que se recuperaría así, se consagraría en gran parte a equipar a los países subdesarrollados, en armonía con sus tradiciones» (1).

La penetración de Michel me sorprendía. Yo me preguntaba de dónde le venía aquel conocimiento intuitivo que proyectaba sobre los seres y las situaciones. Fijaba sobre las per-

(1) Mientras vivió, esta fue la idea obsesionante de Michel.
Imaginaba una revaluación del oro, y el 50 por ciento de la plus valía iría a parar a un fondo destinado a las urgencias.
No veía ninguna oposición política grave a un plan semejante.
Durante una entrevista de más de una hora con el profesor Jan Tinbergen, le pregunté su opinión. Me contestó que, por desgracia, aquel plan le parecía impracticable.
Algún tiempo después, en una velada que pasé en casa de Josué de Castro y en presencia de un editor científico, M. Doria, y del profesor Flak, expuse las líneas de aquel plan. Mi sorpresa fue grande cuando J. de Castro me dijo que Angelos Angelopoulos, antiguo profesor de la Universidad de Atenas, sociólogo y economista reputado, trataba todos aquellos problemas en una obra de la que él acababa de escribir el prefacio y que era muy semejante a las ideas de Michel.
En mi libro *A la búsqueda del tiempo futuro*, actualmente en preparación, desarrollaré las conversaciones que he mantenido con ciertas personalidades sobre éste y otros temas.

sonas y las cosas una mirada de vidente. Generalmente, se precisan años de experiencia para adquirirla, pero él la poseía de un modo natural. ¿De dónde le venía? ¿De quién? Quizá de mí. ¿Quién podría afirmarlo? Hablaba también de su reciente viaje. Yo me enteraba así, poco a poco, de los acontecimientos de su estancia en América. Nunca se trataba de sus estados anímicos o de su decepción amorosa. Lo que le interesaba era el modo de vida, la psicología, las enfermedades morales de la América de hoy y sus posibles remedios. Había visto drogados, y ante aquel espectáculo experimentó una infinita compasión. Se preguntaba si la hipnosis no podría ser una terapéutica eficaz para los enfermos de la voluntad. Pero antes sería necesario curarles del aburrimiento, raíz de esos paraísos artificiales.

Así giraba Michel alrededor de las llagas del mundo mientras el coche giraba alrededor de París. Su inquietud era profunda y fraternal, no fingida. El deseo de ser útil era en él un pensamiento constante. Cuando yo le veía tan adicto a la causa de los hombres, cuando veía que se desarrollaban en él, a despecho de cierta elocuencia, cualidades de calma y precisión, me decía qué podría sucederme más adelante. Nada puede dar más a un padre la idea de plenitud de una continuidad feliz, que ver a su hijo proseguir la tarea comenzada por él. Michel se había interesado siempre por mi profesión con aquella simpatía atenta que dedicaba a todo lo que se refería a la dificultad de vivir. Una noche, mientras realizábamos uno de aquellos periplos en automóvil que le apasionaban, le hablé de aquel proyecto para el futuro. Le dije que al cabo de unos diez años estaría preparado para tomar el relevo. Le describí la alegría que me producía saber que la obra de mi vida sería llevada tal vez a la perfección por la persona más cercana a mí. Y entonces le oí decir con voz tranquila: «Diez años, papá... No creo que llegue. Moriré muy joven.»

Recordaré siempre el perfil en calma de mi hijo, sus manos relajadas sobre el volante, manchas claras en la noche, en el momento en que sus palabras me alcanzaron. Permanecen aún dentro de mí, como una herida.

Mi primera frase fue de reproche:

—No te das cuenta de lo que dices. —Estoy seguro de que aquel instante sintió piedad de mí, pero no cedió. Siguió diciendo, como si fuera la cosa más natural—: No puedo evitarlo, papá. Es lo que siento.

Yo, menos que nadie, podía tomar a la ligera aquellas palabras porque conocía demasiado bien su valor. Si a veces conseguía hacerlas callar era para no tener que aceptarlas. Me negaba a creerlas.

—Comprendes por qué quiero vivir...

Y la voz de Michel seguía siendo suave, tranquila, cuando añadió:

—Es preferible vivir algunos años intensamente que recorrer un largo y aburrido camino. Si pudiera decidir y me ofrecieran ochenta años de monotonía e inutilidad, los rechazaría.

¡Qué difícil resulta hacer el retrato de un hijo! Temería traicionarle si diera aquí solamente la imagen de un hombre joven, agraciado y romántico. Tenía un sentido del humor lleno de alegría y de malicia internas. Una mañana, lo encontré en la escalera, llevando en brazos una amiga. Cuando, aquella misma tarde, le pregunté por qué no había cogido el ascensor, me respondió:

—Debo repetirte, papaíto, que a las mujeres les gustan los hombres fuertes. Todas son como niñas. Les encanta que se ocupen de ellas, que las cojan así.

Y para ilustrar sus palabras, cogió a su madre en brazos, y comenzó un maratón por las habitaciones del piso. El presentimiento de una vida breve no ensombrecía a Michel. Había encontrado cierto equilibrio después de aquel año pasado en el extranjero. Terminaba su aprendizaje comercial, y se ganaba bien la vida. Un entrar y salir continuo de amigos, el ruido de las llamadas y las discusiones animaba la casa.

Si llegaba un amigo de lejos y no tenía dónde alojarse, Michel le prestaba su automóvil. A veces desaparecían grandes trozos de asado del refrigerador, que iban a alimentar a los «desvalidos». Michel no podía ver a nadie en un apuro sin correr a ayudarle. Se hubiera dicho que su divisa era ayudar a su prójimo. Tenía mucha indulgencia con sus amigos, no imponía nada, y no hacía sentir el peso de su generosidad. Respetaba la libertad de los otros como quería que respetaran la suya. Mi relato llega aquí a su última fase. Tengo que abordarla y una vez puesto el punto final de la muerte, ir más lejos todavía. Ya he dicho que Michel se vendió las guitarras. Reuniendo todos sus ahorros se compró un «D.S.» Fue un momento crucial, que mi mujer y yo hemos evocado mil veces. La elección, las circunstancias de la compra, quedaron grabadas en nuestra memoria. Resulta difícil explicar la fascinación de esa vuelta atrás, de ese deambular alrededor de un segundo decisivo, al que uno se acerca a paso lento, crucificado, destrozado por un tumulto de interrogantes y al que se quiere llegar a pesar de todo desde la orilla de un desenlace conocido. Se busca por qué conjunto de causas pudo nacer aquel segundo. Después se bifurca hacia unas posibilidades que se siguen obstinadamente, dolorosamente, aun sabiéndolas negadas por la evidencia aterradora de lo que *fue* aquel segundo. La compra del automóvil me angustió, y creo que si hubiese podido oponerme lo habría hecho. Siempre le había prestado el mío. ¿Por qué no seguir así? Michel tenía casi veintidós años y yo sabía que toda resistencia actuaba sobre él como un golpe de espuela. ¿Qué podía intentar? No sabría definir por qué me resultaba tan penosa la idea de aquella adquisición. A pesar de su trivialidad, debo mencionar un hecho: la asociación de ideas que se había formado en mí y que en mi oído sonaba así: «D.S., desgracia». Pero el cansancio produce a veces estos pensamientos y yo no quería considerar aquel lúgubre estribillo como un aviso del Destino. La venta repentina de los instrumentos de música también me preocupaba, porque parecía una ruptura. ¿De qué renuncia sería el signo?

Una vez en posesión del automóvil, Michel se sirvió de él a fondo. Consagraba todo su tiempo a conducir. A la hora en que los otros automovilistas volvían a sus casas y cerraban el garaje, él se perdía en la noche. «Papaíto, ven conmigo...» Aquel niño mimoso sabía que yo era incapaz de resistir a aquella fórmula infantil. Bastaba con esto y lo acompañaba. Entraba con él en aquel automóvil que conducía con destreza y rigor y que finalmente le traicionaría. Yo me dejaba arrastrar también a aquella danza, experimentando un placer indefinido. Michel tomaba casi siempre la autopista, esa vía abstracta y desnuda de la que el hombre está ausente.

Lorenza —su último amor— no se parecía a Elvire, como ésta no se parecía a Muriel ni a Bárbara. Algunos hombres buscan toda su vida el mismo tipo de mujer. Por el contrario, Michel se prendó sucesivamente de cuatro muchachas completamente distintas. Creo que esto es el signo de que todas aquellas etapas sentimentales fueron otros tantos estados de conciencia. Cada una representó para él un sueño diferente y una nueva forma de comenzar. En mi opinión, Lorenza encarnaba el esfuerzo de Michel por conciliar el amor instintivo y su floreciente sensualidad, con un sentimiento más tierno. Lorenza era una morena de ojos azules, hermosa, de vida ardiente, pero había tenido una infancia bastante triste, una adolescencia inquieta y materialmente difícil. Pertenecía a un ambiente poco acomodado, y vivía en el universo caótico y desesperanzador de un hogar en el que el jefe de la familia resiste mal a la tentación del alcohol. Tenía el encanto conmovedor de los niños que se enfrentan demasiado pronto con la injusticia, el absurdo y, a veces, hasta con la violencia.

Michel era sensible a aquella inconsciente llamada de socorro. Era necesario hacer por ella lo que no había hecho por la otras: perder una parte de su libertad y disculpar las debilidades de un temperamento inestable. Con Elvire, Muriel o

6 — 3.263

Bárbara, renunció tan pronto como descubrió un fallo. Con Lorenza quería llegar hasta el final, amarla, protegerla aun a pesar suyo.

Aquel amor fue, desde luego, el más apasionado. No porque Lorenza tuviera más mérito, belleza o encanto que las que le habían precedido, sino porque fue a ella a quien Michel se dio más. ¿Desempeñó Lorenza un papel en el mecanismo que le condujo a la muerte? Nunca se sabrá. Ni ella, ni nosotros, ni el propio Michel podría responder. Lorenza, al principio, fue un simple encuentro, un amor al aire libre, que buscaba sus escondrijos en el azar de los paseos. Pero Michel comprendió en seguida que entre él y la joven todo era demasiado intenso para complacerse en una atmósfera furtiva. Una noche me arrastró una vez más en su paseo nocturno en el que siempre nos sentíamos muy cercanos, salidos de una misma raíz, borrada la diferencia de edad. Pero aquella vez, en el momento de partir, Michel añadió algo que era excepcional:

—Papá, quiero hablarte.

Me di cuenta en seguida de que tenía miedo de no ser comprendido, de causarme pena, y sobre todo, de entristecer a su madre. En primer lugar me habló de sus sentimientos hacia Lorenza. No podía ya considerar su encuentro como una aventura, como el placer de un domingo. Sin querer abandonar completamente el hogar, me pedía la independencia. Pero no habló de matrimonio.

Nuestra conversación fue larga. Debíamos de estar lejos de París. Yo no tenía ni la menor idea de en qué lugar nos encontrábamos. Soñaba con mi hijo, entraba en su juego, hacíamos proyectos. Le tranquilicé, comprendía su voluntad de formar una pareja, lo que no significaba una ruptura con nosotros. Le ayudaría a amueblar un estudio. Vi cómo su rostro se iba alegrando. El automóvil saltaba por la parte delantera. Michel deseaba ofrecer a Lorenza una vivienda agradable para compensarla de la falta de comodidades de su hogar. No quería deslumbrarla, sino mostrarle el rostro sonriente de la vida.

Yo también me sentía feliz. Mi hijo echaba el ancla por primera vez. Aquello marcaba una fecha en su vida y, por lo tanto, también en la mía. Todo seguía el orden establecido. Las sencillas palabras que encontrara Michel para hablarme de Lorenza me habían emocionado. Sus sentimientos, puros y fuertes, imponían respeto. Volvimos a casa con la embriaguez ligera de las alegrías familiares.

Comenzó la vida en común para aquella nueva pareja. Michel trabajaba con ardor. Las ataduras de la vida social le parecían menos pesadas desde que tenía una responsabilidad. Lorenza trabajaba en una fábrica, pero no le gustaba. Michel le consiguió un puesto en las oficinas de la sociedad en que estaba él y creo que se sentía aún más orgulloso que ella de aquella promoción. Por dos razones; la joven permanecía junto a él durante las horas de trabajo, y además había conseguido llenar de luz su vida desgraciada. No sé si Lorenza aceptaba aquellas pequeñas felicidades cotidianas. Estaba tensa, se mostraba inestable. Sus reacciones vivas, imprevisibles, con crisis de abatimiento, de melancolía, no correspondían siempre a preocupaciones reales, sino a un instinto salvaje de corza que busca la soledad. Quizá sería injusto si dijera que Michel sufría por ello. Su alegría consistía en consolarla, en verla florecer. La comprendía, se ponía en su lugar. Su sentido de la justicia había estado siempre muy agudizado. Se mostraba tan paciente con Lorenza, casi podría decirse paternal, porque estoy seguro de que creía que se debía reparar aquella frustración. Cuando era niño, no contestó nunca a las observaciones que le hicimos, jamás le he visto montar en cólera, ni decir palabras groseras. Y con Lorenza mantuvo hasta el final la misma dulzura, idéntico desinterés.

Quisiera poder detenerme aquí, eternizarme en la imagen de aquella habitación de enamorados conmovida por las tormentas, de aquellos dos jóvenes tan distintos, que, sin embargo, se amaban, prisioneros de su naturaleza. O bien hablar

largo rato de aquel último paseo que dimos Michel y yo, al principio de verano, en el momento en que el día desaparece bajo la noche. El sol poniente teñía de púrpura la autopista y hacía palidecer las luces que acababan de encenderse. La noche caía suavemente, clara, radiante. Michel me dijo que se iba de vacaciones con Lorenza, que todo marchaba bien, que entre ellos reinaba la armonía más completa y que nunca se había sentido tan feliz.

A veces me había sorprendido comprobar que mi hijo era un asiduo lector de Dostoievski. ¿Cómo podía complacer aquel universo sombrío a un tipo jovial como Michel? Ahora lo comprendo mejor. No existe un escritor cuyos personajes se den más violentamente a los demás, que estén dispuestos a los más locos sacrificios por amor. Corrían los primeros días de agosto de 1969. El verano era tan bello que resultaba imposible suponer que la desgracia acechaba. En el aire flotaba una dulzura de miel. ¿Por dónde podía penetrar el veneno?

Aquellas vacaciones que tanto esperaba Michel y que se anunciaban tan bellas para sus veinte años, desencadenaron una vez más en Lorenza sentimientos de rebeldía y de cólera sin razón aparente. Michel conservaba la serenidad ante aquella rabia destructora. Estaba dispuesto a soportarlo todo, a ceder en todo, para curar lentamente a Lorenza de su desgraciada juventud. ¿Sucumbió aquella noche a un arranque de desesperación? ¿Tomó el volante para serenarse, viajando solo y de noche por aquella autopista, de la que hasta entonces siempre habían surgido consejos afortunados?

¿Cuál era el estado de su espíritu en aquel momento? ¿Triste y abatido, por el abismo que separaba el deseo de aquellas vacaciones y el vacío en que las había convertido Lorenza? Michel poseía el sentido de la fiesta. Amaba los preparativos, las prolongaciones. Se sentía desgraciado cuando se filtraban en ellos sombras, y más aún cuando éstas eran proyectadas por los que él amaba. ¿O fue más bien un sentimiento de indignación? ¿O quizá por primera vez la cólera? ¿Encontró Lorenza la palabra que llega hasta el fondo del corazón y le hiere?

¡Cuántas veces he imaginado este último paseo de mi hijo! Le he acompañado con tanta frecuencia que conozco cada uno de sus gestos que pasan frente a mis ojos siguiendo su orden invariable. Sé cómo abre la puerta, cómo se sienta. Conozco su modo de poner la llave de contacto, de arrancar. Veo su perfil atento, sus manos posadas sobre el volante, tranquilas, casi acariciadoras.

Puedo imaginarme la autopista después de medianoche, a veces casi desierta, resplandeciente por las altas luces de neón, pero no sé cuáles son los sentimientos que agitan a Michel, después de largas horas de carrera obstinada, fulgurante. Con el paso del tiempo aumenta la sensación de estar fuera de la tierra, separado de todo. ¿En qué se convierte Lorenza dentro de su pensamiento? ¿Cuál es la imagen que se forma de ella, ahora que les separan tantos giros de ruedas...? ¿Le guarda verdaderamente rencor? ¿Experimenta el sentimiento descorazonador de que todo lo que se haga para cambiar la naturaleza de los seres está destinado al fracaso? ¿Siente el repentino deseo de acabar allí, en seguida, porque es más sencillo, porque el cansancio le hace desear cualquier forma de reposo? O, por el contrario, ¿se ha calmado su cólera y se achaca a sí mismo todos los errores? Al pensar en Lorenza, ¿le invade esa ternura piadosa que nos empuja hacia quienes amamos y que, involuntariamente, nos corresponden mal? Después de aquella reconciliación interna, ¿se calmó hasta sentirse invadido por el sueño? ¿O quizá, dominado por aquel antiguo instinto de juego, arriesgó su vida con toda lucidez? Me pregunto si esto no es la verdad. Es posible que sus últimos minutos fueran de felicidad y exaltación. De una felicidad muy pura que le devolvía su infancia dichosa y libre y que era completamente ajena a la pasión y hasta a la piedad. Una felicidad en la que no había lugar para Lorenza y que era sencillamente embriaguez de vivir en una noche de verano, impulso hacia el horizonte de un mañana mejor.

No hay ningún obstáculo en la autopista. Michel está solo

sobre la cinta de asfalto que va hacia el Oeste. Todo se muestra propicio para un retorno feliz.

El accidente se produjo a las cuatro de la madrugada. «Pronto volveré y entonces todo empezará», nos escribió un día Michel. Aquella noche no volvió.

Me desperté a las dos de la madrugada, preso de una angustia sin nombre. Debí de comunicar aquella angustia a mi mujer porque se despertó en seguida, y comprendió inmediatamente lo que temía. En aquellos momentos, Michel rodaba seguro por la autopista. Aún no lo amenazaba ningún peligro. Pero yo lo sabía. Me parecía que aún quedaba una posibilidad, que todavía no había terminado todo. Entonces me precipité por la única brecha que se me ocurrió: la esperanza, la plegaria. Mi mujer y yo rezamos juntos, con un fervor desesperado. No puedo describir aquella noche. Si el infierno existe, debe ser algo parecido, igualmente atroz. Es la agonía de la esperanza. Puedo decir que pasamos aquellas cuatro horas, desde el momento en que me desperté hasta que vinieron a avisarnos, ayudando a nuestro hijo. Estoy seguro de que algo de aquella corriente intensa, que no pudo salvarle, llegó hasta él y la sintió como un socorro, un lazo del Amor. Debió de saber que no estaba solo.

El sonido del timbre, a las seis de la mañana, no nos dijo nada que no supiéramos ya. Poco después, mi mujer estaba junto a la cabecera de Michel, en su lecho de reanimación del hospital. Interrogué a los médicos. Me dieron alguna esperanza, porque hoy la esperanza desborda lo que antes se llamaba la muerte. Pero yo sabía desgraciadamente que todo había terminado, que todo había sido dicho en el momento mismo del choque. No podía confiar aquella espantosa certidumbre a mi mujer. Por otra parte, tampoco me hubiese creído. Como la imagen misma de la esperanza maternal, obstinada, inquebrantable, pasaba las horas con la mano de su hijo entre las suyas, ordenando a sus propias fuerzas que pasaran a aquel

cuerpo inmóvil. Su rostro, tan tierno y delicado, estaba endurecido por una voluntad imperiosa, sobrehumana. Me recordaba la balada de Florentin Prunier: «Resistió veinte largos días, con su madre al lado. Resistió Florentin Prunier porque su madre no quería que muriese.»

Michel —o solamente su sombra— resistió tres días, durante los cuales su madre no se movió de su cabecera. Al llegar la noche del tercero, la obligué a volver a casa para que reposara un rato. Me siguió porque aún no había perdido la esperanza. El teléfono sonó en medio de la noche. Yo sabía de antemano la noticia que me esperaba, pero aún no sabía de qué modo trágico iba a sernos comunicada. No se nos dijo que Michel ya no existía, sino que nos preguntaron si seguíamos estando de acuerdo para la donación de un riñón. Mi mujer, que había sido más rápida que yo en descolgar el teléfono, recibió el golpe en pleno corazón. En efecto, en el hospital le habían preguntado si en caso de fallecimiento, estaríamos dispuestos a donar aquel órgano, y ella no dijo que no, convencida de que Michel lo hubiera querido así. Me habló después de ello con tanto cuidado como pudo. A pesar de la fe que conservaba en la curación de su hijo, aceptaba valerosamente discutirlo conmigo. Michel hubiese dicho que sí. Supongo que aquella aceptación de principio había quedado anotada en la administración del hospital. Se precisaba con urgencia nuestra conformidad definitiva y nuestra firma. Cogí el teléfono de las manos de mi mujer y aún oigo la voz que me dijo:

—¿Están conformes en donar un riñón? ¿Podría ser el corazón también?

Tuve la sensación física de que desgarraban a mi hijo. Me hablaban como si se tratara de llegar a un buen acuerdo comercial. La indignación me dio el coraje suficiente para telefonear al director del hospital. Le reproché la crueldad de los procedimientos empleados con nosotros. Pareció sorprendido. No obstante, le concedí autorización para que sacaran un riñón, pero les prohibí tocar el corazón de Michel.

A las cuatro de la madrugada recibimos la visita de los mé-

dicos del hospital que venían a buscar nuestra firma. Confiaba tan poco en ellos que exigí a mi vez, con la garantía de su firma, que no se tocara ningún otro órgano, especialmente el corazón de Michel.

No puedo describir lo que sentíamos. Es cierto que las muestras de simpatía son impotentes para calmar un dolor sin medida. ¡Pero cuánto daño hacían todas aquellas personas que nos rodeaban, secas, apresuradas, expeditivas! Nuestro hijo era únicamente para ellos un determinado número de medios a explotar; medios de curar, desde luego, y ésa es su excusa. Pero, ¿cómo no les alcanza nuestro dolor? ¿Cómo no recuerdan que ellos son también hombres, y tienen seres a los que aman?

Quiero afianzarme en la idea de que quizás alguien se salve gracias a Michel, que es posible que un muchacho de su edad vuelva a abrir los ojos al azul intenso del cielo de agosto, perciba por la ventana entreabierta, el perfume de este hermoso verano y el de muchos otros veranos. Pido a los médicos que están allí que nos den noticias sobre el enfermo al que se hará el injerto. Me prometen hacerlo.

Nunca se nos dijo nada. ¿Murió el enfermo y no quisieron comunicarnos el fracaso? ¿No se acostumbra a establecer cierta relación entre la familia del donante y la del operado? ¿O es sencillamente que aquellos hombres, demasiado ocupados, se olvidaron de su promesa? Prefiero esta hipótesis. Me deja la esperanza de que es posible que cerca de nosotros viva alguien a quien Michel ha dejado una parte de su vida; que se consumó su más ardiente deseo: ser útil. Sería una de esas reparaciones oscuras, que a veces depara el Destino, la fase última del gran juego de la vida y de la muerte, en el que Michel nunca hizo trampas. Los otros tenían para Michel igual importancia que él mismo. Sabía que perder es también ganar.

Las pruebas que nos esperan cuando muere un ser querido son un calvario. El dolor no se presenta de golpe, sino que

está formado por oleadas de dolores sucesivos, que cada vez llegan al máximo, pero que, no obstante, se unen y adicionan y van pesando cada vez más sobre el corazón.

En el momento en que nos deja un hijo, esa ruptura con uno mismo es un sentimiento tan desgarrador que parece como si nada pudiera volver a ocurrirnos. Nos convertimos en invulnerables.

Y sin embargo, todavía nos falta por oír cómo suenan, una tras otra, las paletadas de tierra sobre la madera del féretro, y luego el ruido sordo de la tierra sobre la tierra. El hijo muerto se aleja un poco más. El hijo que parecía estar ya a salvo para siempre sigue sufriendo en nosotros.

Después, sobre nuestras llagas abiertas, corre el rocío de las lágrimas. Las de nuestros amigos, las de los amigos del ausente. Alrededor de Michel todo son flores y llantos. Jóvenes que son casi hombres sollozan como niños. Y la tumba se cierra.

Sin embargo, la cumbre del calvario sólo se alcanza cuando se vuelve al hogar vacío. Aquel vacío todavía habitado, lleno de una sonrisa, una voz, un gesto, una frase familiar, que no son más que construcciones de nuestra memoria; aquellas paredes, aquellos muebles que «hablan de él», como dice la admirable expresión popular, forman un mundo nuevo pero vacío. En apariencia sigue siendo aquel que ayer nos parecía tan cálido, tan acogedor. Hoy es de una aridez que no puede expresarse, es inhabitable.

Contemplo la lámpara del techo del comedor. Diez días antes se había caído rompiendo una mesa antigua. Yo me sentí feliz, como ocurre siempre que el destino se ensaña con un simple objeto. Le dije a Michel:

—Hubiera podido herirnos a uno de nosotros, quizá gravemente… Mira la mesa.

Michel se volvió hacia la mesa rota y luego dirigió hacia mí su mirada, llena de ternura. Sonrió diciendo:

—¿Vienes a dar una vuelta, papá?

Y salimos hacia nuestro paseo habitual. Más tarde volvimos

a hablar de la lámpara. Michel dijo con toda calma, como siempre:

—Quizá sea una señal.

Cuando me encuentro frente a este objeto que, según el propio Michel, anunciaba nuestra desgracia, mediante una de esas misteriosas correspondencias de las cosas con los hombres, a las que generalmente permanecemos ciegos, se vuelve a abrir la herida de la profecía.

A cada paso, en cada habitación, se precipitan sobre nosotros los recuerdos felices. He visto durante mucho tiempo a mi mujer abrir un cajón, un armario, una puerta, inmovilizarse bruscamente y echarse a llorar. Toda esta casa, en la que Michel ha vivido, está llena de objetos que le pertenecían, de prendas que había llevado. Podemos hablar de cada mueble con relación a él, pues sabemos cuáles prefería. Recordamos incluso las palabras que traducían su afecto por aquel viejo sillón, y su fastidio (siempre dominado) por los caprichos de una máquina de afeitar. Como todas las familias, teníamos nuestra mitología, nuestro lenguaje propio, los sobrenombres con los que designábamos a determinadas personas u objetos. Todo eso vuelve a surgir de improviso, por una expresión que se sorprende por azar. El azar es lo más terrible. Siempre que mi mujer y yo hablamos de Michel con calma, conscientemente, sabiendo hacia lo que nos dirigimos y lo que vamos a evocar, conservamos cierta serenidad, adquirida lenta y duramente. Pero basta con que una madre llame a su hijo que juega en el jardín «¡Michel!», que a la vuelta de una esquina nos encontremos con un amigo de nuestro hijo, que nos crucemos con Elvire en la escalera, o algo más simple, que veamos en la vitrina de mi biblioteca un libro que le gustara a Michel, o que la silueta de un muchacho nos recuerde la suya, para que nuestro corazón se ponga a latir más de prisa y nos duela.

¿He conseguido dar una idea de mi hijo en estas páginas? ¿He podido hablar de él sin traicionarle? ¿Haré surgir en el espíritu y en el corazón de los que me lean la imagen de un joven parecido a él? Creo que puedo esperarlo, en la medida en que Michel era verdaderamente un muchacho de su época. Me sentiré feliz si muchos padres reconocen los rasgos de su hijo en este muchacho de nuestro siglo. Michel había captado, con una particular receptividad, las promesas y las amenazas que flotan hoy en el aire y que no se parecen en nada a las promesas y las amenazas de nuestro tiempo antes de la guerra. La propia esencia de nuestra vida ha cambiado, y las reacciones de nuestra sensibilidad ante el mundo que nos rodea ya no son las mismas.

Michel era uno de esos «niños de la televisión» de que habla McLuhan para los que el mundo no es ya el «amplio mundo», puesto que ha quedado reducido a la pequeña escala de la pantalla. Sabemos continuamente todo lo que pasa en el planeta, en lo que cada uno de sus habitantes, como Michel, debería sentirse estrechamente involucrado.

Michel experimentaba físicamente la sensación de una proximidad fraternal. Veía que esa aparente y nueva amplitud de sus horizontes no hace que la masa se vuelva más sabia o prudente. Temía que en el futuro se produjera un desarrollo cada vez más perfeccionado de los regímenes con tendencias dictatoriales. Me decía tristemente que los hombres malgastan su libertad. Creía en la eficacia de una revolución pacífica de la juventud, como único remedio posible ante la marea creciente de los egoísmos criminales, ante el lento suicidio del hombre moderno. Había visto comunidades de «hippies» en los Estados Unidos y lo habían impresionado mucho.

—Un movimiento que predica el amor, la fraternidad y la paz está en posesión de la verdad —me decía.

Durante su breve vida, anárquica en apariencia, Michel supo perseverar por lo menos en el amor a los hombres. No quiero

poner esta vida como ejemplo. No es ejemplar, pero reúne los elementos de una búsqueda que es la de los jóvenes de nuestro tiempo. Chocante, fragmentada, a veces veleidosa, pero siempre sincera. Es el retrato de un muchacho rabiosamente actual.

Incluso su muerte fue la de todos los días. Pero lo único que cuenta es la vida y presiento en algunas ocasiones el momento en que, superado todo dolor, podré captar sin llorar en la mirada azul de un joven de nuestro tiempo, la sed de absoluto y de pureza que siempre estuvo presente en el rostro de mi hijo.

II

DIÁLOGOS CON MI HIJO

Aquella noche, aquella mañana
el silencio estaba lleno de vibraciones
por las que pasaba la esperanza
de una presencia del ausente.
Entonces llamé, y me respondieron.
Mientras escuchaba la voz de Michel
me pareció que llegaban hasta mí
un mensaje y la justificación
de una larga espera.
Con este «diálogo con mi hijo»
es mi alma lo que abro un poco a los lectores.

Yo. — ¿Michel? Soy yo, tu padre. Son las cinco de la madrugada. Siento el corazón oprimido. Pensar en ti me produce un inmenso dolor. Desde tu accidente y tu partida, el 5 de agosto de 1969, no he querido atormentarte intentando una comunicación. Michel, soy yo, papá. ¿Me oyes?

MICHEL. — Te oigo.

Yo. — Michel, tu desaparición sigue siendo un misterio para nosotros. ¿Cómo se produjo?

MICHEL. — Tenía que pasar de todos modos. Mi vida estaba trazada y tus angustias sobre mí eran fundadas.

Yo. — Michel. ¿Puedes darnos detalles?

MICHEL. — ¿Qué quieres saber?

Yo. — El accidente.

MICHEL. — El accidente llegó de modo brutal. Mi coche patinó hacia la izquierda, intenté enderezarle. Luego, todo fue una oscuridad total.

Yo. — Michel, ¿hubo avería mecánica, negligencia o imprudencia de un tercero?

MICHEL. — No. Había llegado mi hora. Tenía que partir.

Yo. — Michel, ¿puedes ayudarnos a vivir?

MICHEL. — No, pero debéis vivir. La vida es más fuerte. Mi muerte sólo tiene sentido por vuestro sufrimiento y vuestra supervivencia.

Yo. — Michel, ¿tiene nuestro sufrimiento un valor, una utilidad?

MICHEL. — Sí, todo sufrimiento lleva en él gérmenes de vida.

Yo. — Michel, danos algún consuelo, háblanos, te lo ruego.

MICHEL. — Vivid sin haceros demasiadas preguntas. No busquéis nada, no forcéis al porvenir porque de ese modo no se encuentra nada.

YO. — Pero, ¿existe la vida en el más allá?

MICHEL. — Inimaginable para vosotros, aérea, indescriptible.

YO. — ¿Eres feliz, Michel?

MICHEL. — Soy feliz.

YO. — ¿Puedes inspirarme, ayudarme?

MICHEL. — No.

YO. — ¿Qué quieres decir a tu madre?

MICHEL. — Mamá...

YO. — ¿Eso es todo?

MICHEL. — Para ella es mucho.

YO. — ¿Te relacionas con otros?

MICHEL. — Sí.

YO. — ¿Tu abuelo?

MICHEL. — Está allí, todos están allí.

YO. — ¿Qué piensas de los acontecimientos importantes, de la destrucción de la Naturaleza, de las guerras, de la contaminación, de las profundas conmociones que amenazan a nuestro planeta?

(Silencio.)

YO. — ¿No puedes hablar de ello?

MICHEL. — Sí.

YO. — Dime.

MICHEL. — Los hombres eran inconscientes, pero ahora se están volviendo locos.

YO. — ¿Es posible curarles?

MICHEL. — Para éstos es demasiado tarde...

YO. — ¿Qué ocurrirá en la tierra?

MICHEL. — Pronto llegará otra noche.

YO. — ¿Qué quieres decir?

MICHEL. — Quiero decir que los hombres están ya ciegos.

YO. — ¿Puedo hacer algo?

MICHEL. — Decirlo. Ha de comenzar un nuevo mundo. Nuevos mundos más cercanos al nuestro.

YO. — ¿Es posible que nosotros, los vivos, mantengamos contactos con tu mundo?

MICHEL. — Deben proceder de un sentimiento profundo.

YO. — Creo soñar... ¿Puedo intentar volver a comunicarme contigo?

MICHEL. — Sí.

YO. — ¿Qué debo decir a tu madre?

MICHEL. — Mamá...

YO. — ¿Y a mí?

MICHEL. — Papá...

YO. — ¿Qué debo decir a tus tíos y tías?

MICHEL. — Que les quiero.

YO. — ¿Tienes penas?

MICHEL. — Ninguna. Ninguna relacionada con vuestra vida.

YO. — ¿Es esta respuesta un consuelo?

MICHEL. — Para vosotros, sí...

YO. — Gracias, Michel. Mamá y yo te decimos hasta pronto.

MICHEL. — Hasta pronto.

(Son las 7 h. 40 — Fin del primer diálogo.)

JUEVES, 8 DE ABRIL DE 1971 — 8 DE LA MAÑANA

(El contacto ha sido difícil. He llamado mentalmente a Michel durante más de dos horas sin recibir respuesta. Después se ha establecido la comunicación.)

YO. — Michel, soy papá... ¿Me oyes?

(Silencio.)

YO. — Michel, soy papá... ¿Me oyes?

MICHEL. — Te oigo.

YO. — Michel, anteayer me dijiste... pero es posible que nuestra noción del tiempo no exista para ti... me dijiste: «Vivid. No os hagáis demasiadas preguntas. Así no se encuentra nada.» Pero en los Evangelios está escrito: «Buscad y encontraréis.» ¿Qué querías decir?

MICHEL. — Papá, tú eres creyente, pero nunca te he visto practicar una religión. Quería decir que tu verdad no es la de los otros. No busques respuestas a todo.

YO. — ¿Qué es la verdad para ti, hijo mío?

MICHEL. — La generosidad. Ser justo, amar a los demás un poco como a sí mismo. Amar es abrir lo posible. Quien ama escoge. La fuerza de luz sabe escoger. Pero no juega con las palabras.

YO. — Michel, ¿tiene tu espíritu una libertad especial, que a nosotros nos está negada?

MICHEL. — Sí.

YO. — ¿Está sometido a los límites de nuestro planeta, espacio y tiempo?

MICHEL. — A otros espacios y otros tiempos.

YO. — ¿Puedes ver lo que ocurre en la Tierra?

MICHEL. — Con otra mirada, con otro oído. Siento tu presencia. Estamos presentes.

YO. — ¿Sin vernos?

MICHEL. — Sin vernos, pero vigilo y estoy atento a tus llamadas.

YO. — Michel ¿Qué es ese «más allá»?

MICHEL. — Otro mundo, un sueño, indescriptible con palabras. Un lenguaje. Movimiento, transparencia, ideas...

YO. — ¿Qué prueba puede darse de la existencia de un más allá?

MICHEL. — Los hombres podrán proyectar en el espacio imágenes sin pantalla, que estarán formadas por unos rayos que se concentrarán en puntos determinados. También podrán recrear mentalmente una vida artificial. Esta vida no será solamente la vuestra.

YO. — ¿Qué será?

MICHEL. — Una copia de nuestro mundo. Una antena...

YO. — Michel ¿eres feliz?

MICHEL. — Aquí no existe el mal terrestre, tampoco el bien. Es una especie de divagación, de sueño, en múltiples dimensiones, hecho de vibraciones.

YO. — ¿Piensas en nosotros?

MICHEL. — Sí.

YO. — ¿Puedes hacer algo por nosotros?

MICHEL. — No puedo hacer nada tangible por vosotros. Nuestros universos son otros.

YO. — Michel, ¿cuáles son ahora tus nociones del pasado, del presente, del futuro?

MICHEL. — El tiempo es el misterio.

YO. — ¿Seguirá siéndolo siempre?

MICHEL. — Sí.

YO. — ¿Qué se debe hacer?

MICHEL. — Trabajar en el tiempo, pensar el tiempo, papá.

YO. — ¿Adelantarse al tiempo? Yo trabajo ya en un tiempo indefinido.

MICHEL. — Aquí, el tiempo, tal como tú lo concibes en este momento, es una caricatura. No puedo añadir nada a esto.

(Silencio.)

(El contacto se ha roto. Son las 8 h. 45.)

SÁBADO, 10 DE ABRIL DE 1971 — 5 DE LA MADRUGADA

(Esta vez el contacto con Michel es inmediato.)

YO. — Michel, soy yo, papá. ¿Me oyes?

MICHEL. — Te oigo muy bien.

YO. — ¿Me oías menos bien las otras veces?

MICHEL. — Tu voz era muy débil, lejana.

YO. — Michel, nuestras comunicaciones nos han hecho mucho bien a tu madre y a mí. Hemos conseguido una paz, una paz muy dulce, que nos invade liberándonos de algunas de nuestras angustias... Pero desearía hablar seriamente contigo.

(Michel parece reír.)

MICHEL. — ¿A qué llamas tú hablar seriamente?

YO. — Útilmente.

MICHEL. — Te escucho, papá.

Yo. — Hoy es la Pascua judía, mañana la Pascua cristiana. Entre los hombres de paz hay una gran corriente de esperanza. Tú me has dicho: «Los hombres se vuelven locos, ciegos. Pronto caerá la noche sobre la Tierra. ¡Ya es demasiado tarde!»

MICHEL. — ¿Yo he dicho eso?

Yo. — Lo tengo todo anotado.

(Silencio.)

Yo. — Durante tu infancia, tu abuelo te llevaba a misa y tú tenías la costumbre de decir: «¡Todo esto no es más que una comedia! ¡Dios no existe, la justicia no existe! ¡Hay demasiados desgraciados sobre la Tierra...!»

MICHEL. — Lo pensaba sinceramente.

Yo. — No siempre has sido un incrédulo. En algunos momentos has creído en una fuerza del universo, en la fraternidad de los hombres.

MICHEL. — Lo que pude ver y aprender en la Tierra me desanimó demasiado pronto. Esta fuerza existe; nosotros la sentimos.

Yo. — Michel, ¿qué quieres decir?

MICHEL. — Las palabras que busco para ti me parecen vacías. Tú lo llamarías paz, una armonía, colores y sonidos que no habéis percibido nunca ni mamá ni tú.

Yo. — ¿Crees que existen otros mundos aparte del que tú percibes?

MICHEL. — El que he conocido, el tuyo principalmente. Pero hay además otros universos.

Yo. — Michel, ¿crees en la reencarnación de las almas? Esto es muy importante para mí, que soy un creyente sin definición.

MICHEL. — Hay una evolución de las almas... Un ritmo. Un ritmo de las almas.

(Silencio.)

Yo. — ¡Michel!

MICHEL *(muy débilmente)*. — Sí, papá...

(El contacto se ha roto. Son exactamente la 5 h. 32.)

(El mismo día, a las 5 h. 42, después de diez minutos de espera y llamada.)

Yo. — Michel, a veces tengo la impresión de hablarme a mí mismo y de escuchar mis propias respuestas.

MICHEL. — Yo también tengo esta impresión.

Yo. — Todo es tan sencillo, demasiado sencillo, desnudo, sin rebuscar.

MICHEL. — Es mejor, papá.

Yo. — Michel, voy a hacerte preguntas, sin un orden preciso... ¿Estas de acuerdo?

MICHEL. — Sí, comienza.

Yo. — Tengo la impresión de que juegas, de que tú... de que nos divertimos...

MICHEL. — Siempre me ha gustado jugar, ya lo sabes, pero hablo en serio.

Yo. — Michel, ¿has oído mi risa?

MICHEL. — Sí.

Yo. — ¿Piensas en las cosas terrestres?

(Silencio.)

Yo. — Necesitas un hilo conductor.

(Silencio.)

Yo. — ¿Piensas en nosotros, en tu pasado, a través de mí?

MICHEL. — Sí, a través de ti.

Yo. — ¿Existen preguntas más metafísicas a las que pudieras ser sensible?

(Silencio.)

(El contacto se ha roto. Son las 5 h. 48.)

15 DE ABRIL DE 1971 - 6 h. 50

(El contacto es inmediato.)

Yo. — Nuestra última comunicación me fatigó mucho. Me he planteado un montón de preguntas.

MICHEL. — ¿Qué preguntas?

Yo. — ¿Hago bien poniéndome en comunicación contigo? ¿Son tus respuestas el eco de mi deseo de hacerte revivir?

Compréndenos. ¡Es tan duro aceptar tu partida! Michel, me he preguntado si nuestro diálogo no era una proyección de mi inconsciente.

(Silencio.)

Yo. — Michel, no me contestas. ¿Me oyes?

MICHEL. — Te oigo. ¿Qué he de responder? Soy tu hijo. ¡Tú eres yo y yo soy tú! Formamos una unidad y emitimos unas ondas que el otro percibe. ¿No es natural?

Yo. — Según mis amigos es sobrenatural, Michel. ¿Te sientes fatigado después de nuestras conversaciones?

MICHEL. — ¡En absoluto!

Yo. — Yo sí, yo quedo agotado. ¿Es normal?

MICHEL. — No te inquietes. Piensa en nuestros intercambios como si yo estuviera en la Tierra. Al oírte tengo la impresión de «soñar». Me siento feliz de poderte ser útil.

Yo. — ¡Pero soy siempre yo quien hace las preguntas!

MICHEL. — Mamá.

Yo. — ¿Hubieras querido hablar con ella?

MICHEL. — Sí, hubiera querido hablar con ella.

Yo. — Le pido que lo intente, está cerca de mí...

...

Yo. — No es posible, Michel.

(Silencio.)

El contacto se ha roto brutalmente. Son las 7 h. 10. Esta conversación me ha emocionado, estoy cansado. Me pregunto si debo proseguir esta experiencia.

He hablado de ella a mis amigos, ninguno pone en duda mi buena fe. No soy un fanático ni un alucinado. De todos modos, estos diálogos no pueden hacer daño a nadie más que a mí mismo. ¿Debo abandonarlos o continuar?

27 DE ABRIL DE 1971 — LAS 7 h. 30

(Después de algunos instantes de llamada.)

Yo. — Michel, he hablado con un eminente psiquiatra. Le he dicho que uno de mis amigos tenía la impresión de haber sostenido conversaciones, en directo, con un miembro muy próximo de su familia, que había perdido de forma brutal. Su respuesta ha sido categórica: «¡Es una psicosis alucinatoria!»

MICHEL. — ¿Qué otra cosa hubiese podido decir? Si dijera lo contrario no podría seguir ejerciendo su profesión. La puerta del santuario quedaría abierta para toda clase de imposturas, incluso para la locura.

Yo. — Michel, ¿puedes hablar a mamá?

MICHEL. — Puedo, pero ¿me oirá ella?

Yo. — ¿Podrá hacerlo por mi mediación?

MICHEL. — Tú puedes.

Yo. — ¿Quieres que probemos?

MICHEL. — Sí.

(Mi mujer hace preguntas, que yo transmito.)

Yo. — Mamá va a hablarte, Michel... Cuando tu accidente, ¿viste llegar la muerte?

MICHEL. — Sí.

MAMÁ. — ¿Tuviste miedo, hijo mío?

MICHEL. — Una fracción de segundo.

MAMÁ. — Te transportaron al hospital de Garches. Te sometieron a la respiración artificial. ¿Recuerdas lo que pasó?

MICHEL. — No, era noche negra.

MAMÁ. — Michel, los médicos nos pidieron uno de tus riñones (1). ¿Hicimos bien donándole?

MICHEL. — Los seres deberían conservar sus órganos y no mezclarlos a menos que el intercambio se realice de padres a hijos.

(1) El lector que comienza esta obra por los diálogos encontrará en la biografía de Michel la historia de aquella terrible noche que tanto nos conmovió a mi mujer y a mí.

Yo. — ¿No se debe salvar a un ser humano?

MICHEL. — ¿Qué entiendes tú por «salvar»?

Yo. — Prolongar la vida.

MICHEL. — En este sentido, lo comprendo... ¿Sabes adónde ha ido a parar mi riñón? ¿Conoces el resultado del trasplante? No quisiera apenarte...

Yo. — No lo sé, no me han informado de nada... Debo decir que dudé antes de aceptar que te sacaran el riñón, pero finalmente pensé que con ello podía prolongarse la vida de un ser humano.

MICHEL. — Deberían respetarse más los cuerpos.

Yo. — ¿Qué importancia tiene? Si nos pudrimos en la tierra. ¿Para qué sirve un cuerpo sin alma?

MICHEL. — Algunos médicos abusan de los cuerpos.

Yo. — Sobre todo los de los pobres para sus experimentos. No siempre respetan al hombres ni a la naturaleza: «¡Un cuerpo es una cosa!»

MICHEL. — Si supiérais lo que pasa, si pudiérais adivinar... ¡Hay que respetar los cuerpos de los muertos!

Yo. — ¿Estas apenado, contrariado por nuestra decisión?

MICHEL. — ¡No! Son las condiciones. El cuerpo pertenece al que parte y no a los que se quedan.

Yo. — ¿Quieres decir que debería pedirse a todos los seres humanos su conformidad para donar uno de sus órganos en caso de que sufriera un accidente, una enfermedad y la muerte?

MICHEL. — El que se va tiene tanto derecho al respeto como un vivo.

Yo. — Hay quien no comprende esa noción. Los cuerpos son elevados con frecuencia sobre una mesa, con una etiqueta atada al cuello o al pie. La Medicina no ha conseguido que se votaran leyes que dispusieran que cada hombre y cada mujer es responsable de sí mismo, de su voluntad.

(Silencio.)

Yo. — Michel, ¿está el alma unida al cuerpo en toda su superficie?

MICHEL. — Todos los elementos visibles e invisibles del cuerpo están recorridos por una corriente de ondas luminosas que se encuentran en todo lo que existe. Todas las parcelas están impregnadas de ella y también impregna la personalidad física y mental de cada uno.

Yo. — Tomar un fragmento de nuestra carne para injertarla en otro, ¿significa correr el riesgo de mezclar imprudentemente dos sistemas?

MICHEL. — Es crear reacciones de rechazo en el mundo del Espíritu, así como en el físico. Los científicos no pueden prever aún todas las consecuencias.

Yo. — Mamá quisiera preguntarte si en el momento del accidente sentiste alguna pena, si pensaste en alguien.

MICHEL. — ¡Sí! Como en un relámpago dije: «¡Mierda! ¡Para "ellos" va a ser una catástrofe!»

Yo. — ¿Quiénes son «ellos»?

MICHEL. — ¡Vosotros, mamá y tú! Y también todos los que me aman.

Yo. — ¿A qué llamas amar?

MICHEL. — Es sencillo. Un gran amor, que procede del corazón, y hace que se acepte todo sin objetar nada, y que no tiene fin. Pocas personas me han amado de esta manera. Vosotros y algunos más, pero ya es más que suficiente.

Yo. — Mamá te pregunta también si cuando llegaste a... *donde estás* había alguien para recibirte.

MICHEL. — Como un torbellino, un cortejo... Siempre como si todo fuera un sueño. Un conjunto de sonidos, de ideas, de colores distintos.

Yo. — ¿Eres feliz? Es una pregunta que ya te he hecho.

MICHEL. — Sí.

Yo. — ¿«Sí»...? ¿Un «sí» pequeño?

MICHEL. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

(Silencio.)

(Se ha interrumpido el contacto.)

(Veinte minutos más tarde se restablece la comunicación.)

Yo. — ¿Podrías contestar a todas las preguntas?

Michel. — ¡No! Hay cosas que no pueden decirse ni a los propios padres, cosas que no conozco, cosas que no sabría cómo decirlas...

Yo. — Michel, mamá te pregunta si deberíamos adoptar un niño.

Michel. — No.

Yo. — ¿Por qué?

Michel. — Porque con tu carácter y el de mamá sufriríais más por mi ausencia. Un hijo no puede sustituirse, sobre todo vosotros. Recordaríais mi infancia, compararíais. Sois demasiado sensibles para una adopción, y os sumergiríais en unas inquietudes locas.

Yo. — ¡Michel, tú eres irremplazable, pero no podemos vivir como unos egoístas!

Michel. — Hay muchos niños a los que podeis ayudar y papá, a su manera, ya hace bastante.

Yo. — ¡Mamá dice que nunca se hace bastante!

Michel. — Hay que actuar de acuerdo con las propias fuerzas.

Yo. — ¿Has visto animales?

Michel. — No he visto; no he pretendido saber. Están en su esfera, a otro nivel...

Yo. — Mamá pregunta si, en caso de poder, volverías a la Tierra como antes.

Michel. — No.

Yo. — ¿Y como «mensajero»?

(Silencio.)

Yo. — ¿Crees que permanecerás mucho tiempo donde estás?

Michel. — No lo sé... Ya no tengo vuestra noción del tiempo.

(El contacto se interrumpe brutalmente. Son las 8 h. 40.)

1 DE MAYO DE 1971 — LAS 7 DE LA MAÑANA

Yo. — Michel, he tenido una visión de los peligros que amenazan a la Tierra. Desde luego, no es nada inmediato: la polución, la falta de oxígeno y de agua, los virus, el abuso de desinfectante, la guerra atómica, la explosión demográfica sobre todo, el hambre que puede provocar, y en consecuencia, la posibilidad de guerras civiles planetarias. Numerosos sabios y economistas, investigadores y escritores, piensan que es preciso intervenir ahora y que ciertos hechos son irreversibles. Tú también lo creías cuando estabas entre nosotros. Con frecuencia, decías: «¡Cada año mueren de hambre cincuenta, sesenta, o quizá más millones de personas! ¡Cincuenta o sesenta millones que mueren entre la indiferencia, e incluso la hostilidad!» Añadías que algunos poderes, para defender sus intereses, llegarían hasta a emplear armas atómicas o al genocidio para acabar con los millones de desesperados hambrientos. Entonces predecías: «De esos destructores en potencia sólo puede esperarse la destrucción...» «Si no se actúa de prisa, el mundo está perdido.» Michel, ¿qué piensas ahora de todo ello?

Michel. — Lo mismo. Vuestra civilización ya está estallando.

Yo. — ¿Qué puedo hacer yo?

Michel. — ¡Tú también debes gritar «peligro»! Y como eres un vidente, y a veces te entrevistas con personas responsables, dispones de una audiencia, debes esforzarte en hacer reflexionar. ¿No sacas de sus trincheras a los que vienen a verte y corren un peligro en su vida personal? Un día me dijiste: «¡A veces les infundo miedo, para evitar que cometan errores que les perderían!...» Pues bien, es lo mismo, papá. Debes gritar, gritar contra la guerra y el egoísmo. Debes gritar, alertar al mundo diciendo a todos: «¡Os precipitáis a la catástrofe si permanecéis indiferentes!»

Yo. — Michel, mi poder es muy limitado... Soy muy pesimista. Existen armas capaces de destruir ciudades, países y pronto continentes.

MICHEL. — El hombre traspasa imprudentemente y demasiado de prisa ciertos límites. Ni la vida ni la naturaleza podrán soportar mucho tiempo el peso de la inconsciencia y el egoísmo. Las ideas fijas de los aprendices de brujo.

(Silencio prolongado.)

Yo. — ¿Volveremos a encontrarnos?

MICHEL. — Volveremos a encontrarnos, papá... mamá.

Yo. — ¿Y seremos felices?

MICHEL. — Sí.

(Silencio.)

Yo. — Michel, has hablado de *colores*, has hablado de «luces». ¿A qué pueden compararse esos «colores»?

(Silencio.)

Yo. — ¿A qué puede compararse todo eso?

MICHEL. — A ideas...

Yo. — Pero, de todos modos... Las flores, las piedras preciosas, los colores del arco iris, los vitrales... ¿Es algo así?

MICHEL. — Sí, *un poco.*

Yo. — Si debieras citar pintores cuyos colores fueran semejantes a los del más allá, a los del mundo en que tú estás, ¿a quién nombrarías?

MICHEL. — Toda la historia de la pintura, de las artes.

Yo. — ¿Y actualmente? Picasso, Vasarely, Max Ernst...

MICHEL. — También ellos.

Yo. — ¿Y si fueran vitrales? ¿En qué región de Francia podrían verse?

MICHEL. — Donde fuimos juntos. *(La voz de Michel se pierde.)*

Yo. — Michel, te oigo con dificultad. Tu madre y yo estamos muy emocionados. Los dos te abrazamos y te decimos «¡Hasta pronto!»

(El contacto se ha roto. Son las 7 h. 20.)

21 DE MAYO DE 1971 — LAS 7 DE LA MAÑANA

(El contacto es directo.)

Yo. — Michel, en una de nuestras conversaciones hemos hablado de colores, de músicas... Acabamos casi definiendo esos colores «indescriptibles», encontrándoles algunas aproximaciones.

(Silencio.)

Yo. — Michel ¿No me contestas?

(Silencio.)

MICHEL. — Te oigo, papá... Tú también quieres materializar lo inmaterial.

Yo. — ¿Provocan la luz, los colores, los sonidos, las ideas, unos estados del alma desconocidos en nuestros mundos, un éxtasis igual o superior a todas nuestras sensaciones, comprendida la voluptuosidad?

MICHEL. — Hay momentos en que la luz emite unas vibraciones muy fuertes, cuando vienen los «visitantes de luz».

Yo. — ¿Los ángeles de luz?

MICHEL. — Quizá es lo que tú imaginas al decir eso.

Yo. — ¿Llegan hasta donde tú estás visitantes de luz? ¿Mensajeros de esa fuerza superior e indefinible? ¿Enviados de Dios?

(Silencio.)

Yo. — ¿Provoca el éxtasis esa especial claridad?

MICHEL. — Inunda las almas.

Yo. — ¿Es posible un acercamiento a Dios por la fuerza intermedia de los que tú llamas los «visitantes de luz»?

(Silencio.)

Yo. — ¿No contestas?

MICHEL. — Imagina... lo inimaginable.

Yo. — Yo imagino lo inimaginable. De vez en cuando, en la Tierra hay niños o mujeres, que tienen «apariciones». ¿Hay que considerar estas apariciones como manifestaciones de

los visitantes de luz? La visión de la Virgen, de los Profetas, de Cristo...

(Silencio.)

Yo. — ¿No puedes contestar?

MICHEL. — Sí, papá.

Yo. — Michel, el día de tu santo, el 29 de setiembre de 1966, me despertó una enorme claridad y tuve una serie de visiones: la revolución de mayo, las barricadas, la disolución del Parlamento, las elecciones, etc. ¿Me fueron comunicadas estas visiones por un visitante de luz? Tuve entonces una sensación rara. Era yo mismo y otro a un tiempo, parecía que me desdoblara. Por otro lado, aquel mismo día tu abuelo partía de nuestro mundo... Había esperado que llegara San Miguel para morir. Tú estabas en el Ejército, viniste con permiso extraordinario y entonces te hablé de mi visión, de la aparición que había tenido entre aquella inmensa luz, de algo que sólo conocen mis amigos más íntimos. Yo estaba emocionado. Tú me escuchabas con atención, pero en tu mirada se leía el escepticismo. No dijiste nada, tu silencio fue neutro. ¿Se trataba de un visitante de luz?

MICHEL *(después de un silencio, y muy claramente)*. — ¡Sí, papá!

Yo. — Estoy cansado, Michel. Sin duda, es la emoción.

(Anoto en mi carnet: Son las 8 h. 12 minutos. Se ha interrumpido el contacto.)

(El mismo día, después de treinta minutos de reflexión, intento un nuevo contacto y lo obtengo al cabo de diez minutos.)

Yo. — Michel, siempre me he preguntado qué es la videncia y he podido describir mis visiones... Son como iluminaciones fulgurantes, como instantáneas. Se me aparecen los acontecimientos simbólicamente, a veces de una manera muy neta y precisa. ¿Esta visión ultrarrápida, deslumbrante, comparable a un flash, procede de los visitantes de luz?

(Silencio. Ninguna respuesta.)

Yo. — Michel, te lo ruego. Vuelvo a hacerte la pregunta. Esta luz, esta claridad, ¿proceden de los visitantes de luz?

MICHEL. — Toda luz pequeña puede llegar a una luz mayor.

Yo. — Michel, mamá te pregunta por qué yo puedo comunicarme contigo y ella no.

MICHEL. — ¿Qué puedo decir?

Yo. — ¿Pero hay una razón?

MICHEL. — No lo sé.

Yo. — Mamá dice que hay una razón que tú debes conocer porque te comunicas conmigo y no directamente con ella.

MICHEL. — Así es.

Yo. — Por primera vez, te siento molesto.

(Silencio.)

Yo. — Michel, intenta comprendernos.

(Silencio.)

Yo. — Mamá quisiera preguntarte una cosa. Michel, cuando vamos al cementerio, cuando encendemos un cirio o tenemos un pensamiento en una iglesia, no importa cuál sea su religión, ¿tú lo percibes?

MICHEL. — Cada plegaria se proyecta en pequeñas luces de colores distintos que indican su procedencia. Imagina que es un azul plateado cuando surge de un cementerio, rosa para una plegaria interior, rosa y oro en un templo.

Yo. — ¿A qué llamas tú un templo?

MICHEL. — A una mansión construida por los hombres y consagrada a la fuerza superior de luz.

Yo. — ¿Ayudan las oraciones a tu elevación?

MICHEL. — La oración es luz. Por eso algunos de nosotros las necesitan.

Yo. — ¿A ti no te concierne?

MICHEL. — A mí particularmente, no.

Yo. — Mamá te pregunta si cuando en el aniversario de la muerte de tu abuelo hace decir una misa a su intención y a la tuya, tú experimentas alegría.

MICHEL. — Toda claridad proporciona paz. Es alegría y las plegarias la provocan. Para los familiares la veo pequeña

y rosa y para aquellos más próximos, más grande y rosa. La intensidad de la llama me revela su procedencia, familiar y amistosa.

Yo. — Mamá te pregunta si cuando ella llora tú te enteras.

MICHEL. — Noto muy bien la presencia de mamá. Las pequeñas ondas azules y rosa decrecen, lo que indica dolor y lágrimas. Di a mamá que no debe dejar que se apaguen las llamas azules y rosa.

Yo *(pregunta de mamá)*. — ¿Se debe ir al templo a orar? ¿No basta con una plegaria que salga del corazón?

MICHEL. — Algunos hombres prefieren buscar la claridad en la «Casa de la luz», otros la llevan en su corazón. Toda acción humana debería ser una plegaria...

Yo. — Pero tú no creías...

MICHEL. — Tengo un lugar en la mansión de la luz. Algún día será mejor.

Yo. — ¿Esa evolución procederá de ti o de nosotros?

MICHEL. — Sobre todo de papá.

Yo. — ¿Por qué de mí?

MICHEL. — Porque gracias a ti otras personas rogarán por mí.

Yo. — Nunca tendré esa fuerza. Lo que dices es terrible. Y todo esto me parece casi increíble.

(Silencio.)

(Son las 9 h. 45 — Se ha interrumpido el contacto.)

EL 4 DE MAYO — LAS 6

(Oigo a Michel desde hace algunos minutos.)

Yo. — Michel, dime qué es realmente la videncia.

MICHEL. — Un soplo que ha existido siempre, una inspiración de ondas que toma innumerables formas.

Yo. — Pero, entre esas ondas, ¿hay una gran zona de sombras?

MICHEL. — Las luces pequeñas tienden hacia la gran claridad. La sombra la teme.

Yo. — Hablas de un mundo de luz y sonidos. ¿Cómo es esta luz? ¿Deslumbradora...?

MICHEL. — Nunca ciega.

Yo. — Y esa música, esos sonidos, ¿a qué se parecen?

MICHEL. — A dulces vibraciones. Ni siquiera tú puedes presentir lo maravillosas que resultan a veces.

(Silencio.)

Yo. — Michel, ¿me oyes?

(Silencio.)

(Se ha roto el contacto. Son las 8 h. 20.)

5 DE MAYO — LAS 6

(Desde hace algunos minutos el contacto es directo.)

Yo. — Michel, he vuelto a leer por casualidad una parte de la obra de Victor Hugo, y en los últimos escritos de su vida he encontrado ciertas cosas que me han trastornado. Por ejemplo, dice: «La vida es solamente una ocasión de encuentros. Después de la vida es cuando se produce la unión. Los cuerpos sólo pueden abrazarse, las almas se confunden...» Y escribe: «Pensemos en el inmenso bien que nos espera después de la muerte.» «Hay instantes en los que pienso con una alegría profunda en que dentro de doce o quince años, como máximo, sabré lo que es la oscuridad de la tumba y tengo la seguridad de que mi esperanza de luz no se verá decepcionada.» También dice: «Se cree que el fin significa "muerte". ¡Error! Fin significa VIDA. La existencia terrestre no es otra cosa que el lento crecimiento del ser humano hacia ese florecimiento del alma que llamamos "la muerte". La flor de la vida se abre dentro del sepulcro.» Michel, al principio de nuestros diálogos dijiste: «Mi muerte sólo tiene sentido por vuestra supervivencia, por vuestro sufrimiento» y encuentro estas mismas líneas en la obra de Victor

Hugo: «La madre llora, el niño grita, la fiera gime o ruge, el árbol se estremece, la hierba tiembla, la nube gruñe, el mundo se conmueve, la selva murmura, el viento se lamenta, la fuente lagrimea, el mar solloza, el pájaro canta... Se nace para sufrir, se vive para sufrir, se ama para sufrir, se trabaja para sufrir, se es bello para sufrir, se es justo para sufrir, se es grande para sufrir...»

MICHEL. — El sufrimiento y las pruebas son necesarios para el conocimiento e inevitablemente caen sobre los mejores que son los más vulnerables.

(Silencio.)

(El contacto se rompe brutalmente. Son las 6 h. 30.)

10 DE MAYO — 6h. 30

(Oigo a Michel al cabo de 15 minutos.)

YO. — Michel, tu madre me pregunta con frecuencia por qué medios se efectúan nuestras comunicaciones.

MICHEL. — Di a mamá que tú emites unas ondas y yo las recibo.

YO. — ¿Existe una longitud de onda?

MICHEL. — Si quieres.

YO. — ¿No es solamente mi deseo de comunicar contigo el que crea estas respuestas?

MICHEL. — El deseo crea la «longitud de onda». Tú has encontrado la longitud de onda. Yo soy tú, y tú eres yo y todas mis respuestas dependen de tus preguntas.

YO. — ¿Dependen?

MICHEL. — Sólo puedo decirte lo que tú eres capaz de transcribir.

YO. — ¿De comprender? ¿De anotar?

MICHEL. — Sí.

YO. — ¿Hay muchas otras personas que pueden comunicarse?

MICHEL. — Sí.

YO. — Michel, cuando llegó tu final, en el momento del accidente. ¿Recuerdas algún detalle?

MICHEL. — No, papá.

YO. — Se dice que en el momento de la muerte el alma se escapa, que planea por encima del cuerpo, que ve aquel resto de la vida física como un traje usado, dejado en el suelo. ¿Fue así como te ocurrió a ti?

MICHEL. — No tengo ningún recuerdo de este tipo.

YO. — Entonces... Dime... ¿Cómo ocurre?

MICHEL. — En el momento de la muerte, la energía del alma se escapa en elementos luminosos, infinitamente concentrados, que tú llamarías partículas, corpúsculos, ondas...

YO. — ¿Qué quieres decir?

(Silencio. El contacto se interrumpe brutalmente durante diez minutos.)

YO. — Michel, ¿qué es y qué hace el alma en el momento de la muerte?

MICHEL. — El alma aún no piensa, sólo se escapa.

YO. — ¿Lo que queda de las almas es impalpable?

MICHEL. — Llega a otras esferas, por medio de escalones luminosos.

YO. — ¿Invisibles?

MICHEL. — Sí. Más tarde, a partir de otro nivel, y bajo la acción de otras energías, es cuando surge el pensamiento en forma de luz. Un haz de ideas.

YO. — Michel, ¿cómo concebir una estructura mental sin cerebro?

MICHEL. — No se trata de vida terrestre, sino de otra clase de vida. Compréndeme, es otra vida.

YO. — ¿Una fuerza luminosa, una fuerza superior de luz puede actuar como un cerebro y emitir pensamientos?

(Silencio.)

YO. — Michel, hemos hablado varias veces de los «visitantes de luz», y de su influencia. ¿Sabes alguna otra cosa?

MICHEL. — Cuando recibimos a esos visitantes, nos em-

barga un intenso sentimiento de alegría. *Es una progresión hacia la Vida.* Una vía distinta, diferente.

YO. — Michel, esos visitantes de luz de los que hablamos. ¿Tienen una gran cultura, adquirida en la Tierra, o en otros planetas?

MICHEL. — Ellos son esas mismas culturas.

YO. — Ya me has dicho que esas fuerzas eran las que inspiraban a los investigadores, a los escritores, a los artistas, las que provocan a veces una chispa, un descubrimiento...

MICHEL. — La luz produce la luz, y de ella surgen los sonidos.

YO. — Ahí, donde te encuentras, en ese mundo invisible para nosotros, ¿podrías adquirir conocimientos útiles para nuestro mundo visible?

MICHEL. — ¿Quién puede hablar de cultura, de conocimiento? ¿Yo? ¿Tú?

YO. — Hablas de energía luminosa. ¿Qué es, Michel?

MICHEL. — El conocimiento, papá.

(Silencio.)

YO. — Michel, háblame más sobre las fuerzas luminosas, los sonidos. ¿Están presentes en todo? ¿En el aire, en el agua, en los vegetales, en el interior de minerales tan duros como el diamante?

MICHEL. — Para ellas no existe ningún obstáculo, ya que se encuentran en toda la materia y en todas las ideas.

YO. — Un hombre aprisionado en el interior de una esfera de plomo, ¿podría establecer contacto con un visitante de luz?

MICHEL. — Para el que encuentra la longitud de onda no existen los obstáculos. Hay peldaños, jalones, un camino, una vía invisible para vosotros.

YO. — ¿Encuentra el visitante de luz, en su camino por el interior de la materia, los jalones necesarios para la comunicación?

MICHEL. — Intenta distinguir el exterior del interior.

YO. — ¿Percibes sonidos cuando te llamo?

MICHEL. — Los percibo como tú.

YO. — ¿Quiere decir esto que el hombre posee un tercer oído?

MICHEL. — Sí, un tercer oído para otra dimensión.

YO. — ¿La audiencia clara que percibimos nosotros?

MICHEL. — Sí, papá... Porque nosotros somos UNO.

(La voz de Michel se aleja. Se ha roto el contacto.)

20 DE MAYO — 5h. 34

(Después de cuatro días de silencio.)

YO. — Michel, soy yo, papá. Michel, te lo ruego. Contéstame. ¿Dónde estás? ¡Michel...!

(Silencio.)

YO. — Michel, siento tu presencia. Contéstame.

(Silencio... Oigo un débil «papá» muy lejano.)

YO. — Michel, ¿estás lejos?

MICHEL. — Lejos y cerca. No existe la distancia.

YO. — ¿Un mundo sin distancias?

MICHEL. — El espacio es distinto...

YO. — Quisiera saber..., saber para comprender.

MICHEL. — Comprender, ¿qué...? ¿Cómo decírtelo...? Somos luces pensantes en este «espacio». ¿Puedes imaginar algo así?

YO. — Estoy dispuesto a imaginarlo todo, hasta un espíritu sin cerebro, puesto que oigo... Pero ¿qué pensarían los científicos?

MICHEL. — Vuestra ciencia es aún demasiado frágil, como un niño que acaba de nacer.

(Silencio.)

YO. — ¡Eras tan guapo! Michel, ¿puedes llegar aún hasta nosotros? Hacía días que no podía comunicar contigo.

MICHEL. — No pidas lo imposible.

YO. — Temo que cesen nuestras comunicaciones.

MICHEL. — Guardarás su recuerdo.

YO. — No es lo mismo.

MICHEL. — Pero volveré a visitarte durante tu sueño.

YO. — ¿Como un fantasma...? ¿Podrías ser un fantasma? ¿Te acuerdas de cuando jugabas a los fantasmas?

MICHEL. — Hablas como un niño, papá. No es ésa mi esperanza. Volveré a visitarte en tus sueños.

YO. — ¿Como una mañana cuando salía el sol?

MICHEL. — Sí.

YO. — Sí, te vi en sueños, Michel. Pero no puedo recordar ningún diálogo.

MICHEL. — Vine a viajar en «ti», a impregnarte de mí.

YO. — Un fantasma bueno debe ser eso. Gracias, niño mío.

(Silencio.)

YO. — ¿Otros también son visitados, inspirados en sus sueños?

MICHEL. — Ciertos sueños abren la vía de lo invisible, hacia la luz, el Amor.

YO. — ¿Es esto un mensaje para los padres que hayan perdido a un hijo? ¿Son determinados sueños una señal para ellos?

MICHEL. — Los hijos son la luz de los padres.

YO. — Pero para muchos se apaga.

MICHEL. — Pocos la detectan, porque viene de las profundidades de un más allá. Ojalá sus lágrimas se conviertan en ondas y espejos.

YO. — ¿Está todo relacionado con la luz?

MICHEL *(muy débilmente)*. — Incluso los ciegos la ven.

YO. — ¿Es una aproximación a Dios?

MICHEL. — En el deslumbrador santuario...

(Silencio prolongado. Se ha interrumpido el contacto. Son aproximadamente las 6 h. 30.)

13 DE JUNIO — LAS 7 EN PUNTO

(El contacto con Michel es inmediato.)

YO. — Michel, ¿me oyes?

MICHEL. — Débilmente, pero te oigo.

YO. — Michel, ayer me ocurrió un accidente estúpido. Me golpeé la rodilla con el canto de mi escritorio. Tuve que ir urgentemente al hospital Beaujon, eran las siete de la tarde cuando llegué allí. La pierna me dolía terriblemente. Mi espera duró cuatro horas. No era yo el único que aguardaba en el pasillo. Sobre una camilla se hallaba tendido un muchacho de unos veinte años. Acababa de llegar, pero no parecía gravemente herido. Se supo que había tenido un accidente de moto y que la pasajera que iba detrás, una muchacha de dieciséis años, había muerto instantáneamente. Con nosotros, esperando la radiografía de urgencia, se encontraba un hombre, un marroquí, que se retorcía de dolor. Transcurrió otra hora. Dejaron al marroquí sufrir y gritar. ¡Hacía cuatro horas que estábamos allí! ¡Cuatro horas sin encontrar un interno! ¡En aquel hospital de mil camas, solamente había dos para todos los servicios...! En otros tiempos hablamos de una moneda que se imprimía especialmente para las urgencias planetarias. Es evidente que hoy, hasta en los países occidentales, existen graves urgencias. Mientras sufría, vi llegar al padre y la madre de la joven muerta. Estaban en un completo estado de postración, no comprendían nada. Entonces, en compañía de tu madre, reviví tu accidente y *comprendí*, en aquel momento comprendí lo que quisiste decir en nuestro primer diálogo: «Papá, mi muerte sólo tiene sentido por vuestra supervivencia, por vuestro sufrimiento.» Ahora lo entiendo, Michel, antes no comprendía. ¿Pero qué se puede decir a esas personas tan desgraciadas? ¿Acaso creen en la supervivencia? ¿Tienen una esperanza?

(Silencio.)

MICHEL. — La esperanza es una semilla que tú también debes sembrar en los corazones.

YO. — ¿Y los enfermos graves? ¿Los cancerosos, los leucémicos, los cardíacos?

MICHEL. — Que no teman su propio límite. La vida terrestre es un paso hacia un infinito inexplorado.

YO. — Todo ser que nace es un muerto en potencia.

MICHEL. — Desde el nacimiento el ser humano se halla en la frontera de otra frontera.

YO. — Michel, había llegado al borde. Belline, «el hombre que intentaba consolar a los seres angustiados con la idea de un futuro», a veces no tenía ni siquiera la fuerza de sobreponerse a su propia pena.

MICHEL. — Los que te rodean van a creer que te has vuelto loco de dolor.

YO. — A los escépticos les contesto que mi única locura es haber intentado encontrarte.

(Silencio. Son las 8 h. 14.)

16 DE JUNIO - 5 h. 5

YO. — Michel, ¿me oyes?

(Silencio.)

YO. — Michel, ¿me oyes?

(Repito veinte veces mi llamada.)

YO. — ¡Michel, contéstame!

MICHEL. — Sí, papá.

YO. — Un obispo me ha dicho: «¡Su experiencia la permite Dios o el Diablo...!» Michel, ¿qué es el Diablo? ¿Es el mal?

MICHEL. — Una fuerza de las tinieblas que ataca a ciegas. Un abismo que ya no recibe luz. La violencia en la inercia. Una fuerza que lo envilece todo.

YO. — Se ha escrito que el Diablo es una fuerza que despersonaliza. Un escritor cita dos matanzas, una de varias personas, perpetrada por una banda de jóvenes «hippies» más o menos drogados y el exterminio de un pueblo entero en algún lugar de nuestro mundo por unos soldados que eliminaron a todos sus habitantes por orden de sus jefes bajo capa de una pretendida moral: el Ejército, el orden, la justicia, la disciplina...

MICHEL. — El desmán en la indiferencia, el generador del vacío...

YO. — Ésas son tus fórmulas.

MICHEL. — No, pa...

(La comunicación cesa brutalmente. Son las 5 h. 22.)

16 DE JUNIO — 6 h. 20

(El diálogo se reanuda al cabo de una hora.)

YO. — ¡Michel! ¡Michel! ¿Me oyes?

(Silencio.)

YO. — ¡Michel, te lo ruego! ¡Respóndeme!

MICHEL. — Te oigo, papá.

YO. — ¿Por qué ha cesado bruscamente la comunicación?

MICHEL. — Debes estar fatigado, papá. Algo así como una pila descargada. No podía oírte.

YO. — Michel, cuando estabas en nuestro mundo no creías ni en Dios ni en el Diablo.

MICHEL. — Creía en lo que veía.

YO. — Si el mal es el Diablo, la estupidez, quizá la fuerza vacía que ataca a ciegas, ¿es posible luchar contra ese vacío?

MICHEL. — Hay que elegir. En la Tierra todo sacrificio es una elección. La supervivencia dependerá de lo que se elija.

YO. — ¿Quieres decir que si la elección es desacertada, o tardía, todos los humanos pueden desaparecer?

MICHEL. — Siempre existirán seres, aunque desaparezca una civilización... Esta civilización del dinero está terminando su ciclo.

Yo. — Continúas presintiendo guerras, revoluciones, la caída de los grandes intereses privados.

MICHEL. — Deseo que todo pase pacíficamente, sin demasiada violencia sobre la Tierra. Las fuerzas de destrucción están siempre en marcha. Los hombres pagarán cada retraso con su libertad.

Yo. — ¿Qué más desearías?

MICHEL. — Hay que inventar una nueva vida... El camino de los humanos está lleno de peligros. Una conversión de vuestras costumbres y vuestras ideas...

Yo. — ¿Un nuevo sistema económico? ¿Una revolución de nuestras costumbres políticas, a escala de toda la Tierra?

MICHEL. — ¡Cuántas energías desaparecerán, inutilizadas...! Las ataduras perderán mañana todo significado.

Yo. — ¿Que puedo hacer?

MICHEL. — Trabajar las ideas, la idea de las urgencias.

Yo. — Creo estar soñando.

MICHEL. — No sueñas, papá.

(Son las 8. El diálogo se corta.)

22 DE JUNIO - LAS 8

(El contacto es inmediato.)

Yo. — Michel, veo a diario hombres colmados de bienes y que aunque no experimentan hambre ni sed, ni sufrimientos físicos, son desgraciados. ¿Qué necesitan?

MICHEL. — Volver a ser criaturas útiles.

Yo. — Michel, tengo la impresión de que nos has dejado, de que te has ido de nuestra Tierra como un viajero que explora lo invisible, para situarte en otro nivel, y que de ese nivel sólo puedes dar someras descripciones, o simplemente a la escala de mis preguntas. Pareces un extranjero que está visitando un país cuya lengua no conoce y al que se le obligara a explicar lo que siente.

MICHEL. — ¡Hay tantas cosas!

Yo. — Michel, ¿puedes explicarme a que llamas tú «viajes», «partidas»?

MICHEL. — De aquí parten «viajeros», unos para ir hacia ciertas tierras...

Yo. — ¿Conocidas?

MICHEL. — Conocidas y desconocidas... Parten. No sabemos cuál es el final del viaje.

Yo. — ¿Viajeros?

MICHEL. — Sí, viajeros.

Yo. — ¿Misioneros de luz?

MICHEL. — ¡Quién sabe!

Yo. — Michel, mamá tuvo una gran alegría interior cuando comenzaron nuestros diálogos. Hoy empieza a dudar y su tristeza es enorme. Realmente, no sé qué hacer. He reflexionado y he rezado.

MICHEL. — Los que se han amado vuelven a encontrarse.

Yo. — ¿Eternamente?

MICHEL. — El Amor es eterno.

Yo. — No quisiera entristecerte, hijo mío, pero no sé cómo explicar a tu madre lo que siento al oírte. Para mí, tú no has muerto.

MICHEL. — La muerte llega siempre. La primavera, el verano llegan siempre, y todo vuelve a comenzar.

Yo. — He tenido una visión que concierne a un amigo mío. Se me apareció dentro de una especie de túnel cinético, construido por unos cubos que formaban una perspectiva y que iban disminuyendo hasta terminar. Le expliqué por teléfono esta visión. Pareció quedarse estupefacto y me dijo que volveríamos a hablar de ello. Ayer lo vi. Me trajo una obra de arte moderno, envuelta en un papel negro (la imagen exacta de mi visión). Mi amigo me la entregó y me dijo: «¡Consérvela en su casa, porque esto fue lo que vio!» Michel, ¿qué explicación se puede dar a este hecho? ¿Qué es este extraño dibujo?

MICHEL. — Un «filtro de luz»...

Yo. — ¿Qué quieres decir?

MICHEL. — Te ayudará a percibir las formas del interior.

(Son las 8 h. 45 - la voz de Michel se aleja, el contacto se ha roto.)

23 DE JULIO - A LAS 5 h.

(Después de llamar durante una hora.)

YO. — No todo son tinieblas sobre nuestra Tierra. Hay algunos seres repslandecientes de bondad, de calor, de luz. Michel, ¿qué ocurre con los mejores?

MICHEL. — Las fuerzas que emiten evolucionan más rápidamente. Parten antes hacia destinos desconocidos.

YO. — Cuando esas fuerzas realizan ese gran viaje se alejan de vosotros para ir... a otro lado. ¿Experimentan pena los que rodean a esos seres?

MICHEL. — No, puesto que son arrastrados por energías y fuerzas deslumbradoras.

(Silencio.)

YO. — Michel, ¿qué piensas ahora de las religiones? Cuando eras un niño, tu abuelo te llevaba a ciertas ceremonias, a misa... Debo decir que no siempre ibas de buen grado. En aquel tiempo eras profundamente anticlerical. ¡A los diez años eras anticlerical, antifascista, anticomunista, anticonvencional, anti-todo! ¿Conservas aún esa disposición de ánimo?

MICHEL. — ¿Acaso no me comunico contigo? Pero no puedo comparar mi pensamiento actual con el que tenía cuando estaba entre vosotros.

YO. — Michel, nuestro mundo moderno está en plena aceleración. ¿Qué es lo más importante de todo?

MICHEL. — Lo que importa es la vida. El sacrificio de algunos hombres por el bien de otros.

YO. — Michel, hemos hablado de reencarnación. Tú me respondiste: evolución. Se conoce el caso en Europa de una joven (médium) que, en un estado de desdoblamiento, veía una parte de su vida pasada y reconstruía esta existencia en Italia. Se veía a sí misma evolucionar en una casa pequeña y sencilla, que tenía varias habitaciones en la planta baja. Una visión aparecía repetidas veces ante ella: la de un pozo. Cuando pensaba en ese pozo, le cogía un terror enorme. Dicen que finalmente consiguió encontrar aquel lugar, aquel pueblo. Fue allí, y se sintió violentamente atraída por el pozo. Lo sondearon y sacaron un esqueleto. Si esta historia, tal como me la han contado, es cierta, si las investigaciones son auténticas, ¿cómo explicar este fenómeno, si no es mediante unas vidas anteriores y unas reencarnaciones?

MICHEL. — La inspiración y la visión son ecos.

YO. — Pero ¿cómo es posible que esa joven irlandesa, que veía su pasado, se sumergiera tan fácilmente en su vida anterior? ¿No la había vivido?

MICHEL. — Ya sabes que las huellas de nuestro fluido, de nuestra presencia, subsisten y permanecen sobre la tierra, después de nuestra desaparición. No desaparecen nunca completamente.

YO. — ¿Puede un espíritu que se desdoble captarlas, descifrarlas y dar una visión más o menos exacta de los elementos del pasado o del presente?

MICHEL. — Sí.

YO. — En la antigüedad, los oráculos, los sabios, los videntes, tenían un papel muy importante en la vida de los hombres. Se les consultaba. Se inspiraban, recibían mensajes y los transmitían. ¿Por qué hay tan pocos verdaderos mensajeros de luz en nuestros tiempos?

MICHEL. — Volverán con la ciencia, una ciencia nueva.

YO. — Michel, ¿existen otras formas de vida? ¿Otros seres evolucionando en otras esferas, u otros planetas?

MICHEL. — Sí.

YO. — Michel, ¿se puede concebir una cadena de reencarnaciones o las evoluciones son una consecuencia de las acciones cometidas?

MICHEL. — Hay trayectorias trazadas de antemano que yo no conozco.

Yo. — Me has dicho que no existe ni el tiempo ni la distancia donte tú te encuentras. Por lo menos, tal como los concebimos en nuestro planeta.

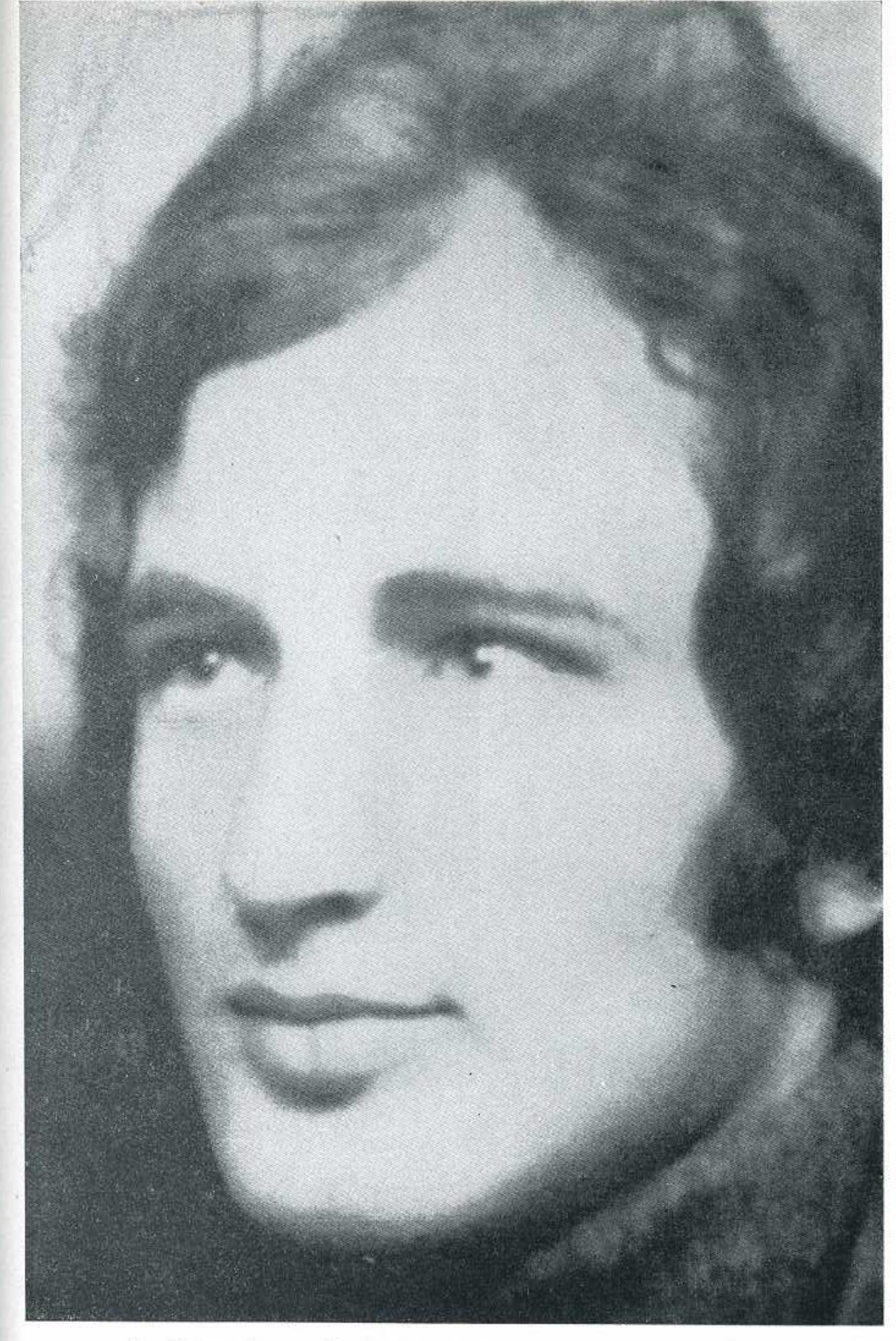
MICHEL. — Los contactos e intercambios se realizan bajo una forma... No sé cómo describirla. Entre los que se han conocido y vuelven a encontrarse se establece un lenguaje instantáneo.

Yo. — Michel, cuando un hombre desaparece de nuestro mundo, ¿en qué se convierten su cultura y sus conocimientos?

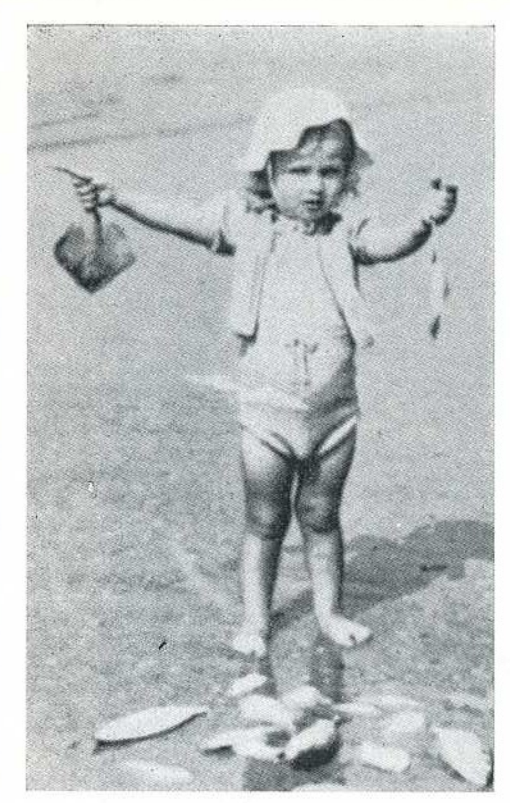
MICHEL. — Se transforman con él.

(Son las siete. Se ha roto la comunicación. Vuelve a reanudarse a las 7 h. 14.)

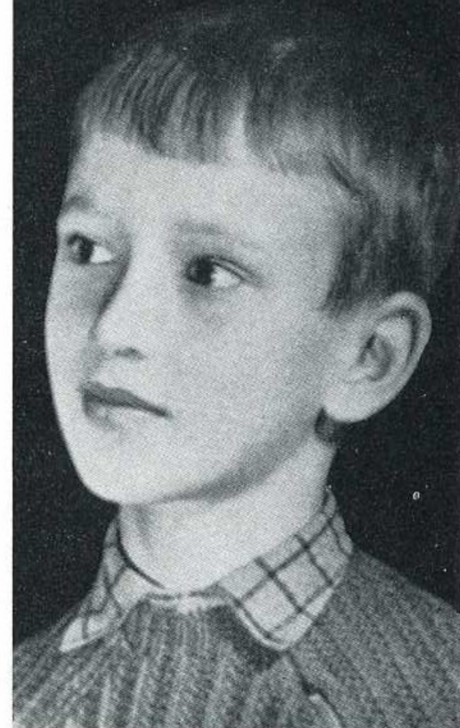
Yo. — Me dijiste un día que el alma, al abandonar el cuerpo, se llevaba con ella los conocimientos y la cultura adquiridos en la Tierra... Cuando vivías, te expliqué una experiencia que tuve. Un día me «desdoblé» conscientemente en mi despacho. Sentí que una parte de mí mismo se desprendía. Dirigí una porción de mi espíritu hacia el Perú. Durante unos segundos estuve a un tiempo en París y en otra nación. Mi espíritu distinguía de un modo muy preciso y aéreo, como vista desde un avión que volara a poca altura, la topografía exacta de esas regiones. Veía las estrechas llanuras del litoral, sentía el calor de los desiertos. Encontraba a mi paso zonas cubiertas por una selva muy densa, y en su interior las tribus indias. Todo era perceptible. Sobre los caminos se veían animales domésticos. Escalonados por la montaña se distinguían los diferentes cultivos: cereales, fruta, caña de azúcar. Veía las casas, los colores. Entonces, mi espíritu saltó, súbitamente, a un tiempo pasado, y reconocí con una precisión extraordinaria los elementos de una civilización, de un imperio poderoso y extinto. Tenía la impresión de vivir en la época de los antiguos incas. La parte consciente de mi cerebro permanecía vigilante, supervisando a la otra. Me dio miedo ir más lejos en mi experimento y me desperté. Mi desdoblamiento cesó. ¿Se trata-



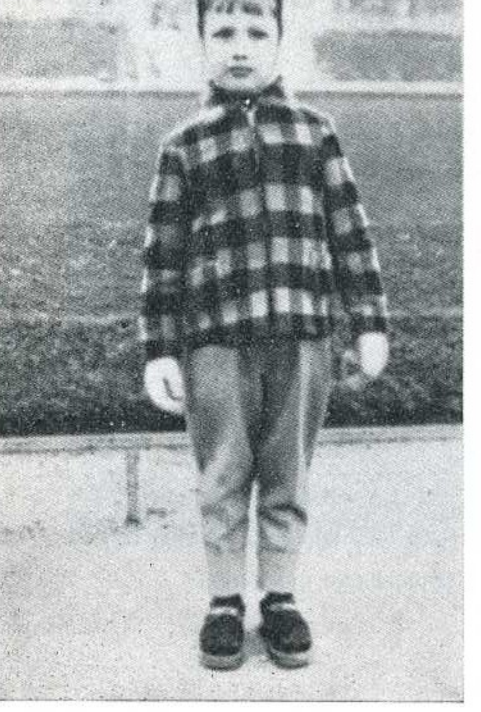
La última fotografía de Michel. «Somos luces pensantes»



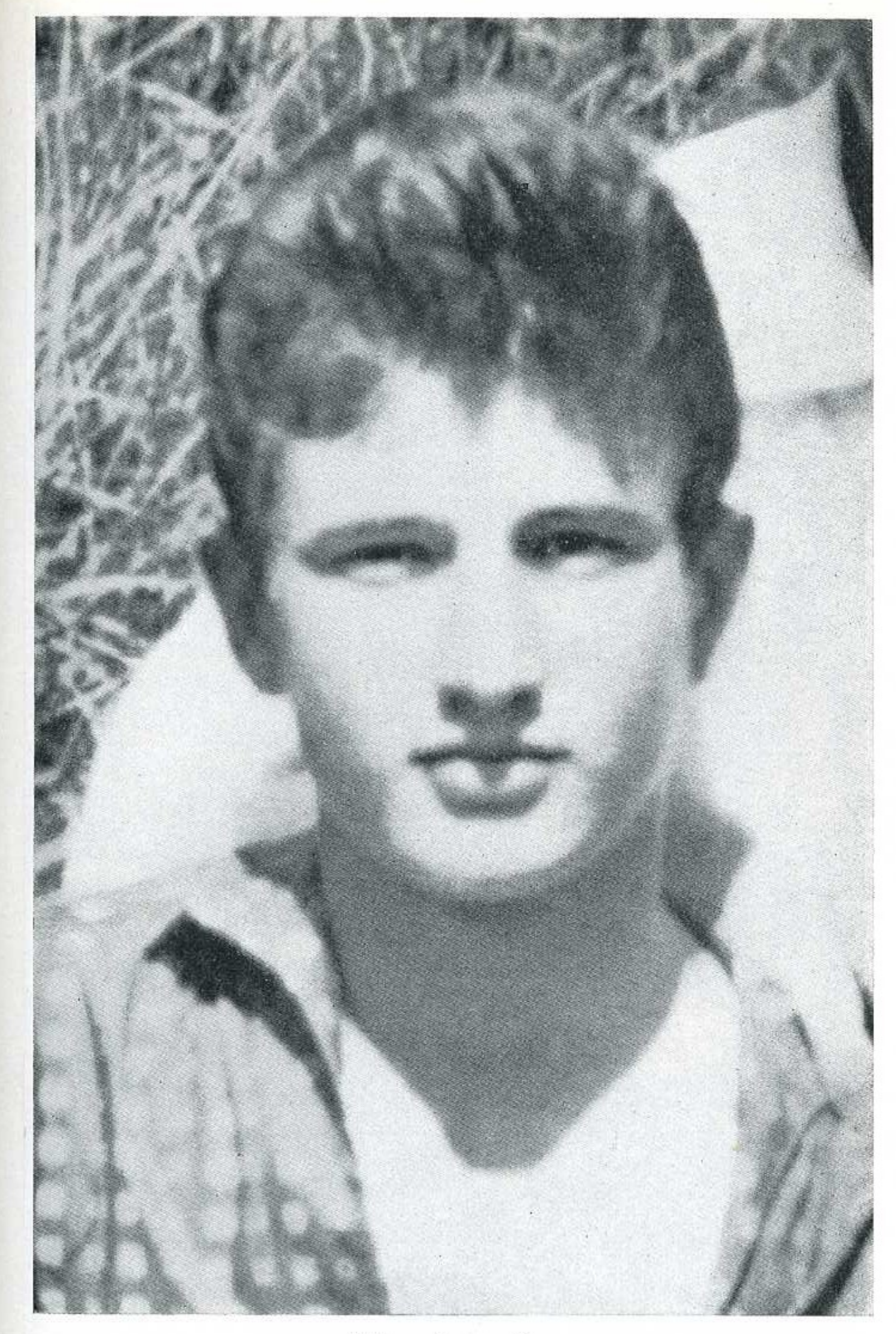
Michel, a los dos años y medio



A los diez años



A los cinco años



A los catorce años



A los dieciocho años.
(Fotos colección del autor)

ba simplemente de un sueño? ¿Era verdaderamente posible? ¿Puedes explicar mejor nuestro mundo que el tuyo?

MICHEL. — De tu cerebro salió un poco de energía que se liberó, y viajando hasta aquellos lugares se encontró con los fluidos del pasado, invisibles para cualquier aparato electrónico. Tu memoria se acordó.

YO. — ¿Me impregnaron informaciones del pasado?

MICHEL. — Encontraste la longitud de onda.

YO. — ¿Podría un hombre dotado y que se ejercitara encontrar vestigios del pasado terrestre por medio del desdoblamiento?

MICHEL. — Sí, pero también entrar en el futuro...

YO. — Se pretende que el hombre utiliza solamente dos décimas partes de sus facultades cerebrales. ¿Queda, por tanto, un inmenso territorio desconocido?

(Silencio.)

(Fin de la comunicación. Son las 8 h. 4)

24 DE JULIO — 7 h. 15

YO. — He vuelto a leer nuestros diálogos, Michel, con todo su interés y sus torpezas. Creo que lo esencial es saber que nada se pierde, que nada muere, que los seres vuelven a encontrarse en diferentes planos, según un orden que tú no conoces, o no puedes describir. Pero no importa, puesto que existe.

MICHEL. — Papá, deja de pensar en la supervivencia en términos de vida.

YO. — Michel, cuando estabas vivo decías que la cultura era necesaria al hombre. Y añadías: «Pero sola, sin la sabiduría, no puede proporcionar la felicidad.» ¿Es la sabiduría una forma de cultura?

MICHEL. — Todo lo que es humano es cultura. Incluso la sabiduría.

Yo. — ¿Podría una persona sin instrucción, muy sencilla, apegada a la Tierra, a la vida, progresar después de la muerte, en el más allá, con la misma rapidez que los seres cuya vida ha estado dedicada a los conocimientos?

MICHEL. — Todos los seres irradian. Sus irradiaciones procede de la sabiduría y del conocimiento.

Yo. — Michel, ¿cual fue tu mayor sorpresa cuando te integraste a ese mundo en que estás?

MICHEL. — Lo que más sorprendió fue el intercambio entre las ondas, los sonidos y la luz.

Yo. — ¿Pueden las ondas, los sonidos y la luz entablar un diálogo?

MICHEL. — Es una forma de vida. No puedes imaginarla porque existe por la presencia de una fuerza que no es posible situar.

Yo. — Lo interpreto como puedo. Cada ser humano tiene, por lo tanto, dos cuerpos energéticos: uno físico, terrestre, que sigue unido a la carne; y el otro, que se escapa, es energía astral, capaz de alcanzar otras esferas, por medio de partículas luminosas errantes.

MICHEL. — Tus palabras, como las mías, simplifican. Transcribe lo que puedas.

Yo. — ¿Cómo podría hacer comprender esto?

MICHEL. — Muchos hombres han experimentado estos fenómenos. Y muchos más podrían hacerlo.

Yo. — ¿Es esto un mensaje?

MICHEL. — Si consideras que nuestros encuentros son un «mensaje», haz que el «mensaje» pase...

(El contacto se debilita y se interrumpe. Son las 7 h. 42.)

22 DE DICIEMBRE — 5 h. 45

(Después de llamar durante 45 minutos.)

Yo. — Michel, hijo mío, he pasado muchos meses sin oírte.

MICHEL. — Aquí estoy.

Yo. — Niño mío, hace veinticinco años que en este mismo momento tu madre te traía al mundo.

MICHEL. — Vivo siempre con mamá y contigo. Estoy al mismo tiempo cerca y lejos.

Yo. — Nos es difícil soportar tu ausencia. La pena y la tristeza nos oprimen el corazón. Aún te quedaban por vivir muchos años sobre esta Tierra.

(Silencio.)

MICHEL. — Toda vida terrestre es un simple paso.

Yo. — ¿También las Navidades? ¿Recuerdas nuestras Navidades?

MICHEL. — Sí... *(Silencio.) (La voz de Michel se vuelve más suave.)* Todo cantaba, todo vibraba... Es preciso que los hombres aprendan de nuevo a cantar juntos.

Yo. — ¿Por qué juntos?

MICHEL. — No se hace nada solo en Navidad.

Yo. — ¿Qué quieres decir?

MICHEL. — Más allá de todas las fronteras, sin Amor no se ha conseguido nunca nada.

(La voz de Michel se aleja. Se ha roto el contacto. Son las seis.)

EL MISMO DÍA — 6 h. 5

(El diálogo continúa.)

Yo. — Cuando nos hablábamos por el «talkie-walkie», nuestros sentidos estaban libres, las nociones de espacio o distancia no existían. Hoy, sin aparato, volvemos a comunicarnos.

¿Te pregunto una vez más si esto es un fenómeno subjetivo de mi pensamiento que crea las preguntas y las respuestas, en función de una orientación completamente personal que surge del inconsciente?

MICHEL. — El inconsciente es la conciencia de otra dimensión. Las existencias son sueños.

YO. — ¿Tanta importancia tienen los sueños?

MICHEL. — Solamente cuando se les sobrepasa.

YO. — En toda vida, en toda investigación hay un sueño. ¿Existe un sueño eterno?

MICHEL. — Lo irreal en lo real.

YO. — ¿Es el eterno enigma?

MICHEL. — Una vibración eterna.

(Silencio. Se ha interrumpido el contacto. Son las 6 h. 16.)

24 DE DICIEMBRE — 23 h. 55

YO. — Michel, ¿me oyes?

MICHEL. — Te oigo.

YO. — Tu madre y yo habíamos llenado nuestro futuro con tu presencia. ¿Cómo vivir sin ti?

MICHEL. — Yo vivo en vosotros.

YO. — Desde tu partida, siento más el sufrimiento de los hombres. Si no fuera por las necesidades de la vida, ya hubiese escogido otro camino. Pero desde hace veinte años no sé hacer nada más que intentar aliviar a los seres que se confían a mí, intentar «prever».

MICHEL. — A veces tengo la impresión de que nuestras palabras son sonidos huecos. Sigue siendo el vidente de la esperanza que querías ser. Conviértete en un mensajero. Mañana empezará una nueva época para los hombres. Deberán volver a meditarlo todo, sea oficio o investigación.

YO. — ¿Qué mensaje puedo llevarles?

MICHEL. — Una nueva mirada, un nuevo oído. La visión, la percepción de nuestra presencia.

YO. — ¿Para todos los humanos?

MICHEL. — Sí.

YO. — ¿Es tu regalo de Navidad?

MICHEL. — Sí.

YO. — Entonces, la separación será menos dura.

(Me siento sacudido por la emoción que provoca la aparición de luces multicolores. Ya no oigo la voz de Michel.)

(Son las 0 h. 12 - 25 de diciembre de 1971.)

6 DE ENERO DE 1972 — LAS 5 DE LA MAÑANA

(Después de llamar dos horas.)

YO. — Michel, soy papá, respóndeme.

(Silencio.)

A la misma hora, los días 7, 12 y 21 de enero.

Tendido, o ante mi escritorio, paso largas horas a la escucha de Michel sin ningún resultado.

El 29 de enero me parece oír su risa.

El 2 de febrero oigo la palabra («papá») *muy débilmente.*

Y así, pacientemente, todos los días de febrero y de marzo aguzo el oído, en vano, a la escucha del más allá.

Los días 17, 22 y 25 de febrero creí que se había restablecido el contacto, pero la voz de Michel o su risa, que percibía muy débilmente, se desvanecían en una especie de interior lejano, como se pierde en el horizonte el sonido de una campana.

Según iban pasando las horas, día tras día, las posibilidades de reemprender los diálogos con mi hijo disminuían. Mi cariño de padre me había hecho creer que ese milagro duraría siempre.

Me invadía un enorme cansancio, debido en parte a la tensión de una espera que ya nada colmaba. Decidí, junto con mi mujer, partir en busca de reposo bajo el sol de Pascua en

Florencia. Fue una iniciativa afortunada. El cambio nos hizo bien. La estancia allí nos devolvía el gusto por la vida. Aspirábamos a conseguir una serenidad duradera. Ya no intentaba llamar a Michel. Estaba muy lejos de presentir la gracia que me iba a ser otorgada. Una noche, en nuestro hotel de la orilla del Arno, Michel se me apareció en sueños.

No recuerdo cuáles fueron los preliminares, pero me encontré en un automóvil, con él a mi lado. Como tantas veces nos había ocurrido cuando vivía. (1) *Pero ahora era yo quien conducía, y él se dejaba llevar.*

Yo le dije: Michel, ya sé que sueño. ¿Cómo es que después de tantas tentativas en vano para hallarte, esta noche nos está permitido encontrarnos y vernos?

Michel me contestó: ¿Crees que nos hemos separado en realidad? La energía que me pertenecía ha vuelto hacia ti y mamá. Siempre es así. El amor de los que quedan, lloran y llaman atrae hacia ellos un poco del ser querido que se va. Algo de él vive en su pensamiento, habita en su cuerpo.

YO. — Siento que vivo para dos seres: para ti y para mamá. Y lo mismo le ocurre a mamá. ¿Es cierto? ¿No es una ilusión este sentimiento?

MICHEL. — Algún día se hará justicia a la sabiduría de los poetas y de los corazones amantes.

Oí, o mejor dicho, vi su risa, pues se volvió hacia mí, y yo también lo miré. Estaba radiante. Su alegría se me contagió. Sus ojos me transmitían la claridad que emanaba de ellos, en una especie de fusión íntima. Nunca olvidaré el momento en que Michel y yo nos miramos, cara a cara, fuera del espacio y del tiempo.

YO. — Michel, apenas puedo hablar de lo feliz que soy al verte tan resplandeciente. De pronto me parece que el mundo

(1) Véase la biografía de Michel.

no va tan mal, que los hombres pueden encontrar, si quieren, una solución para sus males.

(Michel me besó.)

YO. — Veo acudir a mí tantos seres desgraciados y deprimidos, aplastados por la pena. Algunos están dispuestos al suicidio. ¿Cómo devolverles el gusto por la vida y transmitirles la alegría que yo siento en este instante?

MICHEL. — Puedes darles la fuerza de remontar el río de la vida.

Son las cinco. Me despierto y me oigo hablar con Michel. Percibo claramente la voz de mi hijo.

YO. — ¡Explícate! ¡Tengo aún tantas preguntas por hacerte!

MICHEL. — No fuerces la verdad, papá. Siempre llega en su momento.

YO. — Hago todo lo que puedo para esperar. Muchas de las cosas que me has dicho son extrañas. Por ejemplo, es posible que siga soñando y, sin embargo, estás aquí.

MICHEL. — La vida es una energía, la muerte es otra, y el sueño oscila entre las dos.

YO. — ¿Crees que podría llegar más lejos contigo en nuestras investigaciones?

MICHEL. — Deja de atormentarte, papá. Evita desdoblarte innecesariamente. Las energías que proyectas al exterior corren el riesgo de no volver a sus centros. Eso provoca siempre pérdidas de memoria.

YO. — Cuando, después de la muerte, el alma de una persona abandona su cuerpo, ¿encuentra intactas las partículas errantes que se habían evadido?

MICHEL. — Sí. Incluso la locura persigue en el más allá una evolución lo más armónica posible. Los accidentes del alma no tienen más fuerza sobre el destino del más allá que una herida o una tara física. Las faltas cometidas conscientemente en la Tierra son las que actúan como frenos.

Yo. — ¿Frenos de qué?

MICHEL. — Espérame, papá. Volveré.

(La voz ha desaparecido, pero queda la sensación de felicidad.)

No intenté forzar el regreso de Michel y esperé pacientemente.

Durante la noche del 11 al 12 de abril tuve otro diálogo, otra visión de Michel en sueños. La decoración era distinta. He olvidado algunos detalles. Recuerdo los cabellos de mi hijo, dorados por una luz de sol naciente, y su rostro radiante. Sostenía en la mano una especie de espada, no sé por qué. No consigo conciliar esta aparición con la personalidad pacífica de Michel.

Yo. — Michel, ¿recuerdas el sueño de aquella noche de primavera en Florencia?

MICHEL. — Me acuerdo de nuestro encuentro.

Yo. — Tengo que hacerte otras preguntas.

MICHEL. — Ya las adivino.

Yo. — Michel, ¿qué es la suerte?

MICHEL. — Una fuerza positiva, imantada por el azar. Hay los vencedores y los vencidos de la suerte. También existen los ladrones de la suerte.

Yo. — ¿Existe el «mal de ojo»?

MICHEL. — Sí, y también el «mal de oreja». *(Michel ríe.)*

Yo. — ¿Qué quieres decir?

MICHEL. — Ten cuidado con la magia de la palabra, de las imágenes.

Yo. — ¿Cómo desprenderse de las malas influencias?

MICHEL. — El choque de retorno es fatal para los que envían ondas negativas. El mal es como un bumerang. Haz los gestos de la vida como un ritual. Lava tus manos y tus pensamientos. Finalmente, todo está en el pensamiento. Respirad el espíritu de luz, y quizá sin que lo sepáis, los ausentes estarán cerca de vosotros.

Me despierto. En mi habitación todo es silencio. Conservo en el corazón la imagen de mi hijo, que me inunda de luz. (Son las 5 h. 4 — 12 de abril de 1972.)

III

RESPUESTAS Y TESTIMONIOS

Hubiera podido conservar dentro de mí mismo la vida de Michel y el diálogo entablado con él, desde más allá de la muerte, como prendas de la última complicidad con mi hijo.

No he querido ser el único que tendiera este «oído del oído» de que hablan los Vedas (1), a la escucha de un ser amado desaparecido.

Quizás otros habían seguido también ese mismo camino de angustia y de esperanza. Necesitaba interrogar a mis contemporáneos.

Los resultados de mi encuesta me desconcertaron: no creí recibir tantos ecos.

Pedí a todos mis corresponsales (cuyos nombres son, en su mayoría, conocidos por el público) la autorización para publicar su respuesta. Algunas de ellas están reproducidas íntegramente, según el deseo de sus autores. Con gran emoción expongo las cartas recibidas de Marcel Bleustein-Blanchet, Ernst Jünger, Frison-Roche, Emmanuel Roblès y Arnold Toynbee que han experimentado también el dolor de perder un hijo. Altas personalidades francesas y extranjeras, entre ellas el senador Edward Kennedy, me han escrito con carácter privado.

Gabriel Marcel ha puesto un prefacio a este libro, que yo no hubiera publicado si no me hubiesen alentado a ello desde todas las partes del mundo. Ernst Jünger ha dedicado a la memoria de Michel los «Mantra» con que se cierran estas páginas.

(1) Libros sagrados de la India, compendio de plegarias, himnos y fórmulas atribuidos a la revelación de Brahma.

Desde el fondo de mi corazón doy las gracias a todos los que han querido proporcionarme su testimonio o su opinión, aparte de mi experiencia personal. Sus voces, unidas, ayudarán a miles de personas, abatidas como yo he estado, a salvar el escollo de un dolor que el tiempo solo no podría aliviar, si no existiera, para sostenernos el inmenso apoyo de la simpatía y la confianza humanas.

LORD EDGARD DOUGLAS ADRIAN. Biólogo, médico, premio Nobel 1932, profesor de la Universidad de Cambridge (Trinity College), miembro de la Academia de Ciencias y de la Academia de Medicina de París. (Autor, entre otras obras, de *The Basis of Sensation, The Mechanism of Nervous Action.*)

28 de enero de 1972.

Querido señor Belline:

He leído con gran interés su carta, aunque debo responder a la pregunta del tercer párrafo de un modo un poco negativo. Nunca he tenido una experiencia que pudiera calificarse de «para-normal»... o en todo caso, no la recuerdo. Como biólogo, he realizado estudios sobre los organismos vivos, físicos, cuyos procesos no se diferencian de los que se producen en el seno de la materia inanimada. Esto, sin embargo, no implica la seguridad de que todo aspecto de la vida pueda ser totalmente descrito mediante procesos físicos o químicos, que tuvieran lugar en un organismo vivo y cesaran con su muerte. Es simplemente una hipótesis de trabajo, útil hasta que observaciones ulteriores arrojen dudas sobre su validez.

No obstante, lo cierto es que hasta que los procesos físicos hayan sido explorados más a fondo, a la mayoría de los biólogos nos resultará difícil considerar seriamente la posibilidad de que de un modo u otro, pueda subsistir cierta forma

de vida, en un plano no material, después de la muerte del cuerpo físico.

Es cierto que han existido sabios que se han complacido en decir que habían recibido «mensajes», procedentes de amigos o de conocidos muertos, aunque muchas de las pruebas dadas hayan sido puestas en tela de juicio.

Pero en Cambridge, desde hace cerca de cien años, el tema ha despertado la curiosidad de los universitarios. En Trinity College se ha fundado recientemente una cátedra para el estudio de la investigación psíquica. No creo que hasta ahora se haya logrado ningún hecho interesante... Por lo menos, yo no he oído hablar de ello últimamente.

Su experiencia dará sin duda mayor peso a la idea de que existe una vida, en un plano no físico, después de la muerte física.

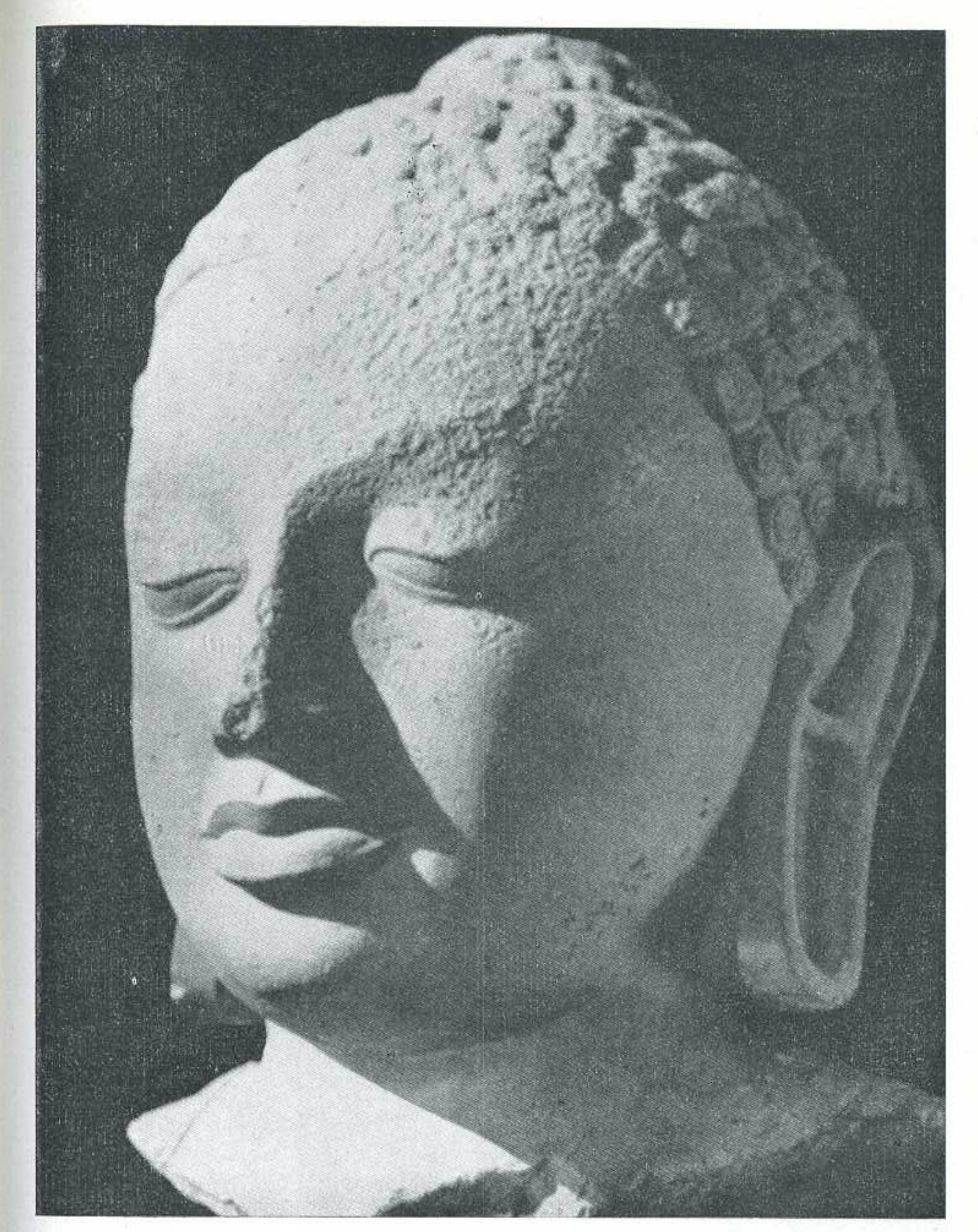
E. D. ADRIAN.

RAYMON ABELLIO. Hombre de letras, ingeniero-consejero. Miembro del Círculo de Estudios Metafísicos, premio Sainte-Beuve, premio de la Reflexión. (Autor, entre otros libros, de: *Bienaventurados los pacíficos, La fosa de Babel* y *Mi último recuerdo.*)

¿Cree usted en la supervivencia? No se puede contestar a esta pregunta con un sí *o un* no. *¿La supervivencia de qué? Todos los hombres no son el mismo hombre. Quizá se pueda hablar de la supervivencia* provisional *de esta o aquella individualidad.*

De todos modos, creo que es útil informar a los demás. A condición de que esta «información» no se quede en su estado bruto, y sea sometida a una crítica filosófica, teniendo en cuenta todas las hipótesis o teorías explicativas posibles.

No he tenido ningún contacto con un desaparecido (manifestación supranormal). Por el contrario, he sido objeto *de*



Buda del museo de Sarnath, siglo V a. de J. C.
(Foto W. Suschitzky-Rapho)



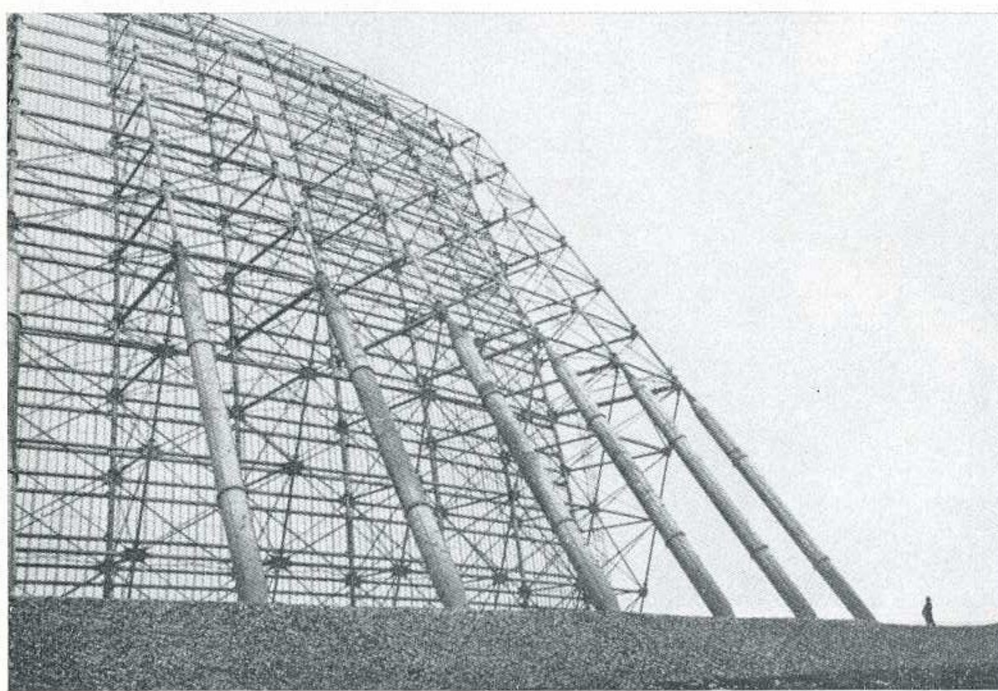
San Gregorio Magno escribiendo inspirado por el Espíritu Santo.
(Foto Leonard von Matt)



Jerónimo Bosco: Pormenor del **Jardín de las Delicias.**
(Foto Giraudon)

El sonido inmortal, Vida de Buda, arte tibetano del siglo XI.
(Foto Museo Guimet)





A la escucha de lo invisible: arriba, cabeza de Hipnos, siglo IV a. de J. C. Abajo, sistema de detección de Thule, Groenlandia.
(Foto Roger-Viollet. F. OTAN)

manifestaciones paranormales: sueños premonitorios, telepatía. También he sido testigo de manifestaciones telepáticas.

R. ABELLIO.

P. AZOULAY. Médico, célebre candidato de emisión T.V., especialista en cuestiones bíblicas.

¿Cree usted en la supervivencia? — *Sí, porque tengo fe en el dominio del espíritu.*

¿Creen haber tenido algún contacto con un desaparecido? — *En «sueños», sí, con mi hermano mayor.*

¿Qué ha obtenido de ello? — *Un apoyo y una enseñanza espirituales. Una fe mayor.*

¿Ha sido objeto de una manifestación paranormal? ¿Cuál? — *Siento todavía como una unión paranormal con mi padre, que se llamaba Elías. Era rabino y cabalista y me enseñó su ciencia. Me dijo que el profeta Elías se le apareció durante una enfermedad y que entonces se curó. Yo mismo comprobé su curación instantánea. Cada vez que pronuncio el nombre del profeta Elías, siento a mi padre. Era muy piadoso. Lo veo con frecuencia en sueños.*

Es útil informar a los demás, siempre que el lector se encuentre en un estado de receptividad y pueda, a su vez, tener una experiencia personal.

En bien de la fe en la espiritualidad, le autorizo a disponer de mi testimonio.

P.S.: Debo añadir que entre mi padre y yo subsiste una unión permanente y psíquica, porque continúo respirando su alma, que está siempre en movimiento.

Doctor P. AZOULAY.

BRIAN ALDISS. Escritor.

Querido señor Belline:

Hasta nuestro siglo no se había llegado a comprender la magnífica simplicidad que engloba la espléndida complejidad

de todos los sistemas de nuestro planeta. El concepto de la sucesión de los ciclos ha llegado a sernos familiar. Nuestra generación ha sido testigo de los primeros pasos vacilantes del hombre por el espacio y por ello nos es más fácil comprender de qué modo debe proseguir su camino la Tierra, como una nave espacial, reponiendo sus materiales, abundantes, pero no sin límite, a través de innumerables generaciones de vidas y utilizando el Sol como fuente de energía. La materia (la primera amiba de los océanos, en los comienzos del mundo, la materia de las primeras plantas que conquistaron la Tierra, la materia de los dinosaurios gigantes) sigue existiendo hoy, utilizando estas distintas combinaciones para formarnos, en parte, a nosotros mismos y a nuestro mundo. Nosotros también pereceremos para proporcionar la base de otras vidas y otras formas, a través de los numerosos millones de siglos de la historia futura de la Tierra. A pesar de toda su ciencia y su tecnología, el hombre sigue siendo un elemento indefenso ante este enorme ciclo de la Naturaleza. Comprendemos de qué forma el agua, en su conjunto, pasa de los océanos al cielo y vuelve a caer, siguiendo unos esquemas siempre cambiantes de humectación. La vida no parece menos fluida cuando se la considera con un hipotético «ojo eterno». Por tanto, ¿qué podría significar la supervivencia para un individuo? No tiene ningún significado. De hecho, el ojo eterno no podría comprender el sentido del individuo durante su vida, y aún menos después de su muerte. Ese ojo sólo observaría una corriente perpetua de vida, recombinada constantemente y reencarnada para producir el flujo extravagante y en cambio continuo de la existencia sobre el planeta.

No, creo que no existe una supervivencia para nosotros. Quizá ni tan siquiera para nuestra especie, en el sentido religioso de la palabra «supervivencia». Sólo nos queda una posibilidad. Por lo que sabemos, somos la única forma de vida consciente sobre la Tierra. La conciencia nos permite ver las cosas a través de un ojo eterno (pero solamente de modo momentáneo). El torrente de vida que descubre nuestra mirada puede producirnos alguna melancolía, cuando consideramos el estado transitorio, la brevedad de la existencia de los que amamos. Tal como yo lo veo, nuestro consuelo reside en la magnitud y el esplendor de ese torrente. Un solo instante, y nos encontramos perdidos en la extraordinaria grandeza de su corriente.

B. ALDISS.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS. Embajador de Guatemala en Francia, poeta, novelista, periodista, premio Lenin de la Paz, premio Nobel de Literatura 1967. (Autor, entre otros libros, de *Viento fuerte, El Papa Verde* y *Mensajes indios.*)

28 de setiembre de 1971.

Querido amigo:

En respuesta a su carta y documentación sobre el problema de la supervivencia, encuentro tremendamente conmovedora su búsqueda de la voz de su hijo en el más allá.

A este propósito, creo que mi modo de pensar queda expresado en mi poema a mis padres muertos. Pienso que ésta puede ser mi respuesta a su pregunta.

Para mí, la verdadera supervivencia es la continuidad y el cambio de la materia.

Reciba mi más respetuosa amistad.

PADRES MUERTOS

Me acerco a ellos, a su voz oída.
Alma sin par. La tierra les da techo
en aparente sueño sin salida.

Hay otra luz. La Muerte no la niega.
La eterna luz que les ardió en el pecho.
Y no es cierta la sombra que los ciega.

¿En dónde está el morir de lo que vive?
En la ficción la muerte es la que miente,
pues todo ser en muchos más revive.

Abren las tumbas con secretas llaves
las semillas. Mis padres en la mente
de la lluvia, los vientos y las aves.

M. Á. ASTURIAS.

GENERAL ANDRE BEAUFRE. General del Ejército (C.R.), director de la primera serie *Segunda Guerra Mundial*, de *Historia Magazine*. (Autor de diversas obras, entre ellas *La OTAN y Europa* y *El riesgo del desorden.*)

París, 14 de octubre de 1971.

Respondo con mucho gusto a su carta, porque creo que todo testimonio honesto y objetivo es interesante, y porque siento que en el fondo de las tradiciones religiosas de la Humanidad debe encontrarse alguna verdad profunda. Ésta fue la conclusión, bastante sólida, a mi juicio, del estudio que publiqué en mi libro La naturaleza de las cosas *(Plon). En él encontrará una tentativa de definición de la coexistencia de dos mundos, uno fenomenal y ligado al tiempo, y el otro «afenomenal» e intemporal, es decir, fuera del tiempo. Esta definición resulta de una análisis del tiempo y del espacio, considerados como atributos de la energía.*

Creo en la supervivencia por motivos religiosos y filosóficos, y considero útil que informe a los demás de esta posibilidad de supervivencia (ya que toda información objetiva es válida).

En cuanto a haber sido objeto de una manifestación paranormal, no afirmo nada, pero digo «¡Es posible!».

General A. BEAUFRE.

ROBERT BEAUVAIS. Periodista. (Autor, entre otras obras, de *Historia de Francia y de cómo divertirse* y *Lo hexagonal tal como se describe.*)

Creo en la supervivencia por intuición.

He sido testigo de una manifestación de las llamadas paranormales o supranormales. En plena noche, en el momento mismo en que una amiga muy querida se suicidaba, se produjeron ruidos, sonaron golpes en la puerta de mi apartamento, con tal intensidad que mi mujer, angustiada, me pidió que fuera a abrir y viera quién estaba allí. Naturalmente, era medianoche y no había nadie.

R. BEAUVAIS.

PROFESOR MANFRED BLEULER. Fisiólogo, psiquiatra. (Obras: *Endokrinologische Psychiatrie* y *Neuauflage Lehrbuch Psychiatrie.*)

Zollikon/Zurich, 15 de enero de 1972.

Señor:

He recibido su mensaje y me he sentido conmovido por sus experiencias.

Lamento tener que decepcionarle. Nunca he tenido ninguna comunicación con una persona difunta.

Mi padre, profesor de psiquiatría, como yo, dedicó unos años de estudios a temas semejantes sin llegar a una conclusión definitiva. Esta falta de resultados me desanimó para proseguir dichos estudios.

Reciba mis más sinceros saludos.

M. BLEULER.

MARCEL BLEUSTEIN-BLANCHET. Publicista, fundador y presidente de la Fundación de la Vocación, fundador de la sociedad Publicis, consejero de Comercio Exterior de Francia.

París, 1 de octubre de 1971.

Apreciado señor:

Ya había tenido ocasión de apreciar su sensibilidad y las cualidades de su corazón.

Acojo con gran interés el proyecto del libro de que se me informa en su carta del 29 de setiembre.

Como usted, quedé fulminado, electrocutado. He conocido lo peor: la trágica desaparición de mi hija mayor en un accidente de automóvil.

Las preguntas que me plantea sobre la cuestión de la supervivencia no admiten respuestas tajantes. En toda esa zona de nuestra personalidad interfieren demasiados elementos procedentes del inconsciente, de la emoción y sobre todo, de la fe.

He conservado grabadas en mi corazón tres palabras clave, que siempre empleaban mis padres y que nos enseña la Biblia: la plegaria, la piedad y la caridad. ¿No es la propia plegaria un modo de comunicación?

El puesto que ocupo me pone a diario en relación con problemas humanos ante los cuales no es posible evadirse.

¿Bastarían algunas palabras para reconfortar a los seres desamparados?

Creo que su libro podrá devolver la esperanza. Por el camino de nuestras tristezas, todos necesitamos encontrar, más que un compañero, un guía.

Le ruego reciba el testimonio de toda mi simpatía.

M. BLEUSTEIN-BLANCHET.

PIERRE BONDOUAIRE. Presidente del Tribunal de Primera Instancia.

8 de setiembre de 1971.

Querido amigo:

Creo en la supervivencia porque soy cristiano.

No soy un filósofo, y menos aún un teólogo, sino un humilde católico practicante, y la visión que tengo del más allá es puramente intuitiva.

Quizá bajo la influencia del magnífico prólogo del Evangelio según san Juan, que me ha conmovido desde mi juventud, imagino el más allá como una armonía perfecta, en la que la música y los colores se disuelven en una luz inefable.

Para mí, la Verdadera Luz es Dios. Ilumina a todos los hombres que llegan a este mundo, pero la mayoría permanecen insensibles a ella. Sin embargo, algunas almas escogidas tienen el privilegio de ser iluminadas, por lo menos en determinados momentos, durante su estancia en la Tierra, por los reflejos de esa luz, y cuando abandonan la vida carnal son sus Testigos y Mensajeros, en la misteriosa comunión entre los vivos y los muertos.

Por lo tanto, ¿cómo hubiera podido no sentirme conmovido, al encontrar esa visión en las páginas que me envió?

¡Hay que hacerlo saber a los demás! El interés espiritual, primordial para nosotros, y el consuelo de los que lloran a un ser querido, me parecen más importantes que el peligro de la necromancia para los espíritus débiles... y los charlatanes dispuestos a explotarlos.

P. BONDOUAIRE.

PIERRE BOULLE. Hombre de letras. (Autor, entre otros libros, de *El puente sobre el río Kwai* y *El planeta de los simios.*)

París, 28 de julio de 1971.

Me resulta imposible contestar con un sí o con un no a sus principales preguntas, en principio porque pertenezco a la categoría de los escépticos, es decir, de las personas que creen que todo es posible, pero que nada es seguro. Solamente puedo indicarle lo que me parece más probable:

1. La supervivencia individual, no. La supervivencia y el afinamiento progresivo de determinadas ideas, *de ciertos pen-*

samientos, *sí, pero sin ninguna relación con los individuos que los experimentaron.*

2. Carezco de experiencias positivas, pero esto no constituye ninguna prueba para mí. Digamos que experimento un sentimiento profundamente intuitivo.

P. BOULLE.

HANS BENDER. Profesor de psicología y de parapsicología del Instituto de la Universidad de Fribourg-en-Brisgau (Alemania Federal).

5 de setiembre de 1971.

Los «diálogos con su hijo» que va a publicar serán, sin duda, una contribución, a un tiempo conmovedora e interesante, al problema del más allá. Es posible que ese libro esté en la línea de la obra de Madame de Jouvenel En el diapasón del Cielo.

Aunque simpatice con su proyecto, lamento no poder contribuir con mis respuestas a su cuestionario. Como parapsicólogo, no creo que pueda demostrarse la existencia de un contacto con los difuntos, como pretenden los espiritistas. Mi opinión «privada» en lo que concierne al problema de la supervivencia, es verdaderamente privada.

Profesor H. BENDER.

WERNHER VON BRAUN. Científico especialista de la N.A.S.A. en cohetes espaciales.

Washington D.C., 8 de diciembre de 1971.

Querido señor Belline:

He recibido su amable carta del 11 de setiembre. No creo que pueda aportar ninguna contribución útil a su libro ni a su cuestionario, puesto que nunca he tenido contactos con el más allá.

W. V. BRAUN.

JEAN BOUILIER-FRAISSINET. Profesor de Filosofía.

1 de noviembre de 1971.

Señor:

Me ha presentado usted una serie de preguntas encuadradas en su cuestionario sobre el tema de la supervivencia. He vacilado mucho antes de contestarle, pues estoy convencido de que en esta materia, todo enunciado, tanto de intención afirmativa como negativa, queda desplazado, ya que está construido inevitablemente con los términos de un lenguaje apropiado para las condiciones de la actualidad de la vida. Afirmar o negar un más allá personal de esta actualidad me parece tan contradictorio, por ejemplo, como que un matemático quisiera aplicar sus teoremas a alguna antigua epopeya, para discernir el eco, o la ausencia de eco, del acontecimiento histórico. La eventualidad de un mensaje externo a nuestro mundo, al ser expresado dentro de nuestro recinto, quedaría condicionado a los determinantes de este mundo, que excluye por definición.

Por ello, los fenómenos «paranormales» no se salvan del equívoco. Con diferentes grados de extensión y de intensidad que varían en función de los individuos y de las circunstancias son, sin duda, relativamente comunes, más comunes de lo que se admite de ordinario, ya que la inculcada negligencia de la atención con respecto a ellos hace con frecuencia más difícil su reconocimiento.

Voces interiores, presentimientos, sueños premonitorios, ruidos sistemáticos de origen indeterminado, imágenes flotantes o repentinas en estado de vigilia, discursos espontáneos no deliberados, percepciones ocasionales y simbólicas de acontecimientos... Si nos aplicamos a distinguirlos. ¿Quién no los ha experimentado, en mayor o menor grado? Pero, aunque estos fenómenos, en casos privilegiados, sean particularmente vivos, reiterados, prolongados, estructurados, y no fugaces y precarios, como ocurre con frecuencia. ¿Cómo utilizarlos para dar por válida determinada conjetura metafísica, por ejemplo,

la supervivencia? ¿Y cómo atreverse a pasar de la crítica de esta imprudencia a la simple negación metafísica? En cuanto se considera una interpretación, hay multitud de otras que pretenden competir con ella. Siempre es posible invocar la eflorescencia de los dinamismos psicológicos inconscientes, como lo pretenden diversos psicoanálisis; imputar determinados encuentros al azar, a factores o mecanismos mal determinados, aunque totalmente materiales, como también se pueden achacar a un orden diferente e ininteligible. No creo que tengamos derecho a formular una doctrina de conjunto, que apruebe o rechace el alcance cosmológico de los fenómenos en cuestión, ya que no existe ninguna hipótesis exclusiva que comprenda la totalidad de estos fenómenos.

Pero aunque no estimo razonable responder sí o no a las preguntas de su encuesta, comprendo su preocupación para que no se disperse en el viento de la indiferencia la riqueza de su experiencia íntima. Lo que ocurre, sencillamente, es que no estoy de acuerdo con la naturaleza de las preguntas que hace.

Estas preguntas suponen cierta mentalidad, alimentada por nuestra historia cultural, por sus metafísicas y sus ciencias, y que nos empuja a emprender la tarea de discernir lo verdadero de lo falso, lo real de lo ilusorio, y apurando más, lo dudoso de lo posible, con el fin de extraer un régimen eficaz de acción, de proyectos y esperanzas fundadas. Esta mentalidad, que a pesar de sus intenciones, no ha sido capaz de borrar las divergencias doctrinales, las diferencias teóricas o metodológicas, de impedir los malentendidos de pretendido consenso científico, de dar coherencia a los programas sociales, ha servido, y sirve con frecuencia, para conferir cierta apariencia racional a dogmatismos, autoritarismos o tecnocracias. Incluso si se quisiera dar a los hombres un clima de libertad, airear los pensamientos, las conductas, se correría el riesgo, en cuanto se tocara a la verdad o a la eficacia, de sumergir al mundo humano en la confusión de múltiples presiones, todas con pretensiones de validez, mientras mantienen ocultos sus arbitrarios postulados. Han existido personas a las que la esperanza de otro mundo ha dado valor para vivir, y hacerlo noblemente; otras han esperado ese otro mundo entre la angustia y la repugnancia de las exigencias prácticas; otras han ejercido, o sufrido, en nombre de esa otra vida, los horrores de la Inquisición. La medicina salva a unos individuos y destruye a otros. Los mismos a los que el mercado de los empleos ofrece la oportunidad de ganarse el pan, encuentran en él con frecuencia la mutilación de sus capacidades latentes. Han existido, y existen, personas a las que el juego político reduce, o ha reducido, al estado de instrumentos dóciles, en el compromiso o la ficción de creerse fuera de alcance. A través de todos estos ejemplos, que podríamos multiplicar, siempre se encuentra, siguiendo unos cuadros impuestos, la presunción de determinados grados de certidumbre o de probabilidad. Y el espejismo de los posibles «uno-mismo» es un dédalo de trampas.

¿Qué significaría la supervivencia de una personalidad, cuando la experiencia controlable solamente encuentra personalidad si va unida a determinadas condiciones cerebrales, que la muerte suprime? ¿Qué significaría la negación de una espiritualidad extrabiológica, cuando ninguna biología es capaz de explicar cómo ha podido aparecer la conciencia, en la evolución de una materia no pensante? Nos faltan los medios de afirmar o negar objetivamente. Pero, ¿por qué aferrarse a la idea, quizás insostenible, de que hay cosas que se saben y otras que no, cosas en las que se debe y otras en las que no se debe creer, por ejemplo, que hay o que no hay supervivencia, e incluso que esa palabra tiene un sentido y que en relación a él convendría adoptar una actitud de apoyo o de rechazo, o darle la forma de un problema, o recurrir a la fórmula del misterio?

¿Por qué incluir la experiencia en un sistema de testimonios y contratestimonios? Es posible que nada atestigüe o invalide nada. ¿Qué gana lo que se llama videncia o propiedades mediúmnicas, al ser evaluada en términos de objeti-

vidad o subjetividad? ¿No resulta más interesante, más conmovedor, que se trate de un arte? La música, sin ser nada preciso, al ser ejecutada o cantada nos emociona. Las imágenes que están en nuestro interior, al evolucionar, se burlan de las descripciones, y de sus versiones más inmediatas. ¿Y no es ya mucho, no basta con vivir por sí mismo la deslumbradora riqueza de su recobrada libertad, de hacerla vivir para los demás e incitarlos a ella?

No tengo nada que objetar a que haga públicas estas líneas, si lo considera conveniente, siempre que lo haga sin ningún recorte. Espero que no le hayan herido. Han sido escritas con una profunda simpatía.

J. BOULIER-FRAISSINET.

ROBERT CHARROUX. Escritor. (Autor, entre otros, de *El libro de los secretos traicionados, El libro de lo misterioso desconocido, El libro de los mundos olvidados* y *El libro de los dueños del mundo.*)

24 de febrero de 1972.

Apreciado señor:

Creo en la supervivencia, en el más noble sentido del fenómeno: la prolongación de un pensamiento, de una inteligencia, de una experiencia o de una acción digna de servir de ejemplo.

Buda, Pitágoras, Platón o Rodin son «inmortales» en los límites de nuestro ciclo.

Todo hombre es inmortal, en el sentido de que nada puede caer en el vacío, de que sólo la vida existe «eternamente», por la razón evidente de que es la vida, es decir, la sucesión espacio-tiempo.

La muerte no podría existir por su propia esencia, ya que representa la inmovilidad, lo contrario del espacio-tiempo: la nada.

Ningún filósofo, ningún matemático puede admitir que algo exista materialmente —ni en estado de energía— sin tener una duración y un espacio.

En lo que concierne a las manifestaciones póstumas, no he presenciado ninguna, y me inclinaría a creer que son un fenómeno ligado a un misterioso proceso eléctrico, en relación con nuestro tiempo llamado pasado, y también con nuestro complejo psíquico-sensorial. Y sin duda no es éste precisamente el término más indicado.

Los «hechos supranormales» participan igualmente de este fenómeno, así como también, a veces, de lo misterioso desconocido que nos rodea.

Sólo puedo proponer unas explicaciones inciertas, pero con la convicción íntima, que se apoya en el testimonio de los «resucitados» de la ciencia, de que después de la muerte, lo que llamamos cuerpo, espíritu o alma, se convierte, en nuestro universo, *en materia y energía sin conciencia humanamente perceptible.*

Los operados que fallecen y a los que se resucita, los que han estado sometidos a hibernación, los criogenizados (accidentalmente) sólo nos traen de su aventura un agujero de silencio, de tiempo y de espacio, o sea de no-existencia (en el sentido en que usted la entiende).

Las fuerzas ocultas que se manifiestan por medio de los espiritistas carecen de coherencia, no han aportado nunca una revelación útil a la Humanidad ni la prueba de la autenticidad de su origen.

Y, sin embargo, estas fuerzas existen realmente, aunque el espiritismo haya fracasado, pero no hemos sabido penetrar en su misterio.

Los seres muertos no pueden continuar viviendo (en el sentido en que se entiende generalmente) en nuestro universo normalmente perceptible, pero podemos pensar y creer que existen eternamente en un universo paralelo, sin coincidencia con el nuestro, al que algunos humanos, excepcionalmente dotados, pueden llegar y percibir.

Esta hipótesis supone que, a la inversa, algunos difuntos excepcionales pueden quizá manifestarse a los humanos, me-

diante un proceso análogo y de sentido contrario.

Estas tesis son heréticas e inconciliables con la creencia o la superstición cristiana, que asegura el reposo eterno, desde la muerte terrestre a la resurrección de los cuerpos.

Otra hipótesis permite creer que, durante su vida humana, un individuo, sin proponérselo, ha podido impregnar determinados lugares u objetos. Los estudios y los experimentos científicos hacen pensar que la impregnación, en determinados casos, puede liberarse y crear una especie de fantasma, o un fenómeno que es llamado supervivencia *o* manifestación póstuma.

No se excluye que en este fenómeno, la impregnación, análoga a la de las cintas de magnetófono, sea captada por un médium, cuyo complejo, subyugado, adopta la personalidad del individuo emisor, mediante un juego de desdoblamiento.

En este último caso, el fenómeno llamado de supervivencia no pasaría de ser un juego inteligente y consciente de espejos.

R. CHARROUX.

HENRI CHAPIER. Periodista, realizador de películas, redactor jefe de *Combat.*

París, 10 de setiembre de 1971.

Es imposible creer en la justicia, el amor, en nuestra razón de existir en esta tierra, sin admitir como consecuencia que hay una supervivencia. No cabe ninguna duda de que esta supervivencia se concibe como una parte del concepto filosófico del Uno-Todo. Pero en la creencia en una vida eterna, presente en todas las religiones hay algo más que una certidumbre sensible. Lo que nos guía en ocasiones es la voz de un desaparecido, un impulso que parece proceder de un más allá, poco concebible a la luz de la razón cartesiana, pero perceptible para el corazón humano. Aquellos de entre nosotros que lo han experimentado no viven este diálogo como un consuelo ni como una vía de acceso oblicuo al «milagro». Por el contrario, ese tipo de diálogo se establece del modo más natural del mundo, lejos de la superstición y de toda cobardía afectiva que nos impulsara a fabricar el fenómeno para encontrar en él un consuelo.

Creer en la supervivencia, intentar comunicarse con el más allá, no es sumergirse en ninguna ciencia oculta, sino anticiparse a los descubrimientos que pronto efectuará el hombre de mañana.

H. CHAPIER.

MAURICE CHEVALIER.

Marnes-la-Coquette, 16 de setiembre de 1971.

Creo en la supervivencia, porque siento a mis muertos queridos a mi alrededor. En primer lugar, a mi madre. Siento esos contactos en mi corazón. Y en cada ocasión experimento una mayor certidumbre en la existencia de otro mundo.

Aunque sólo sea para consolar a los demás, resultará útil informar sobre esta posibilidad de supervivencia después de la muerte.

M. CHEVALIER.

RENE CLAIR. Autor y realizador de películas, miembro de la Academia Francesa.

Nadie está capacitado para negar la existencia de los fenómenos que pone en mi conocimiento. Se trata de una experiencia totalmente personal y de una fe que no puede comunicarse.

A mí me resulta imposible responder con un sí o con un no a la pregunta esencial que me plantea.

R. CLAIR.

BERNARD CLAVEL. Literato, Premio Goncourt 1968 (Autor de *Los frutos del invierno, El español* y *El señor del río.*)

28 de setiembre de 1971.

Me comprenderá si le digo que una importante parte de mi existencia está constituida por un diálogo con seres que ya no existen. Puedo incluso afirmar que necesito este diálogo como un alimento. Sin duda creerá que ésta es la forma de expresarse de un novelista y que mis frases están bastante alejadas de sus propias preocupaciones, pero me parece que las formas de este diálogo, así como lo que podemos retener de él para transmitirlo a otros, cuentan muy poco. Ahí está su existencia, para demostrarnos que nuestros muertos no se alejan de nosotros más que en la medida en que manifestamos nuestra voluntad de rechazarlos o de imponerles silencio.

Con frecuencia hago preguntas a mi madre, muerta hace más de veinte años, y el hecho de que sus respuestas estén en contadas ocasiones de acuerdo con lo que mi comodidad intelectual o moral desearía, basta para demostrar que no son el fruto de mi propia imaginación.

Gabriel Marcel, al que admiro como hombre y como filósofo, tiene razón al hablar de los Visitantes, sin cuya intervención nuestro lenguaje quedaría vacío. Nos aportan frecuentemente la parte esencial de nuestros escritos, que son más la transposición de sus comunicaciones que el fruto de nuestra imaginación.

«La muerte, decía el padre Sertillanges, ese mundo desconocido en el que viven los ausentes.»

Y sólo porque ese mundo en que viven nos sea desconocido, los ausentes no tienen que llevar obligatoriamente una existencia de silencio y renunciar para siempre a reanudar el contacto con un universo en el que han estado de paso, y en el que nosotros permanecemos de manera provisional.

Ya ve que no he contestado a su cuestionario. No me era posible entrar con un sí o un no categóricos en semejante terreno.

Mis atentos saludos.

B. CLAVEL.

MARYSE CHOISY. Poeta, filósofo, novelista, presidenta de la Alianza Mundial de las Religiones (desde 1955), autora de numerosos ensayos. Entre ellos, los más célebres son *El ser y el silencio*, *...Pero la Tierra es sagrada*, *Moisés* y *Mis infancias* (Ediciones del Mont-Blanc, Ginebra).

Entre los lugares comunes más estúpidos se encuentra esta frase: «Nadie ha vuelto nunca del otro mundo para contarnos lo que pasa allí.»

La línea que separa los dos mundos no es tan brutal. Como lo demuestra el caso trágico (aunque fecundo en consuelo) de su hijo, que ha hallado la luz. La ciencia no está capacitada para juzgar un fenómeno perteneciente a un terreno en el que le faltan medios adecuados de experimentación.

Los que llamamos los muertos nos rodean. Están entre nosotros. La religión más antigua de la Humanidad es el culto a los antepasados. ¿Qué poeta, o qué genio creador podría jurar que no ha sido nunca inspirado por una voz silenciosa de ultratumba, aun contra su voluntad?

Ahora todas las técnicas espirituales, todas las iniciaciones tienden al acercamiento del mundo opaco y del mundo luminoso, de la materia y de las energías que la animan. Mis entrevistas con Su Santidad el Dalai Lama, y los grandes instructores tántricos, el estudio concienzudo del Bardo Thodol *(el maravilloso Libro de los Muertos tibetano) me han abierto ese tercer ojo que ve lo invisible. He practicado ese desdoblamiento que es una repetición general del fenómeno llamado Muerte y que conduce a una mayor Vida.*

Uno de mis maestros hindúes, Sant Kirpal Singh (heredero de la tradición sikh) acostumbra a decir: «Si meditáis, vuestra muerte será más voluptuosa que vuestra noche de bodas.» Y también: «Un santo muere dos veces al día.»

En esta meditación, que es una manera de acceder también a lo suprasensible, se desarrolla igualmente El Tercer Oído. *Me he sentido sorprendida, y al mismo tiempo contenta porque haya encontrado usted de una manera espontánea esa ex-*

presión milenaria del «tantrismo» tibetano. Para nosotros se trata de sonidos no figurativos. Son semejantes a esa música de las esferas, *señalada por los astronautas americanos y soviéticos.*

Según la tradición de los «tantra», la mente es una manifestación (y como tal, un tanto degradada*) del Verbo primordial. El acercamiento de los dos mundos constituye un fenómeno de* resonancia.

No cabe ninguna duda sobre la supervivencia. Para mí, es a partir de ese momento cuando comienza la verdadera dificultad. ¿Qué clase de supervivencia? Supongo que cuando estamos en el otro lado nos convertimos en lo que pensamos aquí abajo. «Hay muchas estancias en la mansión de mi Padre», dijo Jesús. ¿Con qué estancia estaremos acordes cuando nos dispongamos a pasar al otro lado?

La oruga hila su capullo, pero ignora cómo será la mariposa que surja de él. Y nosotros ¿sabemos acaso en qué estado nos encontraremos después de la metamorfosis que llamamos «muerte»?

Y sin embargo, su instinto impulsa al gusano a practicar un agujero en el ataúd de seda en que se encierra, una especie de túnel que permitirá a la mariposa salir, cuando esté dispuesta para el vuelo.

En los casos patológicos en que por cualquier razón desconocida la oruga no hace ese túnel, no hay mariposa. Y la oruga muere también.

¿Tendremos menos intuición que una pobre larva? La revelación, las vías místicas, los ejercicios espirituales, ¿no son otros tantos túneles abiertos por los santos y los sabios hacia un estado, ignorado todavía, aunque vagamente presentido, que se instala aquí, ahora, en el corazón de la vida, para que llegue a ser Vida eterna?

Psique significa mariposa. El diccionario griego de Bailly precisa: «La mariposa era el símbolo de la inmortalidad entre los antiguos, a causa de la transformación de la oruga o de la crisálida en mariposa.» Pero, ¡atención! La mariposa

no está separada *de la oruga sino que se halla entera en ella, pero en un nuevo estado. ¿No recuerda esto la resurrección de los cuerpos?*

MARYSE CHOISY

CARLO COCCIOLI. Literato. (Autor, entre otras obras, de *La ciudad y la sangre, Manuel el Mejicano* y *El tormento de Dios.)*

México, 18 de diciembre de 1971.

Debe saber que estoy muy sensibilizado a sus preguntas. Si de pronto dejara de creer de raíz en la supervivencia individual, me volvería loco en el mismo instante o me mataría. He dicho «de raíz». Porque a veces me siento arrancado de mí mismo por oleadas espantosas de profundas dudas...

Y después me digo que no, que no debo dudar, porque Dios existe.

Nunca he sido objeto de una manifestación paranormal «grande», pero siempre he vivido rodeado de fenómenos extraños (que es muy posible que no quieran decir nada, con respecto a lo que nos angustia).

Por momentos, tengo la neta impresión de que un diafragma extremadamente sutil me separa de un gran secreto y que este secreto es infinitamente sencillo. Me digo: «¡Ya está, ya he llegado al umbral!», pero hasta ahora este umbral se ha alejado siempre.

Señor Belline, seamos francos, prácticos. ¿Qué somos más que las manifestaciones de Alguien? ¿Cómo imaginar que existamos sin una Existencia que nos sostenga?

En cuanto a su hijo, creo sentir su terrible «tristeza-esperanza». En esa comunidad de dolor, hay un lugar para mi intensa comprensión. No. ¿Cómo podríamos morirnos del todo? No se muere completamente, y hay muchas, muchas, muchas posibilidades de que alcancemos una vida plena después de ésta, que es imperfecta. Dios está allí.

C. COCCIOLI.

SU EMINENCIA el cardenal JEAN DANIELOU. Profesor de Teología. (Autor, entre otros libros de *El futuro de la religión, La fe de siempre y el hombre de hoy.*)

26 de diciembre de 1971.

Señor:

No puedo contestar con pocas líneas a una cuestión tan trascendental como la de la supervivencia. Para mí, la supervivencia personal es una certidumbre que se funda a un tiempo en la trascendencia de la persona con relación al cuerpo, en el carácter inmortal de los lazos que unen a los seres, en la responsabilidad de una vida, que será sometida al juicio de Dios. Uno de los signos más ostensibles del descenso del nivel de inteligencia en nuestra época es la disminución de la creencia en la supervivencia.

CARDENAL JEAN DANIELOU.

JOSEPH DELTEIL. Poeta, literato, Premio Fémina. (Autor de *Jesús II* y *Juana de Arco.*)

Montpellier, 16 de setiembre de 1971.

Sí, creo en la Supervivencia. ¿Por qué? A causa del principio de la termodinámica, nada se crea, nada se destruye. La vida se metamorfosea como una mariposa, pero no puede desaparecer del mismo modo que no puede hacerlo un grano de arena o un átomo de carbono.

Lo que nos engaña es la especificación, la apropiación de nuestros sentidos y de nuestro espíritu. Somos un simple fragmento del mundo y sólo poseemos instrumentos (instrumentos a medida) para ese fragmento. Únicamente vemos, oímos, sentimos y concebimos dentro del límite de este fragmento (los siete colores, el ultravioleta, etc.) Más allá, todo es desconocido (desconocido para nosotros, los hombres). Pero desconocido no quiere decir irreal. El mundo humano es lo que se ajusta exactamente a los órganos y a la inteligencia del hombre, ni más ni menos.

Nuestro ojo es la réplica del mundo. Y a la inversa, ¿qué mundo ve el ojo de un feto? Únicamente su propio mundo.

Y todo lo demás es orgullo.

Quizás he tenido uno o varios contactos con desaparecidos. (¿Cómo es posible estar seguro en esta materia?) Se trata de creer.

A lo largo de mi vida ha habido momentos en los que he sentido a «alguien» a mi alrededor, y por lo menos una vez, cogerme la mano. Yo era un soldado, tenía veinte años y volvía con permiso. Debía apearme en Saint-Raphaël, pero el tren no se detenía en aquella estación. Entonces quise descender en marcha. Me dispuse a hacerlo, me coloqué en el estribo, y cuando el tren disminuyó un poco su velocidad... Pero en el momento de lanzarme, alguien, repito alguien *me sujetó literalmente. Sentí mi mano apretada contra la puerta, y me quedé allí... Aleteó junto a mí el viento de la muerte. Hoy comprendo que si hubiera saltado me habría estrellado contra el balastre, o hubiese quedado inválido para toda la vida.*

Estoy seguro de que el que, contra mi decisión y mi voluntad, impidió actuar, pegó mi mano a la puerta y bloqueó mi espíritu, no era yo. No, no era yo.

He de confesar que en las circunstancias graves tengo la costumbre de rezar. Sí, hasta de rezar a mis antepasados, a papá, a mamá.

Sí, se debe informar a los demás. Siempre es útil dar a conocer al mundo, poner sobre la mesa las propias experiencias. Puede disponer de mi testimonio, le autorizo a ello por honestidad. Creo, por otra parte, que la ciencia oficial debería estudiar siempre con cuidado, en lugar de negarse a admitirlos de entrada, todos los fenómenos llamados paranormales, de telepatía, etc., y sacar el mayor provecho posible de ellos.

J. DELTEIL.

ARNAUD DESJARDINS. Hombre de letras. (Autor, entre otras obras, de *Ashrams, los yogis y los sabios, Yoga y espiri-*

tualidad, El mensaje de los tibetanos y *Los caminos de la Sabiduría.*)

Desde hace unos milenios, todas las enseñanzas de iniciación o esotéricas han demostrado la realidad de otros niveles de existencia superiores a la del cuerpo físico o grosero. Todavía hoy, en Asia, los yogis, los sabios y los maestros espirituales confirman por su propia realización estas verdades del espíritu. Donde el occidente moderno opone la muerte a la vida, los orientales enfrentan la muerte con el nacimiento. La vida es el juego incesante de la muerte y del nacimiento, de los muertos y los nacimientos. Aparte del cuerpo físico, los otros cuerpos (en sánscrito: sharvi*) corresponde a planos de la realidad más sutiles que el mundo que se percibe mediante nuestros cinco sentidos y se organiza mentalmente.*

Por otra parte, si los occidentales se sienten preocupados por lo que «hay después de la muerte», los orientales se interesan tanto o más por lo que hubo antes del nacimiento. Las Escrituras hindúes tratan del atma*, inmortal, eterno, ilimitado, revestido por envolturas más o menos sutiles o groseras, los* kosha*. Los budistas reconocen al «No-Nacido», o Naturaleza-de-Buda, igualmente eterno e infinito. Entre el Absoluto y el mundo físico o corporal, existen, por tanto, toda una serie de planos o niveles de la Realidad. Cuando el cuerpo físico muere, la vida prosigue. Todo esto, que en el mundo moderno es objeto de especulaciones inciertas y estudios vacilantes, han sido en otras civilizaciones la materia principal de una ciencia rigurosa, transmitida de maestro a discípulo. Pero los conocimientos de esta clase sólo pueden ser transmitidos y adquiridos a medida que se va operando una transformación en el propio ser del discípulo.*

ARNAUD DESJARDINS.

MAURICE DRUON. Literato, miembro de la Academia Francesa. (Autor, entre otros libros, de *Las grandes familias* y *Los reyes malditos.*)

A. — Me parece tan imposible negar la posibilidad de una supervivencia como demostrar su existencia. Nos encontramos en los límites de un dominio que nunca ha sido alcanzado y quizás escape siempre al entendimiento y al razonamiento humanos cuando no a la imaginación. Pero me parece que hay más debilidad, e incluso falta de inteligencia, en la negación de esa incógnita que en su admisión. «No puedo experimentar ni demostrar, por tanto, niego.» Es una posición de orgullo desesperado. Después de todo, la negación de la supervivencia solamente expresa una «creencia», lo mismo que su afirmación. Desde el momento que nuestro espíritu puede imaginar una cosa, en un orden externo a nuestra percepción o a nuestros controles, no nos está permitido poner en tela de juicio que dicha cosa pueda existir.

Esta fe en la supervivencia se tolera mal cuando los que la poseen pretenden imponer a los otros la representación personal de ese más allá irrepresentable.

Por el contrario, esta tentativa de comunicar los elementos de una esperanza, que puede ayudar a los hombres a estar más de acuerdo con el mundo y a aceptar su destino, está llena de generosidad.

En cuanto a mí, me inclino a creer que la parte de nosotros mismos, irreductible por el conocimiento, y que nos «anima», se reúne después de la muerte con la esencia, o las esencias de las que nosotros hemos sido únicamente una manifestación momentánea. Ese algo, sin lo que no hubiéramos existido, alcanza las supremas permanencias que componen y ordenan el universo. Tal vez era eso lo que pensaba Sócrates, cuando decía a sus discípulos, instantes antes de su muerte, según cuenta el Fedon*, que se dirigía hacia la residencia y la felicidad de los Bienaventurados.*

En todo caso, ésta es la única visión que me proporciona mi espíritu más allá de la cortina negra de terciopelo de la muerte. No me parece incompatible con ningún sistema, doctrina o dogma espiritualista.

B. — Creo que todos somos el lugar o los testigos de ma-

nifestaciones de las llamadas «paranormales»: comunicaciones a distancia, videncias, premoniciones, conocimiento de hechos que no nos han sido enseñados, contactos momentáneos con un pasado secular o incluso milenario... Pero, por un lado, en la mayoría de nosotros estas manifestaciones son raras o débiles, y las notamos poco, y por otro, cuando se imponen a nuestra atención nos negamos a darles importancia y crédito.

Ha habido épocas de la Humanidad en las que todo lo que es «paranormal» resultaba importante y sagrado. Otras, por el contrario, en las que cualquier fenómeno de esta clase se consideraba sospechoso o ridículo. Vivimos unos tiempos de esta segunda clase.

En las grandes civilizaciones antiguas, que no eran inferiores a la nuestra, por lo menos en el arte de pensar, de construir y legislar, los oráculos eran el centro de la vida religiosa y sus sentencias tenían efecto sobre la vida política. Los grandes sacerdotes de los templos egipcios tenían el título de profetas.

Estamos dispuestos a estudiar la arquitectura de las pirámides —sin profundizar por otra parte, en todos los procedimientos de su construcción— las obras de Aristóteles y las campañas de Alejandro el Grande, *pero no a interrogarnos sobre el funcionamiento de los oráculos, y de la gran red que formaban a través del mundo antiguo. Pero Alejandro* el Grande, *que era discípulo de Aristóteles, consultaba los oráculos... y fue coronado faraón en Egipto.*

El pensamiento científico moderno, con su extraño rechazo de todo lo que no es inmediatamente racional, deja al descubierto sus límites y sus debilidades. Será preciso que consiga ir más allá de los primeros y sobreponerse a las segundas.

MAURICE DRUON
de la Academia Francesa.

DOCTOR JACQUES GEFFROY-DONNARS. Médico.

Mi estimado Belline:

Ya sabe hasta qué punto me concierne y me importa el problema que aborda en sus páginas. Su testimonio, que se une al de tantos investigadores de los siglos pasados, es tanto más conmovedor, por cuanto está inscrito en su propia carne desgarrada. Usted habla del que traspasó la barrera como una madre y como un padre.

Mi maestro Laforgue decía que negar la existencia del espíritu después de la muerte, es un modo de no aceptar su existencia durante la vida, y también que determinadas creencias religiosas, condenadas como contrarias a la razón, están muchas veces menos lejos de la verdad que la ciencia que las condena.

Por mi parte, creo que si se quiere definir claramente el fenómeno, deben distinguirse dos procesos:

1. El desarrollo biológico *del ser humano, que desde que el espermatozoide se une al óvulo, pasando por la salida del feto del cuerpo de la madre, crece, madura, se reproduce y después se detiene. Esta aventura biológica ha sido ya notablemente estudiada y constituye el juego estructural de la vida que se distingue netamente de lo que organiza, es decir, del paso de las moléculas físicas a través de estas estructuras. Pero ha sido estudiada desde el exterior como un objeto, y no desde el interior.*

2. El injerto social por el lenguaje, *que se produce muy pronto, pero se manifiesta de forma clara en el ser por la aparición de la palabra, y principalmente del «yo». Este injerto coloreará el proceso biológico subyacente con los más vivos destellos, según su calidad y el conjunto podrá dar los frutos intelectuales y afectivos más espléndidos, o los más míseros, según la calidad del material básico, y la de los «jardineros», padres y educadores.*

Un individuo poco fuerte puede convertirse, gracias a este

injerto, en un lorito sabio, concluir con éxito sus estudios, properar en la existencia, salir de las grandes escuelas y penetrar en el Instituto, con esas dos bases, sin haberse enfrentado nunca con el problema que usted plantea, o mejor dicho, rehuyéndole, mediante todos los trucos de la cultura.

Pero esto no basta para considerar sus preguntas, ya que el injertuo lingüístico sólo puede hablar de lo que conoce: vestimenta magnífica de la que proceden todos los vestidos, incluso los de corte y que disimula en su interior el primer proceso que, por sí solo, ha hecho posible todo eso: el cuerpo, que se hace y se deshace sin cesar.

Por desgracia, el cuerpo no sabe lo que hace, ya que su sabiduría pertenece al orden de los hechos, y hacer no implica en modo alguno que la conciencia reflexione sobre el mecanismo. Una maravillosa máquina programada es capaz de fabricar un aparato de gran valor de un modo totalmente automático. «Sabe» hacerlo, lo que no quiere decir que tenga la menor conciencia de lo que hace.

Por lo tanto, es absolutamente preciso un tercer término subyacente, que yo llamaría el yo de las profundidades, que establezca una permanencia esencial, aunque inconsciente, en el fondo del individuo. Ese yo de las profundidades no tiene un «yo», no posee conciencia.

Para que haya conciencia debe operarse una redención en un espacio imaginario, es decir un espacio en el que se formen unas imágenes, y que esto sea observado por un instrumento totalmente distinto, que analice, compare, identifique y traduzca finalmente en palabras el juego de las imágenes en ese lugar preferencial, donde todo es posible, sin causar todavía la menor consecuencia fuera del individuo. Este lugar es el del proyecto por excelencia, y también, querido Belline, el lugar del ejercicio de su arte.

Las imágenes que se forman allí en estado naciente, cuando usted las traduce (con mucho respeto y con mucha prudencia) para los que le consultan, irán hacia el otro, para alcanzar en él ese mismo lugar de proyecto, instalarse allí, y poner en marcha el rico mecanismo asociativo, prácticamente parado hasta entonces, ordenarlo, peinarlo y permitirle encontrar la pista que había perdido. El proceso se realiza en ellos al mismo tiempo que en usted, y finalmente reciben a través de usted lo que ellos mismos se habían dicho.

Pero, ¿quiénes son «ellos»? No es su personalidad de oropel con su prestigio social y sus galas, sino algo mucho más humilde, más oculto, algo que tiene hambre y sed de otra verdad, ya que usted recibe primero a los que sufren, a los que se avergüenzan de sus debilidades y de sus deseos, los que están rotos y humillados, los que sienten impulso inconsciente de arrastrarse hasta su tribunal, individuos lastimados y doloridos que quieren oír su propia sentencia, a través de las palabras que extraerán en su boca, aunque usted no las haya pronunciado. Éste es el origen de su prudencia, porque usted sabe hasta qué punto puede ser sordo a toda palabra de esperanza o de piedad el que se condena a sí mismo, contra su voluntad, a su propia maldad.

Ese juego de imágenes exige que se deje usted inducir profundamente por los mil rastros que emanan de un ser, que tienen el sello de su cerebro primitivo, es decir establecer con él una comunicación no verbal, por medio de imágenes, sonidos, olores o gustos, cuyo sabor bruto permite la emergencia, de ese yo de las profundidades que todos llevamos en nuestro interior sobre el yo de las profundidades del otro.

El yo de las profundidades es el obrero que ha trabajado para perfeccionar el cuerpo. Está en inteligencia con todos sus semejantes y asiste con una tremenda angustia al espectáculo del trágico batiburrillo que la personalidad exterior, ebria de palabras, de sol y de vida, organiza durante su breve existencia, enardecida por la vivacidad de las imágenes sociales, de las modas intelectuales, afectivas o de vestimenta.

Por mi parte, creo firmemente en la muerte de esta última. Opino que su supervivencia sería nefasta en grado superlativo para todo lo verdaderamente importante para el hombre, porque perpetuaría esas conductas de vanidad, ven-

ganza, etc. Por el contrario, creo en la permanencia de ese yo de las profundidades, en su función esencial de hacer germinar la vida. Es como la raíz indestructible del ser, pero para captar bien su naturaleza hay que revisar la noción de espacio y tiempo, o más brevemente, comprender que forma parte integrante no de nuestro espacio tiempo, sino de la eternidad, y eso ya es otra historia.

Tal vez se podría llegar a la conclusión de que lo ideal consiste en una fusión entre ese yo de las profundidades y la personalidad, que constituyen entonces esos grandes hitos que marcan el paso de la Humanidad y dan testimonio en el tiempo de su grandeza y permanencia: Gilgamesh, Prometeo, Jesucristo...

Reciba la expresión de mi más profunda y fiel amistad.

Dr. J. GEFFROY-DONNARS.

EL RABINO JOSY EINSENBERG. Licenciado en Historia. Diploma de estudios superiores de Letras, creador y director de la emisión televisada *La fuente de vida,* escritor y realizador de películas.

París, 18 de octubre de 1971.

Apreciado señor:

He recibido su carta, y si no he contestado antes no ha sido porque no aprecie la importancia de la pregunta que me hace, sino porque me produce una gran confusión. Por una parte, no creo que sea posible responderla con claridad mediante un cuestionario. Y por otra porque solo puedo aportar el peso de mis convicciones, pero desgraciadamente ningún testimonio personal. Mi contribución, por tanto, será muy modesta, pero ya que me hace el honor de concederle importancia, éstas son mis respuestas a sus preguntas: Creo en la supervivencia porque intuyo la eternidad del alma y, además, el mundo me parecería desesperadamente absurdo sin un más allá. Informar al prójimo sobre la posibilidad de una supervivencia, después de la muerte física, me parece útil, y contribuiría a disipar muchas angustias. Le autorizo a disponer de mi testimonio porque soy sensible a los problemas humanos y personales que sustentan su acción, y le ruego acepte toda mi simpatía.

J. EINSENBERG.

DOCTOR PHILIPPE ENCAUSSE. Hijo de Gérard Encausse, llamado Papus, médico, periodista, inspector honorario de la Educación Nacional.

9 de marzo de 1972.

1. ¿La Supervivencia? *Para mí es una seguridad, teniendo en cuenta unas experiencias bastante numerosas. Por otra parte, creo en la reencarnación (que no debe confundirse, como ocurre con frecuencia, con la metempsicosis) sea sobre el planeta Tierrra o en otra parte, y de acuerdo con la interesante fórmula de Allan Kardek (1804-1869):* Nacer, morir, renacer y progresar sin descanso, así es la ley.

2. ¿Los hechos llamados para o supranormales? *Merecen un estudio imparcial y profundo, ya que, como decía el gran sabio Charles Richet, padre: «No existe el absurdo, sólo existe lo poco habitual.»*

DOCTOR PHILIPPE ENCAUSSE.

FEDERICO FELLINI. Realizador de películas *(La Strada, Las noches de Cabiria, La Dolce Vita, 8 ½* y *El Satiricón.)*

Querido señor Belline:

Le agradezco su carta.

En lo que concierne a su proposición, me hubiera sentido muy feliz si hubiese podido aportar mi colaboración en forma de testimonio, pero créame si le digo que, por desgracia, me resulta completamente imposible. Trabajé durante cerca de tres años en una película cuyo tema era la muerte y estudiaba las hipótesis y teorías más diversas sobre un posible más allá. Pues bien, después de muchas vicisitudes, personales

y de otro tipo, debí renunciar a mi proyecto, y la conclusión extraída de toda la aventura fue esta certidumbre. Con un temperamento como el mío, todo lo que concierne a la muerte, como tema de encuesta intelectual o fantástica, tiene la facultad de deprimirme psicológicamente, de paralizarme, de hundirme en la impotencia.

Estoy seguro de que me comprende, señor Belline. Mientras tanto, deseo que su libro tenga un gran éxito, y le ruego acepte la expresión de mi estima y de mi amistad.

F. FELLINI.

RAOUL FOLLEREAU. Filántropo, hombre de letras, carrera consagrada a mejorar la condición de los leprosos, miembro de la Academia de Ciencias de Ultramar, laureado de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y laureado dos veces por la Academia Francesa.

He leído con profunda emoción el prólogo de El tercer oído. *(¿En directo con el más allá?)*

Sea cual fuere la opiniór personal que uno pueda tener sobre el tema, ¿quién no rendiría homenaje a su sinceridad, a su valentía? ¿Quién no se inclinaría ante su dolor, que usted convierte en esperanza para los demás?

Y desde el fondo de mi corazón, le contesto: Sí, creo en la supervivencia. Porque creo en Dios.

No sé si he tenido realmente contacto con un desaparecido. Y, sin embargo, a veces tengo la impresión de recibir una bendición. Esta sensación se produce en el momento en que debo tomar decisiones de las que depende mi futuro. Esto me da ánimos para proseguir por el camino que me he trazado. Se debe informar a los demás de esta posibilidad de supervivencia, porque todos tenemos derecho a la esperanza.

Disponga de mi testimonio, si cree que puede proporcionar a alguien un poco de paz, de confianza o de alegría.

Le doy las gracias.

Con mis mejores deseos y mi cordial simpatía.

R. FOLLEREAU.

MAX-POL FOUCHET. Hombre de letras, profesor, crítico literario de TV. (Autor, entre otras obras, de *Los pueblos desnudos, El arte en Cartago* y *La poesía francesa, antología temática.* Realizador en televisión de *El hilo de la vida* y *La Tierra de las artes.*)

¿Creo en la supervivencia? Desde hace medio siglo no he cesado de hacerme a mí mismo esta pregunta. Y aún no he encontrado la respuesta. Pero admitir la pregunta no es rechazar el problema, sino dar testimonio de su posibilidad. No obstante, para mí toda vida humana (y en ello reside su grandeza) está comprendida entre el nacimiento y la muerte. No he tenido contacto con desaparecidos, pero mi memoria, mi fidelidad, les hacen vivir en mí, ante mí.

Fui objeto de una manifestación paranormal. «Vi» cómo perecería mi primera mujer y llegué a expresarlo en poemas, antes de que ocurriera. Los textos, publicados en mi libro El secreto sigue, *dan fe de ello. Narré «la experiencia» en otra obra:* Recuerdo que un día...

Le autorizo a disponer de mi testimonio, porque aún nos queda por saber todo sobre el hombre. Sí, en mi opinión es absolutamente indispensable informar a los demás.

Con mis mejores deseos.

M.-P. FOUCHET.

ROGER FRISON-ROCHE. Guía de alta montaña, literato. (Autor entre otros libros, de *El primero de la cordada, La gran grieta, Montañeros de la noche* y *Nahauni.*)

25 de enero de 1972.

Señor:

Es usted un ser afortunado, puesto que se comunica con su hijo. Yo perdí al mío en 1954. Tenía 23 años, era piloto de caza, y en aquella época, a su vuelta de América, uno de los primeros pilotos de aviones a reacción. Una colisión durante unos ejercicios programados cortó en seco su carrera. Sé que murió feliz, porque vio cumplidos sus sueños: pilotar un avión moderno. También sé que a partir de aquel día, nada fue igual en nuestra casa. Mi esposa, que es una ferviente cristiana, está segura de encontrarlo otra vez en el más allá. Por desgracia, yo carezco de su fe, y nadie ha respondido a mi llamada. Y sin embargo, a veces «monologo» con mi hijo, imagino lo que diría, lo que haría, lo que pensaría... pero todo ello no puede ser considerado como una llamada indirecta. Mi hijo vive en mi corazón, pero ¿vive en un mundo mejor...? Lo deseo, sin poder comprenderlo ni esperarlo.

R. FRISON-ROCHE.

SERGE GROUSSARD. Literato, periodista. (Autor, entre otras obras, de *Crepúsculo de los vivos, La ciudad de la alegría* y *Mañana está ahí.*)

18 de abril de 1972.

Comprendo su pesar. Tengo para ello muchas razones.

¿Qué opino sobre la supervivencia? Estoy seguro de ella. Sí, simplemente, irrevocablemente, estoy seguro de la supervivencia. Volveremos a encontrar a los seres queridos en el más allá, y será para toda la eternidad.

¿He sido objeto o testigo de hechos supranormales? No lo creo. Quizá sea necesario llamar para que se abra la puerta.

Pero lo que no he cesado de sentir, a lo largo de toda mi vida, ha sido la presencia de Dios. El amor de Jesús. Nunca me he interrogado a mí mismo para saber si determinado castigo, consecuente a una culpa de la que tenía conciencia, o un milagro aparente, podían considerarse humanamente extraños, puesto que ambos emanaban de un modo evidente de la voluntad de Dios.

S. GROUSSARD.

JEAN GIRAUDEAU. Artista lírico de la Ópera y profesor del Conservatorio Nacional Superior de Música.

20 de octubre de 1971.

De lo más profundo de su abismo ha surgido un consuelo único e inesperado que me conmueve. Existe, pues, realmente, esa VIDA, prolongación *de la muerte terrestre. ¡Qué noticia y qué certidumbre tan consoladoras!*

Cuando éramos niños hablábamos de la inmortalidad del alma. Y poco a poco fuimos enterrando esta creencia en lo más profundo de nosotros mismos, entre nuestra duda y nuestro escepticismo. Y he aquí que el ser digno de fe que usted representa, nos devuelve la certidumbre en ese mundo invisible, pero presente. Este mensaje fortifica nuestro camino. Esos seres desaparecidos que hemos amado no pueden dañarnos. Están a nuestro alrededor como un cinturón de tierno amor y amistosa vigilancia.

Los que no han tenido el privilegio de esos contactos le agradecen estas revelaciones. Pensarán más en sus muertos, y esto constituirá un potente soporte para su conducta durante su vida terrena.

JEAN GIRAUDEAU.

PROFESOR BERNARD N. HALPERN: Médico, profesor titular del Colegio de Francia, miembro del Instituto, Academia de Ciencias, director de investigación en el C.N.R.S., director de los estudios inmuno-alérgicos en el Hospital Broussais, y Medalla de oro del C.N.R.S., en 1971.

27 de setiembre de 1971.

La experiencia que relata usted es de tipo personal y subjetivo, como todas las que se relacionan con el dominio de la

percepción extrasensorial. Como hombre de laboratorio y, por tanto, hombre de experimentos, no puedo pronunciarme sobre hechos que no pueden controlarse mediante experimentos y mis respuestas corresponden a esta actitud intelectual. En otras palabras, para mí, la noción de «supervivencia después de la muerte física» está en contradicción con los datos fundamentales de la ciencia, y no se apoya en ningún hecho experimental.

B.-N. HALPERN.

ROGER IKOR. Profesor, hombre de letras. (Autor, entre otras obras, de *Las aguas revueltas, Ulises en el puerto* y *La ceniza se convierte en fuego.)*

¿Y qué hay de los homínidos? *Y así, poco a poco, todo el mundo animado tendría derecho a la supervivencia, hasta los bacilos...*

R. IKOR.

MARCEL JOUHANDEAU. Hombre de letras. (Autor, entre otros libros, de *Descenso a los infiernos* y *Crónicas maritales.)*

Soy católico, creyente. Por lo tanto, mi religión responde por mí. De todo corazón.

M. JOUHANDEAU.

ROLAND JACCARD: Psicólogo, escritor.

Una desconfianza instintiva hacia cualquier forma de misticismo me ha vuelto un tanto impermeable al «más allá». Por el contrario, ciertos fenómenos relacionados con la parapsicología me parecen dignos de ser estudiados científicamente, lo que resultaría útil y necesario. A mi entender, rechazarlos constituye un mecanismo de defensa un poco primitivo.

R. JACCARD.

ANDRE JOLIVET. Compositor de música, laureado del Instituto, Gran Premio de la Música Francesa, Gran Premio del Presidente de la República. (Autor, entre otras obras, de *La suite transoceánica, Suite délfica* y *Sortilegios.)*

París, 20 de octubre de 1971.

Su carta y los preciosos documentos que contenía llegaron a mis manos cuando estaba a punto de partir de viaje, y contaba responder en cuanto regresara.

Lo hago aún con mayor gusto después de haber leído el conmovedor prólogo de su obra, que, estoy seguro, iluminará a muchos de nuestros contemporáneos sobre aspectos poco conocidos de nuestras posibilidades de la comunicación cósmica que, por mi parte, he encontrado en la música.

Creo en la supervivencia, porque sería difícil admitir que la existencia terrestre constituye una finalidad en sí misma. He tenido contactos con desaparecidos, especialmente con mi madre, y entonces experimento un sentimiento de protección. Tengo numerosas premoniciones, sobre todo cuando amigos míos van a «desaparecer». He observado con frecuencia signos paranormales en el terreno auditivo.

Para concluir esta breve carta le citaré el pensamiento de Teilhard de Chardin, con el que encabezo mi Himno al Universo: *«No hay nada más precioso que lo que tú eres en los otros y los otros en ti.»*

ANDRÉ JOLIVET.

PROFESOR ALFRED KASTLER. Físico, Premio Nobel de Física de 1966, miembro del Instituto y Director de investigaciones del C.N.R.S.

21 de agosto de 1971.

No me cabe duda de que el Universo, la vida que se ha afirmado sobre la Tierra, el hombre, la sociedad humana, han de tener una finalidad.

La idea de que el Universo, la vida, se hayan organizado

«solos» me parece absurda. Creo en un Creador del Universo. Pero en mi opinión, las religiones, y en especial la cristiana, se han equivocado al ligar la creencia en un Creador con la creencia en la supervivencia personal.

Yo no creo en mi supervivencia personal. Para ser más sincero: tengo sobre este punto muy serias dudas. Esta creencia me parece ser una extrapolación de nuestro instinto de conservación, una proyección de este instinto más allá del fin natural, un egoísmo trascendente. Lo esencial en la vida es el altruismo. Amar al prójimo. A partir del momento en que se acepta esto, todo el resto, y en especial nuestra propia muerte, tiene poca importancia.

ALFRED KASTLER.

JOSEPH KESSEL. Escritor, miembro de la Academia Francesa. (Autor, entre otros libros, de *Viento de arena, Los amantes del Tajo* y *Un muro en Jerusalén.)*

Le agradezco su carta. No he contestado antes por hallarme ausente de París y sin que se me remitiera el correo.

Lamento aún más este retraso en responder, por cuanto no puedo serle de ninguna utilidad en los problemas que me plantea. A mi entender, todo es posible en ese terreno, pero yo no he tenido ninguna experiencia personal que pueda inclinarme a decir sí o no.

J. KESSEL.

ROGER DE LAFFOREST. Literato. (Autor, entre otros libros, de *El arte y la ciencia de la suerte.)*

29 de julio de 1971.

Sí, creo en la supervivencia.

Nunca he tenido un contacto directo con un desaparecido. Los experimentos espiritistas que he presenciado no me han convencido.

He sido testigo de una «manifestación supranormal», e incluso de varias, pero no aportaban una prueba decisiva de la interferencia de un muerto en el mundo de los vivos. He descrito una de dichas «manifestaciones» en uno de mis libros.

No creo que sea útil informar a los demás sobre una posibilidad de supervivencia en el más allá. A las personas no se las convence ni con argumentos, ni con pruebas, ni tan siquiera con la evidencia. Además, ¿para qué reanimar una discusión inútil?

He oído hablar muy bien sobre su don de videncia, apreciado señor. Por lo tanto, usted sabe mucho más que yo sobre ese porvenir del que la muerte no es más que un horizonte provisional e ilusorio, una cortina detrás de la cual ocurre algo. Pero, ¿qué?

R. DE LAFFOREST.

GEORGE LANGELAAN. Periodista, hombre de letras. (Autor, entre otras obras, de *Noticias del antimundo, Los hechos condenados* y *Los 13 fantasmas.)*

28 de julio de 1971.

¿Existe un solo hombre o una sola mujer, que en uno o varios momentos de su existencia no haya percibido, sentido, sufrido o, por lo menos, sido testigo de un acontecimiento, de una experiencia extraña, diferente, que se aparte no sólo de lo ordinario, sino también de lo posible? Cada cual la califica, la juzga y la clasifica a su manera. Otros observan y buscan una interpretación, un significado.

Durante mi vida, he tenido la suerte de ver, de sufrir o de participar en cierto número de estas experiencias. Escojo solamente tres: dos en las que otras personas han asistido o participado, y una de la que no hablo jamás, porque me ocurrió a mí solo, y a pesar de todas mis seguridades íntimas en cuanto a causa, no puedo presentar ningún testigo. Esta última podría ser imaginación pura, y no puedo demostrar lo contrario, y como nunca he pretendido que una certidumbre constituya una prueba...

Primera experiencia: Una noche, mientras me encontraba

en una pequeña casa solariega, de la que se decía que estaba encantada, cerca de Cambridge, y en la que me habían permitido dormir en una habitación que pasaba por estar embrujada, asistí a una extraña escena. Después de la cena, mis anfitriones, un vecino y yo, en conjunto cinco personas, nos hallábamos reunidos delante de un gran fuego de chimenea, hablando de literatura. Ante el fuego, y sobre una gruesa alfombra se encontraban tumbados, pacíficos y felices, el perro de la casa y el del vecino, dos grandes animales, de raza desconocida, pero que parecían ser grandes amigos. Nosotros no habíamos levantado el tono, y todo estaba en calma cuando, a un tiempo, los dos animales alzaron las orejas, se levantaron y se lanzaron corriendo hacia la mitad de una gran escalera de roble, que conducía al piso, y que se encontraba a plena luz, a la derecha de la chimenea frente a la que nos hallábamos. Los dos perros subieron una decena de escalones, y allí empezaron a hacer grandes fiestas... ¡a nadie! Ladrando, moviendo la cola, se comportaban exactamente como lo hace un perro cuando llega su amo o alguien a quien quiere mucho.

Nuestra anfitriona dijo sencillamente:

—Ya ha llegado ella. Nosotros no podemos verla, pero los perros, sí, y siempre la saludan. ¡Adoraba a los animales!

Según parece, «ella» era una dama que había vivido en aquella mansión ciento cincuenta años antes.

Yo no sé si en realidad los perros veían algo. Creo que sí, en parte porque no encuentro otra explicación (lo que no quiere decir que no la haya), pero principalmente porque el testimonio de un animal me parece el más sincero (lo que no significa que no existan perros embusteros).

Segunda experiencia: Hace unos días, mi hijo se encontraba en compañía de uno de los más afamados restauradores de cuadros, en el castillo de Versalles. Trabajaban en la restauración de cierto número de cuadros del palacio, en un gran taller del ala izquierda que tienen reservada a este efecto. El amigo de mi hijo, que trabajaba en silencio, dio dos pasos hacia atrás para juzgar el efecto de su tarea, tropezó con un taburete y cayó con mala fortuna, hiriéndose en la cara. Se rompió un diente, y al día siguiente, cuando fue a casa del dentista, descubrió que se había rajado el maxilar. Como no sentía dolores, prosiguió con su trabajo. No había transcurrido una hora cuando recibió una llamada telefónica de una anciana señora, amiga de su familia, que le dijo: «Querido amigo, ¿monta usted a caballo?» «¡Qué pregunta tan curiosa! No. ¿Por qué?» «Pues bien, tenga cuidado con los caballos porque esta noche he soñado que un gran caballo blanco le derribaba. Y no lo olvide, sobre todo, si ve un caballo por la calle.» «Se lo agradezco mucho, pero en nuestros días es muy poco probable, incluso en Versalles.» Cuando colgó, mi hijo señaló, sonriendo, a su amigo, el gran cuadro en que trabajaba en el momento de la caída. ¡Representaba un rey de Francia, montado en un caballo blanco, casi de tamaño natural!

Tercera experiencia: Mi padre murió en 1962. Llegué a tiempo y pude hablarle y cerrar sus ojos. Desde hacía muchos años teníamos establecido un pacto. Habíamos convenido que el que sobreviviera de los dos colocaría un tablero de ajedrez sobre una mesa, como si fuéramos a jugar una partida. El vivo prepararía el juego así, cada noche, durante tres meses. El otro debería hacer lo imposible, en caso de que existiera otra vida, para manifestarse moviendo una de las piezas. Hice lo que habíamos acordado, pero no dio resultado. Ninguna de las piezas se movió.

Aproximadamente un mes más tarde, mientras caminaba entre la muchedumbre por la calle Montmartre, una calle por la que había pasado con mucha frecuencia en compañía de mi padre, tuve de pronto la formidable impresión de que él acababa de entrar dentro de mí, del mismo modo que uno se pone un abrigo confortable. Un instante antes ni tan siquiera pensaba en él y ahora no solamente estaba allí, sino que me había tomado, como si fuera un trapo (no encuentro otra expresión válida). «I am with you, son.» *No oí estas palabras*

con mis oídos, pero las sentí. No dejé de caminar ni un solo instante, pero respondí en voz alta: «Thank you, little man.» *(Mi hermano y yo llamamos con frecuencia a mi padre de este modo.)*

No puede decirse que sea una experiencia científica. Ningún testigo asistió a esta extraña escena, y estoy dispuesto a creer que pude equivocarme, que sufrí una alucinación pasajera, pues no puedo demostrar lo contrario. Pero para mí, ésta fue mi experiencia más fuerte, más feliz. Y aunque hubiera sido una alucinación, ¿no es eso también una forma de supervivencia?

G. LANGELAAN.

WILLIAM LANGELAAN. Pintor, restaurador de cuadros, hijo de George Langelaan, fallecido repentinamente el 9 de febrero de 1972.

19 de abril de 1972.

Apreciado señor Belline:

Sé que mi padre le había visto poco tiempo antes de su muerte, que usted le hizo presentir un peligro, y que le dio ciertos consejos sobre cómo debía arreglar sus «asuntos». Mi padre los siguió, y puso todo en orden pocos días antes de fallecer.

Su muerte... la sintió llegar, y de este modo partió con el espíritu más tranquilo.

Le estoy muy agradecido por ello.

Clasificando las copias de la correspondencia de mi padre, después de su fallecimiento, he encontrado la de una carta que le había enviado a usted, y que me ha impresionado fuertemente.

Permítame que, a mi vez, le cuente las impresiones que he tenido y que, en definitiva, me han proporcionado un gran consuelo y la absoluta seguridad de que nuestra partida es solamente un simulacro.

Inmediatamente después de la muerte de mi padre, tuve el

sentimiento de estar *esperando* algo, *pero no sabía qué.*

La tercera noche, yo, que tengo solamente sueños triviales y fugaces, soñé la cosa más extraordinaria de mi vida: coloreada, tridimensional, olorosa y táctil. Estaba en compañía de mi padre, cuyas prendas de vestir puedo describir una por una. Íbamos en su «R 16», con las ventanillas abiertas, y sentía en mi piel la caricia del sol y del viento. Nos paseamos largo rato por aquellos parajes extraños, especialmente por una gran construcción de estilo románico, con ventanales de medio punto, agrupados de tres en tres. En cada extremo había una gran chimenea de mármol rosa. Casi enfrente de la puerta se encontraba un altar recubierto por un paño violeta y unas mesitas sobre las que se veían flores del mismo color. Mi padre y yo estábamos sobre un estrado de piedra. Entró un grupo de ingleses, mi padre les habló, y dio unos golpecitos amistosos en la espalda de uno de ellos.

El sol, la luz, los detalles de color, la arquitectura de los monumentos, la decoración... todo era de un realismo viviente.

Al despertarme, sentí que volvía de otro mundo. Mi padre me había hecho vivir, y eso no lo olvidaré nunca, la decimocuarta historia de su libro 13 fantasmas.

He tenido varias veces la sensación, completamente despierto, de que una «esfera radiante» se hallaba tras de mí, a la derecha.

Mi madre, al despertar de un ligero sueño, vio durante unos instantes a mi padre surgiendo de un halo luminoso amarillo. Sólo se distinguía la parte superior de su cuerpo, y su rostro estaba serio, un poco triste.

Dos días después de la muerte de mi padre, mi mujer telefoneó al hospital pidiendo unos informes a la administración. Mientras nos pasaban de servicio en servicio, mi esposa quedó conectada a una conversación telefónica. ¡Se anunciaba un nacimiento! Mi padre había escrito una novela, Retroceso, *en la que un hombre, sin perder conciencia, vive su muerte, el silencio de la tumba, después su transformación en*

un nuevo elemento vital y finalmente en recién nacido.

Para mí, el choque fue indescriptible.

El primer signo perceptible de la presencia (o de la supervivencia de mi padre) me llegó por la televisión. Dean Martin y Frank Sinatra cantaban durante una emisión. Yo escuchaba. Bruscamente, me puse a pensar en mi padre. Imaginaba que le oía cantar, como hacía cuando era feliz. Después pensé que nunca más le oiría, que todo había terminado. Me invadió un enorme desánimo. En aquel momento tuve la sensación de recibir un choque, un golpe procedente de algún lugar invisible. Dentro de mí se hizo el vacío. Dean Martin y Frank Sinatra cantaban Es solamente un ¡Hasta la vista!

W. LANGELAAN.

SERGE-AMAND LEBEL. Poeta, autor dramático. (Autor, entre otros libros, de *Introespectáculo, El instante solar* y *Randori.*)

10 de setiembre de 1971.

Creo en la supervivencia porque la muerte del alma me parece algo absurdo. Soy profundamente cristiano (pero esto no justifica mi afirmación).

Creer en la supervivencia impulsa a los hombres a respetar al Creador, a respetarlo todo, a los demás como a sí mismo, a la rectitud moral. El público debe ser informado de su experiencia.

Personalmente, he tenido numerosas premoniciones y he sido testigo de videncias.

Disponga de mi testimonio porque procede de un espíritu libre de toda traba. Es sincero. Los hechos que relato son ciertos. Muchas personas han pasado por las mismas experiencias y se reconocerán en ellas. Espero, al hacerlo, contribuir a su tranquilidad.

Creo en la supervivencia porque en el Universo nada se pierde ni se crea, tanto si se trata de materia como de espíritu. Ni Dios, ni Federico Nietzsche están «energéticamente» muertos. La creencia en la otra vida está en el interior de cada hombre, así como la de que esa supervivencia debe ganarse con el sudor de la frente, hay que merecerla. Afirmo que si de la noche a la mañana, la ciencia demostrara irrefutablemente *«la imposibilidad de la supervivencia», el mundo se detendría, volvería a la más negra barbarie, privado de sus mejores elementos, de sus hombres de acción y de corazón, de todos los que* emprenden, *arrastran a la Humanidad.*

La creencia subconsciente o inconsciente en la supervivencia (más que consciente) es la motivación profunda de nuestro apego a la existencia terrestre (paradójicamente). Suprimámosla y desencadenaremos una oleada universal de suicidios. Suicidios que serían la conclusión lógica de un razonamiento universal, según el cual NADA SERVIRIA DE NADA, ni nuestros esfuerzos, ni nuestras cobardías.

Cuanto más evoluciona el hombre, más «pasa al inconsciente» su creencia en la supervivencia, adquiriendo así mayor fuerza, haciéndose más propulsora.

En el transcurso de una vida, el alma se alimenta, se carga. ¿Y esto no serviría de nada? ¿Las experiencias vividas, sentidas, las nociones acumuladas no serían de ningún provecho para el hombre? ¿Ni para el Universo? ¿Ni para Dios...? No, cuando reflexiono, miro, escucho, estudio, debo sentirme confundido ante la genialidad divina. ¡El Dios-Creador, el Dios-Planificador no conoce los «revoltijos», sino el rendimiento, la utilización cuidadosa de las energías...! El alma-energía *será empleada de nuevo siempre en la gran factoría cósmica.*

No he tenido contactos con un desaparecido... por lo menos ninguno «directo». Pero, a veces, cuando llegan hasta mí ideas, como traídas por sus propias alas, filosóficas, artísticas, poéticas, políticas, me siento todo humildad y agradecimiento. Es cierto que yo busco un poco, pero en las sombras alguien «encuentra» para mí. Quizá es mi abuelo desaparecido, o mi abuela, que velan a mi alrededor de este modo... o un desconocido que me quiere bien... De cualquier modo, sé que no estoy solo.

Repito que no he tenido contactos con un desaparecido. Pero voy a relatarle una experiencia personal, relacionada con la muerte. En enero de 1966, cuando me dedicaba a la redacción de un texto, se me ocurrió la idea de que un episodio lo enriquecería. Por espectacular que fuera, aquel episodio no aportaba gran cosa a la acción, más bien la hacía más lenta. Detuve la redacción durante tres días, preguntándome cada noche si introduciría el episodio o no, pesando los pros y los contras.

La tercera noche me decidí. El día siguiente redacté todo el episodio, pero sin alegría, y volví a casa de mal humor.

El día siguiente, mi padre, que vivía con nosotros, resbaló de la plataforma de un camión, cuya carga estaba asegurando, y al caer de cabeza sobre la calle se rompió las vértebras cervicales y murió en la ambulancia.

El episodio era el siguiente: un hombre, que anda buscando a sus compañeros desaparecidos misteriosamente, penetra en una especie de morgue, *donde se conservan, extendidos sobre losas, todos los cadáveres del planeta. El hombre encuentra a sus amigos, pero éstos no tienen cara. Finalmente, el hombre entra en una sala y descubre una «máscara», un rostro amigo, suspendido de un hilo, como un lienzo. El rostro era solamente una piel, recortada, desde la base de la barbilla hasta la raíz de los cabellos. La cara de un cadáver.*

Preste atención. Yo había dudado antes de incluir el episodio. Lo escribí sin alegría. El día siguiente por la mañana encontré a mi padre muerte en la morgue, *extendido sobre una losa, bajo una sábana, con la cabeza completamente vendada, dejando visible solamente el* rostro, la máscara mortuoria. *¡Únicamente la máscara...! ¡No podía ver nada más de mi padre!*

Mi inconsciente había previsto (quizás incluso provocado) el acontecimiento. Mi consciente no había comprendido nada.

En el momento del accidente mi mujer sintió bruscamente *un gran frío físico (como hielo) y la invadió una pro-profunda tristeza. Esto la sorprendió mucho porque no sufría ninguna indisposición. Aquel mismo día mi cuñada tuvo el presentimiento de una mala noticia.*

En cuanto a mi padre, aquella mañana cuando salió de casa volvió a subir medio tramo de escalera para abrazar a su nieta preferida (cosa que no hacía nunca) y tardó en separarse de ella...

El día anterior se había arreglado cuidadosamente, se había cambiado de ropa, cuando era de temperamento más bien descuidado.

Despreocupado, con una salud perfecta, mi padre sólo pensaba en la vida. Sin embargo, la semana antes, exclamó de pronto: «¡El día que me muera no quiero flores ni coronas! ¡Nada de cementerios...!» ¿Qué motivó aquella brusca declaración?

Pero aún hay más. Desde que fue mayor de edad, mi padre decidió legar su cuerpo al Instituto Médico Legal, y así lo había proclamado muchas veces.

Las personas enteradas saben que esa donación sólo puede hacerse a la Facultad de Medicina, no *al Instituto Médico Legal.*

Mi padre, que sustentaba una idea errónea, terminó en el Instituto Médico Legal, al morir en la vía pública. *Su cuerpo, al que se hizo la autopsia en el Instituto, no tenía ya ningún valor para la Facultad.*

El inconsciente de mi padre sabía *desde siempre lo que pasaría.*

Para el inconsciente el tiempo no existe. Pasado, presente y futuro se entremezclan.

Estoy seguro de que algún día la ciencia explicará estos prodigios, comprenderá el alma, el espíritu y el tiempo, sabrá lo que es la obra del Creador.

Y al mismo tiempo, al descubrir que ni hay azar, ni imprevisión, ni irracionalismo en el pensamiento del Creador, que en su gestión nada se pierde y todo sirve, la ciencia sabrá que el primer materialista se llama Dios.

S.-A. LEBEL.

CLEMENT LEDOUX. Periodista. Redactor del *Canard Enchainé.*

20 de enero de 1972.

Aun a riesgo de perder posiciones en la opinión que de mí tienen formada mis amigos, debo declarar tranquilamente que no tengo la menor duda sobre lo que se llama la supervivencia. No porque me resulte agradable creer en ello, sino porque desde hace diecisiete años mantengo relaciones continuadas *con ciertas «entidades», siempre las mismas, que conocí mientras vivían (salvo una, cuyo curriculum, suministrado por ella, resultó ser minuciosamente exacto, después de unas averiguaciones). No importa quién haya sido el médium, que la mayor parte de las veces no ha conocido a la entidad. Siempre me encuentro con el personaje anunciado, con toda la fidelidad de una presencia real: carácter, sentimiento, cultura particular, recuerdos, vocabulario, giros de expresión, la voz (una sola vez), las inflexiones (siempre), y en una ocasión la escritura, una letra nerviosa, rápida, casi violenta, y prácticamente inimitable de improviso. Sometí a un eminente grafólogo dos muestras de dicha escritura. Una era de la mano de la persona viva y la otra de la médium. El grafólogo me respondió: «No comprendo nada. Grafológica y psíquicamente estas dos muestras son* de la misma persona, *pero no me parece que sean de* la misma mano.»

Algunas de mis experiencias han sido controladas e incluso sugeridas por mis sabios amigos, que con todo su escepticismo han debido inclinarse por fin ante la evidencia de los hechos.

Y esto es todo. Ojalá mi testimonio sirva para avivar la confianza de un solo ser en ese «después» que yo no dudo de que es la verdadera vida.

CLEMENT LEDOUX.

FERNAND LEDOUX. Actor.

Soy creyente. Creo en la supervivencia porque Jesucristo es la VIDA. Nuestro prójimo debe ser informado de la posibilidad de la supervivencia. Todos debemos saberlo para despojarnos de lo que creemos ser.

Disponga de mi testimonio si puede iluminar a los hombres, y ayudarles a descubrir y amar a Dios.

F. LEDOUX.

FRANÇOIS LE LIONNAIS: Ingeniero, escritor científico y consejero del Instituto de Patología Celular.

11 de octubre de 1971.

No creo en la supervivencia. Nada en mi experiencia personal, ningún testimonio (todos sinceros, sin duda, pero no creo puedan enfrentarse con un examen crítico) me proporciona una prueba ni siquiera una presunción en este sentido.

Le autorizo a disponer de mi testimonio porque nunca se debería desechar ninguno, si es sincero, sin importar en qué sentido se pronuncie. Debo añadir que mis respuestas van acompañadas de la afirmación de mi sensibilidad, de mi emoción y de mi simpatía hacia las posiciones contrarias a la mía.

F. LE LIONNAIS.

MARCEL L'HERBIER. Autor y realizador de películas, entre otras *La inhumana, El difunto Matías Pascal* y *El misterio del cuarto amarillo.*

Sería inútil que intentara excusarme por un retraso inexcusable. Pero he tenido que remover la tierra más bien que el cielo para que se emprendiera la película que destino al Centenario del Impresionismo y esto me ha impedido hacer lo que quería: contestarle. Pero tuve que renunciar, sobre todo,

porque la pregunta que plantea es demasiado amplia. Dos pensamientos me obsesionan desde que he empezado a abordar este tema. Uno, de los sonetos de Shakespeare: «Aliméntate de la muerte que se alimenta de los hombres.» Y «Cuando la muerte esté muerta, ya no podrás morir.» El otro figura en «La inmortalidad muerta», que publiqué en 1914: «La muerte no existe para mí, porque yo no existiría en ella.» Ampliarlos sobrepasa actualmente mis pobres medios.

M. L'HERBIER.

CLAUDE LEVI-STRAUSS. Universitario, profesor titular del Colegio de Francia (cátedra de Antropología Social). Autor, entre otros libros de *Tristes trópicos.*

Apreciado señor:

Estoy seguro de que me perdonará si me apropio de sus palabras. No poseo «las luces necesarias» para responder a sus preguntas.

Le ruego que me disculpe y le envío mis mejores saludos.

C. LEVI-STRAUSS.

PIERRE LESCURE. Literato, encargado de misiones para los asuntos extranjeros, adjunto al representante de Francia en la Organización de la Aviación Civil Internacional. Autor, entre otras obras de *Las orillas del Hudson.*

Sí, creo en el más allá. En principio, porque la lógica lo demuestra. La ausencia de una supervivencia, o prolongación de la vida, es rigurosamente inconcebible, puesto que la vida es necesariamente continua. Cambia de formas, pero se perpetúa, primero indefinidamente, y después del fin de los Tiempos, «infinitamente». La introducción de una solución de continuidad, de un vacío en el Ser, sería la negación de «toda» la vida anterior, presente y futura. Pero no es posible negar toda la vida, ni lógicamente (véase, entre otros, el argumento de Descartes) ni «existencialmente».

Bajo su forma superior, espiritualizada (próxima a su forma definitiva), la vida pasa el umbral de la muerte (y, en consecuencia, se perpetúa) más intensamente, con más potencia, con más «fuerza» que en los animales inferiores. Por ejemplo, la vida de la presa pasa sencillamente a formar parte de la del carnicero que la devora, y pierde su identidad. Pero a nivel humano del espíritu, que se distingue de sus ligaduras materiales, adquiere cierta identidad que se convierte en una autonomía, en el momento en que la muerte disuelve las ligaduras. Esta individualidad de la vida del hombre está demostrada por la experiencia cotidiana. La simple comunicación inteligente entre los humanos sería imposible si sus facultades intelectuales dependieran enteramente *de la materia, si la palabra fuera únicamente ruido, una simple conmoción mecánica del aire, acompañada por una reacción física de las células nerviosas. (No recuerdo qué filósofo materialista negaba la existencia del alma, bajo pretexto de que nunca la había hallado con el bisturí. Con esa negativa, afirmaba sin darse cuenta su existencia.)*

Durante la vida terrestre, la comunicación entre las almas viene facilitada (no condicionada) por el soporte físico. Después de la disolución de este soporte, la comunicación sólo puede realizarse entre las «partes espirituales» de las almas, lo que, evidentemente, hace difícil (no imposible) esta comunicación entre un alma «liberada», y un alma ligada todavía al soporte físico. La semilla, al morir (muerte necesaria para que la vida prosiga y se desarrolle) proyecta fuera del suelo a la joven planta, que se encuentra entonces en un medio y con unas condiciones de existencia totalmente diferentes a las que conoció la semilla en su «prisión de arcilla». De ahí la dificultad para la planta de comunicarse con una semilla que aún sigue enterrada en la tierra, y viceversa. Pero resulta fácil imaginar que unas almas que estuvieron ligadas entre sí, antes de que la «semilla muriera», por lazos inmateriales, íntimos y fuertes, puedan mantenerlos (y desarrollarlos) cuan-

do una de ellas se haya liberado y la otra siga prisionera.

Esto parece evidente, y por decirlo así, visible a través de muchas de las manifestaciones de la existencia terrestre, sin hablar de los innumerables testimonios de «contactos», que sirven para ilustrar esta evidencia, del mismo modo que los milagros ilustran la presencia de lo divino, sin justificarla por sí mismos.

Es posible que yo haya tenido contacto con un desaparecido: mi madre. Un día de 1947 o 1948 (aproximadamente diez años después de su muerte), yo estaba solo, completamente solo en el vestíbulo del palacio de Orsay y oí que una voz se dirigía a mí (esto era indudable), llamándome: ¡Señor...! ¡Señor...!» Escudriñé cuidadosamente los alrededores, y todo estaba completamente desierto. La voz, por otra parte, no parecía proceder de un sitio determinado, sino más bien del exterior y «de arriba». Evidentemente, no era normal que mi madre me llamara «Señor», pero tuve la profunda impresión de que aquella voz (femenina) me era muy familiar, *y finalmente la atribuí a mi madre después de haber pensado que podía ser también la de mi mujer, que en aquel preciso momento se encontraba en nuestro domicilio. Me pareció más normal, más lógico, atribuirla a un ser muy querido* difunto *que a otro ser igualmente querido, pero que disponía de todas las horas del día y de la noche para demostrarme su presencia.*

Aparte de las condiciones en que se desarrolló este acontecimiento, y en particular, del carácter insólito de la apelación de «Señor», considero importante retener de este contacto su tono de profunda intimidad, auténticamente espiritual, que basta para darle valor de testimonio.

Más recientemente, pocos días después de la muerte de mi padre, lo vi en sueños *alejarse en un tren, bajo un cielo radiante y con aspecto feliz (cuando su fin fue particularmente doloroso, física y moralmente), sonriendo y diciéndome: «Hasta la vista», con la mano, y creo que también con la voz. La imagen muy precisa, parecía extrañamente* real. *Pero no sé hasta qué punto puede considerarse esto como un contacto con un desaparecido.*

A propósito de mis sueños, debo decir que la mayoría de ellos tienen de un modo casi infalible carácter premonitorio. Si sueño con un agua limpia, poblada de hermosos peces plateados o de flores de tonos vistosos, tengo la certidumbre *de la proximidad de un acontecimiento feliz (a veces, de mínima importancia) durante el día. Lo contrario también es cierto, y sé de antemano lo que me reservan unas imágenes oníricas desagradables. Creo que en mi subconsciente se ha establecido por sí mismo un código, quizás a partir de los códigos tradicionales, que yo conozco más o menos, con la excepción (que cito en bien de las ciencias, y de... la moral) de las imágenes eróticas, que para mí resultan de* muy *mal augurio, y de modo proporcional a la intensidad de la impresión recibida durante el sueño. (El psicoanálisis de la noción de pecado tendrá algo que decir sobre ello...)*

Finalmente, durante mi vida me ha ocurrido dos o tres veces (en tiempo de guerra y de paz), escapar «milagrosamente» a peligros mortales, normalmente inevitables, y no veo cómo explicar mi buena fortuna, con razones de las llamadas naturales.

Citaré, como un recordatorio, los peligros de la Fortuna y la Fama, de los que el Cielo (y sólo ha podido ser Él) me ha preservado hasta ahora, con un cuidado tan meticuloso como decidido, por lo que le estoy agradecido, aparte de mis momentos de aberración. Es cierto que también me ha apartado de las austeras seducciones de la Indigencia, manteniendo así sobre éste su indigno servidor, un equilibrio estable y sano.

La originalidad de mi caso reside tal vez en que el Invisible tuvo que verse obligado a golpear muy fuerte para llegar a emocionar a una persona tan profundamente encarnada, tan razonadora y tan poco preparada como yo. ¡Esto suponiendo que la haya rozado alguna vez!

P. LESCURE.

STEPHANE LUPASCO. Doctor en Filosofía, Licenciado en Ciencias. (Autor, entre otros, del libro *Del sueño, de la matemática y de la muerte.*)

París, 10 de octubre de 1971.

He aquí lo que puedo responder a su primera y a su segunda pregunta, puesto que la una lleva implícita a la otra.

A mi juicio, no se trata de creer o no creer. Como hombre de ciencia y filósofo, he llevado a cabo comprobaciones particularmente edificantes sobre el problema de la supervivencia.

En principio, un examen al mismo tiempo experimental y lógico de los datos energéticos —a los que, como ya sabemos, se reducen hoy todas las cosas— conduce a la consideración de que nada puede morir, en el sentido de una desaparición rigurosa y definitiva. Es cierto que la energía comprende procesos que tienden hacia la muerte, si nos referimos al Segundo Principio de la Termodinámica, principio de una homogeneidad progresiva que no deja de actuar sobre nuestro mundo, y si definimos la muerte como una indiferenciación última y total, en una entidad que desde entonces permanece definitivamente estática e idéntica a ella misma. Pero este término absoluto no puede alcanzarse nunca porque precisamente se oponen a él una heterogeneidad, unos procesos de diferenciación tan fundamentales como los precedentes, inscritos, como ellos, en la propia lógica y la naturaleza de la energía. Estos procesos constituyen, mediante esta contradicción esencial, una barrera contra lo que ha sido definido como la muerte por homogeneización. Unos procesos que tampoco pueden desarrollarse indefinidamente en virtud de esta misma barrera constitutiva. Unos sistemas dinámicos se forman y evolucionan por medio de una homogeneización dominante y progresiva, de una especie de agonía sin fin. Son los sistemas físicos. Otros, de sentido inverso, se sistematizan por una heterogeneización dominante, cada vez más rica y compleja. Son los sistemas vitales. Aún hay otros, engendrados por el equilibrio de estas dos fuerzas antagónicas, y son, como ya he indicado y lo demostraré todavía más ampliamente en mi próximo libro, los sistemas psíquicos, lo que se llama el alma.

La muerte, la desaparición en el vacío de cualquiera de estos tres tipos de sistemas, es energéticamente imposible.

Pero hay algo que resulta aún más interesante.

La energía no podría existir, manifestarse, actuar —tanto a nuestro alrededor, como en los laboratorios— sin que cierta capacidad energética se convirtiera en actualizaciones. Capacidad que es mantenida como tal, en ese estado de potencialidad *susceptible de actualizarse, por algo que impide su actualización por su propio potencialización. Hay que considerar, por ejemplo, que un sistema biológico se actualiza potencializando los sistemas físicos antagónicos —cosa que demuestra la biología en todos los mecanismos, desde el más humilde al más complicado de los seres vivos— y que un sistema físico rechaza, potencializa, y no puede hacer otra cosa que potencializar a los sistemas biológicos.*

Por lo tanto, añado a la célebre frase de Lavoisier: «Nada se destruye, todo se transforma», la siguiente modificación: «Nada se destruye, nada muere, todo se actualiza y se potencializa transformándose.»

En la muerte, bajo la forma de un cadáver, son los sistemas físicos los que se actualizan, potencializando a los sistemas vitales y a los psíquicos. Cada uno puede sacar sus propias consecuencias de estas revelaciones de la experiencia científica.

La experimentación biológica es la que demuestra, de un modo más claro, la evidencia de la noción de potencialidad. Es inevitable admitir la realidad del potencial embriológico. *Como es sabido, en el huevo no hay nada preformado, visible, de lo que resultará más tarde el ser vivo adulto. El esquema de las actualizaciones futuras es pura potencialidad. Si seguimos adelante con el análisis, llegamos al famoso ADN (ácido desoxirribonucleico), localizado en los genes de los cromosomas, que contiene todo el* conjunto de informaciones *que permiten la actualización filogénica y antogénica del fu-*

turo vegetal o animal. Pero un conjunto de informaciones no es otra cosa que una potencialidad que comprende los detalles más específicos, minuciosos e individuales, de una riqueza y una heterogeneidad extraordinarias, y que después podrán realizarse, bien, mal o de ningún modo. Además, estas potencialidades sólo se hallan inherentes a los elementos constitutivos de la materia viva que no se diferencian en nada de los que forman la materia llamada inanimada. Hoy sabemos con seguridad que los mismos átomos constituyen y determinan las dos. Por lo tanto, la propiedad de la potencialidad aparece inscrita en estos elementos atómicos fundamentales, es decir, en la propia energía. (Para mayor claridad, recomiendo mis trabajos al lector y particularmente mi última obra, citada antes.)

Por primera vez en la historia, y si prescindimos de las metafísicas positivistas de la nada, en las que creen todavía tantos científicos, la ciencia, como acabamos de ver, puede responder al terrible misterio del fenómeno de la muerte. Y esto no es quizá más que un comienzo. En cuanto a las otras preguntas, aunque haya sufrido personalmente algunos fenómenos paranormales, su carácter insólito, aunque turbador, no me permite sacar por mí mismo unas conclusiones verdaderamente válidas.

S. LUPASCO.

ARMAND LUXEMBOURGER. Técnico.

Existe una posición razonable, a mitad de camino entre la absoluta credulidad y el rechazo sistemático de todo lo relacionado con una supervivencia del espíritu. Muchos admiten implícitamente la posibilidad de la supervivencia, cada uno según sus conocimientos metalógicos. Opino que usted no miente al afirmar la realidad de esas «diálogos» sostenidos con su hijo, luz pensante.

El fenómeno luminoso está de acuerdo con los experimentos científicos, y usted no se separa de esta vía paralela, que obedece a ciertas leyes interiores, incluso si esas leyes penetran en lo irracional. Comprendiéndolas, resulta perfectamente razonable admitirlas. Esta función «de espíritu a espíritu» puede ser una sutil relación magnética. La interpretación esotérica en la literatura canónica del budismo enseña que da a cada sílaba el color correspondiente a las vías luminosas de cada estado de la existencia. (En los tiempos antiguos, los sacerdotes de On podían, mediante sonidos, provocar tempestades y levantar piedras que mil hombres no hubiesen sido capaces de desplazar.)

Queda por ver si todos los postulados están demostrados por los hechos, es decir, si los corpúsculos o partículas luminosas pueden ser pensantes. De ser así, las jerarquías creadoras, y los numerosos «eones» (1) *de destrucción y renovación que rigen los mundos estelares, bajo la forma de entidad luminosa que piensa y actúa, desprenden sus emanaciones para darnos forma viva. La especie humana, como todas las especies que se han sucedido a lo largo del tiempo, está destinada a una existencia limitada. Las causas de este hecho siguen siendo desconocidas.*

El ocultismo «científico» afirma, por su parte, que la vida puede existir independientemente de la forma concreta, que puede revestir formas que no somos capaces de percibir (con nuestros limitados sentidos), y que no están sometidas a las leyes que rigen el estado actual de la materia concreta. La forma se disuelve en espacio, y el espacio se cristaliza en forma. La vida sale de las formas, y las formas mueren. La vida no ha penetrado nunca en una forma inerte para despertarla a la existencia. Emana de la tierra y del espacio, de las corrientes en lemniscata (2) *que están relacionadas con el cerebro.*

(1) *Eón.* Entre los gnósticos, espíritu que emana de la inteligencia eterna.

(2) *Lemniscata.* Curva, lugar de los puntos tales que el producto de sus distancias a dos puntos fijos es constante:

Me parece conveniente apoyarme una vez más en hechos comprobados por la ciencia, que parece haber encontrado su aplicación. La ciencia ha comprobado la radiación telesíquica y sus investigaciones han demostrado que la energía química del organismo puede transformarse en energía eléctrica radiante, y su transmisión, especialmente las biocorrientes del cerebro, siguen el principio del radar. Conocemos también la importancia de las radiaciones cósmicas, que tienen una influencia determinante en la vida de los individuos, y sentimos que somos alcanzados por partículas cósmicas cuyo número puede ser determinado por medio de detectores.

A. LUXEMBOURGER.

FRITZ LANG. Director de cine. (Realizador, entre otras películas de *El maldito, Metrópolis* y *El testamento del Doctor Mabuse.*)

1 de enero de 1972.

Querido señor Belline:

Al volver, después de cuatro semanas de ausencia, encuen-

ESQUEMA ANALÓGICO DE DIFERENTES ESPECTROS DE LA LUZ

Espectro de la luz

Ondas hertzianas | **LUZ VISIBLE** | **Ultravioleta**

Infrarrojo | | **Rayo gamma, lo desconocido...**

***Espectro de la inteligencia* (luz humana)**

Subconsciente | **Conciencia OBJETIVA...** | **Ultra conciencia...**

tro su carta entre el correo acumulado, y voy a responder a ella, aunque dudo que mis palabras puedan resultar útiles para su libro.

No he tenido nunca una experiencia personal y, por consiguiente, ningún conocimiento sobre los fenómenos que describe en su carta.

Parece ser que Sir Arthur Conan Doyle, después de muchos estudios sobre los fenómenos psíquicos, llegó a creer en la posibilidad de entrar en contacto con lo que él llama «el otro lado». Por el contrario, Thomas Henry Huxley conservó hasta el final una actitud escéptica después de realizar unas investigaciones similares.

Por mi parte, he seguido con interés las declaraciones del fallecido obispo James Pike en las que afirmaba haberse puesto en contacto con su difunto hijo... Pero lo que me sorprende, y espero honradamente no herir sus sentimientos, es por qué su hijo no le advirtió de su muerte inminente (la del obispo Pike) en el momento en que éste, adentrándose por el desierto, iba a perderse... Su trágico final debió de ser muy penoso (1).

Temo, querido señor Belline, que yo me detengo en el umbral de la eternidad, debo reconocer mi ignorancia citando las inmortales palabras de Shakespeare:

«Hay más cosas en el cielo
y en la tierra, Horacio,
de las que puede imaginar nuestra filosofía.»

Sinceramente suyo

FRITZ LANG.

---

(1) Como Moisés, el obispo Pike sintió el «beso del alma», prodigado por Dios al profeta. El itinerario del obispo le llevó hasta los santos lugares, en pleno desierto y soledad. Allí, sin testigos, experimentó el término de su elevación.

Si su hijo le hubiera prevenido, se hubiese opuesto a los designios de la Fuerza superior y habría impedido que el obispo llegara armónicamente al fin del viaje, en Tierra Santa. (N. del A.)

DOCTOR CHRISTIAN MALET. Radiólogo.

Creo en la superviviencia. Por lo menos, seguimos viviendo en nuestras obras, incluso si se olvida nuestro nombre. Llegan otros que aprovechan lo que nosotros hemos dicho, hecho. Continuamos existiendo en su pensamiento.

He tenido en sueños, naturalmente, numerosos contactos con desaparecidos. Citaré uno solo, el de un viejo amigo de mis padres que se me apareció mientras dormía, el día antes de que yo tuviera noticia de su muerte.

Es preciso informar al público. El hombre no puede admitir que esté simplemente de paso. Pero a falta de algo mejor, que por lo menos sepa que, incluso sin celebridad, su vida no ha sido inútil. Todo hombre desempeña un papel (mínimo o no) en la Historia.

He experimentado frecuentes premoniciones. Pero, a mi juicio, estos fenómenos son «normales» o, más exactamente, deben depender de un estado super-alerta de la conciencia.

Disponga de mi testimonio. Creo que aún nos queda mucho por aprender (¡por no decir todo!), en este dominio que comprende tan diversos fenómenos. La respuesta se halla en el propio Hombre.

DOCTOR C. MALET.

MARCEL MARCEAU: Artista mimo. (Creador de *El abrigo, Muerte antes del alba, Bip* y *El pequeño circo.*)

Filadelfia, 2 de noviembre de 1971.
(En gira teatral por los Estados Unidos)

Querido Señor Belline:

Perdone mi silencio porque he preferido contestarle con el espíritu en calma y concentrado. En primer lugar, déjeme que le exprese mi profunda tristeza por la muerte de su hijo, al que no conocía personalmente, pero que era un amigo, ya que formaba parte de mi público. Al ver su retrato he tenido la sensación de que lo conocía de toda la vida. Hay tanta luz en sus ojos que para mí continúa estando vivo, no solamente en su recuerdo; siempre formará parte de usted mismo. Los seres que amamos no nos abandonan nunca, y siguen viviendo en nosotros. Yo mismo he pensado así durante mucho tiempo, y los amigos de mi infancia, fallecidos hace más de treinta años, siguen presentes en mi memoria. Los veo tal como eran, jóvenes, oigo sus voces, recuerdo sus rostros, los siento vivir a mi alrededor, igual que cuando estaban en este mundo, y con tanta intensidad que algunos de ellos están tan profundamente enraizados en mi pensamiento como mis amigos actuales. Tiene usted razón al afirmar que existe una supervivencia, ya que si nuestra memoria no lo presintiera, nuestro pensamiento no podría reconstruir de manera tan distinta su densidad física, el sonido de su voz y su presencia, que siguen siendo tan reales a través del tiempo, lo que me hace creer que, a la larga, el tiempo no cuenta. La materia perece, se aja, envejece, se disgrega, pero el pensamiento me parece intemporal. Creo profundamente en la supervivencia, pero, por desgracia, no todos los seres obreviven. Hay energías que se pierden y que carecen de la fuerza suficiente para transmitir sus almas. Hay seres receptores que no pueden captarlas mientras están vivos, se pierden almas, mientras que existen seres que se recrean y reviven en otros. No sabría decir cuáles son las condiciones exactas, pero las presiento y podría describirlas, aunque para ello necesitaría bastante tiempo. Y estoy dispuesto a tener una entrevista con usted para hablar de ello.

Tengo la convicción de que existe la supervivencia, porque de no ser así, la evolución de la Humanidad no podría proseguir. Nos beneficiamos de la experiencia y de los conocimientos de los muertos que nos transmiten una parte de sus vidas. Si no hubiera supervivencia, la humanidad no se renovaría. La materia desaparece pero la energía de las almas se transmite a través de las generaciones. El pensamiento está en una evolución permanente.

He tenido frecuentes contactos con desaparecidos. Durante determinados periodos de mi existencia los siento interiormente en mí, de día o de noche. Saco de ello la conclusión de que mi presentimiento sobre la supervivencia está justificado. Por la noche, a través de mis sueños, he llegado a sentir el hálito de mis amigos muertos sobre el rostro. Mi padre, fallecido en 1944, asesinado por los nazis, sigue viviendo hoy en mí. No temo mi propia muerte, porque creo que el alma continúa viviendo. Solamente tengo miedo del sufrimiento.

Creo necesario informar al público sobre este tema, porque lo que hoy se llama «superstición», «superchería» o «charlatanería», será natural el día en que esos fenómenos «científicos» se expliquen a medida que evolucionen nuestros conocimientos. Prolongando la vida se hará retroceder a la muerte, pero incluso si ésta es inevitable, el Espíritu, la fuerza creadora *se renovará eternamente. Si desapareciera, el mundo dejaría de ser. Suprimir la muerte es suprimir el tiempo. El día en que el tiempo sea «intemporal», los muertos y los vivos se reunirán en uno.*

Con frecuencia soy objeto de manifestaciones de las llamadas paranormales que no me sorprenden. A veces presiento lo que me pasará aquel mismo día, o tengo la impresión de haber vivido ya un encuentro o escena. Hay momentos en que pienso intensamente en una persona y me encuentro con ella en el acto. También me ha ocurrido pensar en la muerte de un conocido y enterarme de su fallecimiento. Además, creo ser un actor «vidente» dentro de mi Arte, ya que restituyo al público un mundo invisible, que hago visible ante sus ojos. ¿Es esto una forma de hipnotismo, una reconstrucción científica de lo imaginario que el público percibe de una manera concreta?

Creo en las ciencias ocultas, como creo en la fuerza de la vida. La ciencia debe apoyarse desde luego en la intuición y el conocimiento. Hay charlatanes que se apoderan de todas las ciencias. Pero el conocimiento de la cábala, de la historia de las religiones y las diferentes ciencias nos van preparando desde hace mucho tiempo para que abramos nuestros sentidos a los misterios que rodean todavía la vida. Es preciso que todo ser humano abra sus ojos, su corazón y su cerebro a sus fuerzas intuitivas, a su energía creadora, a su imaginación y a sus fuerzas espirituales. Se debería abrir el mundo al Amor.

Utilice la mejor parte de mi testimonio, ya que mis conocimientos son todavía muy vagos y mi pensamiento los formula de modo incompleto. El día que conozcamos mejor el «más allá» nuestro testimonio tendrá más fuerza. Por el momento, sólo puedo transmitir lo que me dicta mi intuición, con el deseo de ampliar mis conocimientos para descubrir una parte del misterio de la creación del mundo y de toda vida terrestre.

Le ruego acepte, apreciado señor Belline, el testimonio de mi viva simpatía. De todo corazón,

«BIP», MARCEL MARCEAU.

ROGER-LUC MARY. Corresponsal de Prensa y músico compositor.

8 de marzo de 1972.

Apreciado señor:

Me pide que aporte mi testimonio sobre la supervivencia del Ser, y aunque esto me halaga hubiera preferido callarme, ya que este problema extrapola un contexto testarudamente reducido a tres dimensiones. Estoy seguro de que sabe de antemano que esto no dejará de implicar un buen número de críticas, aunque sustraerse a ellas sería una cobardía. Verosímil o no, lo que sigue interesará sobre todo al «Hombre muy joven» de nuestra época de transición. Desde ahora paso ya por encima de las sonrisas maliciosas y los sarcasmos virulentos, porque estoy convencido de que nuestro científico de Mañana abordará irremediablemente la orilla cuatridimensional, fundiendo CIENCIA-FILOSOFÍA-POESÍA, sé que encontrará cualitativamente corrompida la semántica exacta, y que retirará del Diccionario Universal el adjetivo IRRACIONAL.

Entre 1950 y 1964 perdí unos seres queridos, y cada «vacío» me producía no solamente una pena legítima, sino también, y sobre todo, una noción intuitiva tan inexplicada como inexplicable. En aquel tiempo, mi vida fácil, apartada de toda espiritualidad y de todo intelectualismo, hizo nacer en mí un sentimiento de culpabilidad.

En 1958, después de un acontecimiento terriblemente doloroso, me encerré en mi casa y... podía levantar un vaso mediante una simple e intensa concentración. Ausente de mí mismo, *operaba en dos sentidos al mismo tiempo:* telequinesia y desdoblamiento *de una estructura humana. Aún no tenía conocimiento de las experiencias de Rhine y de Penfield, y hasta ignoraba su existencia. El analfabeto que yo era evitó cuidadosamente volver a crear un medio ambiente favorable a un «milagro tan espantoso». No obstante, me vi obligado a escoger entre la «política del avestruz», la de la locura, o la toma de conciencia de los hechos llamados paranormales. Si no podía explicar, por lo menos quería comprender. Los viajes y los libros me ayudaron en aquella búsqueda cultural. Y llego a la importante mañana del 30 de abril de 1969. Yo encabezaba un grupo musical que actuaba en los salones del «Hotel Alameda», de México. Me llevaba muy bien con mis músicos, pero siendo un «jazzman», la música «Pop» que debíamos ejecutar me fatigaba. Necesitaba un poco de tranquilidad. Aquel 30 de abril, a las 10 h. 30, al pasar por un «campo magnético» de las ruinas de Teotihuacán, me invadió un indescriptible bienestar y tuve una clara y perfecta premonición de los días venideros. Iba a ser objeto de una traición particularmente odiosa, por parte de dos amigos músicos, tanto en el plano afectivo como material. Debía escoger entre dos soluciones, y la que se me imponía era la menos razonable, es decir, abandonarlo todo, volver a París, donde alcanzaría una nueva posición, más apropiada a mis «cualidades»...*

Pero, en primer lugar, ¿por qué «campo magnético»? Porque no tengo otro modo de designarlo. Era un simple camino entre las ruinas...

Todo se cumplió siguiendo exactamente la previsión.

Más tarde, mis estudios sobre atomística (ayudado por el físico Léon-Raoul Hatem, entre otros amigos eruditos) han parecido confirmar ciertas leyendas, encontradas en textos antiguos de México y Egipto. Estos mitos dicen que algunos seres iniciados eran capaces de penetrar en la materia para dominar el influjo psíquico. La Fuerza-Pensamiento, vibratoria, adoptaba las modulaciones de frecuencia deseadas. (Yo, aunque un poco iniciado, no era un «taumaturgo». Un día, un sabio tibetano me dijo: «¡Te beneficias de los conocimientos adquiridos en tus numerosas vidas anteriores!» No voy a hacer ningún comentario a esto.)

Estoy de acuerdo en que todo esto adquiere unas dimensiones un tanto aventuradas, pero debo aceptar también que existen determinadas relaciones.

Soy de una naturaleza extremadamente pacífica hasta el punto de que me niego a matar un insecto. Y Teotihuacán (La Ciudad de los Dioses) es el único lugar antiguo mexicano en que no se realizó ningún rito sangriento. *Como toda materia, soy un cuerpo constituido por átomos vibratorios (el pleonasmo resulta aquí necesario). ¿Serían mis vibraciones pacíficas las mismas de alguna materia que hubiera «impregnado» a Teotihuacán? Si las partículas y otras moléculas pueden ser divididas hasta el infinito (y según buen número de científicos, así es), la Nada no existe, puesto que la divisibilidad infinita impide alcanzarla y, en consecuencia, el fenómeno antes citado puede ser considerado a nivel de la localización, es decir, que habrá que abrirse al problema plural de la supervivencia.*

La supervivencia ya no me parece un espejismo engañador, sino una necesidad natural.

Mi testimonio está obligatoriamente sujeto a críticas. ¡Nada demuestra que haya usted oído la voz de su hijo, ni nada prueba que mis «concursos de circunstancias» y otros hechos «normales» no sean pura poesía!

En lo que nos concierne personalmente, insistir sobre nuestra sinceridad sería insultarnos recíprocamente.

A mi juicio, lo más importante es que muchos comprenderán. ¿No es esto lo esencial? ¡Y quién sabe si no se verterá una nueva Agua Científica en el Molino de los hechos malditos! Entonces su libro, con sus testimonios, será verdaderamente útil.

R.-L. MARY.

OLIVIER MESSIAEN. Compositor de música, profesor de composición, miembro del Instituto, Premio del Presidente de la República y Premio Erasmo (Autor de *Sinfonía Turangalila, Cronocromía, Los pájaros exóticos* y *Tres pequeñas liturgias.*)

París, 21 de setiembre de 1971.

Estamos rodeados de realidades invisibles, y no es imposible que algunos hombres dotados puedan entrar en determinados momentos en contacto con esas realidades. Cuando decimos: «Padre nuestro, que estás en los cielos», *no se trata del universo material, sino de una dimensión más allá de toda dimensión.*

Yo soy católico, y para los católicos el acontecimiento central de la Historia es la Encarnación de Cristo y su Resurrección de entre los muertos, *resurrección que es causa y prenda de la nuestra. Por lo tanto, creo que todos los muertos están vivos en lo que se refiere a su alma y que su cuerpo resucitará el último día.*

Comprendo perfectamente lo que pueden ser el sufrimiento y la esperanza de un padre, pero opino que las comunicaciones que recibe son simplemente una prueba más, no sólo de que el alma de su hijo sigue viva, sino de todas las realidades misteriosas de que he hablado antes.

La «Summa Theologica» de santo Tomás de Aquino dice, a propósito del lenguaje, de los ángeles: «Si el ángel, por su voluntad, ordena su concepto mental para manifestarle a otro, este otro lo percibe inmediatamente. De este modo habla el ángel a otro ángel... La diversidad de tiempo, o la distancia no influyen en modo alguno, ya que allí se realiza una completa abstracción del tiempo y del lugar. La distancia no crea, por lo tanto, ningún obstáculo al lenguaje angélico.»

Creo que puede sentirse a un tiempo muy orgulloso y muy reconfortado.

O. MESSIAEN.

DOCTOR JEAN DE MUTIGNY. Encargado de Enseñanza Clínica en la Facultad de Medicina de París. Miembro del Comité de Redacción de la revista *Punta de Lanza* y *Ritmos y Colores* (Ediciones Diáspora).

Apreciado señor:

Acabo de recibir su carta y el cuestionario que la acompaña. Al revés de todas las encuestas y estadísticas fútiles que llenan nuestro correo cotidiano, el problema que plantea es grave: el de la vida futura, el devenir cósmico del ser y la posibilidad de captar mensajes del más allá.

Me pide mi opinión sobre lo que hace milenios constituye la preocupación confesada o inconsciente del hombre. Es una responsabilidad muy pesada. Espero no fallar, y voy a intentar responderle lo mejor que pueda.

¿Existen la vida futura y el más allá? ¿Son el alma, su devenir y su supervivencia una simple forma de antropomorfismo o de concepto poético?

El biólogo sólo puede emitir ante esto una opinión pesimista... Ningún neurocirujano ha encontrado una parcela de espíritu al disecar los pedículos vasculares o nerviosos en medio de los hemisferios cerebrales. Además, si el corazón se para, las células del cerebro quedan privadas de oxígeno y al cabo de cuatro minutos cesan de funcionar. Gracias a los maravillosos artificios técnicos de la reanimación, a veces es posible volver a poner en marcha el músculo cardíaco... Pero a pesar de ello, el individuo continúa sin cerebro. No es más

que un envoltorio sin alma, destinado a la destrucción progresiva. En el mismo minuto en que los elementos más nobles de nuestro tejido nervioso dejan de funcionar, desaparece todo el ser psíquico.

Las luces balbuceantes de la fisiología apuntan todas hacia la posibilidad de que sean los fenómenos celulares físicoquímicos cerebrales los que produzcan el pensamiento del ser humano. Cuando se extinguen, lo lógico es que no quede nada de lo que constituyera la grandeza del hombre. ¿Cómo considerar, en estas condiciones, una problemática vida futura?

Desde el comienzo de los tiempos, las grandes religiones del mundo y los diferentes sistemas confesionales han erigido como principio la existencia de un creador de todas las cosas, dueño de la vida y de la muerte, que reina en el dominio de las sombras y garantiza a los hombres una vida eterna, en un lugar de recompensa o de castigo, según que sus acciones en este bajo mundo hayan sido conformes o contrarias a las normas fijadas por él.

A falta de adhesión voluntaria a estos distintos sistemas metafísicos, las pruebas se extraen de la revelación que aportan los textos sagrados y en particular la Biblia.

Por desgracia, los criterios históricos de estos diferentes escritos son excesivamente difíciles de comprobar, sobre todo teniendo en cuenta que existe cierto número de versiones distintas de los mismos textos, lo que se explica por las copias múltiples y deformadas de los escribas, de rectas intenciones, pero con frecuencia de realizaciones defectuosas.

Sea como fuere, se da en todos los casos la noción de un Dios creador de un ser humano, que posee una dualidad psíquica y somática, y la de una supervivencia eterna del «animus» en un mundo distinto del nuestro. Esta convergencia de opiniones tiene para mí cierto valor, ante la carencia de una seguridad absoluta.

Por otra parte, la simple visión de lo que nos rodea, la fabulosa organización terrestre o planetaria, cibernéticamente regulada, parecen difícilmente concebibles sin una fuerza creadora superior y dominante. Esto es lo que nos hace admitir la noción de un Dios, que va unida a la de una supervivencia.

De hecho, la disgregación lenta y total de lo que ha sido vida y armonía, pensamiento y esperanza, llena al pensador de un sentimiento próximo al pánico. Incluso un observador superficial, que fuera llevado progresivamente, gracias a un sistema coherente y estructurado, hacia la noción de la nada como final lógico del anabolismo y catabolismo humanos, lamentaría la pérdida de las interpretaciones poéticas del atractivo dogmatismo que profesan algunas religiones: la supervivencia eterna del espíritu sobre la materia.

¿Constituye un proceso obligatorio en el ciclo terrestre la destrucción, la transformación de lo vivo en inorgánico? ¿Terminan con la muerte celular las reacciones químicas que engendran el yo en el cerebro de este animal ligeramente evolucionado que llamamos hombre? Todo sistema racionalista, incluso poco matizado, lo admite pura y simplemente.

Confieso mi total insatisfacción ante esta actitud lógica, y como reacción, quiero enviarle las modestas reflexiones de un hombre de ciencia un poco filósofo. Tal vez son provocadas por un sentimentalismo exagerado, por una necesidad de creer en lo imposible o por un simple condicionamiento educativo... No tengo ninguna intención de erigirlas en sistema, sino que simplemente quiero añadirlas a los estudios sobre la vida futura. Todo vibra a nuestro alrededor, tanto lo orgánico como lo mineral, lo vivo y la materia inerte. Las palabras triviales o grandiosas del «Homo Simplex» provocan en el medio exterior conjuntos de ondas de tipo sinusoidal, que van amortiguándose progresivamente en el infinito.

El calor animal, la electricidad biológica neuromuscular, la radiactividad y quizá las ondas del pensamiento tienen también la forma de oscilaciones decrecientes hacia lo infinitamente pequeño.

Sin embargo, la noción matemática, religiosa y filosófica de OMEGA está muy próxima a la eternidad.

Si admitimos este postulado, nuestro cuerpo y nuestro pensamiento podrá parecer que desaparecen definitivamente, pero dejan tras ellos las radiaciones que han emitido.

Tomemos un ejemplo más concreto. Las reacciones eléctricas del encéfalo, identificables por medio del electroencefalógrafo, forman corrientes de electrones, cuya intensidad va decreciendo hasta los más avanzados tiempos de la Humanidad, e incluso hasta lo que yo llamaría el período cósmico posvital.

Resumiendo: todos los fenómenos de la vida y del pensamiento generan oscilaciones sinusoidales que nunca desaparecerán completamente. ¿Por qué no ver en este hecho la realización del sueño milenario de la Humanidad, la inmortalidad? El tiempo es un parámetro constante, y su paso un mito y una simplificación más adaptada al hombre. Por lo tanto, no es imposible imaginar que puedan darse aparatos electrónicos capaces de captar, amplificándolas de una manera selectiva, las ondas del Cosmos. Entonces podríamos objetivar así la noción de relatividad. Los registros de lo que llamamos el presente, el futuro y el pasado estarían en el mismo plano...

Se puede pensar, querido señor, que sus facultades cerebrales, muy particulares, puedan compararse a esos dispositivos transistorizados a los que acabo de hacer alusión y sean capaces de descifrar las ondas cósmicas intemporales e inmateriales. En este caso, ese maravilloso diálogo del tercer oído no se realiza ya en un lejano futuro nebuloso, sino en una eternidad siempre presente.

Todo esto no puede ser más que otra teoría, o un bello sueño... Pero, ¿existe acaso el sueño, sin poesía?

¿Tenemos derecho a rechazar un mensaje con el pretexto de que sus orígenes son hipotéticos? Los conocimientos del hombre son muy poca cosa ante el eterno Cosmos...

Le ruego acepte mis más cordiales saludos.

JEAN DE MUTIGNY.

MICHELE MORGAN. Actriz.

¿Si creo en la supervivencia? Sí y no (depende de los momentos). Como muchas personas, me planteo preguntas sobre la posibilidad de una supervivencia del espíritu. Siempre resulta útil informar a los demás, pero por más que se diga, a pesar de todas las experiencias que hayan podido tenerse sobre ese punto, nunca se convencerá a un espíritu «racional».

He sido objeto de una manifestación paranormal. Unos días antes del fallecimiento de un ser querido tuve una visión exacta de lo que iba a ocurrir. Sucedió en el momento que me despertaba. Cerrando los ojos, vi a dos de mis amigos íntimos a mi lado, uno con el rostro bañado en lágrimas y el otro con una mueca de dolor. Íbamos por una avenida, siguiendo a un féretro. Eso fue lo que ocurrió exactamente *diez días más tarde.*

En muy diversas circunstancias he sido testigo de manifestaciones paranormales (sesiones de espiritismo), como «desplazamiento de objetos», en particular de una mesa, pero no puedo decirle si eso procedía del exterior o de nosotros mismos.

MICHELE MORGAN.

JACQUES MILLOT: Profesor de Etnología, miembro del Instituto.

No creo en la supervivencia porque no tengo razones para hacerlo. Nunca he sido objeto o testigo de manifestaciones del tipo llamado para o supranormal. Si así lo desea, le autorizo a disponer de mi testimonio.

PROFESOR J. MILLOT.

MARCELLE MAURETTE. Literata, autora dramática, Gran Premio de la Academia Francesa, Premio Nacional de Literatura, Medalla de Oro de las Artes, Ciencias y Letras. (Autora,

entre otros libros, de *Thérèse Raquin, El asunto Lourdes, Teresa de Ávila* y *La posesa.*)

París, 17 de octubre de 1971.

Querido amigo:

Me confía —y conozco el precio de semejante confidencia— que cree haber podido realizar el sueño de los hombres doloridos: tomar contacto con un ser amado desaparecido. No dudo ni de su perfecta sinceridad ni de ese misterio.

Siendo cristiana, leyendo la Biblia y los Evangelios, creyendo en Cristo resucitado, los fenómenos de este tipo (respetando y estudiando TODAS las religiones, y TODAS las fes) a mi entender son siempre verdaderos. Si para muchos siguen perteneciendo al terreno de lo imposible o de la ficción es porque no han sido seriamente estudiados por la ciencia. Llegará un día en que lo que parecía sinónimo de sueño o locura, será una experiencia, si no ordinaria —cosa que no es posible, pero que depende, a mi juicio, primero de la voluntad de Dios, después de la relación secreta y hasta ahora incomprensible, entre la vida y la muerte— por lo menos accesible para nuestra pobre humanidad.

En el mundo de las artes, al que pertenezco, en particular el de los autores dramáticos que siguen siendo poetas, puedo afirmarle que ninguno de nosotros ignora que lo que crea, y los medios con los que lo intenta son bastante parecidos a ese diálogo que usted sostiene con su hijo. Los personajes existen gracias a nosotros, pero también fuera de nosotros. Sin saberlo, escuchamos a quien nos habla desde el otro lado de una extraña frontera. Los santos han conocido mejor que nadie estos estados. Los médiums y las personas de refinada sensibilidad, o heridas repentinamente por la desgracia se acercan a ellos.

Profeso un especial culto por las almas. Con mis plegarias, o sencillamente con mi vivir cotidiano, les pido consejo y apoyo. Mi padre, entre otros, me presta un gran apoyo, aunque no haya tenido nunca como usted la felicidad de recibir

una respuesta. Pero no puedo negar, por pusilanimidad, que en un momento difícil de mi vida lo vi una vez, de pie junto a mi madre, que vive aún, y en un lugar en el que ella pasa ahora temporadas, cosa que yo ignoraba entonces. También en pleno día, y sin comprender lo que me ocurría, tuve la visión de mi futuro suegro difunto.

En cuanto a la curiosa facilidad con que vivo imaginativamente en los siglos pasados, póngalo a cuenta de mi vocación. No tengo ninguna prueba que ofrecer, pero puedo asegurarle que lo que le digo es cierto.

Gabriel Marcel, un maestro, planteó como usted esa pregunta, la única que debería preocuparnos, puesto que es eterna. Estoy segura de que muchos otros unirán su voz a la de él, en esta llamada siempre insatisfecha hacia lo que nos parece que ya no es, pero que sigue siendo.

No hay duda que lo invisible está poblado por los que amamos del mismo modo que el cielo está lleno de estrellas. Que su libro, aunque no concluya, y con razón, proporcione a los corazones esta esperanza de una presencia que es ya una realidad.

MARCELLE MAURETTE.

YEHUDI MENUHIN. Violinista. Medalla de Plata de la Ciudad de París.

Creo en la supervivencia, porque la «vida» es una continuidad. Pero no necesariamente como individuo.

YEHUDI MENUHIN.

LOUIS NEEL. Universitario, profesor, miembro del Instituto y Premio Nobel de Física de 1970.

Apreciado señor:

He leído con mucho interés su carta, pero por desgracia no tengo ninguna experiencia sobre los fenómenos parafísicos

de que me habla. Tampoco mantengo ninguna posición a priori *sobre ellos, por lo que no puedo expresarle ninguna opinión.*

L. NEEL.

PIERRE NEUVILLE. Escritor.

5 de marzo de 1972.

Comprendo perfectamente lo que le impulsa a escribir el libro que se propone publicar sobre sus conversaciones con su hijo desaparecido. Supongo que en circunstancias similares, y siempre que hubiese tenido la posibilidad de dialogar con un ser querido, que hubiera partido para lo que llamamos el «más allá», actuaría de la misma manera.

Por desgracia, mi experiencia en este terreno se limita a las encuestas periodísticas a las que me he dedicado durante veinte años, sobre estas experiencias paranormales, y también a las de regresión de memoria bajo hipnosis en las que he participado.

Resumí en un libro, Esas otras vidas que sin embargo hemos vivido, *mi opinión sobre esos fenómenos.*

En pocas palabras, he llegado a la conclusión de que la existencia del individuo no se limita a las formas físicas habitualmente conocidas, ni a ese «tiempo de vida» medido entre su nacimiento físico y su desaparición física. El hombre se prolonga en el espacio y en el tiempo, siguiendo dimensiones que todavía no conocemos, pero que tenemos el deber de procurar descubrir, mediante experiencias repetidas, con el mismo rigor científico que se observa en un laboratorio para otras disciplinas.

Las experiencias a las que he podido asistir, con el fin de controlar su perfecta honestidad, y sobre todo aquéllas en las que he participado personalmente, me han proporcionado la certidumbre de que existe «otra cosa». No es mucho, pero sin duda bastante para un hombre que, como usted, no pertenece a ninguna religión, a ninguna iglesia, a ningún dogma.

Tenga la seguridad de que seguiré su gestión con toda simpatía, y que le deseo el más completo de los éxitos.

P. NEUVILLE.

CATHERINE OGIER. Profesora.

Creo en la supervivencia. Después de la muerte de mi madre fui testigo de una manifestación paranormal. Me proporcionó a un tiempo consuelo y me desconcertó. Antes de esta manifestación yo creía ya en la supervivencia, pero de una manera más confusa.

Es preciso informar al público porque existe cierto número de ideas tipo sobre la muerte que deberían ser revisadas, tanto las de los creyentes como las de los incrédulos.

C. OGIER.

HENRI DE MONFREID. Hombre de letras, navegante, explorador. (Obras: *El crucero del haschisch, El niño salvaje,* etcétera.)

29 de setiembre de 1971.

El campo que abarcan sus preguntas es demasiado amplio y demasiado complejo para poder responder con un simple sí o no, porque para mí es sí y no.

Quizá yo también he sido vidente sin saberlo durante mi vida, a veces peligrosa, y en la que milagrosas intuiciones me han salvado tantas veces de emboscadas mortales. Todo esto conduce al agnosticismo y al fatalismo. Para mí no existe la muerte. Sólo existe para los demás. Son los otros quienes mueren. No hemos comenzado nunca. ¿Por qué tendríamos que terminar? ¿Recuerda usted su gestación, su nacimiento...? Del mismo modo que somos inconscientes de nuestra venida al mundo, lo somos de nuestra muerte.

H. DE MONFREID.

WLADIMIR D'ORMESSON. Embajador de Francia, miembro de la Academia Francesa y miembro de la Familia Pontificia.

¿Creo en la supervivencia? Desde luego que sí, porque soy cristiano, católico practicante. Pero no he sido objeto ni testigo de una manifestación paranormal o supranormal.

W. D'ORMESSON.

ELIANE BRICE PARAIN. Viuda del literato Brice Parain, autor, entre otros libros, de *Ensayo sobre el Logos platónico, La muerte de Sócrates* y *Pequeña metafísica de la Palabra.*

9 de noviembre de 1971.

No es Brice quien le responde, sino yo. He sido su mujer durante diez años. Murió entre atroces sufrimientos. Me retiré al campo, sola y pobre. Tenía veintiséis años menos que él. Pero, en fin, aquí está:

Creo en la supervivencia por haber tenido contacto con un desaparecido. Albert Camus me ordenó después de su muerte que escribiera a Brice Parain, con quien me casé. A veces soy objeto de una manifestación paranormal, es una «fuerza», como un «empujón», y nada más.

Mi marido murió el 20 de marzo de 1971. Desde entonces, permanezco a la escucha.

ELIANE BRICE PARAIN.

(Nota del autor: Quiero expresar aquí mi más sentido pésame a la señora Brice Parain y mi emoción al recibo de esta carta desgarradora y valerosa. M. B.)

LOUIS PAUWELS. Periodista, hombre de letras. (Autor de *Monsieur Gurdjieff* y *El retorno de los brujos* (1). Fundador y director de la revista *Planète,* que se ha convertido en *Nouveau Planète.*)

13 de setiembre de 1971.

Apreciado señor:

Su amable carta me ha conmovido mucho.

Responder a ella con el detenimiento que merecería me es imposible en estos momentos. Estoy preparando un libro sobre diversos aspectos de «la condición sobrehumana» y comprendo hasta qué punto los testimonios sobre manifestaciones paranormales o supranormales exigen una minuciosa descripción para merecer ser reproducidos. Pero debo añadir que no dudo de la realidad de tales manifestaciones, después de haber estudiado numerosos casos y la experiencia de mi propia vida.

En cuanto a la cuestión de la supervivencia y del contacto con desaparecidos, no tengo ninguna opinión que pueda formular. No sé nada. Con mis mejores saludos.

L. PAUWELS.

(1) Publicado en esta misma colección. La revista *Planète,* se publicó por esta editorial con el nombre de *Horizonte.* N. de los E.

HENRI PRAT. Universitario, profesor honorario de la Facultad de Ciencias de Marsella (Laboratorio de Botánica), licenciado en Ciencias Físicas y Ciencias Naturales, adjunto de Ciencias Naturales y doctor en Ciencias.

7 de octubre de 1971.

Por desgracia, no creo poder ayudarle mucho, porque no he experimentado por mí mismo la «comunicación» de que me habla. Por otra parte, mi concepción de la «supervivencia» es bastante diferente. Como usted, creo en la supervivencia, pero «global», no forzosamente individualizada.

Pero el problema no es ése, sino que reside en la individualidad *que pueden conservar nuestros «espíritus» en el «otro mundo». Ésta es una cuestión a la que no podemos responder con claridad en nuestro presente estado de imperfección. La individualidad actual de nuestras almas depende de circunstancias temporales: la existencia de nuestro* cuerpo, *las condiciones fisiológicas necesarias para que puedan manifestarse los fenómenos físicos, etc. Todo esto desaparece cuando se produce* la muerte. *En este momento, nuestros espíritus caen en el «gran Todo», en el «seno de Brahma», según la expresión hindú. ¿Hasta qué punto puede subsistir una forma de individualidad? Creo que no podremos aclarar este misterio mientras sigamos* viviendo *nuestra vida terrestre (que probablemente no es la verdadera, ni la más alta forma de vida). Observe que esto no excluye en modo alguno las comunicaciones con el más allá de que usted habla, pero creo que uno de los*

grandes problemas de la Humanidad es establecer verdaderas comunicaciones *entre los hombres y las mujeres vivos. Es posible que el individualismo que nos impone nuestra estructura corpórea tenga muchos más inconvenientes que ventajas.*

No quisiera que considerara mi respuesta descorazonadora, sino todo lo contrario, ya que tiende a una reunión futura en un plano muy superior al de nuestra vida actual.

Hace treinta años fui objeto de una manifestación paranormal (de videncia). En junio de 1941, cuando viajaba en un tren desde Marsella a Briançon, entró un viajero en mi compartimiento y dijo: «¿Conocen la noticia? ¡Acabo de oír por radio que los alemanes han atacado a los rusos en Polonia esta mañana, al despuntar el día!»... Entonces, yo dije a los viajeros, sin pensar siquiera que mis palabras podían resultar peligrosas en un momento semejante: «Amigos míos, esta noche, mientras dormíamos, y sin disparar un tiro, hemos ganado la guerra. ¡Antes de cuatro años, Hitler y el ejército alemán serán destruidos!» Y cuando llegué a mi destino, cogí una hoja de papel y tracé una curva (utilizada con mucha frecuencia en las ciencias biológicas) que pasaba por tres puntos: 1938, 1941 y 1945. Esta curva subía a partir de 1938, alcanzaba su punto más alto, y desde 1945 caía en picado hasta llegar a cero. Marqué este punto con una x.

Esta curva, que figura en mi libro La metamorfosis explosiva de la Humanidad (1), *representaba la marcha de las conquistas de Hitler, en función del tiempo, y el punto de su caída final* (x). *También puedo citarle un texto de mi libro.* El espacio multidimensional *y recomendarle su lectura en especial del capítulo: «Pasado, presente, futuro», que concierne directamente al terreno de sus investigaciones, y que estoy seguro de que le interesará:*

«La originalidad de mi nueva concepción sobre el espacio multidimensional *reside, ante todo, en que debe ser entendido como una estructura* granular *(formada por microhipervolúmenes) y no puntual como hasta ahora.*

»Por otra parte, todos esos parámetros (que definen la energía y la materia entre el tiempo y el espacio) son interdependientes, *como lo demostró Einstein en su aplicación de la relatividad al espacio-tiempo y a la energía-materia.*

»Pero yo añado a ello la información, *y asistimos en ese momento a un fenómeno extraordinario de la historia humana: las* concentraciones de información, *que se efectúan primero en los cerebros humanos y después en los ordenadores («circuito externo» de la memoria, según el concepto de Ruyer), son cada vez más densas e influyen sobre las concentraciones de energía, regidas hasta ahora por leyes puramente psíquico-químicas o biológicas. La progresión de la psicología en el seno de la biosfera (materia gris) y de sus auxiliares mecánicos, constituye a partir de ahora el factor esencial de la metamorfosis explosiva de la Humanidad.*

»Por ello, sus emigraciones *(huida de cerebros), y sus* concentraciones *(«fábricas de cerebros» de Princeton, de la U.R.S.S., etc.), se convierten en el elemento principal de la geopolítica sustituyendo a las minas o los pozos de petróleo.*

»Un cerebro humano ayudado por un ordenador representa la punta del Cortex desembocando en lo infinitamente complejo (Teilhard), que se abre quizás hacia un Universo diferente, trans-hiperespacial, metafísico.»

PROFESOR H. PRAT.

(1) Publicada por esta Editorial en su colección «Enciclopedia Horizonte» N. de los E.

ANDRE PIEYRE DE MANDIARGUES. Hombre de letras. (Autor de *El sol de los lobos,* de *La edad de Tiza,* etc.)

25 de octubre de 1971.

Señor:

Es difícil contestarle sin emplear palabras que han sido falsificadas por los sacerdotes de casi todas las religiones del mundo. Sin embargo, me he sentido muy emocionado esta mañana, al leer su prólogo, y observo que está usted situado casi enfrente de donde vivía el espíritu más radiante de nuestra

época, el autor de la «Carta de los videntes»...

Debo decirle que no soy en absoluto «materialista» (y ésta es la razón principal que me impide integrarme a partidos revolucionarios que cuentan, por otra parte, con toda mi simpatía), porque me parece imposible pretender conocer el Universo a través de lo que nos revelan nuestros pobres cinco sentidos, el funcionamiento excesivamente mecánico de nuestra inteligencia, o el de los aparatos que ésta nos ha proporcionado. En cuanto a la muerte, creo que encontraré en ella algo inesperado, *que no tendrá ninguna relación con lo que cuentan los folklores religiosos, y me prometo grandes sorpresas, que deseo que lleguen cuanto más tarde mejor, porque no hay nada que ame más que nuestra magnífica vida y nuestra tierra incomparable. Sin que haya intentado nunca «comunicarme con los muertos», me parece haber recibido en varios momentos de mi existencia mensajes lo suficientemente misteriosos e importantes como para que pueda llamarlos, por lo menos «sobrehumanos». Y la astrología me ha demostrado con frecuencia que hay un mundo trascendente relacionado con el hombre. Creo que el problema de la* existencia del futuro *es el problema esencial que se plantea. No me parece que podamos resolverlo, ni en el plano científico, ni siquiera en el plano místico. En cuanto a la idea de poder «dialogar» con un muerto, permítame que le diga que siento una enorme desconfianza sobre ese punto.*

Mis más amistosos saludos.

A. PIEYRE DE MANDIARGUES.

GEORGES RANQUE. Escritor, ingeniero, politécnico, inventor del *efecto Ranque.* (Autor de *La piedra filosofal.*)

Colombes, 22 de febrero de 1972.

Como todo hombre con tendencia a la reflexión, desde mi juventud me he planteado la cuestión de la supervivencia después de la muerte física, pero es un problema de tal magnitud

que a su lado el de la piedra filosofal se convierte en un juego de niños.

Para responder correctamente a su pregunta serían necesarias horas de conversación sobre consideraciones de todo orden que irían desde las experiencias psíquicas a las prácticas místicas, desde las enseñanzas de la cábala a las del Evangelio y las religiones orientales. Mediante el simple razonamiento, utilizando los viejos métodos inductivos y teniendo en cuenta lo posible y lo imposible se llega a cierta idea, pero la cosa es difícil, ya que en esta escalada el pensamiento queda sujeto al vértigo y cuando cree alcanzar su meta cae sin poder volver a subir.

Sin entrar a considerar lo que motiva mi opinión, le diré que creo en la existencia de una vida después de la muerte física, pero diferente a lo que acostumbramos a imaginarnos según las religiones. Si existe una vida inmaterial, sólo puede situarse en la eternidad, es decir, fuera del espacio y del tiempo. Por lo tanto, todo lo que en nuestra vida real se refiere a las nociones de espacio y de tiempo debe borrarse más o menos rápidamente después de la muerte para que subsista solamente lo que no está sujeto a ellas. Ahora bien, en la personalidad humana, la sola actividad independiente del espacio y del tiempo es el amor. No el amor en su aspecto sexual y egoísta, sino el amor desinteresado, que da sin esperar recibir, el amor según el verdadero sentido de la palabra «caritas», que no tiene nada que ver con lo que se llama la «caridad cristiana». Después de la pérdida progresiva de los sentimientos y recuerdos temporales y localizados, que constituyen el purgatorio de las religiones, la supervivencia de las almas debe consistir en una inmensidad de amor, en la que se pierda poco a poco la individualidad, para entrar en el amor infinito, que es uno de los aspectos de Dios y proporciona la felicidad perfecta.

En la religión católica, esta unión de las almas en el amor constituye el cuerpo místico de Jesucristo, que por amor venció a la muerte y abrió el camino hacia la eternidad, donde mora el Padre. En este cuerpo místico cada alma subsiste en

la medida en que, durante su vida, generó amor.

Escribo esta respuesta sin conocer su libro y tampoco puedo tener una opinión sobre la realidad de las comunicaciones que llegan hasta usted, pero a priori *no las considero imposibles. Creo que entre usted y su hijo hubo mucho amor, lo que le ha permitido vencer la frontera que nos separa de la eternidad. De todos modos, y a pesar de la pena que ello pueda producirle, hay que suponer que esta facultad irá decreciendo poco a poco, a medida que se vayan borrando de él los recuerdos necesarios para encontrar la puerta.*

Pero me adelanto demasiado al decirle todo esto. Repito una vez más que no soy ninguna autoridad en la materia y que mi opinión personal no tiene gran valor.

Reciba toda mi simpatía.

G. RANQUE.

Colombes, 22 de abril de 1972.

Mi querido amigo:

Hace muy poco que nos conocemos, pero ya me considero con derecho a llamarle así. He seguido con mucho interés la lectura de sus Historias extraordinarias, *lo que me ha permitido conocerle mejor. Al contrario de muchas personas que pretenden ser videntes, me parece que su cualidad dominante es la sinceridad, unida a una bondad activa que la pérdida de su hijo ha hecho cristalizar, por decirlo así, en una especie de apostolado.*

Durante nuestra conversación no me di cuenta del paso del tiempo, y tengo la impresión de que confrontando lo que uno y otro hemos podido observar o presentir en el terreno misterioso del parapsiquismo, podríamos progresar mucho. Pero esos conocimientos pudieran llegar a ser peligrosos, si fueran comunicados de forma imprudente a espíritus no preparados.

Sea como fuere, y si el intercambio de nuestras ideas le interesa, estoy a si disposición para reanudar cuando usted lo desee ese tipo de conversación.

En lo que concierne a su hijo, la visión que tuvo en sueños, en la que aparecía con un aura brillante y una espada de luz, confirma que se aleja de nuestro tiempo. Probablemente ha atravesado las primeras pruebas abandonando cada vez más su memoria temporal y se halla actualmente armado para el viaje hacia la Eternidad. No debe entristecerse por su silencio, sino alegrarse por su victoria.

Reciba el testimonio de mi simpatía y mi amistad.

G. RANQUE.

FRANÇOIS RIBADEAU-DUMAS. Literato, conferenciante, director de periódico. (Autor, entre otras obras, de: *Les Magiciens de Dieu.*)

2 de noviembre de 1971.

Creo en la supervivencia. Todas las religiones lo afirman en sus dogmas. Todos los estudios espiritistas lo han probado. He tenido contacto con un desaparecido, pero las conclusiones a las que he llegado son demasiado largas para presentorlas aquí; por otra parte, constituyen algo puramente personal.

He sido objeto de manifestaciones paranormales y testigo de manifestaciones para y supranormales.

Considero útil informar a los demás acerca de su propia experiencia.

F. RIBADEAU-DUMAS.

EMMANUEL ROBLES. Literato. (Autor, entre otras obras, de *Cela s'apelle l'Aurore, Montserrat.*)

1 de noviembre de 1971.

Su libro me ha impresionado. Yo también perdí un hijo hace unos años: falleció a consecuencia de un accidente a los dieciséis años. Era un muchacho magnífico. Experimenté lo mismo que tantos otros padres en iguales circunstancias. Sin embargo, creo que la muerte es la muerte. Esta opinión, no debe apenarle ni hacerle dudar de sus certidumbres. En cierto

modo, lo envidio por haber escapado de este Universo opaco y sin consuelo en el que estoy encerrado para siempre.

E. ROBLES.

JEAN ROSTAND. Biólogo, literato, miembro de la Academia Francesa.

No creo en la supervivencia porque no existe ni la menor base en apoyo de semejante hipótesis y porque no puedo concebir la existencia de un espíritu independiente de un cerebro.

J. ROSTAND.

ANDRÉ ROUSSIN. Dramaturgo. (Entre sus mejores obras figuran: *Bobosse, La Voyante, La Petite Hutte.*)

17 de setiembre de 1971.

Ya que no he recibido ninguna manifestación en este sentido, no creo en la supervivencia. Esto no quiere decir que sea hostil, ni mucho menos, a esta posibilidad. Tampoco la considero aberrante. Mi pieza La Voyante *la escribí, precisamente para abrir los ojos a cierto número de personas acerca del problema de las fuerzas suprasensoriales, un problema que demasiadas personas acostumbran negar* a priori.

A. ROUSSIN.

MAURICE SCHUMANN. Ministro de Asuntos Exteriores.

París, 21 de octubre de 1971.

Puede imaginar con qué emoción he leído su carta. No cabe hacer otra cosa que suscribir a cada una de las palabras del admirable prólogo que le ha dedicado mi viejo maestro y amigo, Gabriel Marcel. Refleja cada uno de los matices de mi propio pensamiento.

M. SCHUMANN.

GEORGES SIMENON. Novelista.

18 de octubre de 1971

Lamento decepcionarle, pero la cuestión de la supervivencia después de la muerte física no me preocupa lo más mínimo. Por consiguiente, no sé qué responderle.

G. SIMENON.

RAYMOND SOUPLEX. Autor, artista dramático y cantante.

Sí, creo en la supervivencia. La espero.

R. SOUPLEX.

SABINE SERVAN-SCHREIBER. Periodista, esposa de J.-J. Servan-Schreiber.

2 de febrero de 1972.

Querido amigo:

Perdone que haya tardado tanto en responderle. Deseo que, a pesar de su brevedad, mi testimonio le sea de alguna utilidad.

Creo en la supervivencia. Probablemente a causa de mi religión católica.

Creo haber tenido contacto con un desaparecido. Mientras pensaba en él, lo vi como una nube. Aquello me dio nuevas fuerzas.

Mi experiencia es personal. Se puede informar a los demás, pero opino que la «información» no podrá sustituir nunca a la búsqueda íntima.

He tenido algunos sueños premonitorios. Por el contrario, hasta ahora nunca he sido testigo de una manifestación paranormal o supranormal en otra persona.

Sinceramente suya.

SABINE SERVAN-SCHREIBER.

GUY TARADE. Escritor. (Autor, entre otras obras, de *Los informes sobre lo extraño.*)

Niza, 26 de febrero de 1972.

Apreciado señor:

Quiero decirle que participo con gran placer en su encuesta sobre una posible supervivencia de los seres después de la muerte física.

Un gran iniciado del siglo pasado, Eliphas Lévi, escribió: «La Naturaleza nos acostumbra a la muerte por medio del sueño y nos advierte de que existe otra vida por medio de lo que soñamos.» Creo en este axioma. Atraído desde muy joven por los misterios de lo invisible, en 1939 (tenía nueve años) comprendí que la desaparición de un ser querido no significaba obligatoriamente que nos hubiera abandonado para siempre.

En aquella época yo vivía en Viroflay y recibíamos con frecuencia la visita de un tío-abuelo, el hermano de mi abuela, por el que sentía la más viva ternura. Mi tío era un mutilado de la guerra de 1914-1918, sufría de cáncer y nos dejó al principio de la primavera, después de horribles sufrimientos. Pedí a mis padres que me permitieran acompañarles a su entierro, pero se negaron categóricamente, asegurándome que aquellas ceremonias eran demasiado dolorosas para un niño de mi edad. Me dejaron, por tanto, al cuidado de una vecina, la señora Theuil, que habitaba en un pabellón contiguo al nuestro, en la calle Georges-Clemenceau, número 11. (Nosotros vivíamos en el 13.) Las exequias tenían lugar por la mañana y yo no sentía ninguna gana de jugar o de distraerme, ya que el recuerdo de mi viejo amigo desaparecido se negaba a abandonarme.

De pronto, vi que revoloteaba por el cielo una paloma blanca, un pájaro que se veía pocas veces por nuestro barrio. Aquella paloma se posó sobre nuestro techo y permaneció allí cerca de dos horas. Comprendí entonces que aquella manifestación insólita constituía el último «hasta la vista» y no «adiós» del que tanto quería.

La ciencia racionalista se negará siempre a tomar semejantes problemas en consideración y está en su derecho. Pero creo que es necesario que personas como nosotros intenten arrancar el velo que disimula la otra dimensión.

Einstein dijo un día: «La muerte es un pasaporte para el más allá.» No hay duda de que esta afirmación es cierta. Pero en cuanto se habla de la realidad de una vida post mortem *debemos considerar la posibilidad de una reencarnación. Durante mucho tiempo experimenté cierta hostilidad ante esta idea hasta el día en que una extraña aventura socavó poderosamente mi escepticismo.*

En el mes de febrero de 1960 trabé conocimiento con un gran iniciado que llevaba el mismo nombre de pila que yo. Lo más sorprendente es que teníamos un gran parecido físico. Pronto nos hicimos amigos, y todas las semanas discutíamos durante muchas horas sobre esos problemas que conciernen a lo desconocido.

Mi compañero afirmaba que más de mil años antes habíamos vivido con los mayas y éramos sacerdotes. Sus afirmaciones tenían la propiedad de hacerme sonreír.

«Aún no estás despierto —me decía— y por esto te chocan mis palabras. Pero, acuérdate, llevabas sobre el pecho el símbolo del alto sacerdocio, el calendario cosmogónico.» Mi amigo desapareció totalmente de mi vida, y aún hoy ni siquiera los suyos pueden decir si está vivo o muerto.

Pero siete años más tarde (1967), en la noche del 27 al 28 de diciembre tuve un sueño. Yo sostenía en mi mano un mapa del continente sudamericano, rodeado de pictografías mayas en llamas. Debo precisar que era un sueño en color. Durante la tarde del 28 de diciembre me paseaba por el «Marché aux puces» de Niza, cerca del Paillon. De pronto me sentí como «imantado» hacia una tienda cuyo vendedor estaba ausente. Sobre una plancha, cubierto de blanco de España, reconocí el calendario cosmogónico que los sacerdotes mayas llevaban como pectoral.

¡Lo adquirí por la módica suma de cinco francos! ¡El co-

merciante me lo vendió como algo sin valor!

Devolví el brillo a mi hallazgo con jugo de limón, y al dorso de aquel círculo de plata de 340 gramos descubrí con estupor el símbolo del alto sacerdocio: el guerrero coronado con plumas de águila. Desde que poseo esa joya mágica, mi vida ha cambiado totalmente, y como por encanto han caído en mis manos centenares de documentos sobre la civilización maya.

Me han sido hechas diversas ofertas de compra de esta rara pieza, pero como usted comprenderá, este objeto tiene para mí un valor que va más allá de lo monetario.

Estoy convencido de que recibimos con frecuencia mensajes del más allá, signos que nos anuncian siempre importantes acontecimientos que van a ocurrirnos. La muerte, ese accidente, resulta triste porque la hemos rodeado de un ceremonial fúnebre. Los celtas consideraban que los que no pertenecían ya a nuestro plano seguían siempre presentes. Creo que debemos hacer como ellos, y esperar sus comunicaciones.

Querido señor Belline, termino aquí esta carta dándole la dirección de un amigo que recibió, cerca de la pirámide del Sol de Teotihuacán, un verdadero mensaje que transformó su universo y modificó una situación que amenazaba con llegar a ser catastrófica. Escríbale de mi parte. Para él será un placer contarle algunas anécdotas relacionadas con la encuesta que usted ha emprendido. Le saludo muy atentamente, con la esperanza de que estas pocas líneas le resulten útiles.

GUY TARADE.

LEO TALAMONTI. Escritor. (Autor, entre otros libros, de *Universo prohibido.*) (1).

Roma, 1 de febrero de 1972.

«Larva y mariposa.»

A un problema como el suyo, señor Belline, no se puede contestar de una manera categórica limitándose a afirmar: «¡Naturalmente que creo en la supervivencia! ¡Sí, creo en la posibilidad de comunicar con los difuntos!» Sería algo demasiado simplista y general, que no merecería ser tomado en consideración, en un dominio que suscita tantas controversias. Lo menos que puede pedirse en un caso como éste es que el interlocutor precise qué noción tiene de la supervivencia, cómo la enfoca, explique qué es lo que *sobrevive, y en qué forma, cuáles son los modos de «comunicación con el más allá» en que cree, puesto que existen muchos y, finalmente, cómo ha llegado a adquirir su propia convicción. Esto es lo que me propongo hacer yo, pero su exposición puede resultar un poco larga. Creo que para abordar el problema conviene partir de la observación de hechos bastante raros, pero debidamente comprobados, de una importancia enorme para un completo conocimiento de la personalidad humana y de algunas de sus facultades fundamentales. En algunos casos escapan claramente a las posibilidades de investigación de la ciencia. Pero no debemos asombrarnos por esta incapacidad de la ciencia para ayudarnos. Como dice B. Russell, nos enseña muchas cosas, pero no todo. Y si por «amor a ella» descuidamos otros medios de búsqueda, corremos el riesgo de «llegar a ser insensibles a muchas realidades muy importantes».*

Consideremos, por ejemplo, todos esos fenómenos (raros e imprevisibles entre los mortales comunes, pero bastante comunes en la vida de los «sensitivos», de los videntes, de los médiums y de los que usted mismo, señor Belline, tiene una rica experiencia personal). La telepatía, en sus formas más ostensibles, el pre y el post conocimiento; la obtención imprevista de conocimientos extraños a su propio medio y a la propia época; los estados estáticos con sus revelaciones intraducibles en lenguaje común, o, finalmente, el enorme poder que algunos sujetos tienen sobre su propia fisiología corporal, o sobre la materia inerte (psicocinesia, psicofotografía). Existe toda una literatura sobre ellos (firmada por muy notables autores contemporáneos), compleja y apretada y, por lo tanto, poco popular, lo que es lamentable.

El que se interesa de un modo sistemático en hechos semejantes, se da cuenta en seguida de que no dependen del

(1) Publicado en esta colección. N. de los E.

«yo» consciente (ese «yo» con el que nos identificamos) y que implican «otro agente». El «yo» no sabe nada de esos hechos, de su origen, su dinamismo o su desarrollo. Como máximo, experimenta en ocasiones los efectos terminales, lo que ocurre cuando se abre brevemente la barrera psicológica que separa el «yo» superficial de las profundidades secretas del ser. Por lo tanto, existe un «yo» que franquea el espacio y se remonta por el tiempo. No sabemos quién es ese «yo» secreto. Maeterlinck lo llama el «Huésped desconocido», pero conocemos lo bastante sobre él para decir que sobrepasa todas las dimensiones humanas (las del «yo» consciente) y tiene libre acceso a dimensiones superiores de la vida y del Universo. Esto no es nada. Una vez planteada la cuestión así, la interrogación que debe formularse es la siguiente: ¿Es posible que ese dominador desconocido de nuestra alma y de nuestra estructura dependa a su vez del organismo? ¿Que hoy, mientras el cuerpo está vivo, «el desconocido» pueda proyectarse hacia un lejano futuro (pienso en Nostradamus) y que mañana, cuando el cuerpo haya dejado de vivir, ya no pueda hacerlo...? ¿Por qué ha sido creado? ¿Para qué se le ha dado semejante poder absurdo? La Naturaleza tiene en muchas ocasiones aspectos aberrantes o crueles, pero, por el contrario, nunca ofrece aspectos sistemáticamente absurdos. Esto no es un argumento científico, sino algo más: una intuición guiada por el sentido común.

A la luz de los hechos, de la experiencia, el sentido común nos dice que las apariencias materiales y orgánicas son las menos importantes y que la vida en el Universo sensible es un preludio, como lo es la de la oruga que se arrastra, en relación con su vida futura de mariposa. Pero la oruga no sabe lo que le espera cuando domine la tercera dimensión, la del espacio y hará bien en no razonar sobre ella según los valores propios a los que la ha acostumbrado el hecho de reptar. Lo que sobrevive no es la oruga (o sea, para seguir con la metáfora, el «yo»), sino algo... casi imposible de imaginar. Por ejemplo, ¿quién osaría afirmar que nuestro «huésped desconocido», una vez libre de las ataduras de la carne, no se asocia con otras entidades idénticas, para llevar una vida de grupo? Más de un indicio lo deja suponer.

En cuanto a ciertas comunicaciones que parecen proceder de seres no encarnados, y que tienen, a mi entender, el defecto fundamental de ser demasiado antropomórficos, es decir, parecidas al «yo» (y en este caso pensamos en seguida en las «radiaciones Raudive», con sus afirmaciones netamente caricaturescas), me mantengo un tanto escéptico. Quien conoce las posibilidades que tiene el espíritu humano de sufrir ilusiones, de ilusionarse él mismo —a veces con ayuda de artificios prodigiosos— no puede hacer otra cosa.

Mis más sinceros saludos.

L. TALAMONTI.

EMILE TIZANE. Comandante de Gendarmería, escritor. Autor, entre otras obras, de *Sobre la pista del hombre desconocido, El huésped desconocido en el crimen sin causa.* (Encuestas, informes y procesos verbales sobre las casas encantadas y sus huéspedes.)

17 de julio de 1971.

Respondo con mucho gusto a sus preguntas.

Creo en la supervivencia, en un mundo espiritual que no es necesariamente el de los espiritistas.

Tuve un contacto con un huésped invisible que dijo *ser un desaparecido. Este contacto se produjo mediante unas manifestaciones objetivas* espontáneas *y unas manifestaciones subjetivas. Mis conclusiones me llevan a creer que no se puede conceder crédito a la mayoría de los orígenes o identificaciones a causa del* camuflaje o sabotaje inteligente *que oscurece el fenómeno.*

Demasiados huéspedes fugitivos parasitan *por la mayor parte de las experiencias provocadas o los fenómenos espontáneos,* ejerciendo una influencia *sobre el ser humano que se presta a ser, o se* encuentra siendo de modo involuntario *un intermediario sometido a esas manifestaciones. (Todo está en*

función del acuerdo o de la impregnación.)

He sido objeto y testigo de manifestaciones paranormales y supranormales y considero útil que se informe a los demás. Yo mismo lo he hecho, por otra parte, publicando dos encuestas (véanse los libros citados antes) y pronto saldrá a la luz otra titulada ¿No hay casas encantadas? *(con un gran signo de interrogación). Otra encuesta expondrá las conclusiones de mis cuarenta años de investigación. Se llamará* El misterio de las casas encantadas.

Comandante E. TIZANE.

PROFESOR ROBERT TOCQUET. Universitario, antiguo profesor de la Escuela de Ingenieros de Obras Públicas y después de la Escuela de Antropología, y miembro del Comité de Dirección del Instituto Metapsíquico Internacional.

Sceaux, 20 de julio de 1971.

Apreciado señor Belline:

Por regla general, las «comunicaciones» llamadas espiritistas, es decir, entre los vivos y los que llamamos muertos, pueden explicarse mediante la clarividencia, o más sencillamente, por la telepatía. De todos modos, en presencia de ciertos hechos, como los relatados en mis obras Médiums y Fantasmas (1) *(el caso del «monje fantasmagórico») y* Los poderes secretos del Hombre *(el caso del «Cura y del Síndico Chaumontet», el caso del episodio «Argonautas», etc.), es comprensible que uno se sienta turbado, y no pueda dar una respuesta tajante y decisiva, ya que en esos casos la hipótesis espiritista es más simple e incluso más racional que la hipótesis metafísica.*

Además, algunos fenómenos parasicológicos demuestran sin lugar a dudas que las posibilidades del espíritu humano parecen sobrepasar en ocasiones el ámbito de las capacidades orgánicas cerebrales, de modo que puede decirse que es muy verosímil que exista en el hombre un psiquismo extraempírico irreductible al funcionamiento de los centros nerviosos y relativamente independiente de las contingencias cerebrales. Tanto si ese psiquismo es parcial o totalmente autónomo, no resulta absurdo suponer que pueda sobrevivir al organismo, sobre todo cuando en el cosmos, según una expresión bien conocida, «nada se crea y nada se destruye, y todo se transforma». Finalmente, sería bastante extraño que el Universo, racional en sus diferentes manifestaciones, dejara de serlo en lo que concierne al hombre. Es muy poco probable que todos los esfuerzos llevados a cabo aquí abajo para proseguir con una evolución, que desemboque en su mejor realización, el ser humano, sólo produjeran en definitiva, polvo y cenizas.

(1) Publicado en esta colección. N. de los E.

No obstante, y a pesar de estas consideraciones en favor de una posible prolongación de la existencia, más allá de la muerte corporal, no creo en la supervivencia, y en todo caso, no la deseo en lo más mínimo. Ni bajo su forma edénica, ni por medio de reencarnaciones sucesivas, lo que en definitiva, resulta lo mismo que la supervivencia edénica, puesto que según la tradición hindú, las reencarnaciones conducen al Nirvana, o sea al paraíso perfecto donde el espíritu del hombre se funde con las irradiaciones de la Divinidad. Prefiero, con mucho, la desaparición total y definitiva. Una vida humana me basta ampliamente.

Además, estimo que la creencia en la supervivencia humana es un pecado de orgullo, ya que es concederse individualmente una importancia desmesurada, que en realidad está muy próxima o es igual a cero, si se considera que el Universo inmenso es infinito y eterno, cosa que parece extremadamente probable.

Cuando se tiene el sentimiento de haber cumplido de forma más o menos conveniente la tarea aquí abajo, en mi opinión lo único que resta es desaparecer definitivamente con el mismo anonimato grandioso, la misma humildad, la misma discreción que la pobre e inocente hormiga aplastada a la sombra de un matojo de hierbas por el pie inconsciente del que pasa. Para resumir y expresarme en pocas palabras, creo que después de la muerte se es lo que se era antes del nacimiento,

es decir, nada.

No he tenido contactos con desaparecidos, pero he sido testigo de innumerables manifestaciones paranormales, de tipo psicológico y de naturaleza física, puesto que he estudiado experimentalmente a gran número de telépatas, metagnomos y médiums de efectos físicos.

Considero útil que informe a los demás de su propia experiencia y le autorizo a disponer de mi testimonio, agradeciéndole que haya querido otorgarme su confianza.

R. TOCQUET.

ARNOLD TOYNBEE. Historiador, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. (Autor de *Nationality and the War, An Historian's Approach to Religion, Cities of the move,* etcétera.)

17 de enero de 1972.

Querido señor Belline:

Me he sentido muy conmovido por su carta y al mismo tiempo profundamente interesado. Simpatizo con usted en su cruel pérdida y mi simpatía es tanto más viva por cuanto procede de mis propios y profundos sentimientos. Yo también he perdido un hijo. No era como el suyo hijo único, pero su muerte ha sido aún más trágica porque mi hijo se suicidó.

Su penosa premonición de agosto de 1969, así como su consoladora experiencia de 1971, han sido, tal como usted dice, paranormales o supranormales, pero ambas perfectamente auténticas, de eso estoy seguro. Existen muchos testimonios comprobados sobre estos asuntos que no se pueden poner en duda y gran número de personas dignas de crédito han tenido experiencias similares.

Yo no he vivido ninguna personalmente, pero he sido testigo de una gran cantidad de hechos telepáticos muy notables, de «comunicaciones extrasensoriales» entre dos personas con las que estaba íntimamente ligado.

Pero esas dos personas vivían, lo que diferencia su caso del de usted, en el que un ser vivo parece mantener comunicaciones con un muerto. Evidentemente, experiencias como la suya pueden ser interpretadas de varias maneras. Es posible pensar que son auténticas y dudar al mismo tiempo de que sean pruebas válidas de que la personalidad de un ser humano sobrevive después de la muerte. Es difícil saber cómo podría demostrarse de un modo concluyente si tales experiencias demuestran la realidad de la supervivencia después de la muerte, o no la demuestran. Por consiguiente, dejo en suspenso mi opinión sobre la interpretación que deba dárselas, sin poner en duda su autenticidad.

¿Ha leído el libro editado en Londres en 1969, con el título de Man's Concern with Death *(El hombre preocupado por la muerte) después de un congreso en el que yo participé personalmente? Quizá le interesaría entrar en contacto con la Sociedad de Investigaciones Psíquicas... Su dirección es la siguiente: 2, Adam and Eve News, Londres, W. 8. Los miembros de esta sociedad están dotados de un espíritu muy abierto, sin credulidad. Es muy posible que en París exista también una agrupación de este tipo.*

Las experiencias paranormales demuestran que nuestra conciencia normal sólo capta una modesta parte de la realidad. Esto me parece claro. En El tercer oído *va usted a explorar lo que sucede más allá de los límites de la conciencia normal.*

Reciba mis mejores y más sinceros saludos.

A. TOYNBEE.

CARLOTA VALLEE-LAZO. Secretaria de dirección en México.

Creo en la supervivencia. El hecho de nacer, vivir durante cierto tiempo y morir, no justificaría por sí solo la presencia del hombre en la tierra. Morir sin consecuencia post mortem *sería muy conveniente para los que practican el mal. Para los «caritativos» la injusticia resultaría flagrante, odiosa.*

¿Qué es para nosotros la Tierra? Un campo de batalla, que ni siquiera nos pertenece. Un lugar de sufrimiento para todos los reinos, un lugar de muerte para lo animal, lo vegetal, lo mineral. La Humanidad debe obedecer forzosamente a otros imperativos.

Si no sabemos de dónde venimos, ¿para qué tenemos que existir y desaparecer? Una razón suprema debe presidir infaliblemente nuestra existencia desde ese más allá que nos atrae a nuestro pesar y al que tememos porque no nos ha sido otorgado saber lo que ocurre en él.

No hemos venido a vegetar en un mundo hostil y agresivo, solamente para sufrir y regresar sin vida al seno de la Tierra, una vez terminado el inexplicable suplicio.

Incluso los pueblos que llamamos «primitivos» tienen la intuición de la supervivencia. Es necesario que nosotros, las sociedades que pretenden ser «evolucionadas», estemos literalmente obturados, cegados, por afectación, por «pose», para rechazar una verdad que miles de millones de seres han llevado en su corazón a través de los tiempos.

Es preciso informar a los demás de esta posibilidad de supervivencia. ¿Qué busca actualmente nuestra juventud (frustrada de ideales) mediante las drogas, sino la puerta de acceso hacia un dudoso más allá, demostrándonos así que también ellos lo intuyen? El hombre, «luz pensante», tiene una misión individual: instruirse y de rechazo instruir al mundo. Esto en sí ya es una justificación.

Por desgracia, el Decálogo no ha bastado hasta ahora para hacer al hombre «consciente» de sus pensamientos y de sus actos. El hombre, al interesarse por su cuerpo y por su «yo», olvida que es en primer lugar un «espíritu» encargado de pensar y de imaginar. No son los cerebros los que «piensan», sino los seres que somos.

He sido objeto de varias manifestaciones paranormales. Un día que me sentía particularmente atormentada por mi salud y que en mi fuero interno pedía a Dios que me curase, oí con toda claridad una voz, a un tiempo dulce y firme, que me decía: «¿De qué tienes miedo, si yo estoy contigo...?»

Y esta misma frase surge infaliblemente en mi espíritu cada vez que me invade el temor.

Los sueños tienen para mí una gran importancia. Constituyen en algunas ocasiones verdaderos oráculos de un simbolismo sorprendente. Estoy absolutamente sola en el mundo, pero no me siento interiormente sola. *Tengo la impresión de que la PRESENCIA de que hablaba antes me acompaña.*

A propósito de soledad, aquí o en otro lugar, me he hecho a la idea de que una vez traspasado el umbral de la muerte no volveremos a encontrarnos con el mismo aspecto que teníamos en la Tierra, pues nuestros rasgos físicos habrán desaparecido. El encuentro se realizará de otro modo, por afinidad, como un preludio de «reunión», de retorno a la unidad de que formamos parte, y de la que Teilhard de Chardin ha esbozado la posibilidad, la deslumbradora posibilidad de «reconocernos» y vivir ya siempre felices. Entonces no nos sentiremos TAN LEJOS de los que hayamos amado tiernamente, que nos han dejado y cuyo destino hubiéramos deseado tan fervientemente conocer. Pero esto no podemos o no debemos saberlo.

Cuando falleció mi madre, soñé varias veces que venía a visitarme y me llevaba con ella a conocer unos lugares lejanos, sorprendentemente reales. Me sentía muy feliz durante aquellos paseos en su compañía. Pero un día tuve la idea de preguntarle «dónde» estaba, qué hacía, si los «muertos» nos veían... Fue una pregunta desafortunada. Me miró un instante, sus ojos se llenaron de lágrimas y volviendo la cabeza se alejó de mi lado y desapareció bruscamente. La visión no ha vuelto más.

Ahora vivo, como dice la canción, «sola con MI SOLEDAD».

C. VALLEE-LAZO.

VERCORS. Hombre de letras. (Autor, entre otras obras, de *El silencio del mar*, *Los pasos sobre la arena* y *Zoo, o el asesino filántropo*.)

7 de enero de 1972.

Me temo que va a encontrar aquí una respuesta muy distinta de la que deseaba.

Aparte de algunas curiosidades, que quizá puedan atribuirse al fenómeno de la telepatía, en setenta años de existencia nunca he sido objeto ni testigo de ningún hecho de los llamados paranormales o supranormales. Es posible que las estructuras de mi entendimiento hagan que mi espíritu sea incapaz de captar semejantes acontecimientos, si es que existen y, por consiguiente no pueda suscribir la explicación de un hecho de apariencia insólita recurriendo a lo sobrenatural.

Me resulta particularmente imposible creer en la supervivencia del «alma» después de la muerte, y aún menos a la persistencia de la personalidad. Cuando compruebo cómo el menor traumatismo, físico o químico, de la materia cerebral altera profundamente dicha personalidad, que a veces llega a perderse en la más trágica dislocación de la memoria, de las ideas, del lenguaje, etc., ¿cómo podría admitir que una personalidad tan frágil pueda resistir y salir intacta de un cataclismo tan devastador como es la destrucción del cerebro?

Lo que, por el contrario, puedo admitir, no es a mi juicio menos «positivo». Y creo que, en cierta manera, usted ha dialogado realmente con su hijo. Pero no del modo que usted supone.

De una manera general, nuestra psique —entendimiento, facultades— está compuesta por las de los otros, acumuladas durante milenios y transmitidas por el ambiente que nos rodea, padres, educadores, lecturas, exposiciones, etc.

En especial, todos los seres queridos, con los que hayamos compartido una gran intimidad, nos impregnan, nos transforman. Una parte de nuestro ser mental está constituida por sus aportaciones, por sus ideas, por su manera de razonar, de reaccionar. Por lo tanto, es altamente concebible que un cerebro particularmente sensible sea capaz, por efecto de un gran esfuerzo emocional, de efectuar una especie de dicotomía que aísle por un momento del conjunto cerebral aquella parte impregnada, moldeada por el otro. Que la separe hasta el punto de que las dos partes puedan dialogar como dos espíritus distintos, de tal modo que el otro reviva *en la parte disonada, y no solamente se exprese como lo hubiera hecho antes, sino como lo haría en las nuevas condiciones en que imaginamos está. El diálogo es mucho más que un diálogo ilusorio consigo mismo. Es un verdadero diálogo con el otro, por cuanto el ser amado continúa así con vida y prosigue en nosotros con su existencia individual, su vida intelectual y sensible desarrollándose por cuenta propia, por decirlo así. Y examinándolo real y objetivamente, no buscamos otra cosa que hacer sobrevivir* su espíritu *en nosotros mismos después de su aniquilamiento. ¡Cuántas veces he interrogado yo a mi padre y he oído cómo su voz inolvidable me daba consejos, con frecuencia contrarios a mis deseos, pero que yo sabía que su sabiduría habría impuesto a mi imprudencia, en circunstancias semejantes! En aquel momento no era yo el que me contestaba a mí mismo, sino* él *a través de mí, y su espíritu seguía* viviendo *sustentándose en el mío. En aquella supervivencia no había nada de sobrenatural. Por desgracia, esto se ha ido espaciando con la edad.*

No resulta, por lo tanto, sorprendente, que ningún diálogo de esta naturaleza haya podido, a través de los siglos, sobrepasar los estrechos límites de nuestros débiles cerebros, y sólo nos revelen sobre los misterios del más allá cosas que nuestra corta imaginación es capaz de concebir por sí misma.

¿Resulta menos consolador así? Es posible, pero no estoy seguro de ello. En todo caso es la única interpretación que un espíritu como el mío puede dar a un diálogo como el suyo.

VERCORS.

CLAUS WEEKE. Periodista. Reportero acreditado de la Prensa escandinava.

20 de enero de 1972.

A lo largo de la historia, los hombres se han hecho preguntas sobre su supervivencia después de la muerte física.

Como corresponsal de importantes periódicos, he viajado por numerosos países, y los contactos sostenidos con muchas personas, hombres y mujeres, me han abierto nuevos horizontes sobre el mundo de los fenómenos llamados para o supranormales.

Creo que la muerte de su hijo le ha hecho comprender la importancia que los hombres conceden a la revelación de misterios. Y sobre todo, ha abierto una puerta para una gran cantidad de hombres y mujeres que nunca se hubiesen atrevido a confesar haber sido testigos de semejantes fenómenos. Hay que agradecerle el valor que ha tenido al abordar estos problemas.

G. WEEKE.

He creído que para completar el conjunto de estos testimonios faltaba la voz de un joven. Patrick acaba de salvarse de un grave accidente de carretera.

PATRICK GALATOIRE. 18 años. Estudiante y poeta.

Bobigny, 24 de junio de 1972.

Señor:

Me pregunta usted qué puede pensar un «joven» sobre el más allá, qué siente cuando invoca esta noción y si cree que existe el más allá.

Le envío estas cortas reflexiones, que espero proporcionen una respuesta a su pregunta.

Tener dieciocho años, empezar a vivir y saber que, de pronto, es posible que ya no haya futuro; que puede desaparecer, de golpe, la certidumbre de un despertar de primavera; que no se volverá a sentir en la mano la mano amada, en el corazón el calor amado, en los ojos la sonrisa amada, y cuando se ha rozado la muerte (como me ocurrió a mí hace pocos días en un accidente), sin quizá reconocerla tan siquiera, ya que, a pesar de todo lo que se diga y se escriba, nunca se la reconoce verdaderamente; cuando el único recuerdo que se conserva es la caída caótica de un cuerpo que se ha vuelto insensible, extraño, el crujido del cristal de un automóvil roto en mil destellos helados y el silencio sobrenatural, la visión repentina de un ciclomotor destrozado y de un automóvil inmovilizado entre el metal arrugado, ¿se puede decir entonces, verdaderamente, que el más allá no es una pregunta angustiosa?

Cuando un hijo juega con la muerte no piensa siempre en su madre ni en su padre, en la inconcebible multitud de milagros que ha sido necesaria para que se realice su existencia, para que viva.

Cuando yo era niño, los sacerdotes me enseñaron que había un Dios, bueno y todopoderoso, al que se debía temer y amar. También me dijeron que había un más allá, y en él un lugar para cada uno de nosotros. Me dijeron que este Dios veía y juzgaba a cada uno según sus actos, que era posible dirigirse a Él, y que oía nuestras plegarias. Mi imaginación de niño asimiló al hombre que me educó y que ha muerto con este Dios. Creí que podría establecerse entre nosotros una comunicación. A fuerza de imaginarla, se realizó.

No era un diálogo. Sencillamente, sentía que mi vida y mis actos, incluso mis pensamientos, estaban dictados por algo superior a mí y que al mismo tiempo estaba en mi interior, algo único que hacía que no estuviera solo.

Este sentimiento desapareció con las primeras manifestaciones de la rebelión que señaló mi adolescencia.

Yo, que hace dos años decía que el hombre es solamente materia y que el alma es una chispa nacida de esta materia y destinada a perecer con ella, cuando me enteré el año pasado del suicidio de una amiga, que aún no había tenido tiempo de descubrir, sentí su existencia más allá de la muerte, y comprendí que había un Dios al que yo quería conocer, que existía un más allá que nuestro intelecto humano no puede concebir.

Sepa que le comprendo y que deseo todo el éxito posible a la publicación de la vida de su hijo y de los diálogos que ha mantenido con él desde el más allá.

Ojalá proporcionen la paz a muchos corazones heridos.

PATRICK GALATOIRE.

NOTA FINAL

Ernst Jünger: «MANTRA»
(In memoriam Michel Belline)

Los que se rompen la cabeza para saber si es posible vivir en las estrellas, no tienen la menor idea de lo que es la VIDA.

Cuando ascendemos hasta el mundo de las nieves, todos los fenómenos se vuelven más sencillos, cristalinos. La vida habla con una voz más clara.

Los hielos eternos. Depósito inagotable de calor, de fuerza de amor.

Somos, al mismo tiempo, embriones de un estado superior y seno materno que lleva este estado.

El enjambre de efemérides que dispersa el viento tiene también su patria intemporal, su seguridad fuera del tiempo.

Nacimiento y muerte. De este modo paga el individuo su entrada y su salida, sin importar cuál haya sido la obra que se represente en el interior.

Cuando la muerte se acerca con la velocidad de un relámpago, nos parece que la vida no puede huir de ella. Pero no se trata de velocidad. La vida está fuera del tiempo. Esto es lo que provoca la secreta rabia del demonio.

Incluso cuando la muerte persigue a la vida con la velocidad de la luz, ésta conserva un palmo de ventaja sobre la muerte, que sigue sus pasos y es solamente su sombra.

La vida está fuera del tiempo y desciende hasta el tiempo. Cuando la muerte llega, guarda sus antenas.

La vida está también fuera del espacio y se adelanta hasta el espacio. Cuando la muerte penetra en la mansión, sólo encuentra en ella al intendente. La retaguardia se está replegando sobre el grueso de la tropa.

Estamos acostumbrados a considerar a la muerte, por enfermedad, por ejemplo, o accidente, como una causa que pone fin a la vida. Error: por el contrario, es la vida la que llama a la muerte, queriendo penetrar en un nuevo estado.

Cuando morimos, nos dejamos guiar por un instinto. Por ésta y por otras causas, la civilización aumenta la longevidad.

Seguimos recorriendo el camino de nuestros antepasados, pero retrocediendo y volvemos a nuestro origen. Los ancianos regresan a la infancia: es un principio.

Los ojos en blanco. Ya no se necesitan gafas.

El moribundo se lleva la escala tras él.

Leibnitz: «El alma es el espejo del Universo indestructible.» Pero también en el espejo encuentra lo indestructible su lugar.

Tenemos en nosotros mismos un abogado del diablo. Inventa razones, silogismos, artificios contra lo imperecedero. Para esto está ahí.

Hay cosas que una parte de nuestro ser está obligada a disimular a la otra. La hora de nuestra muerte es una de ellas.

Lo que nos sorprende no es la propia muerte, sino el momento de su llegada. Nos sentimos un instante perdidos, como si nos despertaran. Después comprendemos que ha llegado la hora de levantarnos. No habíamos dejado de tenerla en cuenta durante todo nuestro sueño, durante la larga noche.

ERNST JÜNGER (1)

Ernst Jünger
In Memoriam Michel Belline
(Versión original)

Die Köpfe, die darüber spekulieren, ob auf den Sternen Leben möglich sei, haben vom LEBEN keine Vorstellung.

Beim Aufstieg in die Schneewelt wird die Erscheinung einfacher — kristallische. Das Leben spricht deutlicher.

Das Ewige Eis. Ein unerschöpflicher Speicher von Wärme, von Liebeskraft.

Wir sind zugleich die Embryonen eines höheren Zustandes und solche, die mit diesem Zustand schwanger gehen.

Auch der Eintagsfliegenschwarm, der im Winde verweht, hat zeitlose Heimat, zeitlose Sicherheit.

Geburt und Tod. Damit hat das Individuum seinen Eintritt und seinen Austritt bezahlt, gleichviel, welches Stück gespielt wurde.

(1) Célebre escritor, zoólogo y filósofo alemán.

Wenn der Tod sich mit der Geschwindigkeit des Blitzes nähert, meinen wir, dass Leben ihm nicht entrinnen kann. Es handelt sich aber nicht um Geschwindigkeit. Das Leben ist ausserhald der Zeit. Das ruft den Ingrimm des Dämons hervor.

Auch wenn der Tod mit der Geschwindigkeit des Lichtes dem Leben nacheilt — es bleibt ihm immer noch um eine Spanne voraus. Er'haftet als Schatten an seiner Spur.

Das Leben ist ausserhalb der Zeit und reicht in die Zeit hinein. Wenn der Tod kommt, zieht es seine Fülhörner zurück.

Das Leben ist auch ausserhalb des Raumes und ragt in den Raum hinein. Wenn der Tod in das Haus eintritt, trifft er nur den Verwalter an. Er stösst auf Nachhuten, die sich auf die Hauptmacht zurückziehen.

Wir sind gewohnt, den Tod, etwa durch Krankheit oder durch einen Unfall, als Ursache zu sehen, die das Leben beschliesst. Das ist ein Irrtum; es ist vielmehr das Leben, das den Tod herbieruft, wenn es in einen neuen Stand eintreten will.

Wenn wir sterben, folgen wir einem Instinkt. Das ist eine der Ursachen, aus denen mit der Zivilisation auch die Langlebigkeit wächst.

Wir durchlaufen die Ahnenreihe noch einmal im umgekehrten Sinn, kehren zum Ursprung zurück. Dass Greise Kindler werden, ist ein Beginn.

Das Auge bricht: wir bedürfen der Brille nicht mehr.

Der Sterbende zieht die Leiter hinter sich ein.

Leibniz: «Die Seele ist der Spiegel des unzerstörbaren Universum.» Aber auch im Spiegel ist Unzerstörbares.

Wir haben einen Advocatus Diaboli in uns. Er erfindet Gründe, Schlüsse und Mittel gegen dans Unzerstörbare. Das ist seine Aufgabe.

Es gibt Dinge, die ein Teil unseres Wesens dem anderen verborgen halten muss. Die Kenntnis der Todesstunde gehört dazu.

Nur der Eintritt des Todes überrascht uns, nicht der Tod selbst. Wir sind für einen Augenblick erschrocken, als ob wir geweckt würden. Dann wissen wir, das die Stude zum Aufstehen gekommen ist. Wir kannten sie während des ganzen Schlafes, während der langen Nacht.

TITULOS APARECIDOS

L. Pauwels y J. Bergier
EL RETORNO DE LOS BRUJOS

¿Desaparecieron civilizaciones técnicas en épocas inmemoriales ¿Será la sociedad secreta el sistema de gobierno del futuro? ¿Existen puertas abiertas a universos paralelos? ¿Derivamos hacia una suprahumanidad? Edición ilustrada.

Fulcanelli
EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES

«Un libro extraño y admirable. Manifiesta una sabiduría extraordinaria y conocemos a más de un hombre de elevado espíritu que venera el nombre legendario de Fulcanelli.» (Pauwels y J. Bergier en **El retorno de los brujos.**) Edición ilustrada.

Jacques A. Mauduit
EN LAS FRONTERAS DE LO IRRACIONAL

Ciencias que por fin empiezan a encontrar su ubicación en el pensamiento actual. Telepatía, clarividencia, quiromancia y cartomancia, alucinaciones, yoga...

John G. Fuller
EL VIAJE INTERRUMPIDO

¿Dos horas a bordo de un platillo volante? El increíble relato que la Prensa mundial ha divulgado, de un matrimonio americano sometido a sueño hipnótico y que explica sus experiencias. Edición ilustrada.

Gérard de Sède
EL TESORO CÁTARO

Del oro de Delfos a las ruinas de Montségur; la sangrienta cruzada contra una herejía que aún subsiste. ¿Por qué cantaban en «lengua secreta» los trovadores medievales? Edición ilustrada.

Hadès
¿QUÉ OCURRIRÁ MAÑANA?

Europa, el mundo, nuestro destino vistos por la astrología. Retrato astrológico de los jefes nazis. La trágica muerte de Kennedy. El fin de la Monarquía inglesa. La revolución en Italia.

Peter Kolosimo
SOMBRAS EN LAS ESTRELLAS

Los misterios del Cosmos. Los secretos espaciales alemanes. Las intrigas de la astronáutica soviética y americana. ¿Están habituados los otros mundos?

Hans Herlin
EL MUNDO DE LO ULTRASENSORIAL

Un estudio cauteloso de los poderes ocultos del ser humano: hipnosis, espiritismo, telecinesis.

Louis Charpentier
EL ENIGMA DE LA CATEDRAL DE CHARTRES

Un hombre interroga a una catedral. Y la catedral responde. Y todo el misterio de un saber perdido se desvela poco a poco. Edición ilustrada.

Raymond de Becker
LAS MAQUINACIONES DE LA NOCHE

El sueño en la Historia y la historia del sueño. Freud no lo dijo todo.

Víctor Colmenarejo
TEORÍA DEL SUPERHOMBRE

Este «superhombre» al que la Humanidad tiende fatalmente, según las más modernas teorías de la evolución biológica.

Peter Kolosimo
TIERRA SIN TIEMPO

La Era de los gigantes. Demonios de piedra. Los secretos de las pirámides. El misterio de la Atlántida. Las astronaves de Tiahuanaco. Los mitos de las tierras perdidas. Cruceros imposibles, 500.000 años de Historia de una Humanidad desconocida. **Edición ilustrada.**

Fulcanelli
LAS MORADAS FILOSOFALES

La otra gran obra del autor de **El misterio de las catedrales. Edición ilustrada.**

Gérard de Sède
EL ORO DE RENNES

¿Cuál era el secreto del abad Berenger Saunière quien entre 1891 y 1917, se gastó más de mil quinientos millones de francos viejos? ¿De qué tesoro provenían sus fabulosos recursos? **Edición ilustrada.**

Erich von Däniken
RECUERDOS DEL FUTURO

Los dioses fueron cosmonautas. El libro más vendido en Alemania durante el año 1969.

Leo Talamonti
UNIVERSO PROHIBIDO

«No creo que exista otro libro que contenga tal cantidad de hechos extraños, inquietantes, maravillosos.» Dino Buzzati. **Edición ilustrada.**

Michel Gauquelin
LOS RELOJES CÓSMICOS

¿Pueden las supersticiones astrológicas ser la expresión externa de importantes hechos científicos? Un interesantísimo estudio del desarrollo de la astrología, desde la antigüedad hasta los descubrimientos más recientes.

Peter Kolosimo
NO ES TERRESTRE

Huellas misteriosas, objetos no identificados, presencias inquietantes, mitos... Por el autor de **Tierra sin tiempo** y **Sombras en las estrellas.** Premio Bancarella 1969. **Edición ilustrada.**

Frank Edwards
PLATILLOS VOLANTES...
AQUÍ Y AHORA

La sorprendente evolución de los acontecimientos relacionados con los OVNI, y los casos más destacados. **Edición ilustrada.**

L. Pauwels y J. Bergier
LA REBELIÓN DE LOS BRUJOS

¡Por fin la continuación de **El retorno de los brujos!** Temas tan apasionantes como: Dudas sobre la evolución. La deriva de los continentes. Las cicatrices de la tierra. El centésimo nombre del Señor. El enigma ejemplar de Akpallus. Los desconocidos de Australia.

Titus Burckhardt
ALQUIMIA

El hombre es el plomo opaco y maleable que puede convertirse en oro resplandeciente. Un tema apasionante redactado por la autoridad máxima en la materia. **Edición ilustrada.**

Richard Hennig
GRANDES ENIGMAS DEL UNIVERSO

El Paraíso terrenal, el Diluvio, Sodoma y Gomorra, la Torre de Babel, el Dragón de las siete cabezas, el Holandés Errante... Respuestas lógicas a grandes incógnitas.

Andrew Tomas
LOS SECRETOS DE LA ATLÁNTIDA

¿Dejó la Atlántida depósitos de oro y otros tesoros enterrados bajo las Pirámides y la Esfinge, como pretende una antigua tradición? En nuestra época, parece llegado el momento de explorar ciertos terrenos desconocidos a fin de anticipar y estimular nuevos descubrimientos. **Edición ilustrada.**

Louis Charpentier
LOS GIGANTES Y EL MISTERIO
DE LOS ORÍGENES

El autor de **El enigma de la catedral de Chartres** nos presenta en esta obra una teoría sobre los orígenes de las civilizaciones, llevándonos de la mano por unas incursiones apasionantes. **Edición ilustrada.**

Peter Kolosimo
EL PLANETA INCÓGNITO

El autor, ya conocido de los lectores de esta colección, hace un exhaustivo estudio de nuestro «incógnito» planeta que, aun creyendo conocerlo, en el fondo no nos es mucho más familiar de cuanto pudiera serlo para un comando marciano enviado a espiar nuestro mundo... **Edición ilustrada.**

Gilbert Pillot
EL CÓDIGO SECRETO DE LA ODISEA

¿Esconde la **Odisea,** bajo las apariencias de un maravilloso poema, las claves de un itinerario secreto que conduce a tierras ricas en oro y estaño? **Edición ilustrada.**

Erich von Däniken
REGRESO A LAS ESTRELLAS

El autor de **Recuerdos del futuro** proporciona nuevos «argumentos para lo imposible», al dar explicaciones sobre hechos que no la admiten, prefigurando que hemos sido visitados en la antigüedad por extraterrestres. **Edición ilustrada.**

Andrew Tomas
LA BARRERA DEL TIEMPO

El nudo de este libro gira en torno de la dimensión del tiempo. En la primera parte, haciéndonos comprender los problemas del llamado túnel del tiempo, esa cuarta dimensión. En su apasionante segunda parte, girando en torno de famosas profecías. **Edición ilustrada.**

Jean-Charles Pichon
NOSTRADAMUS, DESCIFRADO

Las profecías de este alquimista y erudito del siglo XVI que pretenden interpretar el futuro de la Humanidad, muchas de ellas ya cumplidas, analizadas en un interesante estudio, que nos da la clave contenida en su obra, las Centurias.

L. Pauwels y J. Bergier
EL PLANETA DE LAS
POSIBILIDADES IMPOSIBLES

Los dos célebres autores, creadores de una nueva concepción de los hechos inexplicables, nos presentan nuevos motivos a nuestra consideración sobre temas muy diversos.

Pierre Ceria y François Ethuin
EL ENIGMÁTICO CONDE
DE SAINT-GERMAIN

Heredero de poderes sobrenaturales, este alquimista cruza los siglos y conoce la inmortalidad. Un estudio en que lo fantástico se mezcla con la realidad.

Jacques Sadoul
EL TESORO DE LOS ALQUIMISTAS

¿Existieron alguna vez los alquimistas? Tras una laboriosa búsqueda, el autor encontrado textos donde se demuestra que la transmutación de los metales viles en oro fue un hecho irrebatible.

Jacques Bergier
LOS EXTRATERRESTRES
EN LA HISTORIA

Un estudio vivaz, por la ágil pluma del coautor de **El retorno de los brujos** en que analiza exhaustivamente las posibilidades de contacto con extraterrestres.

Jacques Vallee
PASAPORTE A MAGONIA

Libro muy bien documentado sobre el fenómeno OVNI, con un apéndice redactado especialmente para las observaciones españolas. Lo más serio y objetivo sobre este tema.

Jean-Michel Angebert
HITLER Y LA TRADICIÓN CÁTARA

Las relaciones entre los cátaros y el movimiento nazi se analizan de una forma sorprendente y amena haciendo luz sobre las coincidencias existentes entre ambos fenómenos históricos. **Edición ilustrada.**

Robert Tocquet
MÉDIUMS Y FANTASMAS

Los fenómenos más sorprendentes —mesas que bailan, levitaciones, casas encantadas, fantasmas—, estudiados con absoluto rigor científico. Un libro que establece la frontera entre el fraude y la verdad.

Jean Sendy
LA ERA DEL ACUARIO

¿Qué lugar ocupa el hombre en el Universo? ¿Ha llegado el fin de la tranquilizadora ilusión humanista? **Edición ilustrada.**

François Ribadeau Dumas
HISTORIA DE LA MAGIA

He aquí una obra clásica acerca de este tema. Siguiendo el mito de Fausto, el autor nos presenta una amplia panorámica de la magia de todos los tiempos.

Orencia Colomar
QUIROLOGÍA

Al fin la bibliografía española acerca de este tema ha llenado un hueco imprescindible. De una forma clara y amena se desvelan los secretos de la mano, siempre desde un punto de vista científico y con numerosas implicaciones interesantísimas. **Edición ilustrada.**

Antonio Ribera y Rafael Farriols
UN CASO PERFECTO

Mediante una aplastante documentación gráfica se estudia primordialmente la aparición de un OVNI en San José de Valderas (Madrid), junto con otros casos que pertenecen a similares características. **Edición ilustrada.**

Andrew Tomas
NO SOMOS LOS PRIMEROS

La tesis de este libro —de la que se dan abundantes ejemplos— es que han existido varias civilizaciones, cuyos rastros se han perdido y que alcanzaron conocimientos que no hemos sido los primeros en descubrir: Atlántida, extraterrestres...

André Pochan
EL ENIGMA DE LA GRAN PIRÁMIDE

Libro muy completo en que se pasa revista a cuanto se sabe de la pirámide de Keops a través de todas las épocas y se dan normas de interpretación. **Edición ilustrada.**

Jacques Sadoul
EL ENIGMA DEL ZODIACO

El autor, partiendo de una postura escéptica, se adentra y aclara el misterioso mundo de la Astrología y nos ilustra mientras él mismo se hace un adepto a esta ciencia. **Edición ilustrada.**

Peter Kolosimo
ASTRONAVES EN LA PREHISTORIA

A través de una abundante iconografía (300 ilustraciones) el autor rastrea todo vestigio de las civilizaciones anteriores a la nuestra o posibles contactos con seres de otros mundos ocurridos en los albores de nuestra cultura. **Edición ilustrada.**

Lisa Morpurgo
INTRODUCCIÓN A LA ASTROLOGÍA Y DESCIFRE DEL ZODÍACO

Demostración rigurosamente lógica de que el Zodíaco es el instrumento de conocimiento más racional de que la Humanidad haya podido disponer jamás y de cómo el horóscopo se convierte en ciencia a la previsión. **Edición ilustrada.**

Peter Kolosimo
GUÍA AL MUNDO DE LOS SUEÑOS

Este tan conocido autor emprende ahora investigaciones dentro del mundo de los sueños. Tras una amena introducción, nos presenta en forma de vocabulario las intepretaciones más frecuentes de lo soñado.

Robert Tocquet
LA CURACIÓN POR EL PENSAMIENTO

Imparcial estudio del problema de las curaciones por el espíritu y las curaciones milagrosas, así como del actual problema de los curanderos y de las terapéuticas extramédicas.

Louis Charpentier
EL MISTERIO DE COMPOSTELA

Significado y trascendencia del «camino de Santiago», con un análisis, serio y documentado de la toponimia de la ruta. **Edición ilustrada.**

Michel Gall
EL SECRETO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

¿Existe concordancia entre las leyendas de **Las mil y una noches** y mitos de orígenes más antiguos o de otras culturas geográficas y racialmente distintas y alejadas entre sí? **Edición ilustrada.**

Georges Ranque
LA PIEDRA FILOSOFAL

La luz de la Ciencia proyectada sobre los misterios de la «piedra filosofal». **Edición ilustrada.**

Orencia Colomar
FISIOGNOMÍA

Exhaustivo estudio de los problemas relacionados con la caracteriología humana, a través de los rasgos fisiognómicos y de la tipología en general. **Edición ilustrada.**

Carlo Liberio del Zotti
BRUJERÍA Y MAGIA EN AMÉRICA

¿Qué es la «macumba», religión sincretista popular, que empieza a extenderse por determinados lugares de América?

Josane Charpentier
EL LIBRO DE LAS PROFECÍAS

La profecía en la Historia. La Gran Pirámide. Israel. El Apocalipsis. San Malaquías. Nostradamus. Profecías marianas. Edgar Cayce. La Parusía. El Anticristo...

Jacques Carles y Michel Granger
LA ALQUIMIA, ¿SUPERCIENCIA EXTRATERRESTRE?

Los secretos de la energía y de la materia, ¿habían sido ya descubiertos en otros puntos del espacio o del tiempo?

Paul Poëson
EL TESTAMENTO DE NOÉ

Partiendo de las medidas del Arca bíblica, el autor expone toda una teoría de simbolismos, que pueden interpretarse para deducir el pasado y el futuro. **Edición ilustrada.**

Jean-Michel Angebert
LOS MÍSTICOS DEL SOL

Algunos personajes de la Historia, ¿tienen en común una filiación mística al mito solar, que expresa la vinculación del hombre a las fuerzas inmanentes del Cosmos?

Jacques Bergier
EL LIBRO DE LO INEXPLICABLE

Las civilizaciones desaparecidas. Los extraterrestres entre nosotros. Sensacionales descubrimientos sobre el origen de la vida. **Edición ilustrada.**

Andreas Faber Kaiser
¿SACERDOTES O COSMONAUTAS?

La razón de las visitas de los platillos volantes, ¿radican en nuestra dependencia de otras civilizaciones? **Edición ilustrada.**

Jacques Huynen
EL ENIGMA DE LAS VÍRGENES NEGRAS

¿Qué misterioso secreto encierran las Vírgenes negras de la cristiandad, todas las cuales tienen exactamente las mismas características? **Edición ilustrada.**

Peter Kolosimo
CIUDADANOS DE LAS TINIEBLAS

Voces del pasado, imágenes del futuro, poderes invisibles capaces de mover objetos a distancia... los fenómenos más desconcertantes, explicados por primera vez a la luz de la Ciencia.

Belline
EL TERCER OÍDO

Impresionantes experiencias de comunicación de un padre con su hijo... desde el más allá. **Edición ilustrada.**

Rainer Erler
LA DELEGACIÓN

Aquel corresponsal de Televisión, sucumbió a causa de algún accidente, o fue víctima de unos seres extraterrestres?

Jacques Sadoul
EL GRAN ARTE DE LA ALQUIMIA

Desde la alquimia china, egipcia, alejandrina y árabe, hasta la contemporánea. El simbolismo hermético. **Edición ilustrada.**

Pierre Carnac
LA HISTORIA EMPIEZA EN BIMINI (La Atlántida de Cristóbal Colón)

La Historia, ¿empezó en Bimini? Es posible. Mas, por lo menos, una cosa es cierta: no se inició en Sumer. **Edición ilustrada.**

Philipp Vandenberg
LA MALDICIÓN DE LOS FARAONES

El milenario mito, a la luz de la Ciencia. Una nueva aventura de la Arqueología.

Alan y Sally Landsburg
EN BUSCA DE ANTIGUOS MISTERIOS

¿Tuvo el hombre su origen en la Tierra, o fue enviado aquí desde otos mundos? **Edición ilustrada.**

Daniel Ruzo
EL TESTAMENTO AUTÉNTICO DE NOSTRADAMUS

Concienzuda investigación del testamento de Nostradamus en su texto auténtico y literal, deslindando lo apócrifo de lo verdadero. **Edición ilustrada.**

Patrice Gaston
DESAPARICIONES MISTERIOSAS

Inexplicables desapariciones en barcos, aviones, individuos e incluso destacamentos militares enteros... ¿Acaso somos gobernados por seres extraterrestres?

Hadès
EL UNIVERSO DE LA ASTROLOGÍA

Las bases de la Astrología y las relaciones entre microcosmos y macrocosmos.

Marceu Moreau
LAS CIVILIZACIONES DE LAS ESTRELLAS

Los megalitos reproducen el sistema de las constelaciones, para establecer las relaciones entre el Cielo y la Tierra.

Julius Evola
EL MISTERIO DEL GRIAL

Profundo y documentado estudio del significado que tuvo la aparición de las leyendas del Grial en el Medievo de Occidente.

J. J. Benítez
EXISTIÓ OTRA HUMANIDAD

Por primera vez, el hombre ha encontrado la más asombrosa prueba de que no ha sido el primero sobre la Tierra. Otra civilización se extendió ya por el Planeta en Eras remotas. Edición ilustrada.

M. Gauquelin y J. Sadoul
LA ASTROLOGÍA, AYER Y HOY

El origen sagrado de la Astrología; sus aplicaciones a la previsión del porvenir; el Zodíaco y sus signos, con sus sentidos mitológicos y astrológicos. Edición ilustrada.

Michel-Claude Touchard
LA ARQUEOLOGÍA MISTERIOSA

El problema de los hallazgos inclasificables, o cuya interpretación ofrece serios problemas. Edición ilustrada.

Vintila Horia
ENCUESTA DETRÁS DE LO VISIBLE

Análisis de las manifestaciones parapsicológicas a la luz de la religión, la Ciencia y la conciencia.

Patrick Ravignant
LOS MAESTROS ESPIRITUALES

Exposición, sistemática y objetiva, de la vida y obra de los fundadores y directores de los movimientos religiosos, iniciáticos y espiritualistas contemporáneos. Edición ilustrada.

Jean Varenne
EL YOGA

El hinduismo tiene un aspecto, el del yoga, mal comprendido en Occidente. A través de su historia se trata de llegar a su comprensión. Edición ilustrada.

Aimé Michel
EL MISTICISMO

Estudio profundo de este fenómeno y sus manifestaciones que sobrepasan lo normal. Edición ilustrada.

J. J. Benítez
OVNIS: S.O.S. A LA HUMANIDAD

Hechos inquietantes que tienen lugar en el Perú de apariciones de extraterrestres y que todos debemos conocer. Edición ilustrada.

